PEDRO FERNÁNDEZ BARBADILLO

# LOS CÉSARES DEL IMPERIO AMERICANO



DE GEORGE WASHINGTON A DONALD TRUMP




PEDRO FERNÁNDEZ BARBADILLO
LOS CÉSARES DEL
IMPERIO AMERICANO
DE GEORGE WASHINGTON A DONALD TRUMP
BIBLIOTHECA
HOMO
LEGENS

Pedro Fernández Barbadillo

# LOS CÉSARES DEL IMPERIO AMERICANO






**BIBLIOTHECA** HOMOLEGENS

Calle Nicasio Gallego, 9
28010 Madrid
www.homolegens.com
Edición: Julio Llorente
ISBN: 978-84-18162-38-1
Depósito legal: M-24639-2020
Maquetación: Ignacio Cascajero
Diseño de cubierta: Álex H. Poles
Imágenes de portada: Luke Stackpoole y Aaron Burden en Unsplash
Impreso en España - Printed in Spain

# ÍNDICE

*A los monárquicos como yo, que ante reyes que sólo se atreven a serlo en virtud del sufragio universal, hemos llegado a la conclusión de que, para conservar la religión, la civilización y nuestras libertades, sólo nos queda refugiarnos en una república donde existan la separación de poderes y la representación política.*

*Al menos, hasta el regreso del Rey.*

*Y a mi padre, que comprendió la potencia de EEUU cuando muchos españoles, de todas las ideologías, seguían mirando a los espejismos de Inglaterra, de Rusia y hasta de Francia.*

# PRESENTACIÓN

“El gran experimento republicano de Estados Unidos sigue siendo el centro de atención de los ojos del mundo. Todavía es la primera y mejor esperanza para la raza humana.”

Paul Johnson

Cuando consiguió su independencia, la república de los Estados Unidos de América tenía mucho en común con uno de los Estados africanos descolonizados apresuradamente en los años 60 del siglo XX. Carecía de industria; las nueve décimas partes de su población de poco más de tres millones vivían en granjas y de ellas; su ejército no alcanzaba el millar de hombres y no tenía marina; estaba endeudada y abundaban los billetes emitidos por autoridades locales, de modo que, al carecer de moneda fiable, el comercio estaba paralizado; las divisiones regionales amenazaban con escisiones; tenía enemigos internos que planeaban guerras de anexión o rebeliones; permanecían en su suelo tropas extranjeras; numerosos veteranos de la independencia soñaban con coronar rey al caudillo militar que derrotó a la metrópoli; y dos imperios poderosos acechaban en sus fronteras. Por ello, el historiador Carl Neumann Degler escribió al concluir su descripción de este período:

> “Si los norteamericanos mantuvieran su independencia y se convirtieran en un pueblo auténticamente unido sería algo que sólo el tiempo y la propia gente podrían decidir”. [1]

El primer paso de los cincuenta y cinco delegados de todos los estados (salvo Rhode Island) que acudieron a la Convención de Filadelfia en 1787 fue desobedecer el mandato de sus asambleas y, en vez de enmendar los Artículos de la Confederación, redactaron una Constitución. Los «Padres Fundadores» (*«Founding Fathers»* ), una de las reuniones más destacadas de personas de genio, de similar inteligencia y repercusión a las que hubo en las cortes de los Reyes Católicos y Carlos I, se enfrentaron al desafío de fundar un régimen sin precedentes en la historia. Sus soluciones consistieron en un sistema político de «controles y equilibrios» entre las instituciones y el pueblo suavizado por la ambigüedad.

La soberanía, que en Europa residía en los monarcas, con la excepción británica, se depositó en el pueblo y, además, se distribuyó entre los estados componentes de la Unión y el poder federal en una balanza que oscilaría en las siguientes décadas, a veces con violencia. La asamblea legislativa federal se dividió en dos cámaras, a fin de tranquilizar a los estados pequeños: el Senado representaría a los estados, cuyos parlamentos elegirían a los senadores, y la Cámara de Representantes al pueblo. En el Senado, los trece estados tendrían el mismo número de senadores, con un mandato por seis años, mientras que en la Cámara la distribución de los diputados, con un período reducido a dos años, dependería de la población.

Las diferencias sobre el papel de la esclavitud surgieron inmediatamente. Los estados sureños, con independencia de su tamaño, querían que sus esclavos contasen como habitantes, aunque careciesen de libertad y derechos fundamentales, para la asignación de diputados en la Cámara de Representantes, pero que quedasen exentos de la tributación directa. Los estados norteños tenían la postura contraria: excluirlos de la representación porque no eran ciudadanos y gravarlos fiscalmente pues eran una propiedad. El conflicto se zanjó con uno de los muchos compromisos decididos en la Convención: un esclavo equivalía a tres quintos de una persona libre tanto para la representación como para la tributación.

El presidente federal sería elegido por un Colegio Electoral en el que intervendrían representantes de todos los estados. Para designar nombramientos y aprobar tratados con países extranjeros tendría que obtener la aquiescencia del Senado, el cual, además, podría destituirle, pero él no podría disolver ninguna de las dos cámaras.

En los años siguientes, Estados Unidos evolucionó de manera distinta a como lo habrían esperado los «Padres Fundadores». Surgieron los partidos políticos, el Tribunal Supremo se arrogó la facultad de anular las leyes de todos los Parlamentos y la Presidencia fue acumulando poder y prestigio. La sociedad se industrializó rápidamente y recibió millones de inmigrantes de Europa y, también, de Asia. Abandonó su pacifismo y su aislacionismo para establecer alianzas con potencias europeas y participar en guerras exteriores, algunas de ellas de rapiña, como cualquier otra potencia del repudiado Viejo Mundo, tal como fue la librada contra México. Pero se hizo realidad el lema *«E pluribus unum»* .

En la construcción de la nación pesaron las previsiones de la Constitución y la ampliación de éstas por las necesidades históricas, la

excavación de canales fluviales, la desaparición de los partidos originales y su sustitución por otros, la instauración de un banco nacional, el tendido de ferrocarriles, la colonización de los nuevos territorios, los matrimonios... En este proceso, que no concluyó hasta la victoria de la Unión sobre los secesionistas en 1865, la Presidencia también evolucionó y se modificó. Una de las reglas de la política es que un órgano ejecutivo siempre se impone sobre un órgano deliberativo, con más razón si ese ejecutivo lo desempeña una sola persona. De ahí que la Presidencia disponga desde la Segunda Guerra Mundial de unos poderes insospechados en 1800, no sólo por la tecnología, sino, además, por la ampliación de sus facultades para dirigir la economía, la política o la guerra. El presidente, rodeado de un protocolo que está desapareciendo incluso en las monarquías europeas supervivientes, tiene a sus órdenes a policías con jurisdicción en todo el país, espías situados en todo el mundo, agentes fiscales… y todos los gobernantes del planeta acuden a la Casa Blanca. Ningún vicepresidente de las últimas décadas se atrevería a imitar a su predecesor John Calhoun, que desairó en público al presidente Andrew Jackson y a abandonar su cargo por un acta de senador.

Cuanto más menguan las libertades religiosas, personales y políticas en Europa, más admiro una nación cuyo pueblo defiende las suyas, por absurdas que a muchos les parezcan, tales como el derecho a portar armas y la elección de candidatos en los *caucus* . Estados Unidos jamás ha conocido un régimen autoritario ni ha sufrido una revolución socialista. Inglaterra, su madre patria, padeció en el siglo XVII una dictadura, primero parlamentaria y luego personal; entre los siglos XVII y XVIII deportó a miles de sus súbditos a las colonias como castigo por rebelarse o profesar una religión diferente de la del Estado; y suspendió las elecciones parlamentarias durante la Segunda Guerra Mundial. En Estados Unidos, los ciudadanos no han dejado de elegir a su presidente y a su Congreso incluso durante una sangrienta guerra civil. Cuando a Abraham Lincoln le propusieron suspender las elecciones en 1864, respondió: “No podemos tener un Gobierno libre sin elecciones”. Estados Unidos es una democracia o, mejor dicho, una república que ha mantenido un gobierno libre sin interrupciones desde 1788. Y la cima de este gobierno es el presidente. Un cargo que debe someterse a elección popular y cuyo administrador debe abandonar en una fecha determinada de antemano, porque es un mandato constitucional. Ronald Reagan, uno de los presidentes más conscientes de la

excepcionalidad de su país, así lo subrayó en su discurso inaugural de 1981:

> "La transferencia ordenada de la autoridad, tal como establece la Constitución, tiene lugar tal como ha sucedido durante casi dos siglos y pocos de nosotros nos paramos a pensar cuán singulares somos realmente. A los ojos de muchos en el mundo, esta ceremonia cuatrienal que nosotros aceptamos como algo normal no es sino un milagro". [2]

Al presidente y a los presidentes de Estados Unidos, a sus facultades, a su modo de elección, a sus campañas electorales, se dedica este libro en el año en que el césar electivo compite, pacíficamente (hasta que en la primavera comenzó una nada espontánea oleada de disturbios en todo el país), contra un pretendiente por la corona invisible del imperio más poderoso que ha conocido la historia.

---

1 DEGLER, Carl N.: Historia de Estados Unidos. La formación de una potencia 1600-1860, Ariel, Barcelona, 1986, p. 137.

2 https://www.reaganlibrary.gov/research/speeches/inaugural-address-january-20-1981. Consultado el 26 de abril de 2020.



THAT'S A WRAP

# ¿CUÁNTOS VOTOS SE NECESITAN PARA SER PRESIDENTE?

Elizabeth Willing Powel: “Bien, doctor, ¿qué tenemos: una monarquía o una república?”. Benjamin Franklin: “Una república, señora, si ustedes pueden conservarla”.

La respuesta correcta es al menos 270.

Pero se trata de votos especiales, emitidos por los llamados electores, miembros de una institución, el Colegio Electoral, que sólo se reúne cada cuatro años y no tiene una sede única.

Para comprender tanto su elaboración como su funcionamiento, hemos de partir del hecho de que los «Padres Fundadores» (*«Founding Fathers»* ) quisieron una república, no una democracia. Elizabeth Willing Powel, una dama patriota y esposa del alcalde de Filadelfia, le preguntó en los últimas días de la Convención Constitucional a Benjamín Franklin si el nuevo Estado era una monarquía o una república; y Franklin respondió que una república, siempre que pudiesen conservarla. Para los constituyentes y los redactores de los artículos de *El Federalista* (Alexander Hamilton, James Madison y John Jay), que en los meses posteriores a la aprobación de la Constitución promovieron la ratificación del texto por las Asambleas estatales, república significaba un gobierno basado en leyes, con el poder limitado para impedir que la libertad estuviera en riesgo; y democracia, como en la tradición de los pensadores de la Grecia clásica, equivalía a la tiranía de la mayoría manipulada por la demagogia. Por tanto, establecieron un sistema de equilibrios (*«checks and balances»* ).

## DOS SOBERANÍAS

El ex presidente Barack Obama, que fue profesor de Derecho en la Universidad de Chicago, resume así este diseño constitucional: no sólo el imperio de la ley y un gobierno representativo, no sólo una declaración de derechos, sino también la separación del gobierno en tres ramas (*branches* ), un Congreso bicameral y un concepto de federalismo que preserve la autonomía de los gobiernos estatales, “todo erigido para repartir el poder,

equilibrar facciones, compensar intereses e impedir la tiranía, sea de una minoría o sea de una mayoría” [3] .

Así nacieron dos soberanías, la de los estados, que era la originaria, y la federal, que emanaba de aquéllos. El Parlamento federal consta de dos Cámaras, cada una con un procedimiento de elección, con competencias y con composición diferentes. Los representantes o diputados, con mandatos de dos años, son elegidos por los ciudadanos en un número variable según la población de los estados. Los senadores, más prestigiosos, son siempre dos por estado, con mandatos de seis años y al principio los designaban las asambleas estatales, sin participación popular, hasta que la Enmienda XVII (1917) estableció que los eligieran los ciudadanos. La Cámara de Representantes da más poder a los estados más poblados y el Senado a los estados más pequeños. Al fijar el número de habitantes de cada estado para asignar los diputados, el Sur quería incluir a los esclavos, aunque careciesen de derechos, a lo que el Norte se negaba; se llegó al compromiso de que un esclavo contase como tres quintos de un hombre libre. Las enmiendas constitucionales deben ser aprobadas por dos tercios de los miembros de las dos Cámaras del Congreso y luego por tres cuartos de los Parlamentos de los estados. Y el Congreso, que aprueba el Presupuesto federal, se reserva un juicio político (*impeachment* ) para destituir a los miembros de la rama ejecutiva —desde el presidente hasta los directores de Correos— y a la rama judicial.

Después de los años de inestabilidad anteriores en que los Artículos de la Confederación y Unión Perpetua (1781-1789) no establecieron un Ejecutivo unipersonal, los constituyentes de Filadelfia estuvieron de acuerdo en establecer la figura de un presidente federal, pero discutieron tanto su método de elección como sus facultades. Coincidieron en situarle en una posición inferior a la del Congreso. Hasta le rebajaron el protocolo y le negaron cualquier tratamiento especial. Aunque más tarde John Adams, vicepresidente de Washington y presidente del Senado, propuso titularle «alteza», «excelencia» y «protector de las libertades de Estados Unidos», se mantuvo la llaneza: «señor presidente».

## EL CONGRESO, POR ENCIMA DEL PRESIDENTE

La Constitución de Estados Unidos describe el Congreso en su primer artículo y la Presidencia en el segundo. Esta ordenación no es sólo formal; implica también una jerarquía institucional.

Alexis de Tocqueville subrayó en su obra *La democracia en América* la supeditación de la Presidencia al Legislativo: “El presidente, con respecto a la legislatura, representa un poder inferior y dependiente”; “en América, el presidente no puede impedir la formulación de leyes, ni podría sustraerse a la obligación de ejecutarlas”; “el presidente ejerce una influencia bastante grande en los asuntos del Estado, pero no los dirige” [4] . Según Tocqueville, la posición del rey constitucional francés en la Carta Otorgada de 1830 era más alta que la del presidente estadounidense en la Constitución de 1787. Sin embargo, esas potestades no evitaron el derrocamiento de Luis Felipe de Orleáns en 1848.

A diferencia de los regímenes parlamentarios, en los que el Ejecutivo pude disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones, el presidente de EEUU debe convivir con él durante el tiempo que dure su mandato (hay elecciones cada dos años, que renuevan toda la Cámara y un tercio del Senado). La única facultad de que dispone el presidente contra el Congreso es el veto de las leyes que le remitan las Cámaras, pero la Constitución permite a la Cámara respectiva anular el veto presidencial con dos tercios de los votos de sus miembros, sean senadores o representantes. Y encima la norma fundamental sustituye la firma del presidente. Si la Casa Banca no devuelve el proyecto de ley a la Cámara que se lo remitió en el plazo de diez días hábiles, se entiende que lo ha firmado favorablemente. Para enviar tropas en ayuda a Vietnam del Sur, el presidente Johnson tuvo que obtener del Congreso la Resolución del golfo de Tonkín, en 1964, que equivalía a una declaración de guerra.

La Presidencia sólo ha solicitado que se le concediese un veto parcial, no completo, a los proyectos de ley, y más como medio de publicidad que como una ampliación de sus competencias. En sus memorias, Ronald Reagan reclamaba para el presidente de la Unión ese veto parcial que él había tenido como gobernador de California y del que gozan casi todos los gobernadores estatales. Y lo justificaba porque le permitió “rebajar gastos en partidas individuales a un nivel que los contribuyentes pudieran pagar” en el Presupuesto que le enviaba el legislativo de California. Añadía que esas partidas consistían en “favores” de los parlamentarios a los “núcleos de intereses creados” que les habían dado fondos para sus campañas y eran tan injustificables que ninguno de sus 943 vetos “fue invalidado” [5] .

En 1996, entró en vigor una ley que concedía el veto parcial a la Presidencia limitado a los impuestos y las asignaciones de gastos. Bill

Clinton recurrió al veto parcial varias docenas de veces, hasta que en 1998 el Tribunal Supremo anuló la ley con el argumento de que excedía de las funciones constitucionales del presidente. George W. Bush pidió varias veces al Congreso que concediese el veto parcial al presidente mediante una enmienda constitucional. Pero es improbable que un poder acepte autolimitarse.

## ¿CÓMO SE ELIGE AL PRESIDENTE?

La Convención debatió diversos métodos para elegir al presidente: designación por el Congreso, nombramiento por los gobernadores o por las asambleas estatales o por un número determinado de los congresistas federales escogidos por sorteo y elección directa por los ciudadanos. Al final, como escribió Hamilton, se acordó conferir "el derecho de elección, no a un cuerpo ya organizado, sino a hombres seleccionados por el pueblo con ese propósito específico y en una ocasión particular", para evitar influencias por parte de los candidatos o del presidente que buscase la reelección. Cada estado nombraría, de la manera que estableciese su Asamblea, tantos electores como la suma de sus representantes en el Congreso. El Parlamento federal podía fijar el período del año electoral en que fuesen elegidos y el día en que emitiesen su voto, que debía ser el mismo en todo el país.

Hamilton insistió en la necesidad de establecer diferentes orígenes para la Presidencia y el Congreso:

> "La Cámara de Representantes habrá de ser elegida directamente por el pueblo, el Senado por las legislaturas de los Estados, el presidente por los electores designados por el pueblo con este fin y, por lo tanto, habrá pocas probabilidades de que un interés común ligue a tan distintos sectores en una preferencia a favor de una clase especial de electores."

Entre las precauciones tomadas por los «Padres Fundadores» para evitar toda colusión está la exclusión de la condición de electores a los miembros del Congreso y a los empleados federales ( *«or Person holding an Office of Trust or Profit under the United States»* ).

Por último, la Constitución exige como requisitos previos a un presidente los de ser ciudadano de Estados Unidos por nacimiento, tener treinta y cinco años de edad y haber resido en la nación al menos catorce años. Obama no ha sido el único candidato de cuya nacionalidad se ha dudado.

Su rival en 2008, el senador John McCain, nació en 1936 en el territorio anexo al canal de Panamá, pero que estaba bajo soberanía estadounidense. Barry Goldwater, candidato en 1964, era senador por Arizona, donde nació en 1909, tres años antes de que el territorio se convirtiera en estado y se incorporase a la Unión. En estos casos, la discusión no pasó de ser una anécdota. Más seria fue la protesta contra Chester Arthur, que accedió a la Presidencia por el asesinato del presidente titular. Tantos enemigos tenía que, para tratar de parar su entrada en la Casa Blanca, circuló el rumor de que no había nacido en Vermont, sino en Canadá. Como el Tribunal Supremo no ha interpretado la expresión «ciudadano por nacimiento» (*«natural born Citizen»* ), las discusiones aparecen de vez en cuando.

El sistema en seguida mostró sus defectos. Las dos primeras elecciones, las del general George Washington, en 1788 y 1792, no provocaron problemas, al haber un único candidato y ser elegido por unanimidad. En las de 1796 ya afloraron algunos problemas. Cada elector disponía de dos votos que emitía a la vez. Se nombraba presidente al candidato con más votos y vicepresidente segundo. Ese año fue ganador por un solo voto el federalista John Adams, pero tuvo como vicepresidente al antifederalista Thomas Jefferson.

En 1800, el procedimiento causó tal crisis que el Congreso y los estados acordaron la introducción de la Enmienda XII. En esas elecciones, los dos partidos presentaron candidatos a presidente y vicepresidente. Como cada estado podía elegir su fecha para la votación de los electores, la elección se prolongó entre abril y octubre. Del Colegio Electoral salieron vencedores Thomas Jefferson y su candidato a vicepresidente, Aaron Burr, como los dos más votados, pero empatados a setenta y tres votos. La elección pasó a la Cámara de Representantes en febrero de 1801, pero no la elegida el año anterior, sino la que se encontraba en funciones, donde los federalistas mantenían la mayoría. Los representantes votaron por estados y no por escaños, y los federalistas prefirieron dar sus votos a Burr. Quien contaba y anunciaba los resultados era Jefferson en su condición de presidente del Senado por ser vicepresidente del país. Se necesitaron treinta y seis votaciones para elegir al presidente, que fue Jefferson.

Después de semejante barullo, se aprobó la Enmienda XII, que entró en vigor en junio de 1804, a tiempo para aplicarse en las elecciones de ese año. Estableció que los electores votasen por un candidato a presidente y otro a

vicepresidente, “uno de los cuales, al menos, no deberá ser habitante del mismo Estado que ellos”. Los electores emitirían su voto en la capital de su estado, en vez de ser convocados en un único lugar, donde, en las pesadillas de políticos norteamericanos, un tirano podría obligarles a nombrarle presidente, por la fuerza o por el soborno.

En las elecciones de 1824 se produjo otra crisis: la primera vez, y hasta ahora la única, que la elección pasó a la Cámara de Representantes desde la entrada en vigor de la Enmienda XII. El Partido Federalista se había desmoronado y por segunda vez no presentó candidato a la Presidencia. En las elecciones anteriores sólo hubo uno: el presidente James Monroe. Pero cuatro años más tarde se presentaron cuatro por el mismo partido, el demócrata-republicano: el general Andrew Jackson, un héroe popular; John Quincy Adams, secretario de Estado; William Crawford, secretario del Tesoro; y Henry Clay, presidente de la Cámara. Ninguno logró la mayoría absoluta de los 261 electores, por lo que los 213 representantes, agrupados por sus estados de origen, tuvieron que elegir entre los tres más votados por el Colegio. La sesión de la *«contingent election»* se celebró el 5 de febrero de 1825. Clay quedó excluido por ser el cuarto; como detestaba a Jackson, Clay cabildeó para que los diputados de los estados donde había vencido en las elecciones votasen a favor de Quincy Adams. Éste recibió trece votos de otros tantos estados; Jackson, siete; y Crawford, cuatro. El mismo día en que Quincy Adams juró su cargo, nombró su gabinete y dio el puesto de secretario de Estado a Clay. Los jacksonianos, cuyo candidato fue el que recibió más votos ciudadanos (en seis estados todavía eran las Asambleas las que designaban a los electores), declararon que se había robado la elección.

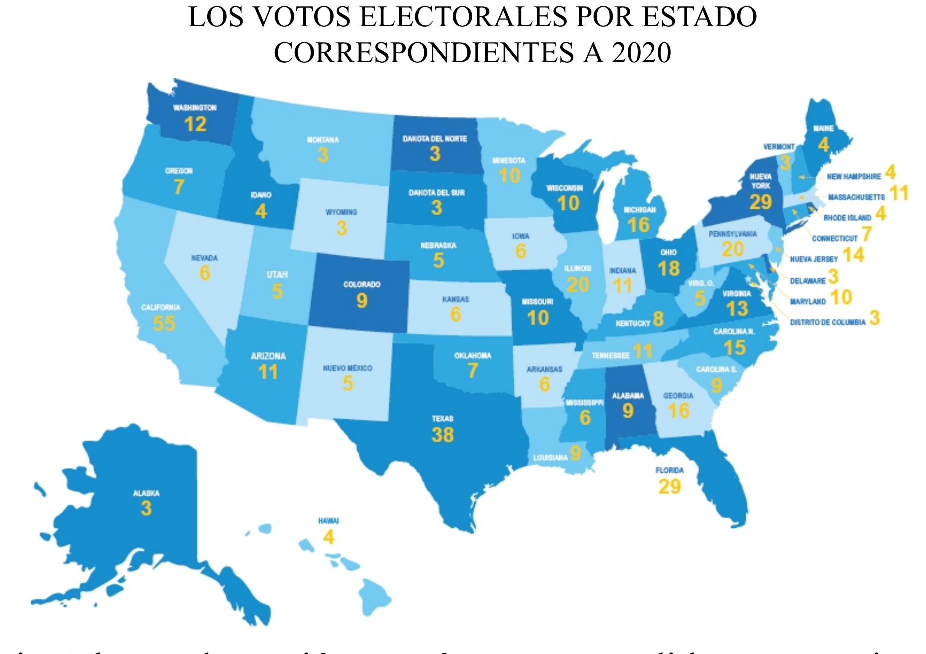
Las primeras elecciones populares de la historia de EEUU fueron las de 1828, ganadas por Jackson. En veintidós de los veinticuatro estados, los ciudadanos eligieron en votación directa a los miembros del Colegio Electoral comprometidos a votar por candidatos concretos. Sólo en Delaware y Carolina del Sur los Parlamentos mantenían la competencia de nombrarlos.

Los últimos estados cuyas Asambleas seleccionaron a los compromisarios al Colegio Electoral fueron Florida en las elecciones de 1868, debido a que seguía intervenido por las autoridades federales en el período de Reconstrucción; y Colorado en las de 1876, porque se le admitió en la Unión el 1 de agosto y no había ni tiempo ni presupuesto para

organizar las elecciones.

En elecciones muy reñidas y con terceros partidos poderosos, hay candidatos que temen perder en las bancas del Capitolio su victoria en las urnas, como le ocurrió a Jackson, que fue el candidato preferido de los ciudadanos en tres elecciones (1824, 1828 y 1832), pero sólo fue proclamado presidente dos veces.

LOS VOTOS ELECTORALES POR ESTADO
CORRESPONDIENTES A 2020




El Colegio Electoral creció en número a medida que se incorporaban nuevos estados y aumentaba la población. En las elecciones de 1908, con cuarenta y seis estados, sus miembros fueron 483. En 1912, ingresaron en la Unión Arizona y Nuevo México, con lo que el número de electores ascendió a 531. En 1929, la *Reapportionment Act* fijó en 435 el número de representantes de la Cámara; en la actualidad hay seis parlamentarios más con voz, pero sin voto, que representan a la capital y a territorios insulares del país, como Puerto Rico y Guam. En las elecciones de 1960, debido a que en el año anterior el Congreso admitió a Alaska y Hawái, el Colegio Electoral pasó a estar formado por 537 ciudadanos. La última reforma del Colegio Electoral consistió en asignar tres electores a Washington DC, mediante la Enmienda XXIII (1964), con lo que el Colegio Electoral alcanzó los 538 miembros que conserva hasta 2020.

Por cierto, que la capital ha demostrado que es muy distinta del resto del país. Sus vecinos siempre han votado por los demócratas y con unos porcentajes propios de Carolina del Sur durante el régimen de partido único del *«Solid South»* , del que hablaremos en otro capítulo. El porcentaje más

bajo conseguido por un demócrata lo registró McGovern en 1972, con un 78%. En 2012, Obama se acercó a la unanimidad, con el 92%. Cuando el resto de la nación se decantaba por un republicano, el DC se mantenía impertérrito en su lealtad a los demócratas. En 1984, Reagan ganó en todos los estados, salvo en el natal de su adversario y en Washington donde éste recibió un 85%. En 2016, Hillary Clinton se aproximó a Obama, con un 90%. Esta peculiaridad de Washington DC responde a que se trata de una ciudad poblada por comunidades negras que reciben subsidios y por profesionales que viven de la política, desde periodistas hasta empleados de agencias de *lobbies* , consultoras y bufetes de abogados.

La asignación de los electores se rige con el sistema de que el *ticket* más votado en un estado, aunque sea por una sola papeleta, se los lleva todos (*«winner-take-all policy»* ). La excepción son Maine (cuatro electores) y Nebraska (cinco electores). Estos estados reparten sus electores de dos maneras: dos (por los senadores) se atribuyen al vencedor del voto popular a nivel estatal y el resto al ganador en cada distrito correspondiente a los representantes del Congreso.

## EL COLEGIO CONTRADICE AL PUEBLO

Desde la Enmienda XII, todos los presidentes han obtenido la mayoría en el Colegio Electoral y en el voto popular, salvo cinco casos. Uno fue Quincy Adams en 1824, como ya hemos explicado atrás, elegido por la Cámara de Representantes, y los otro cuatro fueron nombrados por el Colegio Electoral, aunque quedaron segundos en el recuento de papeletas. Estos cuatro beneficiados por la institución son todos republicanos.

| VENCEDORES SÓLO EN EL COLEGIO ELECTORAL | | | |
|---|---|---|---|
| CANDIDATOS PRINCIPALES | VOTO EN EL COLEGIO | % DE VOTO ELECTORAL | % DE VOTO POPULAR |
| 1876 | | | |
| Rutherford Hayes | 185 | 50,1 | 47,9 |
| Samuel Tilden | 184 | 49,9 | 50,9 |
| 1888 | | | |
| Benjamin Harrison | 233 | 58,1 | 47,8 |
| Grover Cleveland | 168 | 41,9 | 48,6 |
| 2000 | | | |
| George W. Bush | 271 | 50,4 | 47,9 |
| | | | |

| | | | |
|---|---|---|---|
| Al Gore | 266 | 49,4 | 48,4 |
| 2016 * | | | |
| Donald Trump | 304 | 56,5 | 46,1 |
| Hillary Clinton | 227 | 42,2 | 48,2 |

** En esta votación, siete miembros del colegio votaron a otros candidatos*

Otro riesgo del colegio electoral (inherente a cualquier sistema electoral, por otro lado) es, en las elecciones reñidas, el escaso número de votos que bastarían para cambiar al vencedor o para bloquear el Colegio Electoral y delegar el nombramiento del presidente en la Cámara y el de vicepresidente en el Senado.

Abraham Lincoln se llevó en 1860 los treinta y cinco electores de Nueva York por menos de 51.000 papeletas respecto a la candidatura unida de sus otros tres rivales; si hubiera perdido ese estado, no habría superado la mitad más uno en el Colegio y la elección la habría decidido la Cámara. Lo mismo habría ocurrido en 1948 en el caso de que el republicano Thomas Dewey hubiera vencido en California y Ohio, ambos con veinticinco electores, en vez del presidente Truman. Éste quedó primero en California por 18.000 votos y en Ohio por 7.000. Las últimas elecciones en que un tercer candidato obtuvo delegados en el Colegio fueron las de 1968, que trataremos con más detalle en otro capítulo. Habrían bastado menos de 55.000 votos en tres, Misuri, New Jersey y Delaware, para hacer imposible la mayoría en el Colegio. Otro empate se habría producido en 1976 si Jimmy Carter hubiera perdido Ohio y Delaware; la diferencia con el presidente Gerald Ford en ambos estados sumó menos de 25.000 votos.

Woodrow Wilson consiguió la reelección en 1916 gracias a los 4.000 votantes que le dieron la victoria en California sobre Charles Evans Hughes y con ella los trece electores. Richard Nixon alcanzó la Presidencia en 1968. Se habría adelantado ocho años si en 1960 hubiera arrebatado a John Kennedy Illinois y Texas, donde la victoria del demócrata (7.000 papeletas en el primer estado y 46.000 en el segundo) fue tan ajustada que todavía hoy se discute. Menos de 20.000 votos en Hawái y Ohio condujeron a Carter de Georgia a la Casa Blanca. George W. Bush fue presidente en 2000 gracias a sólo seiscientas papeletas en Florida. Su rival en 2004, John Kerry, le habría derrotado con sólo haber ganado los veinte electores de Ohio. Quizás unos anuncios más de televisión u otra visita del candidato demócrata habrían podido mover la mitad de los 120.000 votos de ventaja que obtuvo Bush a la saca de Kerry. Donald Trump derrotó a Hillary

Clinton en 2016 al hacerse con Pensilvania, Michigan y Wisconsin; su ventaja en los tres estados consistió en 85.000 papeletas.

En otros casos, el Colegio Electoral ha dado unas mayorías abrumadoras a los presidentes que no se correspondían en porcentaje con el voto popular. Descontadas las dos elecciones de Washington y la de James Monroe (1820), en la que no hubo ningún otro candidato, pero no existió la unanimidad debido a un elector infiel, las votaciones en el Colegio Electoral por encima del 90% para un candidato han sido las siguientes:

| MAYORES VICTORIAS | | |
|---|---|---|
| CANDIDATOS PRINCIPALES | VOTO EN EL COLEGIO | % DE VOTO POPULAR |
| 1936 | | |
| Franklin D. Roosevelt | 523 | 60,8 |
| Alf Landon | 8 | 36,5 |
| 1984 | | |
| Ronald Reagan | 525 | 58,7 |
| Walter Mondale | 13 | 40,5 |
| **1972** | | |
| Richard Nixon | 520 | 60,6 |
| George McGovern | 17 | 37,5 |
| 1804 | | |
| Thomas Jefferson | 162 | 72,8 |
| Charles C. Pinckney | 14 | 27,2 |
| **1864** | | |
| Abraham Lincoln | 212 | 55,03 |
| George McClellan | 21 | 44,95 |
| **1964** | | |
| Lyndon B. Johnson | 486 | 61,1 |
| Barry Goldwater | 52 | 38,5 |
| **1980** | | |
| Ronald Reagan | 489 | 50,7 |
| Jimmy Carter | 49 | 41,0 |

## INSTITUCIÓN COPIADA Y DESECHADA

Durante el siglo XIX, debido a la influencia de EEUU, las malas comunicaciones y el recelo de las clases altas respecto al sufragio universal,

muchas repúblicas adoptaron sistemas parecidos al colegio electoral. La última vez que se empleó en Brasil fue en 1985 y en Argentina en 1989; después, estos países abrieron procesos constituyentes y en sus nuevas constituciones optaron por el sistema de elección directa, en que la nación entera era la única circunscripción y se eliminaban los estados de este proceso.

En la III (1871-1940) y la IV (1946-1958) Repúblicas francesas, el jefe del Estado tenía más funciones ceremoniales que políticas, y lo elegían los parlamentarios. La primera elección de Charles de Gaulle correspondió a un enorme colegio electoral formado por más de 80.000 personas: los diputados de la Asamblea General, los miembros de las asambleas de la Unión Francesa y miles de alcaldes y concejales. Desde 1965, la elección es directa por el censo electoral y sólo ha variado el mandato presidencial, de siete años a cinco.

Las dos repúblicas españolas tuvieron seis jefes de Estado. Ninguno de ellos fue elegido por el pueblo. En la I República (1873-1874) los nombraron las Cortes (unicamerales). El primer presidente de la II República, Niceto Alcalá Zamora, fue designado en diciembre de 1931 por las Cortes Constituyentes y destituido de manera irregular por Cortes ordinarias en abril de 1936, antes de la finalización de su mandato. El segundo presidente, Manuel Azaña, fue elegido siguiendo el procedimiento constitucional: un cuerpo formado por los diputados de las Cortes más un número igual de compromisarios, elegidos éstos en votación directa por los españoles. El casi millar de compromisarios se reunió el 10 de mayo en el Palacio de Cristal del parque del Retiro de Madrid para emitir sus votos.

Los italianos que elaboraron la Constitución de la república de 1947 imitaron más a Francia que a EEUU. El mandato presidencial dura siete años y la elección es exclusiva de un cuerpo en el que los ciudadanos no participan. El nombramiento corresponde a los diputados y senadores, a los que se unen cincuenta y ocho delegados en representación de las veinte regiones de Italia.

El único colegio electoral que se mantiene es el primero, aunque se ha intentado suprimir en numerosas ocasiones.

## UNA REPÚBLICA FORMADA POR UNA UNIÓN DE ESTADOS

Los partidarios de la derogación alegan que disuade del ejercicio del derecho de sufragio a las personas cuyo candidato es imposible que venza en su estado de residencia, da más importancia a los ciudadanos de los

estados más pequeños y es antidemocrática, ya que permite el triunfo del segundo candidato en el recuento de los votos populares. A cambio, proponen un sistema en el que la circunscripción sea la nación entera, cosa que no ocurre en Estados Unidos en ninguna otra elección ni referéndum. Si la palabra «democracia» no aparece ni una vez en la Constitución, tampoco lo hace el principio de «una persona, un voto». En cambio, la Constitución impone otras medidas contrarias a lo que hoy entendemos por democracia al asignar a todos los estados, con independencia de su población, dos senadores y, al menos, un representante.

Un último argumento es el riesgo de que la elección la decida un puñado de electores que cambie su compromiso. Rutheford Hayes (1876) obtuvo la Presidencia por un único voto de diferencia: 185 contra 184; John Adams (1796), por dos: 71 y 68; y George W. Bush (2000) por tres: 271 contra 266. Sin embargo, este miedo nunca se ha cumplido. Aunque la Constitución permite a los electores absoluta libertad al votar cuando se reúnen el lunes siguiente al segundo miércoles de diciembre del año electoral, el Supremo admitió por unanimidad de sus miembros en una sentencia conocida en julio pasado la constitucionalidad de las leyes vigentes en treinta y tres estados más Washington DC contra los electores desleales (*faithless electors* ) y les obliga a votar por aquellos candidatos a los que se comprometieron.

Los defensores del Colegio Electoral alegan que este método es el más adecuado para un país federal, pues introduce dos factores: el pueblo y los estados. De esta manera, evita que el nombramiento de la Presidencia lo decidan los californianos, los neoyorquinos y los texanos. Ha cumplido su misión de nombrar a un presidente y a un vicepresidente en las cincuenta y cuatro elecciones celebradas desde la entrada en vigor de la Enmienda XII, salvo una. De producirse recuentos dudosos, como en las elecciones de 1960 y 2000, limita las disputas a unos pocos estados, en vez de extenderlas a todo el país, un país donde hasta las papeletas pueden variar entre condados vecinos [6] .

La clave para obtener la victoria es que el candidato sea capaz de formar una coalición que abarque diversos grupos sociales en determinados estados, es decir, una unión de mayorías, como hicieron Franklin Roosevelt y Ronald Reagan.

El Colegio Electoral es la institución más polémica de las que establece la Constitución. Se han presentado entre 500 y 700 propuestas legislativas

para corregirlo o suprimirlo. El intento más serio ocurrió después de las elecciones de 1968, las últimas en que tres candidatos obtuvieron electores y se podría haber repetido la crisis de 1824. El candidato con más votos populares, Richard Nixon, podría haber sido postergado por la Cámara de Representantes en favor del segundo candidato, Hubert Humphrey, del mismo partido que la mayoría de los diputados.

En un mensaje pronunciado al mes de jurar su cargo, Nixon propuso que los electores de cada estado se distribuyesen entre los candidatos en proporción a los sufragios populares y que se introdujese la segunda vuelta entre dos candidatos si ninguna candidatura obtenía al menos un 40% del voto de los electores del colegio [7] . Ese mismo año empezó a tramitarse en la Cámara de Representantes un proyecto de reforma constitucional en este sentido, llamado la Enmienda Bayth-Celler, pero decayó en el Senado en 1971. Desde entonces, ningún presidente se ha implicado en la reforma con intensidad similar a como lo hizo Nixon.

La supresión del Colegio Electoral necesitaría una reforma constitucional, con el voto a favor de las asambleas legislativas de al menos tres cuartos de los cincuenta estados. Y es improbable que la veintena de estados beneficiados por este sistema se avengan a prescindir de él. Gracias al Colegio Electoral, como a las primarias de los dos grandes partidos, estados ignorados por las costas, la capital federal y los medios de comunicación se convierten cada cuatro años en centros de atención para la nación entera y hasta el mundo. Y, al igual que ocurre en otros muchos asuntos en Estados Unidos, aquí no hay una divisoria tajante entre azules (demócratas) y rojos (republicanos).

Los estados claramente más favorecidos son aquellos que tienen cuatro o tres electores, es decir, los mismos diputados o menos en el Congreso que senadores. Son doce: Alaska (3), Montana (3) Wyoming (3), Dakota del Norte (3), Dakota del Sur (3), Idaho (4), Vermont (3), Delaware (3), Rhode Island (4), Maine (4), New Hampshire (4) y Hawái (4). En las elecciones de 2016 y 2012 los seis primeros optaron por el candidato republicano y los otros seis por el demócrata. Trump recibió veinte votos de esos estados y Obama veintidós. Es decir, no se puede sentenciar que los estados pequeños voten siempre por un partido concreto. A este grupo de pequeñas circunscripciones podemos unir la ciudad de Washington, cuyos tres compromisarios van siempre a la bolsa azul.

Puesto que la supresión del Colegio Electoral exigiría una reforma

constitucional que no parece posible, se han propuesto diversos métodos para atenuar o hasta eliminar sus efectos. La iniciativa *«National Popular Vote Interstate Compact»* sugiere que los estados se comprometan a que sus electores obligatoriamente den su voto al primer candidato por voto popular, con independencia del resultado local. Hasta ahora la apoyan quince estados y el DC, en la mayoría de los cuales suele ganar las presidenciales el candidato demócrata.

Otra alternativa para modificar la supuesta injusticia del Colegio Electoral es recurrir a la competencia que la Constitución concede a los Parlamentos estatales para establecer la asignación de sus electores. Consistiría en repartirlos proporcionalmente en cada estado entre los candidatos en función de sus resultados. La consecuencia sería que los demócratas tendrían que compartir una parte de los 120 electores de California, Nueva York, Illinois, New Jersey y Massachusetts, que desde hace décadas van íntegros a sus candidaturas, con el republicano. Pero el reparto proporcional, fácil de aplicar en los estados muy poblados, sólo se aplica en los dos pequeños estados ya citados.

## LOS NUEVE SEÑORES DE LA REPÚBLICA

El edificio constitucional de los Estados Unidos está coronado por el Tribunal Supremo federal: nueve magistrados (*justices* ) propuestos por el presidente y confirmados o rechazados por el Senado.

Una vez elegidos, los magistrados pasan a ejercer el único cargo vitalicio de la república, aunque el Congreso les puede destituir mediante un juicio político (*impeachment* ). Un viejo dicho exagera la longevidad de los jueces al afirmar que "nunca dimiten y raramente mueren". No son elegidos directamente por el pueblo, pero disponen del inmenso poder de anular las leyes del Congreso y de cualquier asamblea estatal, revocar resultados de referendos y ordenar a los presidentes. Sus sentencias son inapelables y obligan a todas las instituciones del país. Es el primer tribunal ante el que comparecieron los titulares de la soberanía.

La Constitución asigna el "poder judicial" del país en la *«SCOTUS»* (*«Supreme Court of the United States»* ) y a los tribunales inferiores que cree el Congreso. En su primera legislatura, el Congreso estableció tribunales de apelaciones o de distrito, intermedios entre los tribunales estatales y el Supremo. El número de magistrados de éste ha cambiado varias veces: siete en 1807, nueve en 1837, diez en 1863, siete en 1866 y nueve por la *Judiciary Act* de 1869, que se mantiene hasta ahora.

El silencio de los constituyentes sobre las competencias del Supremo lo colmó el juez John Marshall mediante la sentencia más famosa y trascendental de la historia, después de la condena a Jesucristo. Días antes de abandonar la Presidencia, en marzo de 1801, Adams nombró a varias docenas de federalistas para cargos de jueces de paz y de apelación, que aprobó el Senado. El nuevo gobierno rechazó los nombramientos. Entonces, uno de los afectados, William Marbury, demandó al secretario de Estado de Jefferson, James Madison. El caso llegó al Supremo y en la sentencia correspondiente, Marshall, otro federalista nombrado presidente del Supremo en febrero de 1801, falló que Marbury no podía negarse a firmar el nombramiento de Madison, pero que el tribunal no podía dictar un mandamiento al secretario de Estado para obligarle a cumplir su deber, porque la ley que le daba ese poder era inconstitucional. Así Marshall creó el control de constitucionalidad de las leyes y la capacidad de los tribunales de anularlas, facultad que tampoco aparece en la Constitución.

En la formación del régimen constitucional de EEUU sólo encontramos un acto de importancia similar al de Marshall en la determinación de John Tyler, primer vicepresidente que sucedió a un presidente por la muerte de éste, de ejercer como jefe de Estado hasta la conclusión del mandato.

A pesar de su pequeñez (menos de 120 jueces han pasado por el Tribunal Supremo en sus más de 230 años de existencia), las controversias populares también lo han alcanzado. Al menos uno de sus miembros, Hugo Black, perteneció al Ku Klux Klan y atacó en su carrera política a los católicos, aunque como juez apoyó el «*New Deal* » de Roosevelt, quien le dio la toga. El primer juez católico, Roger Taney, se incorporó en 1836; el primer juez judío, Louis Dembitz Brandeis, lo hizo en 1916; el primer juez negro, Thurgood Marshall, en 1965; y la primera juez, Sandra Day O’Connor, en 1981.

La jurisprudencia sobre la esclavitud y el racismo de la *«SCOTUS»* ha sido tan contradictoria como la conducta de la sociedad. En el caso Estados Unidos contra *La Amistad* (1841), el Supremo sentenció que los africanos apresados y transportados en la goleta española *La Amistad* eran seres humanos libres. Sin embargo, en el caso Dred Scott contra Sandford (1857), la sentencia fue radicalmente opuesta, pues excluyó a los negros, libres o esclavos, de la ciudadanía de Estados Unidos y además negó al Congreso federal la competencia para regular (prohibir) la esclavitud. Las enmiendas XIII (abolición de la esclavitud) y XIV (igual protección jurídica para todos

los ciudadanos del país) anularon la sentencia. El acuerdo entre los dos partidos que zanjó la elección del republicano Hayes (1877) permitió a los demócratas, como contrapartida, construir un régimen de supremacía blanca en el territorio de la Confederación derrotada en 1865. Las Asambleas estatales aprobaron legislaciones llamadas de *«Jim Crow»* que establecieron la segregación de los negros y las instituciones federales lo consintieron. El Supremo en el caso Plessy contra Ferguson (1896) aceptó el principio básico de la segregación de «separados, pero iguales» en servicios públicos como la educación y el transporte, y el sector privado. También falló a favor de la constitucionalidad de las leyes que establecían requisitos para el voto y que se usaron para privar de este derecho a los negros, como en Giles contra Harris (1903). Esta jurisprudencia sólo empezó a cambiar en los años 50 del siglo XX. Mientras que en España el rey Fernando el Católico consagró legalmente los matrimonios de españoles con nativas americanas en una real orden de 1514, en EEUU la sentencia del tribunal que derogó las leyes contrarias a los matrimonios mixtos fue de 1967 (caso Loving contra Virginia).

La *«SCOTUS»* es el tribunal más importante del mundo, porque, en una muestra de la hegemonía cultural de EEUU, algunos de sus fallos se extienden a todo el mundo occidental, como se ha comprobado con la legalización del aborto y del matrimonio homosexual. En cambio, los efectos de otros como el reforzamiento de la libertad de expresión y de la participación política de los ciudadanos, el respaldo a la tenencia de armas y el recorte a la inmunidad del Ejecutivo no han gozado de difusión similar. Dejo al lector las reflexiones sobre los motivos de esa diferencia.

Durante la mayor parte de su existencia, el Senado confirmaba las nominaciones enviadas por los presidentes y la cuestión era tan pacífica (o el respeto a la jurisprudencia y los precedentes era tan unánime) que los senadores admitían como magistrados a fiscales generales, gobernadores y hasta a un ex presidente, que fue William Taft. Muchos de los nombramientos se realizaban por aclamación, el último de los cuales se efectuó en 1965.

Sin embargo, Franklin Delano Roosevelt cambió este equilibrio, pues en su segundo mandato trató de fabricarse un Tribunal Supremo que no anulase algunas de las leyes de su *«New Deal»* , como había ocurrido en el primero. Mediante la *Judicial Procedures Reform Bill* (1937) quiso añadir nuevos jueces para sustituir a los veteranos o ancianos, pero su plan fracasó

—porque se trataba de una innegable manipulación— por el desprecio con el que el presidente trató a los senadores de su propio partido y por el paso del tiempo. Entre 1937 y 1941, siete de los nueves jueces fallecieron o se retiraron. En ese último año, Roosevelt había renovado ocho de los nueve puestos, por lo que casi alcanzó a George Washington, quien nombró a todo el tribunal. Como reconoció el juez William Rehnquist, Roosevelt "ganó la guerra por el control del Tribunal Supremo", gracias no a una legislación especial, sino al nombramiento de tantos jueces favorables a sus proyectos [8] .

Cuando al ex presidente Eisenhower le preguntaron si había cometido algún error en su mandato respondió: "Sí, dos. Y los dos se sientan en el Tribunal Supremo". Se refería a los nombramientos como presidente de Earl Warren, gobernador de California y candidato republicano a la Vicepresidencia en 1948, y de William Brennan como magistrado, que volcaron la *«SCOTUS»* al activismo judicial y crearon una jurisprudencia a partir de la interpretación de la Constitución como un texto vivo. De esta manera, el Tribunal se convirtió en un legislador positivo, por encima de los estados, del Congreso, de la Presidencia y del mismo pueblo. El ejemplo más claro de esta jurisprudencia fue la sentencia de 1973 que legalizó el aborto amparándose en un derecho a la intimidad inexistente en la Constitución y en sus enmiendas.

La división de la sociedad estadounidense en las «guerras culturales» de los años 60 alcanzó el Tribunal Supremo cuando el presidente Reagan, en cumplimiento de su promesa de concluir el activismo judicial izquierdista, propuso al Senado el nombramiento del jurista Robert Bork. La reacción de los demócratas fue feroz y despiadada. El senador Ted Kennedy (cuya familia había recurrido a sus influencias para librarle de responsabilidad penal por la muerte de la joven Mary Jo Kopechne) pronunció un discurso en la que acusó a Bork de racista, de censor de la libertad de expresión, de querer negar el acceso a los tribunales a millones de ciudadanos… La izquierda lanzó una campaña de anuncios en televisión contra Bork. El Senado rechazó el nombramiento y Reagan tuvo que proponer a otro jurista. El apellido Bork ha pasado a significar en la política norteamericana la oposición inflexible al nombramiento de un cargo público. Otro jurista que sufrió *«borking»* por la izquierda fue Clarence Thomas, al que paradójicamente su condición de negro no le protegió.

Desde el caso de Bork, las nominaciones de magistrados para la

*«SCOTUS»* han pasado a ser batallas campales en las que, salvo armamento nuclear, los bandos usan cualquier recurso. La vacante por fallecimiento del conservador Antonin Scalia en febrero de 2016 provocó una tormenta. La mayoría republicana en el Senado bloqueó la propuesta de Obama hasta el resultado de las elecciones de ese año. Sin duda, uno de los factores que decidió la victoria de Trump en 2016 fue su compromiso de proponer juristas pro-vida para la *«SCOTUS»* y los tribunales de circuito, lo que le atrajo el voto de los ciudadanos religiosos y contrarios al aborto. Cuando Trump propuso al jurista Brett Kavanaugh, éste sufrió una campaña de denigración tan dura como la de Bork, pues varias mujeres le acusaron de violación o abusos sin que ninguna de ellas aportara pruebas, pero con el respaldo de los senadores demócratas y la prensa progresista.

Muchos consideran que el verdadero poder en Estados Unidos reside en el Tribunal Supremo y, en consecuencia, el interés de las elecciones consiste en elegir a un presidente que designe a juristas partidarios del «originalismo» o de la «Constitución viviente» para asentar o alterar una jurisprudencia. El Supremo no es sólo un tribunal que resuelve conflictos, ni el último intérprete de la constitucionalidad de todas las leyes, ni el árbitro entre los demás poderes; es también la manera en que un presidente puede seguir gobernando, o al menos influyendo, después de haber dejado la Casa Blanca.

---

3 OBAMA, Barack: The Audacity of Hope, Canongate, Edinburgh, 2007, pp. 87-88.

4 TOCQUEVILLE, Alexis: La democracia en América, vol. I, Fundación Iberdrola/Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 215 y ss.

5 REAGAN, Ronald: Una vida americana, Plaza y Janés, Barcelona, 1991, págs. 350-352.

6 A favor del Colegio Electoral, recomendamos ROOS, Tara: Enlightened Democracy. The Case for the Electoral College, Colonial Press, Dallas, 2004. Y en contra, EDWARS III, George: Why the Electoral College Is Bad for America, Yale University Press, 2nd. edition, New Haven, 2011.

7 " I will support any plan that moves toward the following objectives: first, the abolition of individual electors; second, allocation to Presidential candidates of the electoral vote of each State and the District of Columbia in a manner that may more closely approximate the popular vote than does the present system; third, making a 40% electoral vote plurality sufficient to choose a President." Ver NIXON, Richard: «Special Message to the Congress on Electoral Reform», 20 de febrero de 1969. Disponible en http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=2400#axzz1ZQxZhnhl. Consultado el 24 de julio de 2020.

8 Discurso del juez William Rehnquist, presidente del Tribunal Supremo (1986-2005), pronunciado el 21 de marzo de 2003. Accesible en https://www.supremecourt.gov/publicinfo/speeches/sp_03-21-03.html. Consultado el 18 de julio de 2020.




Portada de la revista de The New Yorker d e 1976 que se burla del concepto que tenían muchos neoyorquinos del resto del país. Un anticipo del «flyover country», los estados del interior, despreciados por muchos de los habitantes de las ciudades de las dos costas, pero que tienen una gran influencia al elegir al presidente.

# LA POBLACIÓN Y EL COLEGIO ELECTORAL

"Más adelante, después de que ambos afirmaran que Trump en realidad no había ganado las elecciones, mencioné el Colegio Electoral y, de inmediato, ambos replicaron que el Colegio Electoral no debería contar. Uno dijo que el Colegio Electoral era una «patraña» y que Los Ángeles y Nueva York deberían decidir quién sería «el puto presidente». «No quiero que unos paletos ignorantes de mierda decidan quién debería ser el presidente —gruñó—. Soy un progresista de la élite costera, a mucha honra, y creo que deberíamos elegir nosotros al presidente porque sabemos mejor lo que hacemos»."

Bret Easton Ellis

Para los apasionados de los mapas y los datos, los colegios electorales conforman una serie tan curiosa como valiosa sobre la evolución de la demografía y de los mismos Estados Unidos como nación.

En los primeros años de la independencia, el estado con más población y, por tanto, más diputados en la Cámara y más electores en el colegio fue Virginia, debido al pacto entre los estados del Sur y del Norte de que cada esclavo contase como tres quintos de un hombre libre en el censo. Hasta 1800, tuvo 20 electores de 138; Massachusetts, que entonces abarcaba Maine, 16; Pensilvania tuvo 15; y Nueva York, 12. En 1804, el Colegio Electoral creció a 176, de los que correspondían a Virginia 24, 20 a Pensilvania y 19 a Massachusetts y a Nueva York. En 1808, Nueva York ya superó en población a Virginia; y en 1812, en unas elecciones en las que participaron dieciocho estados y el colegio se agrandó hasta 261 electores, se le asignaron 36 electores frente a 24 de Virginia y 28 de Pensilvania.

Nueva York perdió la condición de territorio más populoso en 1972. California pasó de 43 en las elecciones de 1968 a 45 y Nueva York bajó de 43 a 41. En las elecciones de 1992, California tenía 54 electores y Nueva York 33, pero Texas se acercaba a éste con 32. En 2004, Texas subió a 34 y Nueva York bajó a 31, y en 2012 el estado sureño creció hasta 38 y el atlántico disminuyó hasta 29, la misma cantidad que Florida. Si la

decadencia del cinturón del óxido son las ruinas de Detroit y las fábricas abandonadas, la de Nueva York la puede representar su pérdida de importancia en el Colegio Electoral.

## UN MILLÓN DE INMIGRANTES ANUALES

Los censos ordenados por los ministros Floridablanca y Godoy a finales del siglo XVIII revelaron que en la España europea vivían más de diez millones de personas. El censo de Estados Unidos para 1800 dio 5,3 millones de habitantes. En las décadas siguientes, la población de Estados Unidos disparó su crecimiento, lo que influyó en su expansión territorial, en la disposición de mano de obra para la agricultura, la minería y la industria y en la creación de un enorme mercado interior.

Entre 1820 y 1930, alrededor de sesenta y dos millones de personas abandonaron sus tierras de nacimiento para trasladarse a otras repartidas por el resto del globo. "Casi las dos terceras partes de estas almas emprendedoras irían a Estados Unidos. Ningún otro país se acercaría a estas cifras". [9] La inmigración y el crecimiento natural elevaron la población del país a 31,5 millones en 1860, ya superior a la de la primera potencia mundial, la Gran Bretaña, con 27,3 millones en 1861. El censo decenal registró la superación de los cien millones en 1920, la de los doscientos millones en 1970 y la de los trescientos en 2010. Entre 1896 y 1915, el número de entradas rebasó varias veces el millón anual, sobre todo de nacionales del este y del sur de Europa, de religión católica, ortodoxa y judía, en contraste con la inmigración habitual hasta entonces, consistente en europeos del norte de religión protestante y costumbres similares a las de los norteamericanos. En consecuencia, en los años 20 se aprobó una legislación que restringió la entrada de nuevos inmigrantes y la expulsión de los indocumentados.

Estas riadas de gentes se asentaron sobre todo en el norte del país: Nueva York, Massachusetts, los estados de los Grandes Lagos, Pensilvania, Nueva Jersey… y más tarde en el Oeste. Los nuevos ciudadanos evitaron establecerse en el Sur, debido a factores como la falta de industrias, la menor prosperidad, la sociedad señorial que recordaba la dejada atrás en Rusia, Italia o Polonia, la hostilidad contra quienes no eran protestantes ni anglosajones y, mientras existió, la esclavitud. De esta manera, los estados del Sur estaban destinados desde muy pronto a quedar en inferioridad de condiciones económicas y sociales respeto al Norte, lo que explica su

derrota en la guerra, su mayor pobreza y, por supuesto, su decadencia política. A partir de las décadas de los 50 y 60 del siglo pasado, en cuanto los restos del Viejo Sur, hosco y pobre, se difuminaron por la nueva industrialización y la eliminación del racismo institucional, la balanza demográfica comenzó a equilibrarse. A partir de 1970, la población de los estados del Sur empezó a incrementarse y la de los estados del Norte, por contra, a decaer.

La Segunda Guerra Mundial causó otra oleada de emigración interna a la costa Oeste. El traslado de numerosas fábricas para abastecer a las tropas desplegadas en el Pacífico, desde astilleros hasta conserveras, necesitó el de la mano de obra. Después, con la infraestructura ya creada, se desarrollaron en California las industrias aeroespacial y electrónica y en Texas la petroquímica y la gasística. Tan pronto como en 1946, las autoridades permitieron la inmigración de viudas y prometidas de militares estadounidenses con sus hijos. Entre 1943 y 1964, los Gobiernos de EEUU y México firmaron un acuerdo para la contratación de braceros en las comarcas agrícolas de los estados del Sur y el Oeste. Parte de ellos se quedaron ilegalmente hasta su regularización. Luego se abrieron las fronteras a quienes escapaban de los países sometidos a regímenes socialistas: húngaros, cubanos, vietnamitas… Cientos de miles de cubanos huyeron de la isla caribeña después de la toma del poder por los hermanos Castro. Los miembros de esta comunidad y sus descendientes se calculan en más de dos millones de ciudadanos, de los que tres cuartas partes viven en Florida.

La inmigración volvió a ascender en los años 90. En este nuevo período, los inmigrantes ya no son europeos, sino hispanoamericanos, asiáticos y africanos, con ingresos anuales otra vez superiores al millón de personas. Los nacidos en otro país que residían en EEUU ascendieron en 1960 a diez millones y en 2016 a 43,7 millones, el 13,5% de la población total. El principal país de origen es México. Estos inmigrantes, muchos legales, pero también ilegales, se establecen en un puñado de estados, donde abundan los empleos sin cualificación y las comunidades extranjeras ya asentadas: los fronterizos con México, el Sur, Nueva York, Illinois... Para gran parte de la humanidad, Estados Unidos mantiene intacta en el siglo XXI la imagen de tierra de libertad, de oportunidades y de igualdad que se formó doscientos años antes.

## EL AUGE DE CALIFORNIA

La afirmación de que Estados Unidos es un país levantado por los inmigrantes es más cierta aún en California.

La anexión del territorio por Estados Unidos después del tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848) no produjo cambios en él. Estaba escasamente poblado por nativos y por descendientes de españoles que mantenían las costumbres de sus antepasados. Este letargo se desvaneció cuando se descubrieron yacimientos de oro en el mismo 1848.

En los años siguientes 300.000 personas, sobre todo del resto de EEUU, se desplazaron a California por tierra y por mar. Los municipios de San Francisco, Monterrey y Los Ángeles habían tenido unas pocas docenas de vecinos durante las soberanías española y mexicana. La avalancha de inmigrantes los convirtió en ciudades, sobre todo al puerto de San Francisco, que pasó de unos doscientos habitantes en 1846 a más de 35.000 en 1850. A finales de 1849 ya vivían en el territorio 100.000 habitantes, más que suficientes para que se le admitiese en la Unión. Ese año, una convención redactó una Constitución y en 1850 el Congreso federal incorporó a California como estado libre de esclavitud. En el Sur se esperaba que California se hubiese dividido en dos para mantener la igualdad en el Senado entre los bloques de estados con la esclavitud prohibida o permitida.

Otra inmigración numerosa fue la china, como mano de obra para la agricultura y el ferrocarril. Los chinos alcanzaron después de la Guerra de Secesión el diez por ciento de la población de California. Las protestas de la población blanca contra los orientales condujeron a que el Congreso aprobase varias prohibiciones a la inmigración china en 1875 y 1882. A lo largo del siglo XX, la composición étnica de California ha cambiado de tal manera que puede ser el primer estado del país donde los blancos no hispánicos dejen de ser el grupo mayoritario. En 2019, con treinta y nueve millones de habitantes, el porcentaje de hispanos superaba el 39%, mientras que el de blancos no hispanos no llegaba al 37%. Los asiáticos eran un 15%; los negros, un 6,5%; y los nativos americanos, un 1,5%.

Aquí se inició uno de los movimientos sociales fundamentales en la política de la segunda mitad del siglo XX.

> “En la década de 1940, cuando la economía de guerra finalmente sacó a Estados Unidos de la Depresión, el auge ocurrió más temprano en California, con sus plantas de aviones y otras industrias militares clave. Los salarios subieron rápidamente. Fue en California donde la

palabra *trabajador* dejó de referirse, por primera vez, a alguien que está definido (o esclavizado) por su trabajo. El trabajador de California se convirtió en propietario: primero, de un automóvil; luego, muy pronto, de una casa y de un segundo automóvil. Comenzó a pensar en la vida cívica de la misma manera que cualquier nuevo propietario. Quería estabilidad, incluido uno de sus principales apoyos: la decencia moral. Quería liberarse de la intrusión del Gobierno, particularmente de los altos impuestos. Quería que la política pública favoreciera a personas como él, personas que se habían ganado lo que poseían. Quería enorgullecerse de lo que había logrado; y dos de las formas más populares del orgullo fueron el optimismo oficial y el patriotismo”. [10]

La California que en 1960 se le escapó a Kennedy por 35.000 votos, que rechazó a Nixon como gobernador en 1962 y que votó a LBJ en 1964 de manera abrumadora, en 1966 escogió como gobernador a Ronald Reagan y lo reeligió en 1970. Los trabajadores constituyeron uno de los grupos básicos de la coalición del *«New Deal»* de Roosevelt. Al convertirse en clase media, lo que supone, no sólo una mayor prosperidad, sino, además, una actitud moral, se apartaron de los demócratas, cada vez más escorados a la izquierda y a los gritones. Reagan fue su primer portavoz y líder. Y luego, ambos, el trabajador enriquecido y patriota, y el político optimista, se extendieron por todo el país.

En las primeras elecciones presidenciales en que participó California, las de 1852, el estado tuvo cuatro electores, los mismos que Iowa, Arkansas y Texas (este último estado similar en población, pero un 60% mayor en superficie). Rhode Island, el estado de menor tamaño del país, también tenía cuatro electores. Hoy, cuando el Colegio Electoral ha pasado de 254 a 538 miembros, Rhode Island mantiene el mismo número, pero el correspondiente a California se ha multiplicado por más de trece.

Cuando por primera vez votaron en unas presidenciales los tres estados de la costa del Pacífico, en 1892, eligieron a 17 electores. Un solo estado del Medio Oeste, Misuri, tenía tantos electores como California (9), Oregón (4) y Washington (4). Y en esa votación, Misuri registró más de 500.000 sufragios; por encima de los 450.000 escasos de los habitantes de la Costa Oeste. En las elecciones de este año, sólo Oregón (7) tiene menos electores que Misuri (10).

Veamos la evolución a lo largo de siglo y medio de los estados más poblados. En las elecciones de 1872 por fin pudieron votar todos los estados

de la Confederación. El Colegio lo formaban 352 compromisarios y aún faltaban doce estados del oeste y del Pacífico por integrarse a ella. Los cuatro más poblados del país eran Nueva York (35 electores), Pensilvania (29), Ohio (22) e Illinois (21), que sumaban 107 electores, el 30% del colegio. Texas (8), California (6) y Florida (4) sólo reunían 18, el 5%.

En las elecciones de 1912, en las que sólo faltaban Alaska y Hawái, el Colegio creció hasta los 531 electores. Los cuatro grandes empezaban a perder peso demográfico. Nueva York (45), Pensilvania (38), Illinois (29) y Ohio (24), con 136 electores tenían el 25% del colegio. Texas (20), California (13) y Florida (6), con 39 y el 7% del total, iniciaban su ascenso.

En las de 2020, Nueva York tiene asignados 29, Pensilvania e Illinois 20 y Ohio 18. En total 87, que representan más del 16% de los 538 electores. California tiene 55, Texas 38 y Florida 29. La suma da 122, cerca del 23% del colegio.

## EL «SÓLIDO SUR»

El fenómeno político más destacado de la historia de los partidos estadounidenses es la construcción del *«Solid South»* . Hasta la guerra de Secesión, el Sur controló la Unión, gracias a los presidentes virginianos y luego a los presidentes demócratas: todos ellos, fuesen de donde fuesen, halagaban a los estados del Sur para ganar las elecciones, sobre todo después de Andrew Jackson, y para mantener la unidad nacional. Después de la guerra, el Sur pasó a ser una región periférica en el país.

En cuanto concluyó en 1880 el período de Reconstrucción, en los estados que formaron parte de la Confederación (Alabama, Arkansas, las Carolinas, Florida, Georgia, Luisiana, Misisipi, Virginia, Tennessee y Texas) los blancos derrotados de nuevo se organizaron políticamente en el Partido Demócrata, ganaron las elecciones legislativas locales y aprobaron constituciones y leyes electorales que despojaron del derecho de voto a la población negra para establecer un régimen de supremacía blanca (*«white supremacy»* ). Hasta la segunda mitad del siglo XX, en ese territorio imperó un sistema de partido único muy parecido al PRI mexicano y dispuesto a usar la violencia contra los disidentes. En las elecciones presidenciales, esos territorios, más alguno de los «estados fronterizos» (donde la esclavitud era legal antes de la guerra, pero permanecieron en la Unión), como Misuri y Kentucky, votaban en bloque al candidato demócrata. Aunque se tratase de un engreído abogado yanqui.

El puntal más sólido de este bloque fue Arkansas, que no votó a ningún

candidato republicano en las veinticuatro elecciones presidenciales celebradas entre 1876 y 1968. En Carolina del Sur, los racistas lograron que los votantes en 1896 y 1900 fueran un tercio de los que hubo en 1876 (la última vez que ganó un republicano hasta 1964) y 1880. En este estado, los porcentajes de los candidatos demócratas superaron el 90% entre 1900 y 1940. Roosevelt quedó cerca del 100% en 1932 y 1936. En el referéndum de 1934 en que el pueblo alemán aprobó la ley que elevaba a Adolf Hitler a la jefatura del Estado los síes no llegaron al 90%. En esa década, los porcentajes de los demócratas en Carolina del Sur sólo los superaba Stalin en la URSS.

Las grietas en esta muralla eran ocasionales y pronto se reparaban. Desde que en 1868 optaron por el general Grant, Misuri no votó por un republicano hasta 1904 y Tennessee hasta 1920. En 1912 y 1916, por fin el Sur colocó a un hijo suyo en la Casa Blanca: Woodrow Wilson. La prosperidad de los años 20 provocó que otro republicano, Herbert Hoover, ganase cinco estados del *«Solid South»* más todos los fronterizos, en lo que se denomina la «Huida de 1928» (*«the Bolt of 1928»* ). La Gran Depresión y la plataforma del *«New Deal»* de Roosevelt reconstruyeron el bloque del Sur.

En las elecciones al Congreso de 1948, en casi todos los distritos de la región del *«Deep South»* , formada por los estados con mayor pobreza y tensiones raciales de Alabama, Carolina del Sur, Georgia, Luisiana y Misisipi, el apoyo a los candidatos demócratas ascendió al 98% o más. A partir de ese año, sin embargo, el crecimiento demográfico, el movimiento por los derechos civiles de los negros y el cambio de política del Partido Demócrata a nivel federal, rompieron el sistema de partido único. Eisenhower fue el primer candidato republicano en hacer campaña en el Sur y en las dos elecciones de 1952 y 1956 se llevó Texas, Florida y Virginia por amplios márgenes.

Hoy, el Sur es más diverso y tolerante políticamente que algunos lugares del Norte y de Nueva Inglaterra.

## EL PREDICTOR. ANTES MAINE, AHORA OHIO

El voto en las presidenciales también permite hacerse una idea de la mentalidad de los habitantes de cada estado y de sus transformaciones.

Georgia votó a candidatos demócratas durante más de un siglo, de las elecciones de 1852 a las de 1960, salvo en 1864 por la guerra. Los virginianos, después de elegir a Johnson en 1964, no volvieron a preferir a

un demócrata hasta Obama en 2008; en las dos elecciones siguientes también repitieron su voto azul. La última vez que Minnesota votó a un republicano fue en 1972, cuando Nixon aplastó a McGovern. El último candidato republicano que venció en Nueva York lo hizo en 1984 y en California en 1988. Los republicanos ganan siempre desde 1968 en los siguientes estados del centro: Idaho, Kansas, Nebraska, las Dakotas, Oklahoma, Utah y Wyoming.

En 1960, Alaska y Hawái, que fueron aceptados como estados en 1959, participaron por vez primera en la elección presidencial del año siguiente y el voto que sus habitantes emitieron entonces se ha mantenido hasta la actualidad. Alaska votó republicano y así ha sido con la excepción de 1964. Hawái vota desde entonces demócrata, salvo en 1972 y 1984.

Sobre Maine había un dicho en la política de Estados Unidos: «Adonde va Maine, va el país» (*«As Maine goes, so goes the nation»* ) Desde 1820 en 1932, el ganador en Maine era el siguiente presidente. Como los resultados en este pequeño y frío estado se conocían de los primeros, el pronóstico pesaba en la noche del recuento, hasta que en 1936 el republicano Landon sólo se llevó Maine y Vermont. La condición de predictor infalible le corresponde a Ohio desde 1964. Y si el estado del castaño no hubiese preferido a Nixon en 1960, la lista de aciertos ininterrumpidos comenzaría en 1948.

La fractura racial se aprecia en que Johnson fue el último presidente demócrata que recibió la mayoría del voto blanco. A cambio, desde 1964 los candidatos demócratas obtienen unos porcentajes de voto negro superiores al 80%, que con Obama rebasaron el 90%. El último republicano que captó un porcentaje destacable en este grupo fue Eisenhower, en 1956, con cerca del 40%. Pero los demócratas, si bien se han hecho con el cuasi monopolio político de la población negra, han perdido muchos votantes blancos molestos con los programas públicos elaborados para la comunidad afroamericana. En la matemática electoral de Estados Unidos, cuando los republicanos saben movilizar a suficientes blancos opuestos a la discriminación positiva o las subvenciones, anulan la ventaja que para los demócratas suponen la comunidad negra y otras minorías raciales.

La importancia de la fe en Estados Unidos es insospechada para una nación como la española, secularizada e indiferente a los compromisos públicos de la religión, incluso entre los que se definen creyentes. El encuestador George Gallup denominó 1976 como el año de los evangélicos.

En torno a cuarenta millones de estadounidenses confesaban entonces haber tenido un segundo nacimiento («*christian reborn*» ). A esta categoría de renacidos en la vida adulta pertenecen los expresidentes Jimmy Carter y George W. Bush.

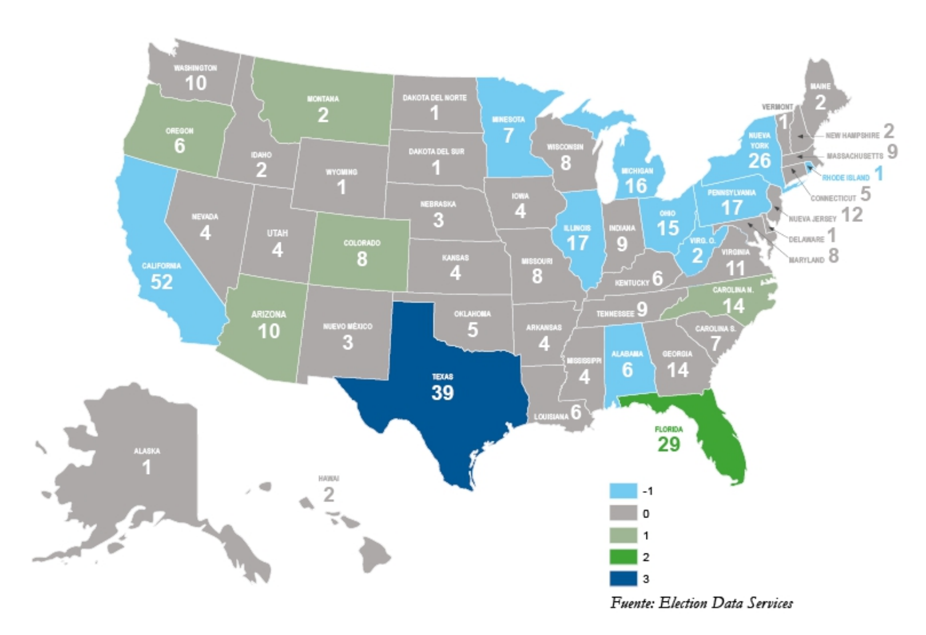
Richard Nixon fue el primer candidato republicano en obtener la mayoría del voto católico, en 1972, frente al candidato del aborto, la amnistía y la droga, como fue presentado su rival. Desde entonces, los católicos rompieron su tradicional vinculación con el Partido Demócrata y la mayoría de ellos ha apoyado a Reagan, Bush II y Trump.

## EL CENSO DE 2020 BENEFICIA A LOS REPUBLICANOS

En abril de 2020, comenzó la elaboración del vigésimo cuarto censo de población de Estados Unidos. Afectará a la distribución de los 435 escaños de la Cámara de Representantes en las elecciones de mitad de mandato de 2022 y, por tanto, en el Colegio Electoral en 2024. La importancia del censo hace que muchos estados dediquen dinero y personal a fomentar la inscripción en él. El plazo de presentación de los resultados será diciembre, pero ya existen cálculos sobre los movimientos de ciudadanos y sus consecuencias políticas a partir de los datos de finales de 2019.

Según uno de los más fiables, diez estados perderán cada uno un distrito al Congreso: Alabama (de 7 a 6), California (de 53 a 52), Illinois (de 18 a 17), Michigan (de 14 a 13), Minnesota (de 8 a 7), Nueva York (de 27 a 26), Ohio (de 16 a 15), Pensilvania (de 18 a 17), Rhode Island (de 2 a 1) y Virginia Occidental (de 3 a 2). Los estados que ganarían esos diez distritos serían siete: Arizona (de 9 a 10), Colorado (de 7 a 8), Florida (de 27 a 29), Montana (de 3 a 4), Carolina del Norte (de 13 a 14), Oregón (de 5 a 6) y Texas (de 36 a 39).

PREVISIÓN DE DISTRIBUCIÓN DE ESCAÑOS
EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES



*Fuente: Election Data Services*

En Estados Unidos también se produce la tendencia de España, Francia, Canadá o México de concentración de personas en áreas pequeñas, tendencia que deja vacías de población extensas comarcas del interior. Texas, que está atravesando un boom económico debido a la extracción de petróleo, gas de esquisto y a la bajada de impuestos; y Florida, escogida por los jubilados para pasar los últimos años de vida, acaparan la mitad del crecimiento. En cambio, California inició en la segunda década del siglo XXI una mengua de su población. Este estado ya perdió casi 200.000 habitantes entre 1995 y 2000 que se mudaron a la vecina Arizona por la menor fiscalidad y el apoyo a las empresas. A partir de 2010, el saldo migratorio ha sido negativo en varios años, debido a sus altos impuestos de sociedades y de la renta personal, al precio de la vivienda y a la legislación «buenista» en asuntos como la delincuencia, el medio ambiente y la discriminación «positiva». Los destinos principales son Texas, Nevada, Arizona, Oregón y Washington.

La trasposición de esa proyección a los resultados de 2016 sería la siguiente: Los diez estados que pueden perder un representante votaron en las elecciones pasadas cinco a Trump y cinco a Clinton, por lo que la pérdida de electores en el colegio afectaría por igual a ambos. Sin embargo, entre los que aumentarían su representación, la ganancia sería para el candidato republicano. Sólo dos estados, Colorado y Oregón, se pronunciaron por Clinton, y aportarían dos electores; el resto se decantó por Trump y añadirían ocho en este nuevo reparto. El saldo final habría sido de 309 electores para Trump y 229 para Clinton frente a los 306 y 232 del

resultado real. (En la votación del colegio siete electores incumplieron su promesa; cinco no apoyaron a Clinton y dos a Trump).

En un primer vistazo, parecería que la demografía está en contra de los demócratas, pues sus principales graneros de votos, California y Nueva York, retroceden. La suma de electores sería de ochenta y tres, la más baja desde 1988, con el factor añadido de que no sólo Nueva York seguiría retrocediendo, sino que además habría comenzado esta senda California, que por primera vez perdería un representante. Aunque hay que tener en cuenta que las personas suelen mudarse con sus ideas. Los jubilados de Nueva York, Chicago y Boston escapan de las nevadas y de la California «socialista» huyen los empresarios y profesionales, pero muchos de ellos llegan a la Florida soleada y la Texas emprendedora con sus carnés del Partido Demócrata o de la ACLU. Constituirían, por tanto, una versión ampliada a los WASP (White Anglo-Saxon Protestant) de la regla enunciada por el sociólogo Milton Himmelfarb sobre la contradicción de los judíos entre su fortuna y su militancia: “Los judíos ganan como los episcopalianos y votan como los puertorriqueños”.

A medida que crece su censo, Florida se ha convertido en un estado indeciso. En 1988, Bush ganó en él por veintidós puntos de ventaja. A partir de ese año, la amplitud de las victorias ha ido disminuyendo. Desde 1996, siempre cae en la bolsa del presidente electo, aunque con márgenes pequeños. En 2012, Obama sacó menos de un punto de ventaja a Mitt Romney; y Trump en 2016 menos de dos puntos a Clinton. La misma tendencia se reproduce en Texas. El estado de la estrella solitaria ha votado ininterrumpidamente a los candidatos republicanos a la Presidencia desde 1980, pero Trump sacó menos de diez puntos de ventaja a Clinton, el resultado más estrecho desde 1996.

El crecimiento poblacional fue uno de los factores, junto con las políticas de inmigración y subsidios de los demócratas y el activismo de Hollywood, que hizo que California pasase de ser de un rojo intenso a un azul añil. Por tanto, podría repetirse un proceso similar en Texas y Florida. Si ocurriese, los demócratas dispondrían de los cuatro estados con más peso en el Colegio Electoral y entonces, con más de la cuarta parte de los electores, les bastaría un puñado de estados en Nueva Inglaterra y la costa del Pacífico para reinar en la Casa Blanca. Pero también la coalición del *«New Deal»* parecía eterna.

---

9 DEGLER, Carl. N.: Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación 1860-1985, Ariel, Barcelona, 1986, p. 49

10 WOLFE, Tom: «Reagan's workers», National Review, 5-8-1988. Accesible en https://www.nationalreview.com/2004/06/head-class-tom-wolfe/. Consultado el 15 de mayo de 2020.




Con su victoria en 1952 en cuatro estados del «Solid South» y sus buenos resultados en otros, Eisenhower empezó a romper el monopolio político de los demócratas en la región. El título que Fred Packer puso a este dibujo fue «El nuevo emancipador».

# ¿SE PUEDE SER PRESIDENTE SIN MAYORÍA POPULAR?

*“Este método de elección ofrece la certeza moral de que el cargo de presidente rara vez pasará a alguien que no esté sumamente dotado de las cualidades necesarias para ello.”*

*Alexander Hamilton*

El Colegio Electoral ofrece la ventaja de ampliar la victoria del ganador y hacerla indiscutible, incluso cuando éste se quedaba por debajo de la mitad de los votos populares, como les ocurrió a Polk (1844), Lincoln (1860), Wilson (1912 y 1916), Truman (1948), Kennedy (1960), Nixon (1968), o Clinton (1992 y 1996). De esta manera, el presidente recibe un mandato rotundo. Fueron los casos de Kennedy, elegido en las elecciones en que el presidente obtuvo la menor ventaja en papeletas al segundo candidato, y de Lincoln, el presidente nombrado por el Colegio Electoral con el menor porcentaje de voto popular.

Después de cincuenta y ocho elecciones, el mecanismo ha tenido algunas excepciones, en las que el vencedor en el Colegio Electoral ha sido el segundo en el voto popular. Igual que ocurre a veces en los países con régimen parlamentario, en los que el partido con más diputados puede ser el segundo en votos. Desde la entrada en vigor de la Enmienda XII, esa anomalía se ha producido cinco veces.

## PRESIDENTE POR UN SOLO VOTO

En las elecciones de 1824, las décimas desde la independencia, el Demócrata-Republicano era el único partido nacional, al haber desaparecido los federalistas, que habían presentado por última vez un candidato en 1816. Las seis elecciones anteriores las habían ganado candidatos republicanos. Semejante hegemonía tuvo como consecuencia la presentación de cuatro *tickets* . Como todos tuvieron representación en el Colegio Electoral y éste fue incapaz de ponerse de acuerdo, el nombramiento pasó a la Cámara de Representantes. En ella, se aliaron John Quincy Adams y Henry Clay, segundo y tercero en votos populares, para

superar al primero, Andrew Jackson. La Cámara, reunida en febrero de 1825, eligió presidente a Quincy Adams, que tenía un 31% del sufragio popular. Jackson, que superó el 40% del voto ciudadano, y sus partidarios prepararon a conciencia la elección de 1828 para que no se repitiera la paradójica derrota.

Los demócratas estuvieron a punto de recuperar la Casa Blanca en las elecciones de 1876. La buena campaña de su candidato, Samuel Tilden, y la mala del republicano Rutherford Hayes, provocaron una participación del 80%, tan alta como la de las elecciones previas a la guerra civil, y una victoria de Tilden por un cuarto de millón de votos populares, equivalente entonces a tres puntos. Sin embargo, la disputa surgió con el recuento en tres estados del Sur que todavía controlaba la Administración federal, en manos de los republicanos: Carolina del Sur, Florida y Luisiana. Ambos partidos reclamaron la victoria y los electores. Además, el gobernador de Oregón, demócrata, sustituyó a un elector republicano, con la excusa de ser empleado federal, por un militante demócrata. A falta de esos veinte votos, Tilden, con 184, superaba a Hayes, que tenía 165.

Después de unos meses agónicos, de bloqueos, comisiones parlamentarias y amenazas, se alcanzó un acuerdo «de caballeros» para aceptar los resultados favorables al candidato republicano. Hayes, al que acompañó el mote de «Su Fraudulencia», ganó la votación por el resultado más ajustado que ha habido en el Colegio Electoral: 185 frente a 184. A cambio, los demócratas consiguieron la retirada completa de las tropas y los funcionarios federales y el fin de la Reconstrucción.

Para evitar otra repetición de este enfrentamiento, el Congreso aprobó en 1887 la *Electoral Count Act* , que estableció un método para la certificación de los datos del Colegio Electoral. Corresponde al estado enviar el resultado al Congreso en un sobre que el presidente del Senado abre en una sesión conjunta de las Cámaras. Además, a toda reclamación se le exige el aval de un senador.

Sólo doce años después, en 1888, se produjo la misma discordancia. El demócrata Grover Cleveland, presidente en ejercicio, superó en casi cien mil papeletas al republicano Benjamin Harrison, gracias, en parte, a la anulación del derecho de voto a los negros que vivían en el Sur; pero perdió en el Colegio Electoral por 168 electores contra 233. La clave estuvo en el estado natal de Cleveland, Nueva York. En las elecciones de 1884, el demócrata lo había ganado por poco más de un millar de votos; su honradez

le enfrentó a *«Tammanay Hall»* , la organización corrupta de los caciques demócratas en el estado. En 1888, se le escapó por unos escasos 15.000 sufragios. De haber contado con los treinta y seis electores neoyorquinos, habría vuelto a ser presidente.

Se repitió el mismo duelo entre Harrison y Cleveland cuatro años más tarde, y en esta ocasión el expresidente venció en Nueva York por casi 50.000 votos y a nivel nacional por medio millón; se llevó el *«Solid South»* más siete estados del Norte. De sus tres candidaturas, en ésta fue en la que mejores resultados obtuvo en el voto popular y en el electoral, con 277, frente a 145 de Cleveland y 22 de un tercer candidato, James Weaver. Fue la votación más alta para un candidato en el Colegio desde la de 1868 para Grant.

## NIXON ACEPTÓ Y GORE PROTESTÓ

En el 2000, Al Gore pudo haber sido presidente con sólo haber vencido en su estado natal, Tennessee, por el que fue diputado y senador durante dieciséis años, al igual que su padre, que ocupó escaños en las dos Cámaras del Congreso entre 1939 y 1971. Esos once electores, sumados a los 267 que ya tenía, le habrían colocado en la Casa Blanca. Lo mismo habría ocurrido con los seis electores de Arkansas, el estado natal del presidente saliente, Bill Clinton, que también cayó en la bolsa de George W. Bush.

Gore sacó casi 550.000 votos a Bush a nivel nacional, pero en el Colegio Electoral se quedó en 266 (un elector, de Washington DC, se abstuvo) frente a los 271 de su rival. Son los espejismos que causa el sistema electoral de Estados Unidos. Entre California y Nueva York, el vicepresidente reunió tres millones de votantes más que Bush, pero en el resto del país, el gobernador de Texas captó treinta estados y muchos más votos.

El recuento más enconado se dio en Florida, con veinticinco electores. Una cadena de televisión, NBC News, dio ganador a Gore antes de que los condados tradicionalmente republicanos enviasen sus datos. A lo largo de la noche la distancia entre Gore y Bush se redujo; Florida pasó a la categoría de indeciso (*«too close to call»* ) y luego a una victoria de Bush por un puñado de papeletas. Gore llamó a Bush para felicitarle y horas más tarde le hizo una segunda llamada para retirar su felicitación. Después, en una decisión sorprendente, Gore impugnó ante los tribunales el recuento, cosa que no había hecho ningún otro candidato antes que él, ni siquiera Nixon en 1960, cuyo equipo tenía indicios de fraude en Illinois y Texas.

Nixon paró las especulaciones con una llamada al periodista Earl Mazo, amigo suyo, que empezó a publicar después de las elecciones una serie de reportajes en el *New York Herald Tribune* , en los que exponía varios supuestos fraudes. A principios de diciembre de 1960, Nixon le dijo: "Nadie roba la Presidencia de Estados Unidos. Nuestro país no puede permitirse la agonía de una crisis constitucional" [11] . Dos argumentos más pesaron en la decisión del californiano de no judicializar las elecciones: la inexistencia de procedimientos de recuento establecidos y la ruina de su carrera política por la marca de ser un mal perdedor. El todavía vicepresidente se retiró a descansar a Cayo Vizcaíno, en Florida, y allí le visitó Kennedy el 14 de diciembre, antes de que el Colegio Electoral votase el 19. Nixon le aseguró al senador de Massachusetts que no impugnaría los recuentos donde hubiera sospechas de pucherazo. Y así Nixon dio carpetazo a la crisis, aunque siempre estuvo convencido de que los demócratas le habían robado la Presidencia.

Los datos oficiales de Florida tenían que entregarse el 12 de diciembre. El Congreso estatal, con mayoría republicana, estaba preparado para otorgar el triunfo y los electores a Bush, y el equipo de Gore había dispuesto un recurso judicial. Dos horas antes de que terminase el plazo, el Tribunal Supremo federal zanjó la polémica y ordenó la conclusión del recuento solicitado por los demócratas. Bush obtuvo los electores cruciales de Florida por 537 papeletas. Gore cejó en sus reclamaciones y como presidente del Senado declaró la victoria de Bush en la sesión conjunta del Congreso del 6 de enero de 2001.

En su reelección, Bush se resarció de esta amarga victoria. Obtuvo la primera mayoría absoluta de voto popular desde 1988 (las únicas elecciones que ganó su padre), consiguió sesenta y dos millones de sufragios, doce millones más que en 2000 y la cifra más alta de cualquier otro presidente, y se llevó Florida con casi 400.000 votos de ventaja. Sin embargo, su número en el Colegio Electoral no subió en la misma medida. Se quedó en 286 porque únicamente incorporó dos estados nuevos a su bando, Iowa y Colorado, mientras que perdió uno, New Hampshire.

Dieciséis años más tarde, Hillary Clinton, con cerca de sesenta y seis millones de votos, perdió la Presidencia frente a Donald Trump, que no alcanzó los sesenta y tres millones. Encima, el resultado en el Colegio Electoral fue de 304 contra 227. Clinton no sólo sufrió la quinta excepción a la regla de que el vencedor en el voto popular gana también el Colegio

Electoral, sino que, para mayor afrenta suya, obtuvo casi el mismo número de papeletas con las que Obama había sido reelegido en 2012. A la candidata le costó tanto aceptar su derrota que la Casa Blanca de Obama le presionó para que la reconociera públicamente [12] . Para mayor sarcasmo, Trump se había quejado tres semanas antes de las elecciones de que éstas podían estar amañadas en su perjuicio.

Conviene fijarse en que de las últimas siete elecciones presidenciales sólo una la ha ganado un republicano en el voto popular, la de 2004, aunque el Colegio Electoral haya dado otras dos victorias al GOP. Si la demografía es la fuerza que parece beneficiar a los demócratas, para los republicanos lo es la geografía, y en mayor intensidad.

| AMPLIAS VICTORIAS EN EL COLEGIO ELECTORAL | | | |
|---|---|---|---|
| CANDIDATOS PRINCIPALES | VOTO ELECTORAL | % DE VOTO ELECTORAL | % DE VOTO POPULAR |
| 1844 | | | |
| Polk | 170 | 61,8 | 49,5 |
| Clay | 105 | 38,2 | 48,1 |
| Bilmey | 0 | 0 | 2,3 |
| 1860 | | | |
| Lincoln | 180 | 59,4 | 39,8 |
| Douglas | 12 | 4,0 | 29,5 |
| Breckinridge | 72 | 23,8 | 18,1 |
| Bell | 39 | 12,9 | 12,6 |
| 1912 | | | |
| Wilson | 435 | 81,9 | 41,8 |
| Roosevelt | 88 | 16,6 | 27,4 |
| Taft | 8 | 1,5 | 23,2 |
| Debs | 0 | 0 | 6,0 |
| 1948 | | | |
| Truman | 303 | 57,0 | 49,6 |
| Dewey | 189 | 35,6 | 45,1 |
| Thurmond | 39 | 7,4 | 2,4 |
| Wallace | 0 | 0 | 2,3 |
| 1960 | | | |

| | | | |
|---|---|---|---|
| Kennedy | 303 | 56,4 | 49,7 |
| Nixon | 219 | 40,8 | 49,6 |
| Byrd | 15 | 2,8 | 0 |
| 1964 | | | |
| Johnson | 486 | 90,3 | 61,1 |
| Goldwater | 52 | 9,6 | 38,5 |
| 1968 | | | |
| Nixon | 301 | 55,9 | 43,4 |
| Humphrey | 191 | 35,5 | 42,7 |
| Wallace | 46 | 8,6 | 13,5 |
| 1992 | | | |
| Clinton | 370 | 68,8 | 43,0 |
| Bush | 168 | 31,2 | 37,4 |
| Perot | 0 | 0 | 18,9 |
| 2004 | | | |
| Bush | 286 | 53,2 | 50,7 |
| Kerry | 251 | 46,6 | 48,3 |
| 2012 | | | |
| Obama | 332 | 61,7 | 51,1 |
| Romney | 206 | 38,3 | 47,2 |

## ¿UN GOLPE DE ESTADO CONSTITUCIONAL?

Según la Constitución, los electores son libres para escoger a quién dan su voto. La pretensión de los «Padres Fundadores» era que fuesen personas respetadas, independientes y con criterio. Sin embargo, a medida que nacían los partidos, se iban convirtiendo en instrumentos de éstos. En la actualidad son militantes de confianza que se comprometen a votar el *ticket* para el que han sido designados. Veintinueve estados y Washington DC han aprobado leyes para obligarles a cumplir su compromiso, sea con una multa o sea con la remoción de su cargo. El Tribunal Supremo comunicó en julio pasado una sentencia por la que admitía la constitucionalidad de las leyes estatales que obligan a los electores a votar al ganador del voto popular. Pese a todas las precauciones, hay algún que otro elector que rompe su promesa.

De los 23.507 electores en torno a 165 han emitido votos «incorrectos», respecto al presidente o al vicepresidente. Y de ellos, sesenta y tres se concentraron en la elección de 1872. En ese año, debido al fallecimiento del candidato demócrata, Horace Greeley, los electores demócratas se

dividieron y esos sesenta y tres optaron por otros nombres.

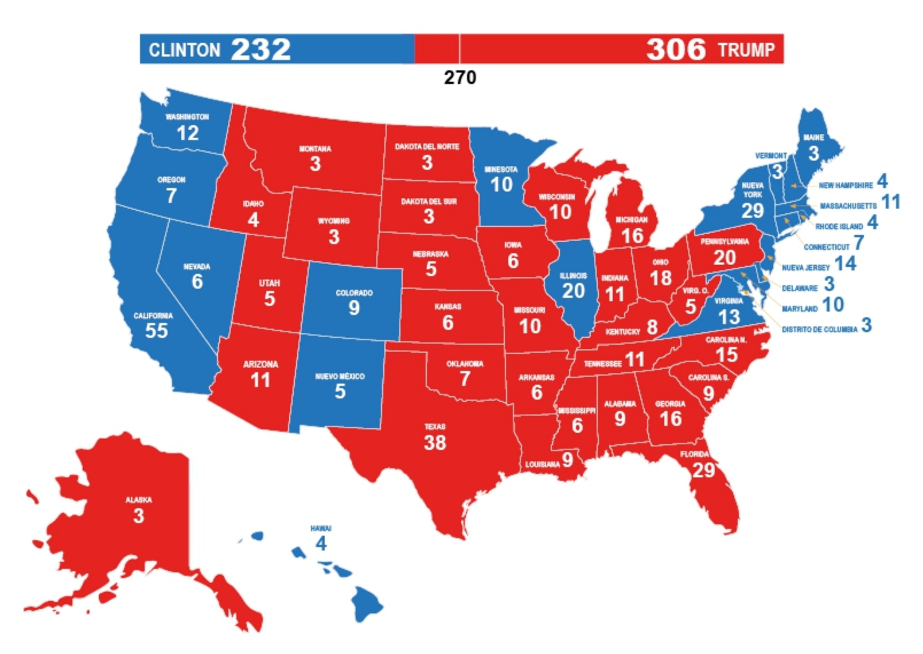
Entre 1872 y 1944 no hubo electores desleales (*unpledged* o *faithless* ). En 1948, apareció el primero, un demócrata de Tennessee que votó en favor del candidato segregacionista Strom Thurmond. En las votaciones de 1956, 1968, 1972, 1976, 1988, 2000 y 2004 se registró un elector que cambió su sufragio. En 1960, quince electores de estados del Sur votaron al senador por Virginia, Harry Byrd, que no se había presentado a las elecciones, en apoyo de sus actos a favor de mantener la segregación racial; de esos, catorce tendrían que haber sido para Kennedy. En 2016, este fenómeno afectó a siete electores.

Inmediatamente después del recuento de la noche electoral, surgió un movimiento que trató de subvertir el resultado pidiendo a los electores comprometidos con Trump que votasen a Clinton. Tenía escasas posibilidades de éxito, pero se trató de un acto inédito desde la caótica elección de 1824-1825. Al final, sólo siete electores vulneraron su palabra, pero el candidato con más fugas fue Clinton: cinco electores menos frente a dos perdidos por Trump. La destrucción de las reglas y las instituciones suelen perjudicar a quienes las promueven.

## TRUMP ESCOGIÓ EL TERRENO DE LA BATALLA

¿A qué se debió la victoria de Donald Trump, cuando según el *New York Times* tenía unas probabilidades de triunfo del 15% el día de la elección? [13] El republicano supo aprovechar su experiencia como estrella del *showbiz* y la cobertura negativa de los medios de comunicación para transmitir su mensaje a todo el país y a un coste mucho menor que el de su rival; también elaboró una estrategia para obtener los 270 votos necesarios.

EL COLEGIO ELECTORAL DESPUÉS
DE LAS ELECCIONES DE 2016




Trump ganó la Presidencia gracias al estado indeciso de Florida (29 electores) y al «cinturón del óxido» (*«Rust Belt»* ): Pensilvania (20), Ohio (18), Michigan (16) y Wisconsin (10). Aun sin Florida, Trump habría sumado 277 electores, un poco por encima del número mágico, aunque suficiente; pero sin esos cuatro estados del Norte, se habría quedado en 242 electores. Salvo Ohio, que desde 1964 acompaña al vencedor, los otros tres estados eran sólidos feudos azules desde hacía décadas. La última vez que un republicano quedó primero en Wisconsin ocurrió en 1984 y en Michigan y Pensilvania en 1988.

Con menos de 80.000 votos de ventaja sobre Clinton en Pensilvania, Michigan y Wisconsin, Trump ganó cuarenta y seis delegados en el Colegio Electoral. La victoria en voto popular de la ex primera dama por tres millones de sufragios se debió a que en California casi dobló en papeletas a su rival, con 8,7 millones de votos frente a los casi 4,5 millones de Trump, y a que en Nueva York le superó en 1,7 millones. ¿Quiénes eligen al presidente de los estadounidenses: todos los ciudadanos o los californianos y neoyorquinos?

El programa de Trump hizo hincapié en la recuperación de las industrias deslocalizadas a México (por el tratado del NAFTA) y a otros países, y se opuso a las normas ambientales, que vetaban, además de esa industria, la explotación de minas. También visitó más veces esos estados, incluido Florida, que su rival [14] . Los desprecios de Clinton a los simpatizantes de Trump, a los que calificó de “despreciables”, hicieron el resto.

La demócrata incurrió en dos grandes errores. El primero, dar por inevitable su triunfo sobre un competidor al que menospreciaba. El segundo, dispersar su campaña, con la finalidad de captar a las minorías para su plataforma, en vez de centrarse en sumar esos 270 votos electorales. Este último fallo lo cometió Nixon antes que ella.

En la convención de 1960, Nixon prometió recorrer los cincuenta estados en la campaña, con motivo de la incorporación de los dos últimos, Alaska y Hawái. El vicepresidente se golpeó una rodilla en una gira en Carolina del Norte. La articulación se infectó y mientras se la trataba con antibióticos, el candidato suspendió la campaña durante dos semanas. Una vez recuperado, quiso mantener su palabra y pasó el último fin de semana antes del 8 de noviembre en Alaska, que sólo tenía tres electores. En esos días, Kennedy visitó varios estados más poblados y, por tanto, más decisivos, como Michigan, "Nueva Jersey, Ohio y Pensilvania. Al final, Nixon ganó en Alaska por poco más de mil papeletas y en Ohio (la única vez desde 1948 que este estado no ha acompañado al vencedor), que le dieron veintiocho electores, y Kennedy se llevó los otros tres y sesenta y ocho electores.

En la política de EEUU nada sucede ya por primera vez. Ni la derrota del ganador imbatible.

---

11 "Earl, these are interesting articles you are writing, but no one steals the presidency of the United States. Our country cannot afford the agony of a constitutional crisis". En MAZO, Earl y HESS, Stephen: President Nixon. A political portrait, Harper & Row, New York, 1968, p. 249.

12 ALLEN, Jonathan y PARNES, Amie: Shattered. Inside Hillary Clinton' doomed campaign, Broadway Books, New York, 2017, pp. 412 y ss.

13 «Hillary Clinton has an 85% chance to win», New York Times, 8-11-2016. https://www.nytimes.com/interactive/2016/upshot/presidential-polls-forecast.html. Consultado el 4 de junio de 2020.

14 «Hillary Clinton's and Donald Trump's Campaigns by the Numbers», ABC News, 7-11-2016. https://abcnews.go.com/Politics/hillary-clinton-donald-trumps-campaigns-numbers/story?id=43356783. Consultado el 4 de junio de 2020.




Insignia que recuerda que los estadounidenses han tenido un presidente que no fue elegido en ninguna votación: Gerald Ford.

# ¿CUÁNTOS PRESIDENTES HAN MUERTO EN LA CASA BLANCA?

"En la realeza hay dignidad, majestad, lo que excluye la posibilidad de un asesinato. Si usted apuntara con su revólver a un rey o a una reina, su mano temblaría como un flan. (…) Si lo hiciera, la visión de la realeza le obligaría a eliminar toda idea de derramamiento de sangre y se quedaría, ¿cómo describirlo?... ¡Extasiado! Ahora bien, un presidente… Oh, por favor, ¿por qué no disparar a un presidente?"

Bob el Inglés

El número de presidentes fallecidos durante su mandato es de ocho. La mitad de ellos murió asesinada; de esos cuatro, tres eran republicanos y uno demócrata. En los sesenta años que transcurren entre 1841 y 1901, murieron cinco presidentes, tres por disparos. En ese último año, la quinta parte de los presidentes de Estados Unidos había fallecido en la Casa Blanca. Entonces, ser jefe de Estado de esta república implicaba un riesgo cierto para la vida.

WILLIAM HENRY HARRISON: 1841

El rey Luis I tuvo el reinado más corto de la historia de España: doscientos veintinueve días en 1724. Federico III, segundo emperador de Alemania, reinó noventa y nueve días en 1888, conocido en la historiografía alemana como el «año de los tres emperadores». El noveno presidente de Estados Unidos con el mandato más corto supera a estos dos monarcas casi desconocidos en fugacidad.

El general Harrison fue el candidato del partido *whig* en las elecciones de 1836 y 1840, de carácter liberal y defensor del proteccionismo, de la intervención estatal en la economía mediante la construcción de infraestructuras y la limitación del poder del Ejecutivo. Perdió las primeras elecciones y ganó las segundas. Su presidencia duró sólo treinta y un días. Por ello, no pudo hacer nada y sólo se le recuerda por sus marcas.

Se trató del primer presidente del país en fallecer en el desempeño de su cargo. También tuvo el mandato más corto de todos. Con sesenta y ocho

años de edad, fue el presidente más anciano hasta Reagan, que tenía sesenta y nueve al jurar. Y el último en haber nacido antes de la independencia. Fue el segundo en tener un descendiente directo en la Casa Blanca. El sexto presidente, John Quincy Adams (1825-1829), era hijo del segundo, John Adams (1797-1801). El vigésimo tercero, Benjamin Harrison, era nieto de Harrison.

No habría sido un presidente fácil de controlar como esperaban los gerifaltes del partido *whig* , a juzgar por el hecho de que escribió su propio discurso inaugural. Harrison nombró al senador Daniel Webster secretario de Estado y éste le pidió revisar su discurso. El texto abrumaba con citas y nombres de la Roma republicana. Webster lo aligeró y regresó a su pensión diciendo que había tenido un día duro, pues había matado "a diecisiete procónsules romanos".

Su muerte la causó su testarudez. Se empeñó en permanecer en la ceremonia de toma de posesión, un frío y ventoso 4 de marzo de 1841, al aire libre y sin abrigo, ni sombrero, ni guantes. Además, alargó su discurso hasta casi dos horas de duración. Esa mañana contrajo una pulmonía que lo mató un mes más tarde.

Dirigió sus últimas palabras al vicepresidente John Tyler y consistieron en un consejo constitucional similar al que dio a Simón Bolívar cuando fue embajador en la Gran Colombia sobre las ventajas de la democracia estadounidense: "Señor, quiero que entienda los principios del gobierno. Quiero que los aplique. No le pido nada más".

## ZACHARY TAYLOR: 1850

Las elecciones de 1848 fueron las primeras en celebrarse en el primer martes después del primer lunes de noviembre y ese mismo día en todo el país, que acababa de incorporar a Texas. Los dos principales candidatos, Zachary Taylor por los *whigs* y Lewis por los demócratas, eran generales; el primero de la guerra contra México de 1846-1848 y el segundo de la guerra contra Gran Bretaña de 1812. Con el expresidente Van Buren al frente de un tercer partido, la victoria de Taylor fue escasa, aunque indiscutible, pues ganó en estados del Norte y del Sur. El duodécimo presidente fue el último en ser propietario de esclavos. Nacido en Luisiana, se decía de él que era un hombre de Sur con principios del Norte, pues se opuso a la extensión de la esclavitud.

A un hombre que no solía vestir ni su uniforme ni sus condecoraciones y que había pasado la mayor parte de su vida en fuertes, expediciones y

campos de batalla, la vida política en la capital le desagradaba profundamente, aunque tenía claras sus ideas. En su mandato de 491 días se enfrentó a la polémica sobre el estatus de la esclavitud en los territorios arrebatados a México y se opuso al Compromiso de 1850, que supuso un armisticio entre las dos partes del país y se aprobó unos meses después de su muerte. Cuando tres parlamentarios *whigs* del Sur le visitaron para plantearle la conveniencia del acuerdo y evitar así la secesión, Taylor cortó la discusión diciendo:

> "Si fuera necesario, en cumplimiento de las leyes, yo mismo tomaría el mando del ejército y si les capturase en rebelión contra los Estados Unidos les ahorcaría con menos vacilaciones que con las que hice colgar en México a espías y desertores". [15]

Cuando los visitantes se fueron amedrentados, otro senador entró en la oficina y el furioso Taylor se dirigió a él: "¿Ha visto a esos condenados traidores?". En cierto modo, Taylor cumplió su advertencia a los sureños, aunque él no dirigiese el Ejército de la Unión. Lo hizo Ulysses Grant, oficial a sus órdenes en la guerra de México.

Su presidencia concluyó en la fiesta del 4 de julio de 1850, con motivo de la colocación de la piedra del monumento a Washington. Para recuperarse del calor, comió cerezas y leche helada. Por ello, desarrolló una gastroenteritis aguda que le mató cinco días después, a los sesenta y cinco años de edad.

Millard Fillmore, su sucesor, aplicó el Compromiso de 1850, que pospuso las tensiones internas del país durante una década.

## ABRAHAM LINCOLN: 1865

El décimo sexto presidente consiguió ser el primero reelegido desde 1833 y en medio de una guerra civil. Tomó posesión el 4 de marzo de 1865, el 3 de abril el Ejército de la Unión tomó Richmond, la capital de la Confederación, y el 9 de abril el general Lee se rindió al general Grant. Sin embargo, Lincoln apenas pudo disfrutar ni de su mandato ni de la victoria sobre los separatistas.

El 14 de abril, Viernes Santo, Lincoln y su esposa, Mary Todd, asistieron a una representación teatral, acompañados de un oficial, el comandante Henry Rathbone, y su prometida, tal como habían anunciado los periódicos. Un actor sudista, John Wilkes Booth, penetró en el palco y disparó al presidente en la cabeza por la espalda. El asesino saltó al escenario y gritó:

*“Sic Semper Tyrannis!”* , el lema del estado de Virginia, y huyó a caballo. Lincoln agonizó unas horas hasta su muerte en una pensión cercana. Al expirar, el secretario de Guerra, Edwin Stanton, dijo: “Ahora pertenece a la eternidad”. El cuerpo se expuso al homenaje público y se trasladó al cementerio de Springfield, capital de Illinois, en un tren que recorrió siete estados.

El magnicidio no lo realizó un loco solitario, sino que formaba parte de una conspiración de partidarios de la Confederación que pretendía descabezar el Gobierno federal mediante el asesinato simultáneo del presidente, el vicepresidente, Andrew Johnson, el secretario de Estado, William Seward, y el general Grant. El plan sólo prosperó en la muerte de Lincoln. Booth murió el 26 abril en un tiroteo con unos soldados que les rodearon a él y a otro de los conspiradores. Éste se rindió, pero el asesino de Lincoln se resistió.

Casi todos los miembros de la conspiración fueron detenidos junto con varios inocentes, como el propietario del teatro donde se cometió el magnicidio y sus dos hermanos y el dueño de un establo que alquiló un caballo a Booth. A los sospechosos les juzgó un tribunal militar, hecho éste que causó protestas por lo irregular. Al año siguiente, el Supremo prohibió el recurso a los tribunales militares donde los civiles siguieran operando.

Entre los condenados a muerte estaba a Mary Surrat, dueña de una pensión donde se reunían algunos de los conjurados, entre ellos su hijo John. Éste huyó al extranjero, pero unos funcionarios estadounidenses le capturaron en Egipto en 1866 y le enviaron a su país, donde un tribunal civil no le pudo condenar y le liberó.

## JAMES GARFIELD: 1881

La razón de la muerte del vigésimo presidente asombrará hoy: se negó a dar un puesto a un militante de su partido. Garfield es un mártir de la honradez en política.

El Partido Republicano, que llevaba en el gobierno desde 1860, en los mandatos de Grant (1869-1877) abundó en prácticas corruptas; la presidencia de Rutherford Hayes (1877-1881), aparte de impopular por las sospechas sobre su elección, no limpió la Administración. La convención de 1880, celebrada en Chicago, fue la más difícil para los republicanos. Grant trató de ser elegido para un tercer mandato y también compitió otro general, Sherman. Hubo treinta y cuatro votaciones fallidas hasta que en la

trigésimo quinta fue elegido James Garfield, representante de un distrito de Ohio en la Cámara, por agotamiento y como alternativa de concordia. Entre los asuntos que dividían a los delegados estaba el de mantener el *«spoils system»* («sistema de despojos») o desmontarlo. El sector del partido que defendía el uso de la Administración para colocar a los militantes, que se llamaba «*Stalwart»,* acabó aceptando a Garfield, aunque impuso al vicepresidente, Chester Arthur.

El presidente quedó disgustado por la cantidad de peticiones de cargos que recibió. Uno de los solicitantes, el abogado Charles J. Guiteau, acosó al secretario de Estado, James Blaine, para que le nombrara cónsul en París. Guiteau estaba convencido de que Garfield y sus ministros estaban en deuda con él porque había hecho campaña por la candidatura republicana. Como se rechazó su nombramiento, decidió vengarse. En una estación de tren de Washington, el 2 de julio de 1881, disparó dos tiros a Garfield. Entre los testigos, estaban Blaine y el secretario de Guerra, Robert Todd Lincoln, hijo del anterior presidente asesinado. Guiteau gritó: "¡Soy un *Stalwart* y ahora Arthur será presidente!".

Una de las balas rozó un brazo del presidente y la otra penetró por la espalda y se alojó en el abdomen. Los médicos trataron de encontrarla y al manipular con sus manos la herida la agrandaron e infectaron. Garfield murió el 19 de septiembre, ochenta días después del atentado, en Long Branch, un pueblo costero de Nueva Jersey al que había ido con su esposa para tratar de recobrarse. Tenía cuarenta y nueve años y había desempeñado la Presidencia durante ciento noventa y nueve días. Sorprendentemente para todos, Arthur aplicó los planes de Garfield de limpiar la Administración.

En su juicio, Guiteau alegó, aparte de locura, que él no era responsable de la muerte de Garfield, pues éste había muerto por la intervención de los médicos: "Los médicos lo mataron. Yo sólo le disparé", dijo. También pidió a Chester Arthur que le indultase porque le había beneficiado con un aumento de sueldo al pasar de la Vicepresidencia a la Presidencia. Y proclamó que había actuado con pistola, "a la manera americana" y no "a la rusa", porque no quería causar muertes de inocentes. En marzo de 1881, los revolucionarios rusos mataron a Alejandro II con dos bombas que dejaron muchos muertos, aparte del zar. Se le declaró culpable del asesinato y fue ahorcado el 30 de junio de 1882, dos días antes del primer aniversario del tiroteo.

WILLIAM MCKINLEY: 1901

El vigésimo quinto presidente de Estados Unidos confiaba en que su popularidad sería su mejor escudo contra un atentado y murió por ello.

Los anarquistas ya habían empezado a cometer atentados contra multitudes y también contra las minorías dirigentes de las naciones civilizadas. En los años anteriores fhabían sido asesinados Marie François Sadi Carnot, presidente de Francia (1894), Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Gobierno español (1897), la emperatriz Isabel de Austria (1898) y el rey Humberto I de Italia (1902).

En marzo de 1901, William McKinley, de cincuenta y ocho años de edad, había jurado su segundo mandato. En noviembre de 1900 había vencido por segunda vez al candidato demócrata William Jennings Bryan con más sufragios y estados que en 1896. El republicano ganó en el Norte, el Oeste y la mayoría de los estados del centro. Se convirtió en el primer presidente en obtener una reelección seguida desde Grant en 1872. El demócrata Grover Cleveland también desempeñó dos mandatos, pero alternos: 1885-1889 y 1893-1897.

La prosperidad había regresado después del «Pánico de 1893» y la guerra contra España de 1898, de la que McKinley no había sido partidario, había concluido victoriosa, aunque seguía la rebelión de los independentistas en Filipinas. De Benjamin Harrison, el anterior presidente republicano, se decía que era tan antipático que podía conceder un favor a un hombre y a la vez hacerse un enemigo, mientras que McKinley, todo simpatía y elegancia, era capaz de negar un favor y hacerse un amigo. Tenía un atributo capital para cualquier político: la capacidad de recordar nombres y caras de la gente que conocía.

El 6 de septiembre, seis meses después de haber jurado de nuevo, McKinley acudió a la Exposición Panamericana, que se celebraba en Búfalo. En el programa aparecía una recepción pública en el pabellón de Música. Uno de sus consejeros de la Casa Blanca, George Cortelyou, le propuso suspenderla, temiendo que la aglomeración de gente acabase en disturbios. El presidente respondió lo mismo que tantas víctimas de atentados: “¿Por qué? Nadie querría hacerme daño”. Cortelyou se limitó a añadir otro agente del Servicio Secreto a la escolta del presidente.

En Búfalo le acechaba León Czolgosz, un obrero hijo de inmigrantes polacos que había perdido su empleo en una siderurgia en la crisis de 1893. Mientras estaba desempleado se hizo anarquista. En el verano de 1901

estaba viviendo en Búfalo y cuando supo que el presidente visitaría la ciudad, decidió asesinarle. En la recepción, sorteó a los policías y agentes que custodiaban la entrada del pabellón y vigilaban el salón. Cubrió su pistola con una servilleta blanca y se acercó a McKinley. Al darse la mano, Czolgosz le disparó dos balas del calibre 32, una de las cuales penetró en el abdomen. El presidente cayó en brazos de Cortelyou y, mientras le sentaban en una silla, le dijo: "Mi esposa. Tenga cuidado, Cortelyou, cómo se lo dice. Sea cuidadoso". La mujer del presidente, Ida Saxton, estaba enferma de epilepsia.

McKinley murió el 14 de septiembre, en el día 1.654 de su presidencia, a causa de la gangrena causada por la bala. Fue el último presidente veterano de la Guerra de Secesión. Su vicepresidente, Theodore Roosevelt, que había participado en la guerra de Cuba, prestó juramento en Búfalo.

El asesino fue juzgado y ejecutado en la silla eléctrica el 29 de octubre. Una de las consecuencias del magnicidio consistió en que el Congreso incluyera entre las obligaciones del Servicio Secreto la protección de la vida de los presidentes.

## WARREN HARDING: 1923

Las elecciones de 1920, celebradas durante la epidemia de gripe y una crisis económica, fueron las primeras en las que se aplicó la Enmienda XIX, es decir, en las que las mujeres dispusieron de derecho al sufragio. El resultado, después del cansancio con los ochos años de la Administración de Wilson y el repudio a los proyectos internacionalistas, fue un voto abrumador al candidato de los republicanos. Harding recibió casi el 61% del voto popular. Las reformas sociales no siempre benefician a quienes las proponen.

Al vigésimo noveno presidente se le han encontrado similitudes con el décimo octavo, Grant, en el sentido de que era inocente de la corrupción que hubo en su mandato. Los escándalos se sucedían y le hacían tanto más daño cuanto en su campaña había prometido el regreso a los viejos tiempos, de honradez y virtud. Su candidatura la decidieron los jefes del partido en una «habitación llena de humo», una expresión que ha quedado en la política norteamericana para señalar acuerdos secretos. Harding tuvo que introducir en su gobierno a gente a la que le debía la Presidencia, la *«Ohio Gang»* .

En junio de 1923 comenzó un largo viaje por el centro y oeste del país para preparar la campaña de reelección del año siguiente y escapar de las

malas noticias. Fue el primer presidente en visitar Alaska y Canadá. Al tren y al barco no paraban de llegar crónicas de nuevos escándalos y denuncias. Algunos de sus acompañantes le escucharon confidencias como “en este oficio lo que me inquieta no son mis enemigos. De ésos me encargo yo. Son mis amigos los que me causan gran preocupación” y “¿qué puede hacer un presidente traicionado por sus amigos?” [16] .

En muchos actos mostró agotamiento. Tenía una salud débil que no cuidaba, ya que fumaba y comía en exceso, y había dejado la bebida únicamente debido a la prohibición legal. El 2 de agosto, a los 882 días de su mandato, falleció de un ataque al corazón en su hotel de San Francisco. Su muerte conmocionó al país. Dados los asuntos turbios de su Administración, corrieron rumores de un envenenamiento con langosta en conserva en el viaje desde Alaska, pero en el barco no había este alimento.

Entre las curiosidades podemos citar que fue el último presidente hasta ahora nacido en Ohio. Tres de los presidentes originarios de este estado —él, McKinley y Garfield— murieron en la Casa Blanca. Y los dos candidatos a vicepresidente que se presentaron en 1920 vencerían luego en elecciones a presidente: Calvin Coolidge, en las elecciones que se celebrarían quince meses más tarde, y Franklin Roosevelt en las de 1932.

## FRANKLIN D. ROOSEVELT: 1945

La desaparición de Roosevelt no fue una sorpresa para nadie de su círculo. Sus enfermedades anteriores y la tensión de dirigir una guerra minaron su salud. Mientras la convención demócrata de julio de 1944 le elegía para presentarse a un cuarto mandato, él viajaba a Hawái para planear con el almirante Chester Nimitz y el general Douglas MacArthur la reconquista de las Filipinas. Más tarde, MacArthur le dijo a su esposa que el presidente estaría enterrado en seis meses.

FDR siguió gastando su vida en viajes y reuniones para diseñar el mundo de la posguerra, que le encantaban. Aceptó viajar a Yalta para celebrar en febrero de 1945 una cumbre con Josif Stalin y Winston Churchill. Al regreso de Crimea, Roosevelt se reunió en Egipto con tres monarcas: el rey Faruk de Egipto, el emperador Haile Selassie de Etiopía y el rey Abdulaziz Ibn Saud de Arabia Saudí. Con éste, el presidente llegó a un pacto. A cambio del suministro de petróleo, Estados Unidos protegería al país y a la casa de Saud. Durante setenta y cinco años y catorce presidentes, Washington ha mantenido esta alianza, una lealtad sorprendente. El 24 de

febrero estaba de regreso en la Casa Blanca. Las fotos tomadas en Yalta y en Egipto mostraban a un FDR demacrado, débil, con los ojos hundidos, con apariencia de más edad que los sesenta y tres que había cumplido en enero.

El 1 de marzo, el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos pronunció su último discurso. Se dirigió a una sesión conjunta de las dos Cámaras del Congreso y, al empezar, pidió disculpas por hablar sentado. En su parlamento, fue lento y dubitativo. A lo largo del mes se quejó de que Stalin incumpliera sus compromisos de Yalta, sobre todo respecto a Polonia, por cuya independencia los franceses y británicos habían declarado la guerra a Hitler.

El 29 de marzo se retiró a su finca de Palm Springs (Georgia) para descansar unos días antes de asistir el 25 de abril en San Francisco a la apertura de la Conferencia de las Naciones Unidas. Allí recibió a su amante Lucy Mercer; su esposa Eleanor, con la que sólo había compartido unos pocos días en los últimos dos años, se quedó en Washington.

El 12 de abril a mediodía, mientras posaba para un retrato para la pintora Elizabeth Shoumatoff, se quejó de dolor en la parte posterior de la cabeza y se desplomó. Falleció de hemorragia cerebral después de 4.422 días de mandato. Mercer y Shoumatoff se marcharon inmediatamente para evitar cualquier rumor o indiscreción que manchara el prestigio del hombre que admiraban. La noticia conmocionó a la nación, pues, manteniendo el ocultamiento habitual de la Administración Roosevelt sobre asuntos personales, no se había informado del declive del presidente.

El escritor Thomas Mann en uno de sus mensajes radiofónicos a los alemanes dijo que había muerto "un estadista y un héroe". En cambio, la prensa del Reich lo calificó de "criminal de guerra" [17] . Los líderes nacionalsocialistas se alegraron al conocer la muerte de Roosevelt. Con una mentalidad impropia de unos revolucionarios del siglo XX, esperaban que la coalición de los aliados se rompiera tal como ocurrió con los enemigos de Prusia en la Guerra de los Siete Años al morir la zarina Catalina.

Harry Truman decretó como señal de luto que las banderas permanecieran a media asta durante treinta días, y así se mantuvieron incluso cuando concluyó la guerra en Europa.

Los doce años pasados por el matrimonio Roosevelt en la Casa Blanca acumularon tal cantidad de objetos que su viuda necesitó casi dos meses para empaquetar y veinte camiones del Ejército para hacer la mudanza. Los

Truman entraron en la residencia el 8 de mayo, el día en que los restos del III Reich se rendían a la URSS, y sólo llevaron un único camión.

## JOHN FITZGERALD KENNEDY: 1963

Ahora parece que todos los norteamericanos amaban a Kennedy, pero la verdad es que un año antes de su muerte él mismo dudaba de que consiguiera su reelección. Las elecciones de 1960 fueron de las más reñidas en la historia de Estados Unidos. Nixon venció en California por poco más de 35.000 papeletas; y Kennedy se llevó los electores de Nevada por 2.500 votos, de Nuevo México por menos de 4.000, de Misuri por 10.000 y de Texas por 46.000. Su proyecto de ley de derechos civiles le estaba haciendo perder apoyo en el Sur y ningún presidente demócrata había sido reelegido sin ganar en Texas. El presidente viajó al estado de la estrella solitaria como parte de varias giras por estados del Sur y el Oeste con vistas a la campaña de 1964.

La visita a Dallas, anunciada para el 22 de noviembre de 1963, podía provocar desórdenes públicos y hasta era arriesgada para la seguridad del presidente. El mes anterior, Adlai Stevenson, embajador en las Naciones Unidas, asistió a un acto público en la ciudad que terminó en una pelea entre los asistentes y fue golpeado con un cartel. La víspera de la visita se distribuyeron varios miles de octavillas con la cara de Kennedy y el mensaje "se busca por traición". A mediodía del 22 de noviembre, mientras Kennedy y su esposa saludaban a la multitud desde un coche descubierto, el presidente recibió dos disparos, uno en el cuello y otro en la cabeza, que le mataron.

Fue el cuarto presidente en ser asesinado y el primero demócrata. Su magnicidio sigue siendo pasto de todo tipo de teorías conspirativas, ya que el sospechoso de su muerte, Lee Harvey Oswald, fue, a su vez, asesinado dos días más tarde. Por tanto, no se juzgó a nadie.

El sucesor de Kennedy nombró el 29 de noviembre de 1963 una comisión presidida por Earl Warren, presidente del Tribunal Supremo y responsable de una de las jurisprudencias más izquierdistas del país. Entre los miembros estuvo el jefe de la minoría republicana en la Cámara de Representantes, Gerald Ford, futuro presidente del país. El dictamen atribuyó los disparos a Oswald en solitario. En 1976, la Cámara de Representantes estableció un comité para investigar de nuevo este asesinato y el de Martin Luther King, y concluyó en 1979 que en el del presidente participaron Oswald y otro tirador sin identificar, aunque sin implicación

del FBI, la CIA ni del Servicio Secreto.

La muerte violenta de Kennedy en plena juventud, las fotos de su cadáver, la toma de posesión de Johnson en el avión presidencial teniendo al lado a Jackie Kennedy con su vestido manchado de sangre y el posterior funeral transformaron el magnicidio en uno de los acontecimientos definitorios del siglo XX, aunque su importancia real en un sistema político tan bien engranado como el de EEUU fuese pequeña.

La «leyenda rosa» elaborada en los años siguientes, sobre todo en contraste con dos marrulleros de la política como Johnson y Nixon, la guerra de Vietnam (la primera en que los EEUU fueron derrotados) y los disturbios raciales, ha pretendido convertir a JFK en uno de los mejores presidentes del país, cuando en sus 1.035 días de gobierno apenas tuvo tiempo de aplicar su programa. Tanto Johnson, por sus leyes sobre derechos civiles y Nixon, por su retirada de Vietnam y su alianza con la China roja, tuvieron más importancia. El atractivo de Kennedy reside en su encarnación de la imagen de la ingenuidad de un país que ya era un imperio, con sus intereses y su política cínica. Su asesinato inauguró una década de una guerra incomprensible, del espionaje a ciudadanos cometido por agencias gubernamentales, de mentiras oficiales, de asesinatos y de división.

## JAMES KNOX POLK: 1849

La inclusión del demócrata James Polk en este grupo se debe a que su estancia en la Casa Blanca le mató. Entró en ella con cincuenta años, rebosante de energía, y salió consumido. Fue uno de los presidentes más trabajadores, si no el que más. Sus jornadas laborales duraban doce horas; además, dirigió la guerra contra México y la negociación con Inglaterra para delimitar la frontera de Oregón. Planeó una gira triunfal por el Sur para cuando hubiese concluido su mandato. Él y su esposa Sarah marcharon por barco a Nueva Orleans y luego remontaron el Misisipi. Algunos de los pasajeros de los dos barcos murieron de cólera, que también contrajo Polk. Su debilidad hizo que el cólera fuese mortal para él. Falleció en Nashville el 15 de junio de 1849. Es el expresidente con un período de retiro más breve, de sólo ciento tres días, y el que murió más joven, con cincuenta y tres años de edad.

## ATENTADOS FALLIDOS

Los demócratas y republicanos que fundaron Estados Unidos pensarían que una república en la que los ciudadanos eligen a sus gobernantes no tendría

que padecer atentados políticos. Pero las utopías no detienen a los locos ni a los malvados. Aparte de los magnicidios descritos arriba, varios presidentes sufrieron atentados de los que salieron vivos, en ocasiones por el canto de un duro.

El primer intento de asesinato contra un presidente de EEUU sucedió en 1835. Un pintor de casas nacido en Inglaterra, Richard Lawrence, creía ser Ricardo III y propietario de dos fincas por las que el gobierno norteamericano le tenía que pagar dinero. Se convenció que el responsable de que no se saldase la deuda era el presidente Andrew Jackson, opuesto al establecimiento de un banco nacional. Si lo mataba, el vicepresidente Van Buren permitiría el funcionamiento del banco y él cobraría. Por ello, trató de asesinar a Jackson el 30 de enero de 1835 en el Capitolio. Ninguna de sus dos pistolas disparó, debido a la humedad que mojó la pólvora. A Lawrence se le declaró loco y se le encerró en un manicomio hasta su muerte en 1861.

Theodore Roosevelt puso su vida en peligro en Cuba y en África, y estuvo a punto de perderla en la ciudad de Milwaukee (Wisconsin), cuando hacía campaña electoral como candidato del Partido Progresista para un tercer mandato. El 14 de octubre de 1912, cuando salía de un hotel para ir a dar un mitin, un emigrante bávaro, John Flammang Schrank, de cuarenta y seis años, le disparó en el pecho. Frenó la bala el taco de cincuenta hojas de papel del discurso que llevaba Roosevelt en la chaqueta. El expresidente, que se dio cuenta de su herida más tarde, pronunció su discurso y habló durante una hora y media antes de ir a un hospital, lo que aumentó su fama de hombre valiente y duro. La placa de rayos X mostró que la bala estaba dentro del cuerpo, aunque no había penetrado en la pleura. Los médicos prefirieron dejarla dentro y Roosevelt la llevó hasta su muerte, en 1919, a los sesenta años, por una trombosis pulmonar. Flammang justificó su acción con un argumento constitucional: cualquiera que buscase un tercer mandato presidencial debía morir; y añadió que la misión de proteger la Constitución se la había encargado McKinley. Se le encarceló de por vida en una cárcel para criminales dementes.

Franklin D. Roosevelt fue el último presidente en jurar el 4 de marzo. Lo hizo en 1933, pero unos días antes sufrió un atentado que pudo haberle convertido en una nota a pie de página de los libros de historia. El autor fue Giuseppe Zangara, un italiano que había emigrado a Estados Unidos en 1923 y había recibido la nacionalidad en 1929. El 15 de febrero, mientras

Roosevelt daba un discurso al aire libre en un parque de Miami, Zangara se le acercó con un revólver que había comprado unos días antes en una tienda de empeños. Como era bajo de estatura, no pudo apuntar bien. Su primer disparo hirió al alcalde de Chicago, Anton Cermak, en un pulmón. Disparó cuatro veces más mientras forcejeaba con los asistentes. Roosevelt quedó ileso, pero Cermak murió. Zangara, otro loco, falleció el 6 de marzo de peritonitis en la cárcel.

Dos nacionalistas puertorriqueños planearon matar al presidente Harry Truman en protesta por la aprobación de una ley por el Parlamento de la isla que convertía en delito mostrar la bandera de Puerto Rico, proponer la independencia y criticar al Gobierno federal. El atentado lo facilitaron las obras de remodelación de la Casa Blanca. Mientras éstas se ejecutaban, Truman se alojaba en la casa Blair, residencia oficial para los invitados de los presidentes, a unos pocos pasos de la verja de la Casa Blanca. Los terroristas Óscar Collazo y Griselio Torresola trataron de matar a Truman el 1 de noviembre de 1950, cuando salía para ir a su despacho. En el atentado murieron Torresola y un policía, Leslie Coffelt. Collazo fue condenado a muerte, Truman le rebajó la pena a cadena perpetua y Carter le indultó en 1979.

El 30 de marzo de 1981, a los sesenta y nueve días de haber jurado su cargo, el presidente Reagan fue tiroteado a la salida de un hotel en Washington por John Hinckley, un demente que quería impresionar a una actriz de la que decía estar enamorado. El tirador pudo disparar seis balas en tres segundos e hirió al presidente y a tres personas más. Hinckley fue ingresado en una institución mental y liberado en 2016, a los sesenta y un años de edad. Aunque la herida fue gravísima, pues el proyectil se quedó a poco más de dos centímetros del corazón, Reagan mostró su carácter bromista en el hospital. A los cirujanos que le iban a operar a vida y muerte les pidió que le asegurasen que eran republicanos; uno de ellos replicó que ese día todos ellos lo eran. Después mandó dos notas a su equipo que aguardaba fuera. En una de ellas, hizo escribir: “Winston Churchill dijo que no hay sentimiento más excitante en la vida que el que te disparen sin consecuencias”; y en la otra: “Si hubiera tenido tanta atención como ahora cuando estaba en Hollywood, me habría quedado allí”.

## LA MALDICIÓN DE TECUMSEH

Este año electoral acaba en 0. Sobre los presidentes elegidos en un año así ha pesado una maldición, proferida por el jefe Tecumseh, al que venció

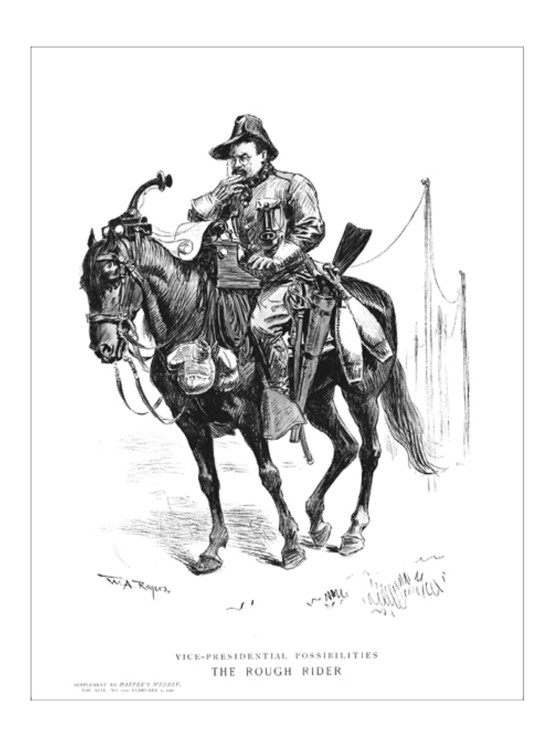
Harrison: todos los jefes de la nación blanca elegidos en un año que termina en 0 morirán en la Casa Blanca. El maleficio comenzó con Harrison y desde entonces se cumplió inexorablemente: Lincoln, Garfield, Harding y Kennedy fueron elegidos en 1860, 1880, 1920 y 1960; y McKinley y Roosevelt fueron reelegidos en 1900 y 1940.

El presidente elegido en 1980, Ronald Reagan, sufrió un gravísimo atentado al año siguiente, al que sobrevivió por muy poco, pero se recuperó y salió de la Casa Blanca por su propio pie en enero de 1989. Su esposa, Nancy Reagan, contó en sus memorias que, después del atentado, consultaba el programa del presidente con una astróloga para que ésta le indicase los días propicios o peligrosos [18] . Las intuiciones y visiones de la astróloga alteraban la agenda presidencial en ocasiones con unas pocas horas de antelación. Quizás el sacrificio de Reagan o las precauciones de la primera dama deshicieran la maldición, porque no ha vuelto a aparecer.

El siguiente presidente en cumplir el requisito de Tecumseh fue George W. Bush. Al parecer, lo más cerca que estuvo de la maldición fue en enero de 2002, cuando se atragantó con una galleta mientras veía un partido en la televisión, se desvaneció y se golpeó una mejilla al caer al suelo. Al menos rompió el precedente de su padre de ser elegido para un solo mandato.

Otra historia que circula versa sobre el fantasma de Lincoln, que se aparece a sus sucesores, como la Dama Blanca de los Habsburgo. Una noche en que el presidente Johnson deambulaba por la Casa Blanca, se encontró con el fantasma. En vez de llamar a los hombres del Servicio Secreto, el texano, que como llevaba más de treinta años en Washington debía de conocer el rumor, trató de hablar con la figura. “Presidente Lincoln, usted dirigió a nuestro país en su prueba más dura. Le pido su consejo. Como usted, yo estoy librando una guerra, pero en el lejano Oriente. En el Sur prosiguen los enfrentamientos entre blancos y negros. El Congreso rechaza mis propuestas. Y, como usted, el año que viene me presentaré a la reelección. ¿Me da algún consejo?” El fantasma le respondió “no vaya nunca al teatro” y se desvaneció.

Esta anécdota se contó en un programa del humorista Bob Hope y Johnson no la menciona en sus memorias, pero ¡quién sabe!




Caricatura de Theodore Roosevelt cuando se hablaba de él para acompañar a McKinley como vicepresidente en las elecciones de 1900.

---

15 BOLLER, Paul F.: Presidential Anecdotes, Oxford University Press, New York, 1996, p. 107.

16 MAUROIS, André: Historia de los Estados Unidos, Plaza y Janés, Barcelona, 1961, p. 1669.

17 New York Times, 15-4-1945. Ver https://www.nytimes.com/1945/04/15/archives/nazi-press-calls-death-a-miracle-screams-at-roosevelt-as-war.html. Consultado 12 de mayo de 2020.

18 REAGAN, Nancy: My turn, Random House, New York, 1989.

# SU NIMIEDAD, EL VICEPRESIDENTE

"Tengo cuarenta y tres años y soy el candidato más sano a la Presidencia de Estados Unidos. No voy a morir en el cargo. Así que la Vicepresidencia no significa nada."

John F. Kennedy

Tan poco lustre tiene la Vicepresidencia de Estados Unidos que ningún vicepresidente ha sido asesinado, aunque uno de ellos fue un asesino.

"La democracia es un régimen que permite a cualquier estadounidense que madura soñar con ser presidente y a todo estadounidense que no madura soñar con ser vicepresidente". Las bromas sobre la insignificancia del cargo de vicepresidente son muy comunes en Estados Unidos. Y comienzan con el primero que ocupó el puesto, a la sombra de Washington. John Adams le dijo a su esposa: "Mi nación, en su sabiduría, ha ideado para mí el oficio más insignificante que jamás haya creado la invención del hombre o concebido su imaginación". Ocho años más tarde, el quejica ganó la Presidencia y tuvo de vicepresidente a quien luego le desalojó de ella.

Thomas R. Marshall, vicepresidente de Wilson (1913-1921), era un hombre bendecido con la ironía. De él mismo dijo: "Soy la rueda de recambio del Gobierno de Wilson: sólo para usar en caso de emergencia". Y sobre la Vicepresidencia añadió: "Un hombre tenía dos hijos. Uno se hizo marino y se embarcó. El otro llegó a vicepresidente de Estados Unidos. De ellos nunca más se supo".

Theodore Roosevelt se aburría tanto en la Vicepresidencia que pensó en reanudar sus estudios de derecho. Durante los seis meses de 1901 que desempeñó el cargo, lo usó como plataforma para dar discursos a favor de la construcción de una fuerte armada y establecer una plataforma para las elecciones presidenciales de 1904. Sus planes se adelantaron cuando el presidente McKinley fue asesinado.

El texano John Nance Garner, vicepresidente de Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1941, explicó con la crudeza propia de quien ha recibido el apodo de «Cactus Jack» que "la Vicepresidencia no vale ni un cubo lleno de

pis caliente”. FDR le prometió integrarle en su gobierno, pero no cumplió.

Sobre la posición constitucional de la Vicepresidencia, Hubert Humphrey, vicepresidente de Lyndon Johnson (1965-1969), estaba convencido de que sus tareas eran más pesadas que las del presidente: “El presidente tiene 190 millones de jefes; el vicepresidente tiene 190 millones más uno”.

Para Dan Quayle, vicepresidente de George Bush (1989-1993), la Vicepresidencia es

> “un puesto complicado. Eres presidente del Senado. No eres ni siquiera parte de la rama ejecutiva del Estado, perteneces a la rama legislativa. Te paga el Senado, no la Presidencia. Y cumples la agenda del presidente. No la tuya. Discreparás de vez en cuando, pero saludas y cumples las órdenes lo mejor que puedes. No es el trabajo más sencillo del mundo”. [19]

Toda regla tiene sus excepciones. Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia, primer secretario de Estado (1789-1793), segundo vicepresidente (1797-1801) y tercer presidente (1801-1809), pareció contento de alcanzar la Vicepresidencia. Cuando se le nombró para este cargo dijo: “No podría haber encontrado un puesto más tranquilo e inofensivo para mí. Me dará tardes filosóficas en invierno (en el Senado) y días campestres en verano (en su finca de Monticello)”.

## SIN RESIDENCIA, SIN GUION Y SIN ESCUDO

El número de vicepresidentes es de cuarenta y ocho, superior al de los cuarenta y cinco presidentes, porque Roosevelt tuvo tres y Richard Nixon dos. En el siglo XIX dos vicepresidentes, George Clinton (1805-1812) y John Calhoun (1825-1832), sirvieron cada uno a dos presidentes distintos, el primero hasta su muerte y el segundo hasta que se enfadó con su jefe. La Vicepresidencia no tuvo guion ni escudo propios hasta que lo ordenó el presidente Truman. Los vicepresidentes vivieron en sus domicilios hasta que el coste de la seguridad persuadió al Congreso para aprobar en 1974 el presupuesto para la compra de una residencia oficial, el Observatorio. El primer vicepresidente en ocuparla fue Walter Mondale, en 1977, pues Nelson Rockefeller se hospedó durante su corto mandato de trece meses en una casa de su propiedad en la capital para ahorrar dinero a los contribuyentes.

La Constitución asigna sólo dos funciones al vicepresidente: presidir el

Senado, desprovisto de voto, salvo que haya empate (*tie-breaking vote* ), y sustituir al presidente en el caso de muerte, dimisión, incapacidad o destitución. Como es una persona electa, sólo puede destituirle el Congreso mediante un juicio político (*impeachment* ). El presidente no puede despedirle, a diferencia de a los ministros, a los directores de la CIA y el FBI, al jefe de gabinete o a los embajadores; tiene que aguantarle durante todo su mandato. Constitucionalmente, el presidente puede cerrarle las puertas de la Administración y, políticamente, puede excluirse de la candidatura para la reelección o boicotearle en su partido.

Se trata de un cargo que, hasta la aparición de la «Presidencia Imperial» en la Segunda Guerra Mundial, podía ser tan aburrido que los tres hechos por los que es conocido el vigésimo séptimo vicepresidente, James Sherman (1909-1912), se reducen a haber sido el primero que voló en avión, el primero en lanzar una bola en un partido de béisbol y a ser el único del siglo XX (y, por ahora, el último) que falleció en el cargo. Y tan banal que, al décimo tercero de la lista, William Rufus DeVane King el Congreso le autorizó a prestar juramento en Cuba, entonces territorio español, a donde había ido para atenuar su tuberculosis. Ha pasado a los pies de nota de los libros como el primer vicepresidente que juró en el extranjero (lo hizo el 24 de marzo de 1853 en Matanzas) y el que tuvo mandato más breve, pues murió el 18 de abril siguiente.

Muchos políticos, funcionarios y periodistas han presumido de haber jugado al póker con presidentes como Grant, Harding, Eisenhower, Truman, Johnson y Nixon [20] . Nadie ha contado en sus memorias que jugó al póker con un vicepresidente.

| VICEPRESIDENCIAS VACANTES | | |
|---|---|---|
| VICEPRESIDENTE | MANDATO | CAUSA |
| George Clinton | 1805-1812 | Fallecimiento |
| Elbridge Gerry | 1813-1814 | Fallecimiento |
| John C. Calhoun | 1825-1832 | Renuncia |
| William R. DeVane King | 1853 | Fallecimiento |
| Henry Wilson | 1873-1875 | Fallecimiento |
| Thomas A. Hendricks | 1885 | Fallecimiento |
| Garret A. Hobart | 1897-1899 | Fallecimiento |
| James S. Sherman | 1909-1912 | Fallecimiento |
| Spiro Agnew | 1969-1973 | Renuncia |

Los «Padres Fundadores» no pensaron en un mecanismo para cubrir la vacante de la Vicepresidencia y los legisladores no lo elaboraron hasta los años 60 del siglo XX. En el siglo XIX, fallecieron seis vicepresidentes y otros cuatro ascendieron a la Presidencia por la muerte del jefe del Estado, por lo que la Vicepresidencia estuvo sin proveerse más de veintiséis años y diez meses. En el siglo XX, la Vicepresidencia quedó vacía hasta el final del cuatrienio en cinco ocasiones: por el ascenso a la Presidencia de Theodore Roosevelt, Calvin Coolidge, Harry Truman y Lyndon Johnson debido a las muertes de William McKinley, Warren Harding, Franklin Roosevelt y John Kennedy, respectivamente, y por el fallecimiento de James Sherman. O sea, diez años y tres meses.

Desde los 178 años comprendidos entre la toma de posesión del primer presidente, en abril de 1789, hasta la entrada en vigor de la Enmienda XXV, en 1967, que regula este suceso, Estados Unidos estuvo sin vicepresidente 37 años. Un 20% de ese período. Cabe preguntarse en qué crisis constitucional habrían caído los Estados Unidos de haber muerto, por cualquier causa, uno de esos presidentes sin sucesor designado.

La Enmienda XXV zanjó las dudas que todavía existieran sobre la sustitución, temporal o definitiva, del presidente por el vicepresidente y estableció una vía para nombrar uno nuevo: el presidente propone a una persona al Congreso y las Cámaras deben aprobar el nombramiento por mayoría absoluta. Como veremos en otro capítulo, hasta ahora se ha aplicado dos veces, con Gerald Ford (1973) y Nelson Rockefeller (1974).

## ¿«VICEPRESIDENTE EN FUNCIONES DE PRESIDENTE»?

La historia demuestra que, a pesar del menosprecio con que se le trata, la Vicepresidencia es una posición trascendental. Con más frecuencia de lo que cabría esperar, el vicepresidente cumple la misión extraordinaria que le reserva la Constitución: el presidente muere o dimite y él le sucede. Entre 1841, fecha de la primera sucesión, y 1974, fecha de la última, se repitió nueve veces este acontecimiento. Una vez cada quince años de media. También permite a su titular ocupar el Despacho Oval por medios que no exigen derramamientos de sangre ni paradas cardiacas. Otros cinco vicepresidentes fueron elegidos para la Presidencia, cuatro de ellos mientras desempeñaban el cargo, y uno, Nixon, ocho años después de haberlo abandonado.

En los primeros años del nuevo país, de la misma manera que se estableció una «Dinastía Virginiana» en la Presidencia, el puesto de

vicepresidente aparecía como peldaño para llegar a presidente. Los segundo y tercer presidentes, John Adams y Thomas Jefferson, fueron antes vicepresidentes de sus predecesores. Sin embargo, en el gobierno de la joven república surgieron muy pronto las mismas ansias de poder y conjuras que en la corte romana. Téngase en cuenta que la Vicepresidencia, hasta la Enmienda XII, era un premio de consolación para el derrotado en la votación del Colegio. Durante el mandato, el vicepresidente tenía que aparentar obediencia a quien ocupaba el puesto que le correspondía, pero de quien dependía para sucederle. Muy pronto se dieron enfrentamientos entre ambas figuras.

| VICEPRESIDENTES ANTES QUE PRESIDENTES | | |
|---|---|---|
| VICEPRESIDENTE | AÑOS DE PRESIDENCIA | MODO DE ACCESO A LA PRESIDENCIA |
| John Adams | 1797-1801 | Elegido presidente |
| Thomas Jefferson | 1801-1809 | Elegido presidente |
| Martin Van Buren | 1837-1841 | Elegido presidente |
| John Tyler | 1841-1845 | Muerte del presidente |
| Millard Fillmore | 1850-1853 | Muerte del presidente |
| Andrew Johnson | 1864-1869 | Asesinato del presidente |
| Chester A. Arthur | 1881-1885 | Asesinato del presidente |
| Theodore Roosevelt | 1901-1909 | Asesinato del presidente |
| Calvin Coolidge | 1923-1929 | Muerte del presidente |
| Harry S. Truman | 1945-1953 | Muerte del presidente |
| Lyndon B. Johnson | 1963-1969 | Asesinato del presidente |
| Richard Nixon | 1969-1974 | Elegido presidente |
| Gerald Ford | 1974-1977 | Dimisión del presidente |
| George H. Bush | 1989-1993 | Elegido presidente |

Aaron Burr, tercer vicepresidente y primero de Jefferson, fue un conspirador irrefrenable que, además, en 1804 mató en duelo a uno de los «Padres Fundadores», Alexander Hamilton. Al poco de concluir su período en 1805, se implicó con el general James Wilkinson, antiguo espía al servicio de España, en una conspiración para desencadenar una guerra con el Imperio español y apoderarse de tierras en Texas y Luisiana. Aunque se le absolvió en el juicio, su prestigio quedó definitivamente hundido.

El séptimo vicepresidente, el sureño John C. Calhoun, desempeñó su función entre 1825 y 1832 en las presidencias de John Quincy Adams y Andrew Jackson. Se enfrentó a este último, partidario de reforzar al

Gobierno federal, con su teoría sobre la facultad de los estados federados para anular las leyes federales que se opusieran a la legislación local. El rechazo a todo acuerdo entre los dos fue público, cuando en 1830 en un banquete Jefferson brindó por "nuestra Unión federal. Hemos de preservarla" y Calhoun respondió "la Unión, junto a nuestra libertad, la más querida. Recordemos que sólo se puede preservar respetando los derechos de los estados y distribuyendo equitativamente los beneficios y la carga de la Unión". Poco después, Jackson descubrió que en 1818 Calhoun, entonces secretario de Guerra, había pedido al presidente Monroe que le reprendiera por haber invadido la provincia española de Florida. En diciembre de 1832, Calhoun renunció a la Vicepresidencia para ocupar un escaño en el Senado elegido por la Asamblea de Carolina del Sur, su estado natal.

Hasta el final de la guerra civil, fueron varios los vicepresidentes que llegaron a la Casa Blanca: Van Buren, el octavo presidente; Tyler, el décimo; Fillmore, el décimo tercero; y Johnson, el décimo séptimo. Todos ellos, salvo Van Buren, que ganó las elecciones de 1836 después de ser vicepresidente de Jackson, sucedieron a su presidente, que murió de muerte natural, salvo Lincoln, que fue asesinado. El último vicepresidente del siglo XIX convertido en presidente por la muerte de su predecesor fue Chester Arthur (1881-1885), que sucedió a James Garfield, asesinado a los siete meses de su jura.

El Partido *Whig* recorrió el país en la campaña de 1840 con el lema *«Tippecanoe and Tyler Too!»* , en alusión a una batalla contra los indios ganada por su candidato a presidente, el general William Harrison, y al nombre del vicepresidente. Cuando el primero falleció al mes de prestar su juramento, en abril de 1841, Estados Unidos se quedó con *«Tyler Too»* . Entonces se produjo una crisis constitucional que —al igual que la sentencia del «caso Marbury contra Madison» de 1803, por la que el Tribunal Supremo se convirtió en una institución más elevada que el Legislativo y el Ejecutivo— cambió el equilibrio de poderes.

Nunca hasta entonces se había dado el caso de un presidente que falleciera en la Casa Blanca. El vicepresidente, ¿le sustituía de manera temporal hasta unas nuevas elecciones?, ¿y qué mandato tendría el nuevo gobernante: cuatro años completos o el tiempo que faltase? Los *whigs* habían incluido en la candidatura a Tyler, un virginiano propietario de esclavos y antiguo senador por el estado, sólo para captar votos en el Sur. Querían librarse de él, porque su ideario (defensa de los derechos de los

estados, y oposición a la financiación de obras por el gobierno federal y a la formación de un banco nacional) era contrario al suyo.

El fallecimiento de Harrison sorprendió a Tyler en su mansión de Virginia. Cuando se presentó en Washington, dejó claro que su intención era ejercer como presidente hasta marzo de 1845. El expresidente John Quincy Adams anotó en su diario indignado que Tyler rechazaba el título de «vicepresidente en funciones de presidente» y empleaba el de presidente. Volvió a prestar juramento, aunque estaba convencido de que no necesitaba hacerlo, porque ya había jurado como vicepresidente.

En la primera reunión del gabinete, el secretario de Estado, Daniel Webster, le explicó que todos los miembros discutían los proyectos en común y los aprobaban en una votación en la que el presidente tenía un voto, igual que cada secretario. Entonces, Tyler respondió que él era responsable del gobierno y los demás se limitaban a ser sus colaboradores; si los secretarios no estaban de acuerdo con sus decisiones, les aceptaría las dimisiones. Y varios de ellos así lo hicieron.

Tyler vetó muchos de los proyectos de ley que le enviaba el Congreso, en cuyas cámaras los *whigs* tenían mayoría. Sus antiguos aliados dijeron de él que era "un presidente sin partido", "el accidente de un accidente", "un trasero ejecutivo", "un hombre carente de inteligencia y de integridad cuyo nombre es sinónimo de nada" y "Su Accidencia" (*"His Accidency"* ). A pesar de tanto odio, Tyler concluyó su mandato y estableció un precedente.

Para comprender la inestabilidad política de EEUU en sus primeros años de existencia, sólo un vicepresidente en el siglo XIX desempeñó dos mandatos completos. Se trató del sexto de la lista, Daniel Tompkins (1817-1825), demócrata-republicano, vicepresidente de Monroe. Quizás su incompetencia y alcoholismo, que lo convertían en inofensivo para todas las facciones políticas, determinaran su longevidad.

Más al sur, el vicepresidente podía ser incluso peligroso para la vida del presidente.

En México, una vez derrocado el Imperio de Iturbide y establecida la república, los redactores de la Constitución de 1824 copiaron la de Estados Unidos, esperando que fructificase igual que en el vecino: un presidente y un vicepresidente con mandato de cuatro años, un tribunal supremo con magistrados vitalicios, un parlamento bicameral, un diseño federal del Estado, libertad de imprenta… No se aprendió de la experiencia de EEUU, que había introducido la Enmienda XII para evitar los enfrentamientos entre

el presidente y el vicepresidente, y se mantuvo la Vicepresidencia como premio de consolación para el derrotado. Esa ley tenía dos excepciones respecto a su modelo: el reconocimiento de la religión católica como la oficial del país y la abolición de la esclavitud.

Desde su independencia, en Hispanoamérica las instituciones republicanas trasplantadas del Norte funcionan como una parodia, al igual que la naturaleza descrita por Alejo Carpentier: “Lo que se hace recto se torna curvo o lo que debería ser curvo se vuelve recto”. [21] El primer vicepresidente mexicano, Nicolás Bravo, se sublevó contra el primer presidente, Guadalupe Victoria. La experiencia con esta figura fue tan mala que Venustiano Carranza la suprimió por decreto el 29 de septiembre de 1916 y los constituyentes de 1917 la incorporaron a la Constitución todavía vigente. Carranza explicó su decisión con estas palabras:

> “La vicepresidencia, que en otros países ha conseguido entrar en las costumbres y ha prestado muy buenos servicios, entre nosotros, por una serie de circunstancias desgraciadas, llegó a tener una historia tan funesta que, en vez de asegurar la sucesión presidencial de una manera pacífica en caso inesperado, no hizo otra cosa que debilitar al gobierno de la república. La vicepresidencia en México ha dado el espectáculo de un funcionario, el presidente de la república, al que se trata de lanzar de su puesto por inútil o por violador de la ley; y de otro funcionario que trata de operar ese lanzamiento para sustituirlo en el puesto, quedando después en él, sin enemigo al frente”. [22]

## CARTER LE DA ACCESO A LA CASA BLANCA

Una vez que entró en vigor la Enmienda XII, presidente y vicepresidente solían ser del mismo partido, con alguna que otra excepción, como la del *ticket* Harrison-Tyler. Cuando se asentaron los dos grandes partidos, después de la guerra civil, ambos cargos se nombraban en convenciones tumultuarias que podían durar días y el nombre de número dos de la papeleta a veces se lo imponían los jerarcas del partido al candidato principal a fin de pagar favores después de pasar horas en habitaciones llenas de humo (*smoke-filled room* ). Desde hace casi setenta años, el vicepresidente es una criatura del presidente, aunque, como en los partos, intervienen muchas personas.

A pesar de su bonhomía, Franklin Roosevelt no estaba dispuesto a compartir el poder con nadie y por eso mantuvo a sus tres vicepresidentes

separados del gobierno. Como a tantos hombres, el avance de su enfermedad y la cercanía de la muerte no le indujeron a preparar a su sucesor. Cuando Truman fue nombrado presidente en abril de 1945, se le tuvo que informar sobre el proyecto de fabricación de armas atómicas.

Como carece de competencias asignadas dentro del gobierno, un vicepresidente tiene las que su jefe le quiera dar. Eisenhower cumplió sesenta y tres años de edad el mismo día que juró como presidente. Su vicepresidente, Richard Nixon, accedió con cuarenta años recién cumplidos y desde el principio consideró el cargo como una palanca para ganar la Presidencia. Entre la edad y la mala salud de Eisenhower (sufrió un infarto y una apoplejía) y la juventud y ambición del vicepresidente, la Vicepresidencia adquirió una visibilidad que nunca había tenido antes. Nixon viajó a cincuenta y cuatro naciones como embajador de buena voluntad, presidió diecinueve reuniones del gabinete y veintiséis reuniones del Consejo de Seguridad Nacional; además, participó en numerosas campañas de otros candidatos republicanos.

Durante la campaña de 1960, al presidente Eisenhower un periodista le preguntó en qué decisiones importantes contó con su vicepresidente Richard Nixon, y la respuesta fue un regalo para los demócratas: "Si me da una semana creo que podré encontrar una. Ahora no recuerdo ninguna". Este error pesó tanto sobre Eisenhower que, en 1966, cuando LBJ comenzó a criticar a Nixon, que volvía a sonar como candidato republicano para las presidenciales de 1968, difundió un comunicado en el que subrayó que Nixon había sido "uno de los vicepresidentes mejor informados, más capaces y más trabajadores" y que había contribuido asiduamente al funcionamiento de la Administración durante ocho años.

El vencedor de Nixon, Kennedy, había sido el favorito de Adlai Stevenson para acompañarle en el *ticket* de 1956. La convención demócrata, sin embargo, prefirió a otro senador. Así, evitó quemarse con una derrota para las primarias de 1960. Después de ganarlas, Kennedy escogió a Lyndon Johnson, un duro rival en esas primarias que había recurrido a todo tipo de insultos. Su valor residía en su condición de sureño, para compensar al rico y católico bostoniano, y en su experiencia en el Congreso (doce años en la Cámara y otros doce en el Senado, en los que además fue jefe de la bancada demócrata). Por lo demás, le consideraba un "patán" y un "mentiroso".

El texano, sin embargo, no estaba dispuesto a quedarse encerrado en el

Senado. Presentó un borrador de decreto al presidente en el que éste le concedía la supervisión de los asuntos de seguridad nacional, a la vez que ordenaba a las agencias federales que colaborasen con el vicepresidente, y pidió una oficina dentro de la Casa Blanca. Kennedy rechazó ambas peticiones, pero como le temía, dio instrucciones a su equipo, la «mafia irlandesa», de tratarle con respeto y le buscó ocupaciones. “No puedo permitir que mi vicepresidente, que conoce a todos los periodistas de Washington, vaya diciendo que metemos la pata, de modo que le vamos a hacer feliz. Tú le vas a hacer feliz”, le dijo a su jefe de gabinete. Y a su secretario, Kenneth Patrick O’Donnell, le dio una orden con el lenguaje texano que solía usar Johnson: “Vas a tratar con un hombre muy inseguro y sensible y con un ego descomunal. Quiero que, literalmente, le vayas besando el culo de una punta a otra de Washington” [23] .

Luego Kennedy le nombró jefe de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo, donde LBJ, para sorpresa de todos, empezó a aplicar normas favorables a los negros y otras minorías que luego ampliaría en su proyecto de la *«Great Society»* , después de que la Providencia le elevara a la Presidencia.

Cuando Johnson decidió no presentarse a la reelección en 1968, condicionó su apoyo a su vicepresidente, Hubert Humphrey, a que éste, del sector izquierdista del Partido Demócrata, respaldase la intervención militar en Vietnam. La obediencia de Humphrey desencantó a muchos de sus partidarios, los cuales consiguieron que el candidato del partido en la campaña de 1972 fuera George McGovern.

Este último empezó a cavar su tumba política cuando escogió como compañero al senador por Misuri Thomas Eagleton. La prensa publicó que el candidato a vicepresidente sufría de depresiones y había recibido *electroshocks* . El equipo de McGovern no había hecho su trabajo de revisar todos los antecedentes de Eagleton. Después de decir que respaldaba a Eagleton al mil por cien, McGovern tuvo que admitir su renuncia. Fue uno de los mayores fiascos de las campañas presidenciales de EEUU.

Richard Nixon, californiano, enfrentado a la prensa y muy anticomunista, recurrió en 1968 al gobernador de Maryland, un pequeño estado atlántico, Spiro Agnew, por varias razones. Era una figura que no dividiría el partido, a diferencia de otros personajes más poderosos, como los gobernadores Reagan y Rockefeller y el alcalde de Nueva York; podría atraer a sureños desencantados con los demócratas y a norteños moderados; promovió los

derechos civiles; y reprimió los motines después del asesinato de Martin Luther King. Al contrario que la mayoría de los vicepresidentes, que desarrollaron un perfil bajo o se contentaron con presidir el Senado, Agnew arremetió con frecuencia contra los periodistas y los revoltosos. Repitió en las elecciones de 1972, pero tuvo que dimitir en octubre de 1973 al descubrirse que cobró sobornos de constructores de Baltimore y que los pagos continuaron cuando ya era vicepresidente. Agnew fue el segundo vicepresidente en renunciar. Entonces, se aplicó la Enmienda XXV y la Vicepresidencia por primera vez no quedó vacante. Nixon propuso al Congreso que eligiera al diputado Gerald Ford.

Jimmy Carter quedó asombrado de que a los anteriores vicepresidentes no se les hubiera preparado sobre los procedimientos para el caso de guerra nuclear y destrucción del gobierno. El antiguo gobernador de Georgia fue el primer presidente de la posguerra que trató a su vicepresidente, Walter Mondale, no sólo como a un miembro de su gobierno y su posible sucesor, sino también como a un consejero. Mondale representaba el ala progresista del partido, que, aunque había perdido las elecciones de 1968 y 1972, tenía mucho poder. En la presidencia inaugurada en 1977, Mondale pasó a recibir todos los documentos que veía Carter, gozó de acceso irrestricto al Despacho Oval, por encima del jefe de gabinete, y se reunió una vez a la semana con el presidente [24] . La costumbre la mantuvo Reagan con Bush. Y desde entonces la Vicepresidencia ha ido ganando responsabilidades, ya que no poder.

Dick Cheney, vicepresidente entre 2001 y 2009, influyó en la decisión de George W. Bush de invadir Afganistán e Irak, y además la defendió de manera vehemente en el Senado y los medios de comunicación. Joe Biden aprobó como senador las dos intervenciones militares y como vicepresidente (2009-2017) Obama le encargó ser un enlace de la Casa Blanca con los militares desplegados en el país árabe y con los líderes locales encargados de su reconstrucción. Y el impetuoso Trump nombró a Mike Pence en febrero de 2020 presidente de la Comisión Especial de la Casa Blanca sobre el Covid-19.

## UNA PESA EN LA BALANZA DEL EQUILIBRIO

En política, la Vicepresidencia sirve para equilibrar el *ticket* con candidatos de distinta experiencia, origen y edad y hasta para debilitar a los rivales con un miembro de su antiguo partido.

Lincoln llevó en sus dos candidaturas a sendos demócratas. El primero, para las elecciones de 1860, fue Hannibal Hamlin, miembro del Partido Demócrata hasta 1856, en que pasó al Republicano por su oposición a la esclavitud. Además, era de Maine, estado del Norte, mientras que Lincoln provenía de Illinois, limítrofe con estados sureños. En 1864, concurrió con Andrew Johnson, senador por Tennessee, que era demócrata y el único senador de un estado separatista que no había abandonado su escaño en el Congreso.

Para las elecciones de 1900, la Vicepresidencia estaba vacante desde la muerte en 1899 del titular, Garret Hobart. Los republicanos escogieron a Theodore Roosevelt, gobernador de Nueva York. Se asistió a un reparto de papeles. El fogoso Roosevelt, de cuarenta y dos años, recorrió veinticuatro estados y pronunció más de seiscientos discursos, mientras McKinley llevaba una campaña de tono bajo, habitual en el siglo XIX (*«front porch campaign»* ), en la que se limitaba a recibir visitantes y delegaciones en la Casa Blanca.

La convención demócrata de 1912 propuso al gobernador de Indiana, Thomas Marshall, como vicepresidente para atraerse ese estado indeciso (*swing state* ) y mostrar apoyo a las políticas avanzadas que estaba aplicando, como el salario mínimo, la intervención pública en la economía, la oposición a la eugenesia…

Jimmy Carter era un «nuevo sureño», un político que atraía a ciudadanos de diferentes razas. “Si había conseguido que lo eligieran gobernador de Georgia con los votos tanto de los blancos como de los negros, ¿qué no podía hacer?” [25] Aun así, no quiso arriesgarse. Su candidato a vicepresidente fue un senador de Minesota, llamada la Suecia de Estados Unidos, y no únicamente por su frío y por su importante porcentaje de población sueca, sino, también, por sus políticas «progresistas».

Cuando los demócratas escogieron a Mondale en 1984, éste llamó a la diputada federal por Nueva York Geraldine Ferraro, la primera mujer que se presentó a ese puesto por uno de los grandes partidos. Era hija de padres extranjeros, lo que suponía un gesto a las comunidades de inmigrantes, y católica, pero favorable al aborto.

Ronald Reagan se planteó recuperar al expresidente Ford como vicepresidente, lo que habría sido el primer caso de *degradación* . Pero la indiscreción de Ford, que habló en una entrevista televisiva de formar una copresidencia, convenció a Reagan para proponerle la Vicepresidencia a

George Bush. Éste, aunque había sido competidor en las primarias, era un representante de la todavía poderosa ala centrista del Partido Republicano y Reagan necesitaba unidad interna ante las elecciones.

George Bush escogió a Dan Quayle, aparte de por conocerle por su trabajo en el Senado, para introducir a otra generación en la política nacional. Bush y Carter nacieron en 1924, Ford y Nixon en 1913 y Reagan en 1911. En cambio, Quayle, nacido en 1947, fue el primer *«baby boomer»* en participar en una candidatura presidencial.

En 2008, John McCain, senador por Arizona durante veintiún años, optó por una mujer, Sarah Palin, casi treinta años más joven y que, además, era gobernadora de Alaska y madre de cinco hijos.

Como los últimos presidentes han llegado a Washington «de provincias» o de la empresa, sus compañeros les aportan su experiencia en la capital y en la alta política.

Las elecciones de 1992 mostraron los cambios sociales de los norteamericanos. Ganó la Presidencia un candidato que se había escaqueado de la guerra de Vietnam frente a un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Además, Bill Clinton, que era de Arkansas, tuvo como compañero a Al Gore, senador por Tennessee. Es decir, dos originarios de estados del Sur. La tradicional división regional del país parecía haberse difuminado. Gore aportaba a Clinton, gobernador de un estado pobre y apartado, sus dieciséis años de experiencia en el Capitolio, junto con su fortaleza familiar y su ecologismo. Encima, ambos eran de la misma edad, con una diferencia de dos años.

George W. Bush incluyó en su *ticket* de 2000 a Dick Cheney, un veterano político que empezó a trabajar en Washington en 1969. Fue jefe de gabinete del presidente Ford, secretario de Defensa de Bush padre y, entre ambos cargos, diputado por Wyoming.

El senador por Illinois Barak Obama contó con Joe Biden, que no sólo provenía de un estado atlántico, Delaware, sino que además había desempeñado el cargo senatorial por treinta y seis años. Uno de los méritos de Biden fue la aprobación en 1994 de una ley muy dura contra la delincuencia, en colaboración con la Casa Blanca de Clinton.

Y el empresario y estrella de la televisión Donald Trump seleccionó a Mike Pence, gobernador de Indiana. Un hombre con experiencia en un ejecutivo estatal y en el Congreso y que aportaba ante el electorado cristiano una estabilidad familiar de la que carecía el presidente.

La elección por Biden para las elecciones de 2020 de la senadora Kamala Harris como compañera de candidatura muestra la profundidad de los cambios sociales en el país. Puesto que vivimos en la era de la identidad, elementos tradicionales como la edad, la experiencia y el estado de origen están siendo preteridos por la raza, el sexo o el «relato» de la vida. Por eso, la privilegiada Harris (tercera mujer presentada por los dos grandes partidos a la Vicepresidencia), puede ser un ejemplo de luchadora para las madres solteras que viven de los subsidios y hasta pasar por afroamericana. Biden la escogió aunque en las primarias Harris le calificó de racista y acosador sexual, y Harris aceptó acompañar a un individuo que a principios de año le parecía, además de repugnante, un delincuente.

## UNA SALA DE ESPERA

Entre 1984 y 2020 se han celebrado diez elecciones presidenciales; en cuatro de ellas competía un vicepresidente, dos veces en ejercicio (Bush en 1988 y Gore en 2000) y dos ya como retirado (Mondale en 1984 y Biden en 2020). La Vicepresidencia ha dejado de ser esa jarra de pis caliente para convertirse en el mejor puesto desde el que aspirar a la Presidencia, mucho mejor que el de senador o gobernador. Quien la ocupa es, más que nunca, un *«President-in-waiting»* .

Aparición en las televisiones, dirección de los debates del Senado, elaboración de una lista de contactos, herencia de los donantes del presidente, conocimiento de la Administración nacional y del mundo… Muchos beneficios a cambio de decir durante unos años "sí, señor".

Uno de los ayudantes de Reagan juzgó así la evolución de esta figura:

> "Hace veinte años, no le habría aconsejado ni a mi peor enemigo que aceptara la Vicepresidencia. Era la forma en que Dios castigaba a los que no sabían hacer campañas, una especie de purgatorio político para los perdedores. Ahora estarías loco si no aceptaras el puesto". [26]




La última vez que una tercera candidatura obtuvo compromisarios en el Colegio Electoral fue en 1968.

---

19 Entrevista a Quayle en el Indianapolis Monthly, 4-X-2016. Accesible en https://www.indianapolismonthly.com/news-and-opinion/dan-quayle-on-running-for-vice-president. Consultado el 14 de junio de 2020.

20 En el caso de Johnson, varias personas han desvelado que el texano alardeó ante ellas del tamaño de su miembro viril, al parecer muy por encima de la media, y a algunos escogidos se lo mostró. Este presidente también tuvo una vida sexual tan promiscua como Kennedy. Cfr. VALLÉS, Vicente: Trump y la caída del imperio Clinton, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017, pp. 188-190.

Entre las lecciones que obtuvo del póker, Nixon cita en sus memorias ésta: "Aprendí que las personas que tienen las mejores cartas suelen ser las que hablan menos y en voz baja; mientras que los que van de farol tienden a hablar en voz alta y se delatan".

Uno de los pasatiempos favoritos de Barack Obama solía ser el póker antes de acceder a la Presidencia. Cuando era senador en la Asamblea de Illinois acudía a partidas en casa de un senador republicano y él organizaba otras. Esta afición la ocultó durante la campaña electoral de 2008. Ver MCMANUS, James: Cowboys Full: The Story of Poker, Farrar Strauss & Giroux, New York, 2009.

21 CARPENTIER, Alejo: El siglo de las luces, Seix Barral, Barcelona, 1998, p. 173.

22 Discurso al Congreso Constituyente de Querétaro, pronunciado el 1 de diciembre de 1916.

23 BENNETT WOODS, Randall: LBJ: Architect of American Ambition, Harvard University Press, Cambridge, 2007, p. 380.

24 En la visita que en 1977 cursó el presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, a la Casa Blanca, a una entrevista con Carter en el Despacho Oval, siguió un almuerzo de trabajo en el que, por parte norteamericana, acompañaron a su presidente el secretario de Estado, Cyrus Vance, el consejero para Asuntos de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, el embajador en España y el vicepresidente Walter Mondale.

25 KLEIN, Joe: Colores primarios, Alfaguara, Madrid, 1996, p. 344.

26 "Twenty years ago I wouldn't have advised my worst enemy to take the VicePresidency. It was God's way of punishing bad campaigners, a sort of political purgatory for the also-rans. Now you'd be crazy not to take the job". El autor de las frases es desconocido, lo que quizás ha influido en su popularidad.

# ¿EXISTEN TERCEROS PARTIDOS?

"Vote siempre por un principio, aunque vote solo, y podrá apreciar el dulce pensamiento de que su voto no se ha perdido."

John Quincy Adams

Desde las elecciones de 1852, todos los presidentes han pertenecido a uno de los dos grandes partidos, el Demócrata (quince) y el Republicano (diecinueve), con la peculiar situación de Andrew Johnson, sucesor de Abraham Lincoln, que era miembro del Partido Demócrata, pero fue elegido en el *ticket* de la Unión Nacional.

De los demás, uno, Washington, no tuvo afiliación partidista. John Adams perteneció al Partido Federalista. Cuatro, Thomas Jefferson, James Madison, James Monroe y James Quincy Adams, militaron en el partido Demócrata-Republicano. Y otros cuatro, William Henry Harrison, John Tyler, Zachary Taylor y James Fillmore, fueron en candidaturas del partido *Whig* . Estos tres partidos desaparecieron antes de la Guerra de Secesión. Sin embargo, en EEUU no existe un bipartidismo perfecto. Abundan los candidatos de otros partidos que en ocasiones han decidido comicios, aunque desde las de 1916 siempre los dos candidatos más votados sean de los dos grandes partidos.

En 1828 se fundó el Partido Antimasónico, cuyo objetivo era la prohibición de la masonería por su carácter secreto, contrario a una sociedad republicana y abierta, y su condición de club para los poderosos (banqueros, jueces, políticos, terratenientes). En las elecciones de 1832 presentó un candidato a presidente que quedó primero en Vermont. También tuvo escaños en la Cámara de Representantes y gobernadores en varios estados. Fue el primer partido nacional del país en celebrar una convención para designar a su candidato a la Casa Blanca. Renació brevemente en los años 70 y 80 del siglo XIX.

El Partido Nativo Americano (conocido también como *«Know-Nothing»* , por la consigna que tenían sus miembros de negar la pertenencia a él) surgió en los años 50 al calor del hundimiento del partido *Whig* y como reacción a la inmigración de irlandeses católicos. Sus miembros estaban convencidos de que existía una conspiración papista para apoderarse de

EEUU. En las elecciones de 1856 presentó como candidato al expresidente Fillmore, que sólo ganó en un estado y quedó por detrás de los candidatos demócrata y republicano.

Después de la guerra civil nacieron nuevos partidos. En 1869 se fundó el Partido de la Prohibición, que proponía la prohibición de venta de alcohol. La última vez que presentó un candidato presidencial fue 1976.

En 1892, se fundó el Partido Populista o Partido del Pueblo, que tuvo una existencia fugaz (ya que se disolvió en 1909), pero sorprendente. Agrupó a los granjeros empobrecidos, a los partidarios del papel moneda y de la plata y a reformistas de todo tipo (laborales y morales). En su convención de ese año, celebrada en la pequeña Omaha, se aprobó un programa con las siguientes propuestas: acuñación libre e ilimitada de plata; elección directa de los senadores en vez de por las asambleas estatales (establecida por la Enmienda XVII en 1913); uso del referéndum para la aprobación y derogación de leyes; nacionalización de los ferrocarriles, los telégrafos y los teléfonos; un impuesto sobre la renta de carácter proporcional… [27] En las elecciones de ese año obtuvieron veintidós votos electorales de estados agrarios de las Rocosas y la Frontera Media y superaron el millón de votos, pero no penetraron ni en el Sur, feudo de los demócratas, ni en estados del Norte como Iowa, Illinois y Wisconsin, cuyos agricultores habían pasado del monocultivo de cereal a los productos lácteos y porcinos.

En seguida surgió la discusión interna entre mantenerse como partido independiente hasta sustituir al Demócrata o integrarse en éste a cambio de que se aceptara su programa. En 1896, el Partido Populista se adhirió a la plataforma demócrata y a su candidato presidencial, aunque presentó un candidato a vicepresidente propio. La segunda derrota marcó la decadencia del partido, junto con la aparición de un nuevo período de prosperidad y la presidencia reformista (*progressive* ) de Theodore Roosevelt (1901-1909). Presentó candidato por última vez en 1908.

Cuando los jerarcas del Partido Republicano rechazaron nominarle para un tercer mandato en 1912, Roosevelt montó su propio partido, el Progresista. Su candidatura venció en seis estados, uno de ellos Pensilvania, el segundo más poblado de la nación. Dejó al candidato republicano, William Taft, en tercer lugar, por primera y única vez en la historia para un presidente que buscaba la reelección. Roosevelt quedó segundo en votos populares y votos electorales. Un cuarto candidato, el socialista Eugene Debs, que se encontraba encarcelado, obtuvo un 6% del voto popular.

Debido a la fragmentación del voto, sólo en doce estados de cuarenta y ocho el ganador lo hizo por más de la mitad de las papeletas. La consecuencia de la poderosa candidatura de Roosevelt fue el triunfo del demócrata Woodrow Wilson en cuarenta estados gracias al bloque del *«Solid South»* , donde imperaba un régimen de partido único desde la retirada de las tropas y los funcionarios federales, hasta la división en el campo republicano en el resto de los estados.

El Partido Progresista volvió a presentar un candidato en 1924, Robert La Follette, senador por Wisconsin. Su plataforma, respaldada por socialistas, incluía la nacionalización de empresas fundamentales como los ferrocarriles y el suministro de agua; el desmantelamiento de monopolios; el reconocimiento del derecho de negociación colectiva para los trabajadores industriales; y el aumento de los impuestos a los grandes patrimonios. Obtuvo más de un 16% del voto popular, aunque sólo ganó en su estado. No impidió la elección del republicano Coolidge, que era el favorito. Algunas de sus propuestas las recogió y aplicó Roosevelt con su *«New Deal»* .

El Partido Socialista Americano celebró su congreso fundacional en 1901. A partir de entonces, participó en todas las elecciones presidenciales hasta 1956, con sus propios candidatos o como parte de una plataforma más amplia, como ocurrió en 1924, en que se integró en la candidatura de La Follette. Sus mejores resultados en unas presidenciales los obtuvo en las de 1912, con un 6% del voto popular, y las de 1920, con un 3,4%. En ambos casos no alcanzó el millón de sufragios y no quedó primero en ningún estado.

También se formaron en EEUU un partido comunista ortodoxo (1919), escindido del socialista a instancias de Lenin, y otro trotskista (1938). El Partido Comunista de los Estados Unidos (CPUSA) sufrió persecución policial por parte del FBI en los años anteriores a 1941, cuando Moscú y Washington se convirtieron en aliados contra el III Reich, y, acabada la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra Fría. Como otros partidos comunistas, caso del PCE, el CPUSA se benefició de transferencias de fondos por parte de la URSS, que terminaron al colapsar el bloque socialista en Europa.

## LA NUEVA REBELIÓN DEL SUR

Las de 1948 fueron unas elecciones muy llamativas, porque participaron cuatro candidatos con amplia presencia en los medios de comunicación. A

un candidato republicano, Thomas Dewey, se unieron tres demócratas: el presidente Truman, que se presentaba a la reelección, y dos escindidos del partido azul, el gobernador de Carolina del Sur, Strom Thurmond, en representación de los segregacionistas del Sur, con el nombre de Partido Demócrata de los Derechos de los Estados, y Henry A. Wallace, exvicepresidente de Franklin Roosevelt (1941-1945), por parte del sector más izquierdista, bajo el Partido Progresista refundado. La intención de los sureños, apodados *«Dixiecrats»* , consistía en ceder sus delegados en el Colegio Electoral al candidato que aceptara el mantenimiento de la segregación.

Al final, Truman ganó en veintiocho estados, mientras que Dewey sólo lo hizo en dieciséis. La victoria del presidente reelegido superó los trescientos delegados, de modo que los treinta y nueve de Thurmond fueron inútiles. Wallace, presentado por sus admiradores como el «candidato del pueblo», quedó por detrás del racista Thurmond y no venció en ningún estado. Inmediatamente después de que se proclamara reelecto a Truman, el Partido Demócrata de los Derechos de los Estados se disolvió, pero quedó latente la posibilidad de la emergencia de un tercer partido con una extensa base territorial que le aseguraba representación en el Colegio Electoral.

El volcán dormido envió un aviso en 1960. Quince miembros del Colegio Electoral, elegidos como demócratas, entregaron su voto al senador de Virginia Harry Byrd.

El año electoral de 1968 estuvo marcado por la guerra de Vietnam, por las protestas raciales y antibélicas en las ciudades y los campus universitarios y por los magnicidios del senador demócrata Bobby Kennedy y del pastor republicano Martin Luther King. La legislación para eliminar la segregación que promovieron los presidentes Kennedy y Johnson causó la aparición del Partido Americano Independiente, que presentó la candidatura del gobernador de Alabama, el demócrata George Wallace. Éste, en su discurso de toma de posesión de 1963 pronunció las siguientes palabras: "Segregación hoy, segregación mañana, segregación siempre".

Después de recoger un millón de firmas en todo el país y de recibir el amparo del Tribunal Supremo, que anuló una apresurada ley aprobada en Ohio por demócratas y republicanos en la que se exigía a los candidatos de un tercer partido presentar 400.000 firmas, la candidatura de Wallace estaba en las papeletas de cincuenta estados, salvo la capital, donde más de dos tercios de la población era negra.

La finalidad de este representante del Sur era convertirse en el fiel de la balanza: obtener tantos delegados en el Colegio Electoral de modo que ninguno de los otros candidatos alcanzara los 270 y negociar con ellos. De resucitar el bloque del *«Solid South»* , deshecho por Eisenhower en los años 50, habría dispuesto de 128 electores aportados por los once estados que formaron la Confederación. El nombramiento del presidente habría correspondido a una Cámara donde la mayoría absoluta la tenían los demócratas, por lo que quizás Nixon hubiera sido más propenso a pactar con Wallace. Por eso, el Partido Americano Independiente exigió a sus 535 posibles electores un compromiso ratificado ante notario por el que, si se incorporaban al colegio, votarían por Wallace o por quien él les indicara.

| CANDIDATO | ESTADOS GANADOS | VOTOS EN COLEGIO |
|---|---|---|
| R. Nixon | 32 | 301 |
| H. Humphrey | 13 y DC | 191 |
| G. Wallace | 5 | 46* |

** Un elector desleal de Carolina del Norte votó a Wallace*

En las encuestas, Wallace no sólo obtenía la primera mayoría en estados del Sur, sino que además penetraba en el Norte y Noreste, en grupos sociales que hasta entonces formaban parte de la coalición forjada por Franklin D. Roosevelt merced a su *«New Deal»* , como los trabajadores industriales y sus familias de Chicago, Ohio y Pensilvania, y la gente pobre de Virginia Occidental y Tennessee. Algunos sondeos daban a Wallace segundo en varios de estos estados, por delante del candidato demócrata, el vicepresidente Humphrey. Captaba a estos ciudadanos gracias a sus promesas de represión de los motines y sus ataques a la «élite liberal» y el activismo judicial; también se comprometió a retirar las fuerzas militares de Vietnam en un plazo dado. Y para resaltar su discurso repetía que no existía diferencia entre el partido del elefante y el del burro [28] . Uno de los miembros de su equipo, Tom Turnipseed, reconoció que "mucha gente lo adoraba, sobre todo los blancos pobres".

Sus respuestas a los alborotadores y saboteadores aumentaron su popularidad. A los jóvenes que le acusaban de ser un nazi, les recordó su servicio militar en la guerra: "Yo mataba fascistas cuando vosotros, *punks* , llevabais pañales". "Dos palabras que los *hippies* no conocen son trabajo y jabón". "Chaval, si cierras la boca y me das tus sandalias, te firmaré una

para que la tengas como recuerdo”. Y a quienes quisieran imitar a los que se habían tirado ante la limusina del presidente Johnson les advirtió: “La primera vez que se tumben delante de mi limusina será la última que lo hagan; su día ha pasado”.

Tanto Nixon como Humphrey tuvieron que desplazar hacia la derecha sus discursos para competir con la popularidad de Wallace. En Moscú, la preocupación por el resultado era tan grande que el régimen comunista ofreció a través de su embajador ayuda financiera a Humphrey, al que preferían como presidente, pues provenía del ala izquierda del Partido Demócrata, antes que a Nixon, que había construido su carrera política sobre el anticomunismo [29] .

A finales de septiembre, una encuesta de Gallup le daba un 21% del voto a nivel nacional. Sin embargo, Wallace empezó a cometer errores. Uno de ellos consistió en nombrar vicepresidente al general Curtis LeMay, defensor del empleo de armamento nuclear en Vietnam. A partir del 4 de octubre, cuando se le presentó en una conferencia de prensa, la candidatura Wallace-LeMay cayó en las encuestas. Otro error fue desperdigar su campaña en estados donde era imposible que ganara, como Nueva York, en cuyo Madison Square Garden celebró un mitin que se convirtió en una batalla callejera entre partidarios, adversarios y policías.

El 5 de noviembre sacó un 13,5% de los votos populares y triunfó en cinco estados: Georgia (12 delegados), Alabama (10), Luisiana (10), Misisipi (7) y Arkansas (6). Si hubiera vencido en los tres estados en los que quedó segundo, Carolina del Norte (13), Carolina del Sur (8) y Tennessee (11), le habría arrebatado a Richard Nixon los suficientes delegados para tener él, con ochenta votos en el Colegio Electoral, la llave que habría dado la Presidencia a uno de los otros dos candidatos.

## DAÑAR AL VECINO DE AL LADO

Desde 1968, ningún candidato aparte del demócrata y el republicano ha logrado delegados en el Colegio Electoral. Sin embargo, eso no ha desanimado a pequeños grupos de ciudadanos para lanzar candidaturas, sobre todo en períodos de descontento con los dos grandes partidos.

| VOTO POPULAR DE LOS DOS PARTIDOS (EN %) | | | |
|---|---|---|---|
| ELECCIONES | REPUBLICANO | DEMÓCRATA | SUMA |
| | | | |

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1948 | 45,1 | 49,6 | 94,7 |
| 1952 | 55,1 | 44,4 | 99,5 |
| 1956 | 57,4 | 42,0 | 99,4 |
| 1960 | 49,5 | 49,3 | 99,2 |
| 1964 | 38,5 | 61,1 | 99,6 |
| 1968 | 43,4 | 42,7 | 86,1 |
| 1972 | 60,7 | 37,5 | 98,2 |
| 1976 | 48,0 | 50,1 | 98,1 |
| 1980 | 50,7 | 41,0 | 91,7 |
| 1984 | 58,8 | 40,6 | 99,4 |
| 1988 | 53,4 | 45,6 | 99,0 |
| 1992 | 37,4 | 43,0 | 80,4 |
| 1996 | 40,7 | 49,2 | 89,9 |
| 2000 | 47,9 | 48,4 | 96,3 |
| 2004 | 50,7 | 48,3 | 99,0 |
| 2008 | 45,6 | 52,9 | 98,5 |
| 2012 | 47,0 | 50,9 | 97,9 |
| 2016 | 45,8 | 48,0 | 93,8 |

*Fuente: U. S. House of Representatives. Office of the Clerk.*

El republicano John Bayard Anderson, miembro de la Cámara de Representantes por Illinois, se presentó como independiente en 1980, frente a Carter y Reagan. Recibió 5,7 millones de votos, un 6,6%; sólo en nueve estados superó el 10% y en uno de éstos el 15%. Al cuatrienio siguiente, la satisfacción de los estadounidenses con Reagan le dio a éste el triunfo en cuarenta y nueve estados; el tercer partido en estas elecciones, el libertario, quedó por debajo del 0,3%.

La importancia de las terceras candidaturas de las últimas elecciones radica en el «robo» de votos a su vecino ideológico más próximo. El empresario Ross Perot se presentó como independiente en las elecciones de 1992 contra el presidente republicano George H. Bush. Con casi diecinueve millones de votos, un 19% de los emitidos, consiguió el mejor resultado de un tercer candidato en voto popular desde 1912, aunque no ganó en ningún estado. Los republicanos le atribuyen la victoria de Bill Clinton. En 1996, volvió a presentarse como candidato del Partido de la Reforma y su porcentaje cayó a menos de la mitad.

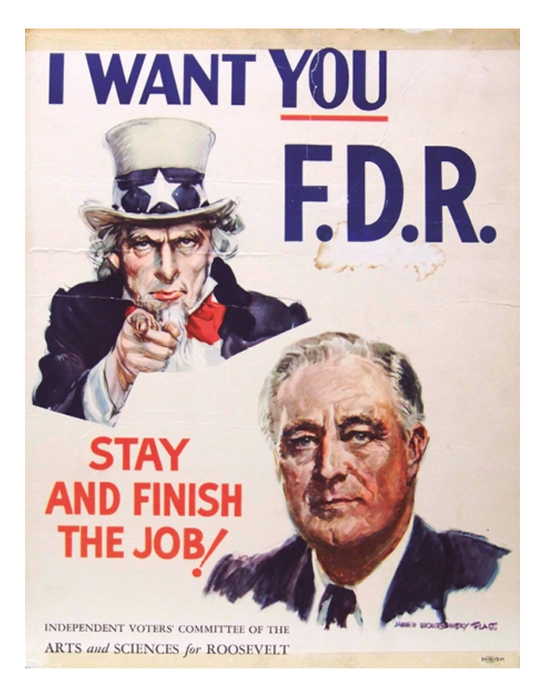
Los demócratas culpan de la derrota de Al Gore en 2000 al Partido Verde de Ralph Nader, que se acercó a los tres millones de sufragios a nivel

nacional (2,8%). Las quincuagésimas cuartas elecciones presidenciales se decidieron en Florida, donde el candidato republicano se llevó los electores por menos de seiscientas papeletas. La candidatura de Nader recibió allí casi 100.000 votos. Con que el 1% de esos votos se hubiera dirigido a Gore, habría sido suficiente para la victoria de éste. Pero ¿a quién pertenecen los votos?

En la actualidad, el tercer partido de EEUU es el Partido Libertario, que en 2016 quedó cerca de los 4,5 millones de los sufragios, casi un 3,3% del voto. Fundado en 1971 debido a las medidas de la Administración Nixon sobre el reclutamiento obligatorio para la guerra de Vietnam y la supresión del patrón-oro, su programa se basa en la reducción del poder del Estado en todos los ámbitos. Por eso, los libertarios proponen la renuncia de Estados Unidos al papel de policía del mundo y la supresión de la Seguridad Social, el salario mínimo, los aranceles y, también, de las limitaciones a la inmigración, el aborto, las drogas y la posesión de armas.

Debido a la extensión del país, el tamaño de su población y la diversidad de ésta, la aparición de nuevos partidos como ha ocurrido y ocurre en España, México, Alemania, Italia, Perú o Grecia es improbable. Los debates políticos se producen en el interior de los dos partidos mayoritarios. Así, el Demócrata ha pasado en el último medio siglo de ser el partido de los trabajadores a serlo de los departamentos universitarios y la *«gauche caviar»* . Igualmente, el republicano está eliminando dentro de sí a los centristas y regresando a su proteccionismo tradicional.

El distrito uninominal y la vinculación de los legisladores con los ciudadanos más que con los partidos, el federalismo y la flexibilidad de los partidos nacionales, capaces de acoger a grupos sociales en ocasiones con programas opuestos, son, sin duda, los factores que han impedido la implosión del sistema de partidos en EEUU.




Cartel de la campaña de Roosevelt para un cuarto mandato, en 1944.

---

27 JONES, Maldwyn A.: Historia de los Estado Unidos 1607-1992, Cátedra, Madrid, 1995, pp. 335-340.

28 "There's not a dime's worth of difference between the Democrat and Republican parties".

29 DOBRYNIN, Anatoly: In Confidence. Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents, University of Washington Press, Seattle, 1995, p. 176.

# NO HAY MAL
# QUE OCHO AÑOS DURE

"No hay ningún hombre indispensable. El Gobierno no se derrumbará y se romperá en pedazos si a alguno de los caballeros que buscan que se les confíe su dirección se le dejara en casa."

Woodrow Wilson

Una de las ventajas del sistema constitucional de Estados Unidos es que desahucia al presidente de la Casa Blanca a los ocho años, lo quiera o no. Sólo dispone de dos mandatos, lo que parece poco cuando el presidente gusta, pero alivia cuando disgusta [30] . Sin embargo, una medida tan inteligente para quienes desconfían del poder del Estado y de los políticos tardó siglo y medio en incorporarse a la Constitución federal.

Los «Padres Fundadores» estaban preocupados por evitar que el jefe del Ejecutivo acumulase tanto poder que se convirtiera en un monarca absoluto a la manera de los reyes europeos, como hemos visto antes. Por eso sorprende que no despojaran al presidente de la facultad de reelegirse indefinidamente desde el poder. El primer estudioso europeo de la democracia estadounidense, Alexis de Tocqueville, afirmó que la reelección había sido un error, porque alteraba el funcionamiento del Gobierno, y se decantaba por su prohibición.

> "Es imposible contemplar la marcha ordinaria de los asuntos públicos en los Estados Unidos, sin percibir que el deseo de ser reelegido domina los pensamientos del presidente; que toda la política de su administración se dirige hacia ese punto; y, sobre todo, que, a medida que la crisis se aproxima, el interés individual sustituye al interés general. Así, pues, el principio de la reelección hace más extensa y peligrosa la influencia corruptora de los gobiernos electivos. Tiende a degradar la moral política del pueblo y a reemplazar al patriotismo por la habilidad. (…) Si el presidente no fuera reelegible, no por eso sería independiente del pueblo, ya que seguiría siendo responsable ante él, pero el favor de los ciudadanos no le sería tan necesario como para

> plegarse en todo a sus deseos”. [31]

George Washington estableció un precedente al retirarse al final de su segundo mandato (1789-1797), que siguió Thomas Jefferson (1801-1809), al anunciar en diciembre de 1807 que no se presentaría a un tercer mandato. Andrew Jackson (1829-1837) también renunció a la posibilidad de un tercer mandato. Sin embargo, Ulysses Grant, después de ocho años (1869-1877) y de un mandato desempeñado por el también republicano Rutherford Hayes (1877-1881), trató de presentarse para un tercero, pero su partido rechazó su nominación. Theodore Roosevelt (1901-1909), descontento con William Taft (1909-1913), se presentó contra éste en la convención republicana, pero, como había ocurrido con Grant, los dirigentes republicanos le denegaron la candidatura; y entonces el neoyorkino montó su propio partido; incluso así, perdió. En ocasiones, el límite a la ambición de un hombre son las ambiciones de otros hombres.

ROOSEVELT VULNERA EL PRECEDENTE

El primer presidente que superó los dos mandatos fue el demócrata Franklin D. Roosevelt, que ganó cuatro elecciones seguidas en 1932, 1936, 1940 y 1944. Para romper los precedentes, Roosevelt empleó las mismas argucias retóricas que los dictadores hispanoamericanos como el mexicano Porfirio Díaz, el peruano Augusto Leguía y el venezolano Juan Vicente Gómez, magnificadas por los medios de comunicación que ya existían en Estados Unidos, en especial la radio, en cuya manipulación el político era un maestro: delegar la decisión en sus admiradores, en su partido y, al final, en el pueblo soberano. Según el experto en campañas políticas Dick Morris,

> “Roosevelt montó un elaborado show de que no quería postularse, pero al final accedió a la candidatura, diciendo al país: «Mi conciencia no me dejará dar la espalda al llamado de la nación»” [32] .

En cuanto se conocieron los rumores de que Roosevelt se preparaba para presentarse para el que sería su tercer período, empezaron las protestas. En febrero de 1940, el Senado del estado de Nueva York aprobó una resolución en la que pedía al Congreso nacional que votase una ley que prohibiese a los presidentes federales el desempeño de un tercer mandato y casi un 90% de los periódicos se pronunció en contra [33] . El asesor de FDR Raymond Moley, que dejó la Casa Blanca debido a los deseos del presidente de reelegirse una y otra vez, asoció la limitación de mandatos a los mecanismos constitucionales elaborados en Estados Unidos para reducir la

arbitrariedad del poderoso, y colocó esta regla a la misma altura que la facultad del Tribunal Supremo para enjuiciar los actos del Congreso y la independencia de los poderes legislativo y judicial respecto del ejecutivo [34] .

El órgano judicial había declarado inconstitucionales algunas de las leyes del *«New Deal»* aprobadas en el primer mandato y Roosevelt preparó un proyecto de ley para establecer la jubilación obligatoria de los magistrados y nombrarles seis adjuntos que se llamó *«Court Packing Plan»* . Lo presentó en el Congreso en febrero de 1937, al poco de ser reelegido por primera vez; pero, aunque decayó por su inconstitucionalidad y el rechazo del Legislativo, consiguió que el Supremo cambiase su jurisprudencia. En 1941, Roosevelt hizo nombrar a su propio ministro de Justicia para magistrado: Robert H. Jackson. Las protestas arreciaron cuando Roosevelt aceptó en julio de 1944 la designación por su partido para un cuarto mandato. Como el país ya combatía en la Segunda Guerra Mundial, FDR recurrió a metáforas y comparaciones militares en la carta en que dio a conocer su decisión:

> "Si la convención me propone para la Presidencia, aceptaré. Si el pueblo me elige, obedeceré. Yo aceptaré y obedeceré, pero no participaré en el habitual sentido partidista, político. Pero si el pueblo me ordena proseguir en este despacho y en esta guerra, tengo el mismo derecho a renunciar como lo tiene el soldado a dejar su puesto en la formación. Por mi parte, yo no deseo presentarme. En la próxima primavera, habré sido presidente y comandante en jefe de las fuerzas armadas por espacio de doce años. Todo, dentro de mí, me grita que regrese a mi casa junto al río Hudson. A regañadientes, pero repito que, como un buen soldado, que aceptaré y serviré en este despacho, si eso me ordena el comandante en jefe de todos nosotros: el pueblo soberano de los Estados Unidos".

Los ecos históricos del mensaje merecieron el siguiente comentario del corresponsal de *La Vanguardia Española* , Francisco Lucientes:

> "En la abundante fraseología política yanqui existe un dicho del general Sherman, quien declinó en 1884 su designación por el Partido republicano para la Presidencia, respondiendo: «Si me nombran, no aceptaré, y si me eligen, no desempeñaré el cargo». El presidente Roosevelt, ahora, tomó la frase de Sherman, le dio una vuelta gramatical y dijo con ella todo lo contrario que el autor: «Si la Convención demócrata me nombra candidato presidencial, aceptaré, y

si el pueblo me elige luego, gobernaré»”. [35]

| LAS VICTORIAS DE FDR | | | | |
|---|---|---|---|---|
| AÑO | VENCEDOR | VOTOS | DERROTADO | VOTOS |
| 1932 | F. Roosevelt | 22.809.638 | Herbert Hoover | 15.758.901 |
| 1936 | F. Roosevelt | 27.751.612 | Alfred Landon | 16.681.913 |
| 1940 | F. Roosevelt | 27.244.160 | Wendell Willkie | 22.305.198 |
| 1944 | F. Roosevelt | 25.602.504 | Thomas Dewey | 22.006.285 |

Fuente: Paul Johnson

Aunque Roosevelt ganó cuatro elecciones presidenciales, su número de votos fue descendiendo, así como el apoyo a los candidatos demócratas en los ámbitos nacional y local. Uno de los efectos de este «reeleccionismo» fue la mengua de influencia del presidente en su propio partido. La reelección por encima de los ocho años

“tendía a incrementar el poder político de los caudillos locales más que el suyo propio. Éstos apoyaron su deseo de quebrar la vieja regla de dos períodos presidenciales y de presentarse para un tercer período en 1940 y un cuarto en 1944; lo utilizaron para obtener votos, pero consolidaron su propio poder bajo su sombra menguante. (…) En 1944, FDR volvió a postularse, pero a esas alturas los caudillos del partido tenían tanto poder que le obligaron a abandonar a su vicepresidente, Henry A. Wallace (1888-1965), y a escoger a un experimentado producto de la maquinaria demócrata de Misuri, Harry S. Truman (1884-1972)”. [36]

Este último justificó en sus memorias las reelecciones sucesivas de Roosevelt por el bien del pueblo y contra la amenaza reaccionaria:

“Se me ha preguntado por qué en 1944 había participado en la campaña a favor del cuarto mandato de Franklin D. Roosevelt, en contra de mi convicción de que ningún presidente debe serlo más que en dos mandatos.

La respuesta es sencilla; sabía lo que habría sucedido en 1944, si Roosevelt y sus ideales no hubiesen continuado presidiendo nuestra política en aquellos tiempos extremadamente críticos. Si las fuerzas reaccionarias hubiesen podido hacerse con el control del gobierno durante aquella época de emergencia, cuando tanto los asuntos internos como los exteriores se hallaban en situación peligrosamente inestable,

sabía que, en cuestión de unos meses, habríamos visto la revocación o la anulación de gran parte del acertado programa social por el cual Roosevelt y los demócratas habían luchado tan duramente durante los dieciséis últimos años. Aunque el presidente no se encontrase físicamente tan fuerte, era un seguro vencedor para las fuerzas del liberalismo, y yo deseaba hacer todo lo que pudiese para ayudarlo”. [37]

## LA VENGANZA DEL CONGRESO: LA ENMIENDA XXII

El largo período de gobierno de Roosevelt, terminado como en las monarquías sólo con su muerte, que ocurrió el 12 de abril de 1945, produjo una reacción constitucional. El presidente había despreciado al Congreso (“para hacer algo en política en este país hay que pasar por encima del Senado” era uno de sus dichos) y éste, en cuanto la balanza del poder basculó hacia él, respondió.

El Parlamento aprobó la Enmienda XXII a la Constitución el 21 de marzo de 1947, al unirse los republicanos con los demócratas del Sur, opuestos a los programas contra la segregación racial aplicados por Truman. En su tramitación, pasó a toda velocidad por el Congreso, prueba de su aceptación entre los parlamentarios. La discusión anterior a la votación en la Cámara de Representantes duró sólo dos horas y en el Senado se prolongó por cinco días. Dada la condición federal del régimen político de EEUU, la reforma tenía que ser ratificada por treinta y seis estados antes de siete años, y ese número se consiguió el 27 de febrero de 1951.

Gracias a esta enmienda, el presidente de EEUU se ha convertido en el principal cargo del sistema constitucional con límite de tiempo a la permanencia. Los congresistas y senadores federales pueden ser reelegidos indefinidamente. El más veterano miembro del Congreso federal ha sido Robert Byrd (demócrata), fallecido en 2010 a los noventa y dos años; perteneció a ambas cámaras durante 20.774 días, casi cincuenta y nueve años. Sus paisanos le reeligieron nueve veces como representante de Virginia Occidental y sirvió bajo doce presidentes. Los nueve magistrados del Tribunal Supremo son, constitucionalmente, vitalicios. Sólo los retiran su propia vergüenza y Dios. John Paul Stevens desempeñó su cargo durante treinta y cinco años (1975-2010); John Marshall, durante treinta y cuatro (1801-1835); Oliver Holmes, durante treinta años (1902 y 1932). El juez más veterano en la *SCOTUS* es Clarence Thomas, con veintinueve años de

servicio, pues se incorporó a ella en 1991.

Varios estados limitan a dos seguidos de por vida los mandatos que pueden desempeñar sus gobernadores: Delaware (1897), Michigan (1967), Misuri (1970), Nevada (1970), Misisipi (1986), California (1990), Arkansas (1993) y Oklahoma (2010). Salvo Delaware, todos los demás estados adoptaron esas enmiendas después de la reforma de la Constitución federal.

Tal como está redactada la enmienda, una persona podría ser elegida vicepresidente de varios presidentes.

> "No se elegirá a la misma persona para el cargo de presidente más de dos veces, ni más de una vez a la persona que haya desempeñado dicho cargo o que haya actuado como presidente durante más de dos años de un período para el que se haya elegido presidente a otra persona. El presente artículo no se aplicará a la persona que ocupaba el puesto de presidente cuando el mismo se propuso por el Congreso, ni impedirá que la persona que desempeñe dicho cargo o que actúe como presidente durante el período en que el repetido artículo entre en vigor desempeñe el puesto de presidente o actúe como tal durante el resto del referido período."

Richard Nixon se incorporó a la Cámara de Representantes en 1946 al ser elegido por un distrito de California y votó a favor de la Enmienda XXII; luego fue vicepresidente de Eisenhower (1953-1961) y presidente (1969-1974). Otro futuro presidente miembro entonces de la Cámara y que aprobó la limitación de mandatos fue Kennedy. Se atribuye su voto positivo a una venganza, porque Roosevelt destituyó a su padre de la embajada en Londres y le excluyó de la política nacional, debido a sus simpatías proalemanas.

## PRESIDENTES QUE SE RESISTEN AL RETIRO

Años más tarde, Nixon confesó que se había equivocado. El motivo es que la limitación de la reelección resta poder al presidente, tanto en el interior como en el exterior.

> "Cuando era congresista en 1947, voté a favor de la enmienda veintidós, que limitaba la Presidencia a dos mandatos. El presidente Eisenhower, que bajo ninguna circunstancia habría tratado de gobernar por tercera vez, opinaba que la enmienda era un error. Luego de dejar su cargo, el presidente Reagan, que probablemente habría sido reelegido para un tercer mandato, ha hecho campaña para su

anulación. Yo me equivocaba y ellos tenían razón. (…) El limitar arbitrariamente el ejercicio de la Presidencia, ya sea imponiendo un mandato de seis años o manteniendo la Enmienda 22, reduce enormemente la autoridad del presidente, porque quienes se opongan a él sabrán que pronto llegará el día en que dejará de poder hacer algo por o en contra de ellos”. [38]

Como en las tres décadas siguientes a la incorporación de la enmienda ningún presidente desempeñó dos mandatos completos, salvo el enfermo Eisenhower, que nunca se planteó la posibilidad de un tercero, tal como afirma Nixon, su mantenimiento no fue más que un asunto de debate académico. Truman (1945-1953), al que el articulado de la enmienda le permitía presentarse en las elecciones de 1952, renunció a hacerlo en marzo de ese año debido a los malos pronósticos electorales. Sólo a partir de gobernantes poderosos, como Ronald Reagan y Bill Clinton, que concluyeron sus presidencias rebosantes de la fuerza y popularidad necesarias para presentarse a una re-reelección, la prohibición pasó al debate público.

| ASÍ ACABARON LAS ÚLTIMAS PRESIDENCIAS | | |
|---|---|---|
| PRESIDENTE | AÑOS | CAUSA |
| Harry Truman | 1945-1953 | Renuncia |
| Dwight Eisenhower | 1953-1961 | Enmienda XXII |
| John F. Kennedy | 1961-1963 | Asesinato |
| Lyndon B. Johnson | 1963-1969 | Renuncia |
| Richard Nixon | 1969-1974 | Dimisión |
| Gerald Ford | 1974-1977 | Derrota |
| Jimmy Carter | 1977-1981 | Derrota |
| Ronald Reagan | 1981-1989 | Enmienda XXII |
| George H. Bush | 1989-1993 | Derrota |
| William Clinton | 1993-2001 | Enmienda XXII |
| George W. Bush | 2001-2009 | Enmienda XXII |
| Barack Obama | 2009-2017 | Enmienda XXII |

En febrero de 1986, comenzado ya su segundo mandato, Reagan declaró en una entrevista:

“Deberíamos preguntarnos seriamente si no nos hemos inmiscuido en los derechos democráticos de los ciudadanos. Éstos pueden elegir al mismo senador durante cuarenta años o a un diputado o a cualquier

> cargo similar por el tiempo que les apetezca. ¿Por qué no tienen el derecho de votar por quienquiera que deseen?”. [39]

Y Clinton propuso que, en vez de dos mandatos consecutivos en toda la vida, se permitieran dos mandatos consecutivos, sin más, con lo que un presidente podría alternar períodos de ocho años con uno de cuatro años, como mínimo, en medio, como permiten las Constituciones argentina y brasileña vigentes:

> “Considero que dado que la gente tiene vidas más largas… la Enmienda veintidós debería modificarse para decir «dos mandatos consecutivos», en vez de «dos mandatos consecutivos para siempre». (…) Puede darse el caso de que elijamos a un presidente de 45 o 50 años y que veinte años más tarde el país se enfrente a los mismos problemas con los que lidió ese presidente antes. A los ciudadanos les gustaría recuperar a ese hombre o esa mujer, pero no tendrían manera de hacerlo”.

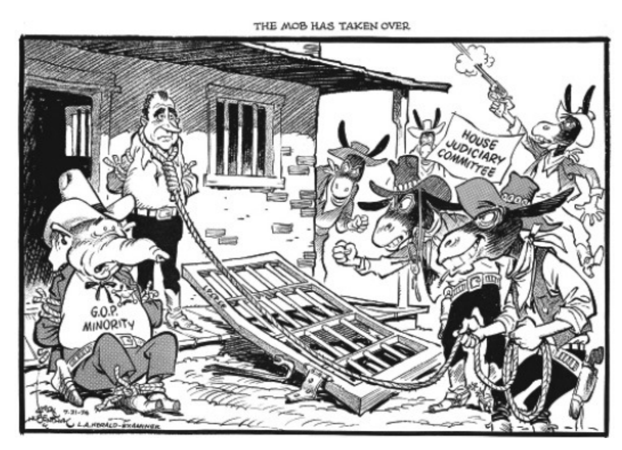
En una entrevista concedida a la revista *Rolling Stone* [40] al final de su segundo período, Clinton ya se había mostrado a favor de suprimir la Enmienda XXII con el mismo argumento de la mayor esperanza de vida, pero resaltó que el cambio no lo pretendía para beneficiarse él. Añadió que si hubiera existido la posibilidad de presentarse a un tercer mandato lo habría hecho y, además, habría ganado a quienquiera que hubiese sido su rival. La misma opinión tenía Lyndon B. Johnson. En sus memorias, explica por qué no se presentó a la reelección en 1968, enuncia los motivos por los que su vicepresidente perdió ante Nixon, plantea la derrota como inevitable, pero añade: “A pesar de esto, estoy convencido de que si me hubiese presentado a la reelección habría sido elegido” [41] .

En un discurso pronunciado en 2015 en Etiopía, Barack Obama aconsejó a los presidentes africanos reunidos que aceptaran retirarse cuando sus mandatos concluyeran y se puso como ejemplo:

> “También tengo que decir que el progreso democrático de África está en riesgo cuando los líderes rehúsan apartarse cuando sus mandatos concluyen. Permítanme ser sincero con ustedes: no lo comprendo. Yo me encuentro en mi segundo mandato. Ha sido un privilegio extraordinario para mí servir como presidente de Estados Unidos. No puedo concebir un honor mayor o un puesto más interesante. Pero según nuestra Constitución no puedo presentarme de nuevo. No puedo.

Y realmente creo que soy un buen presidente. Estoy convencido de que si me presentara, podría ganar. Pero no puedo”. [42]

Parece que un atributo común de los presidentes de EEUU es una enorme confianza en sí mismos. Otro hecho en el que Donald Trump no supone una novedad.




Según este dibujo de Karl Hubenthal, la causa principal del impeachment a Nixon se debía a la condición de minoritario de su partido en la Cámara de Representantes.

30 En el cómic Watchmen , que transcurre en una realidad alternativa a la nuestra, se describe un mundo en el que EEUU consigue la victoria en la guerra de Vietnam en 1971 y el entusiasmo popular permite a Richard Nixon derogar la Enmienda XXII y prolongar su presidencia hasta mediados los años 80, lo que implica que ha ganado cinco elecciones.

31 TOCQUEVILLE, Alexis de: La democracia en América, vol. I, Fundación Iberdrola/Alianza, Madrid, 2006, pp. 237-239.

32 MORRIS, Dick: Juegos de poder. Ganar o perder: cómo juegan la partida los grandes líderes políticos de la historia, El Ateneo, Buenos Aires, 2002, pág. 357.

33 MORRIS, Dick: Op. cit., pág. 358.

34 MOLEY, Raymond: After seven years, Harper y Brothers Publishers, New York and London, 6th edition, 1939, págs. 397 y 398.

35 La Vanguardia, 14-7-1944.

36 JOHNSON, Paul: Estados Unidos. La Historia, Javier Vergara, Barcelona, 2001, p. 669.

37 TRUMAN, Harry: Memorias. Años de prueba y esperanza. De Hiroshima a la NATO, Vergara Editorial, Barcelona, 1956, págs. 201-202.

38 NIXON, Richard: En la arena. Memorias de victorias, derrotas y renovación, Plaza y Janés, Barcelona, 1990, pág. 221.

39 Washington Post, 10-2-1986.

40 Rolling Stone, 6-10-2000.

41 JOHNSON, Lyndon B.: Memorias de un presidente. 1963-1969, Dopesa, Barcelona, 1971, pp. 589-591.

42 https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/07/28/remarks-president-obama-people-africa. Consultado el 23 de abril de 2020.

# ¿SE PUEDE DESTITUIR A UN PRESIDENTE?

"Cuando el presidente hace algo, no es ilegal."

Richard Nixon

En los regímenes parlamentarios como España, Portugal, Italia, Bélgica o Polonia, el Parlamento puede destituir al jefe del Ejecutivo y éste puede disolver el Parlamento y convocar elecciones. Ambos poderes se vigilan y disponen de una bala para derribar al otro. En cambio, en Estados Unidos el Congreso y la Presidencia están obligados a convivir y a trabajar juntos, porque el presidente no puede emitir un decreto de disolución del Congreso y éste tampoco puede destituirle mediante una moción de censura o de confianza. Las dos ramas (*branches* ) del gobierno se renuevan periódicamente, en fechas fijas, de modo que el pueblo pueda ratificar o retirar a uno de ellos.

Una vez enunciada la teoría general que diferencia un régimen parlamentario de otro presidencialista, toca el turno de exponer los matices. Como ya hemos explicado en el primer capítulo, los «Padres Fundadores» construyeron un sistema constitucional en el que el poder predominante es el Congreso, porque desconfiaban de una magistratura unipersonal que tuviera a sus órdenes al Ejército y la Marina y tal vez pudiera proclamarse dictador o someter a los parlamentarios.

Otra de las facultades que prueban la superioridad del Congreso sobre la Presidencia es el *impeachment* , descrito en la tercera sección del artículo I de la Constitución. La Cámara de Representantes puede poner en marcha un juicio político al presidente en cualquier momento; a continuación, el Senado vota sobre las acusaciones y, si las aprueba por una mayoría cualificada, se destituye al jefe del Estado. El Congreso puede juzgar y destituir de igual manera al vicepresidente y a los *«civil officers»* , una categoría que no se describe y que a lo largo de los años ha incluido a magistrados del Supremo y secretarios. De culminarse, supone una corrección por parte del Congreso al pueblo, que ha elegido al presidente.

El jurista francés Alexis de Tocqueville explicó a sus lectores que el

*impeachment* es un “acto administrativo al que se le ha dado la solemnidad de una sentencia”. Como tantas instituciones y reglas creadas en la Constitución de Estados Unidos, es un procedimiento mixto. Una vez que se ha despojado al presidente, o a cualquier otro cargo electo, de la capacidad de causar daños a la nación, el juicio penal por sus delitos, de haberlo, pasa a un tribunal y un jurado ordinarios, como contra cualquier ciudadano. El aristócrata francés elogió a los constituyentes por haber evitado “las consecuencias más terribles de la tiranía legislativa”. Por el contrario, en Europa, la Cámara de los Comunes inglesa juzgó y condenó a muerte, sin apelación, al rey Carlos I y el Comité de Salvación Pública instituido por la Convención francesa condenó a decenas de miles de franceses a la guillotina.

Los «Padres Fundadores» copiaron el *impeachment* de una institución medieval inglesa que permitía al Parlamento juzgar a ministros y oficiales con un procedimiento casi idéntico. Se ha extendido también a varias repúblicas iberoamericanas. En la actualidad, lo incluyen en sus constituciones Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay. Mediante *impeachments* han sido destituidos los presidentes brasileños Fernando Color de Mello (1992) y Dilma Rousseff (2016) y el paraguayo Fernando de Lugo (2012). Pedro Pablo Kuczynski, presidente de Perú, se enfrentó a dos procesos de destitución en un mismo año, 2017; superó el primero, pero renunció antes de que el Congreso se pronunciara sobre el segundo.

El presidente tiene bajo su mando a cientos de miles de funcionarios y militares, a portaviones y submarinos nucleares, a cazabombarderos, a la CIA, a la Agencia de Seguridad Nacional y al FBI, pero si el Congreso decide iniciar un *impeachment* contra él, debe permanecer quieto y esperar el disparo, es decir, el recuento de los votos en el Senado para saber si tiene que hacer las maletas.

De los cuarenta y cinco presidentes, sólo cuatro se han enfrentado a estos procesos.

## LOS PRIMEROS, DOS JUECES

La palabra *impeachment* se suele traducir al español como juicio político. Y en esta expresión lo más importante es el elemento político, que se impone a juicio y a todo concepto de neutralidad y justicia que conlleve esta palabra. Y así es: se trata de un acto político purificado con argumentos y procedimientos de la justicia. Como escribió Alexander Hamilton en la

carta nº 65 de *El Federalista* , esos delitos “poseen una naturaleza que puede correctamente denominarse política”.

Los jeffersonianos recurrieron al *impeachment* para asustar al Tribunal Supremo, compuesto por magistrados federalistas. El primer alto cargo sometido en Estados Unidos a un proceso de destitución fue el juez Samuel Chase, al que la Cámara de Representantes acusó en 1803 de dictar sentencias por motivos partidistas. El Senado rechazó su destitución y permaneció en su puesto hasta que falleció en 1811. Unos meses más tarde, los demócratas-republicanos iniciaron un nuevo *impeachment* contra John Pickering, juez federal en New Hampshire; fue destituido en 1804.

El primer presidente contra el que comenzó un *impeachment* fue John Tyler en 1842. El motivo consistió en el uso de su atribución del veto a los proyectos de ley remitidos por el Congreso. Tyler fue elegido vicepresidente de William Harrison en una plataforma *Whig* , pero cuando sucedió a éste, bloqueó los proyectos *whigs* , como el banco nacional y la subida de aranceles. Los *whigs* le expulsaron del partido y, como controlaban el Congreso, primero rechazaron fondos para reparar la Casa Blanca y luego presentaron un proceso de destitución en la Cámara de Representantes. El *impeachment* no prosiguió debido a los resultados de las elecciones parlamentarias de mitad de mandato de ese año.

El segundo presidente amenazado por un proceso de destitución fue James Buchanan. En marzo de 1860, la Cámara de Representantes estableció un comité, formado por tres republicanos y dos demócratas, para investigar las acusaciones contra el presidente por soborno y extorsión a diputados durante el debate para la incorporación de Kansas como estado.

## SALVADO POR UN VOTO

El primer presidente sometido a un proceso de destitución fue el sucesor de Lincoln, Andrew Jonhson. Éste era un demócrata sureño que se enfrentó a los miembros del gobierno heredado de su predecesor y al Congreso por la Reconstrucción del Sur. Los choques fueron constantes; el presidente obstaculizaba o retrasaba los planes de Washington, en concreto la protección del derecho de voto de los esclavos liberados. La tensión estalló a cuenta de la *Tenure of Office Act* (1867), redactada para restringir la capacidad del presidente para formar su Gobierno. Si el Senado aprobaba el nombramiento de un cargo propuesto por el presidente, éste sólo podía destituirle con el permiso de la misma Cámara, lo que suspendía su facultad para hacer nombramientos mientras el Senado no estuviera en período de

sesiones. La incomodidad de la ley llevó a que se derogase veinte años después, pero en 1867 era una correa con la que el Legislativo ataba al Ejecutivo.

Johnson primero vetó la ley, pero en las elecciones de mitad de mandato de 1866 los republicanos ampliaron su mayoría tanto que superaron los dos tercios requeridos para anular los vetos presidenciales. Después, a pesar de ella, trató de sustituir al secretario de Guerra Edwin Stanton, partidario de la corriente de los «Republicanos Radicales», con el general Grant. El caso es ambiguo, pues Johnson no había nombrado a Stanton. La Cámara de Representantes aprobó la apertura de un *impeachment* en febrero de 1868.

Entre los once delitos o faltas cometidas por Johnson, según la enumeración del escrito elaborado por los diputados, figuraban la destitución de Stanton, órdenes contrarias a la Reconstrucción y la crítica acerba en público a las leyes del Congreso. El 4 de marzo, el Senado recibió el pliego de acusaciones y al día siguiente comenzó el juicio, bajo la presidencia del presidente del Tribunal Supremo, con la recopilación de testimonios y pruebas. Las tribunas del Senado rebosaron de público para un espectáculo ciertamente novedoso.

Entonces, la Cámara Alta de EEUU la componían cincuenta y cuatro senadores en representación de veintisiete estados, ya que seguían excluidos diez de los estados que formaron la Confederación. El 16 de mayo empezaron las votaciones, que duraron hasta el 26. En las votaciones más ajustadas, el resultado fue de treinta y cinco votos a favor de la culpabilidad y diecinueve a favor de la inocencia. Johnson, que contó con los nueves senadores demócratas más diez republicanos, se salvó por un único voto.

## UNA DIMISIÓN ANTES QUE EL JUICIO

El siguiente presidente en afrontar un *impeachment* fue Harry Truman. El 11 de abril de 1951, destituyó al general Douglas McArthur de la jefatura de las tropas de las Naciones Unidas en Corea debido a sus críticas a la dirección de la guerra por parte del presidente Truman.

El senador republicano Robert Taft, apodado *«Mister Republican»* , afirmó unos días más tarde que Truman debía “ser acusado y condenado. Su destitución apresurada y rencorosa del general MacArthur es la culminación de una serie de actos que han demostrado que no es apto, moral y mentalmente, para su alto cargo”. Consiguió que un comité del Senado comenzase la recopilación de pruebas para un juicio político. La

investigación concluyó a finales de junio sin pasar a mayores.

El *impeachment* contra Richard Nixon, en cambio, avanzó tanto que el californiano prefirió pasar a la historia como el primer presidente que dimitió de su cargo en vez de como el primer presidente destituido por conductas impropias del cargo.

El 17 de junio de 1972, un mes antes de la convención del Partido Demócrata que elegiría al candidato para las elecciones de ese año, cinco ladrones fueron detenidos en las oficinas del Comité Nacional Demócrata, en el edificio Watergate. Pronto se descubrió que esos hombres estaban vinculados al Partido Republicano. A partir de ese hilo, comenzó a desenredarse una madeja que llegaba hasta la Casa Blanca y causó una crisis constitucional para asombro del mundo entero. El escándalo no deslució la arrolladora victoria de Nixon en 1972, pero emergió cuando empezaba su segundo mandato.

En febrero de 1973, el Senado, con mayoría demócrata, votó la constitución de un comité de investigación y en mayo el fiscal general (ministro de Justicia), Elliot Richardson, designó un fiscal especial para el caso. En julio, por una declaración de uno de los testigos convocados al comité del Senado, se supo que en el Despacho Oval existía un sistema de grabación colocado por Nixon. Las reclamaciones de las cintas y las triquiñuelas de la Casa Blanca para no entregarlas ocuparon los meses siguientes. En julio, uno de sus asesores, Patrick Buchanan, aconsejó a Nixon que quemara todas las cintas, salvo las relacionadas con la política exterior. El 20 de octubre, el presidente perpetró la «Masacre del Sábado Noche», en que ordenó al fiscal general que destituyese al fiscal especial. Para no hacerlo, Richardson dimitió, igual que su ayudante. Ya el tercero en la jerarquía de la oficina cumplió la orden presidencial. Este terremoto provocó que la Cámara de Representantes iniciara los trámites para un proceso de destitución del trigésimo séptimo presidente.

El escándalo acabó implicando a las tres ramas del gobierno, la legislativa, la ejecutiva y la judicial. El Supremo dictó una resolución por ocho votos contra ninguno (el presidente se recusó debido a sus vínculos con otro fiscal general de la Administración Nixon), ordenando a la Presidencia que entregase las cintas al comité judicial de la Cámara de Representantes. En las grabaciones, Nixon aportaba carretadas de pruebas contra sí mismo: ordenaba a su jefe de gabinete que diera a la CIA el recado de que mintiera al FBI diciendo que el «Watergate» estaba relacionado con

la seguridad nacional; discutía con su abogado personal sobre los pagos a las familias de los «fontaneros» condenados; y afirmaba que Hacienda tenía que investigar a sus rivales políticos.

A los pocos días, el 30 de julio de 1974, veinticinco meses después de la detención de los ladrones en el edificio Watergate, el comité judicial concluyó la investigación contra Nixon con tres cargos: abuso de los poderes presidenciales, desprecio al Congreso y obstrucción a la justicia. En cambio, se rechazaron las acusaciones referidas al fraude fiscal y enriquecimiento por parte de Nixon y a sus instrucciones de bombardear Camboya. La fecha para la apertura del debate del *impeachment* se fijó el 19 de agosto.

Aunque los republicanos estaban en minoría en la Cámara (192 diputados frente a 242 demócratas), en el Senado (42 frente a 56) tenían el suficiente número para impedir la aprobación del proceso por los dos tercios requeridos. Si Nixon esperaba superar la crisis con la absolución en el Senado por falta de los votos necesarios, el senador Goldwater le disuadió de hacerlo cuando le dijo que de la cuarentena de senadores republicanos sólo podía contar con el apoyo de diez o menos.

Ante una sentencia ya dictada, Nixon decidió acortar el tormento. El 8 de agosto comunicó a su vicepresidente que renunciaba y unas horas más tarde lo declaró ante el mundo entero por televisión. Al día siguiente, los Nixon abandonaban la Casa Blanca. A finales de mes, la Cámara aprobó el punto final al proceso y publicó el informe elaborado por el comité.

Este juicio político planteó los límites legales de los actos del presidente y de su inmunidad, y ha inspirado muchas novelas y películas. El propio Nixon reveló en una entrevista en 1977 el concepto que muchos políticos tienen del poder, sobre todo cuando disponen de él: "Cuando el presidente hace algo, significa que no es ilegal".

## SEXO EN EL DESPACHO OVAL

Durante la campaña electoral de 1992, el candidato Bill Clinton prometió establecer "la Administración más ética de la historia". Sin embargo, Bill Clinton ha sido, hasta Donald Trump, el presidente más investigado de la historia.

Los Clinton se mudaron a Washington con los fardos de sus líos financieros y amoríos de Arkansas. Una funcionaria de la Administración estatal, Paula Jones, demandó a Clinton en 1994 por acoso sexual. Los abogados del presidente pretendieron que la jefatura del Estado le concedía

inmunidad contra demandas civiles, pero el Supremo por unanimidad falló en 1997 que no era así. Ese mismo año, una funcionaria federal, Linda Tripp, empezó a grabar sus conversaciones con una «amiga», Monica Lewinsky, otra empleada administrativa. Ésta había trabajado en la Casa Blanca y decía que había sido amante del presidente y tenía pruebas en un vestido que lo corroboraban. De nuevo grabaciones, como en la caída de Nixon.

En enero de 1998, Tripp, movida por "un deber patriótico", entregó las cintas al fiscal que investigaba la quiebra de una promotora inmobiliaria de Arkansas en la que habían invertido los Clinton. El fiscal, Kenneth Starr, con permiso de la fiscal general Janet Reno, amplió su investigación y reclamó el vestido a Lewinsky. Clinton juró que no había tenido ningún tipo de contacto sexual con Lewinsky. Aparecieron nuevas revelaciones que refutaban esa versión y daban detalles sobre las intimidades del presidente y la becaria en el Despacho Oval. La primera dama, Hillary Clinton, replicó que todo el escándalo, desde la infidelidad de su marido hasta las pesquisas de Starr, respondía a "una vasta conspiración de la extrema derecha".

Un mes antes de las elecciones parlamentarias de 1998, la Cámara de Representantes decidió por 258 votos contra 176 comenzar un proceso de destitución contra Clinton. Los republicanos tenían la mayoría y se les unieron treinta y un diputados demócratas. En las elecciones, los republicanos, que esperaban aumentar su bancada, perdieron unos pocos asientos. El proceso continuó, y después de unos retrasos causados por la orden del presidente de bombardear Irak, la Cámara aprobó dos cargos contra Clinton: obstrucción a la justicia y perjurio a un gran jurado.

El Senado comenzó el juicio el 7 de enero de 1999 y, como ocurrió en el caso de Andrew Johnson, mucho público deseó acudir a las sesiones con testigos. Después de tres días de deliberaciones a puerta cerrada, el 12 de febrero el Senado votó sobre las dos acusaciones del pliego. Aunque los republicanos eran mayoría, con cincuenta y cinco escaños, la aprobación del *impeachment* habría necesitado la unión de todo su grupo y la captación de doce votos más. El resultado fue el contrario: las dos acusaciones fueron rechazadas, con el apoyo de algunos legisladores republicanos.

A diferencia de Nixon, a Clinton no se le acusó de abuso de poder y, además, mantuvo un alto apoyo popular en las encuestas que, en cierto modo, se expresó en las elecciones de mitad de mandato.

Pero las desgracias del presidente demócrata no concluyeron aquí. Un

juez federal le citó en abril como acusado de perjurio en la investigación de Paula Jones. El presidente aceptó pagar 850.000 dólares a Jones para cerrar el juicio y el último día de su mandato llegó a un acuerdo con otro fiscal especial por el que reconocía que mintió bajo juramento cuando afirmó que no había tenido relaciones sexuales con Lewinsky. Bill y Hillary salieron arruinados y humillados de la Casa Blanca.

## PRIMERO EL JUICIO, LUEGO LAS PRUEBAS

Después de que el recuento diera como ganador de las elecciones a Donald Trump, los demócratas trataron de impedir su acceso a la Presidencia con exhortaciones a los miembros del Colegio Electoral para que no le votasen y dejasen la designación final en manos de la Cámara de Representantes. Cuando el Congreso proclamó a Trump, el paso siguiente consistió en montarle un proceso de destitución. Aunque dos diputados demócratas presentaron una solicitud de *impeachment* en 2017, el plan sólo pudo activarse de manera seria después de las elecciones de mitad de mandato de 2018, en que los demócratas ganaron la mayoría en la Cámara Baja del Congreso.

En septiembre de 2019, la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, anunció la constitución de un comité judicial para investigar las acusaciones de que Trump había condicionado la ayuda militar a Ucrania, enfrascada en una guerra de baja intensidad contra Rusia, a cambio de que el Gobierno local le facilitara información sobre los negocios del hijo del exvicepresidente Joe Biden. Según Pelosi, la conducta del presidente representaba "una traición a la seguridad nacional".

En diciembre, los diputados aprobaron el pliego de acusaciones por abuso de poder y obstrucción; los votos a favor y en contra se dividieron casi iguales entre las adscripciones de cada partido. El presidente replicó que el proceso tendría como consecuencia el suicidio de los demócratas y que se trataba de "un intento de golpe de Estado ilegal".

A pesar del empeño de los demócratas en alargar el proceso con la deposición de testigos, para empalmar con la campaña electoral, el Senado votó las dos acusaciones el 5 de febrero y absolvió a Trump por 53 a 47, con la salvedad de que un senador republicano se pronunció a favor de una de ellas. Un resultado previsto desde el principio del juicio político. Las encuestas, para las que se montó el tercer *impeachment* en la historia del país, no registraron ningún movimiento en perjuicio de Trump [43] .

LO QUE EL CONGRESO DIGA

La principal conclusión sobre los juicios políticos realizados en Estados Unidos es que no se originan por guerras perdidas ni por asuntos de corrupción ni por nepotismo; responden exclusivamente a motivos partidistas. La mayoría demócrata en la Cámara de Representantes entre 1981 y 1989 jamás tramitó un *impeachment* contra Reagan, por mucho que se opusiera a alguna de sus decisiones, debido a la popularidad del presidente. Los comenzados contra Clinton y Trump se debieron al enconamiento de la lucha política entre los dos partidos.

El análisis de estos dos últimos juicios políticos confirma lo que dijo Gerald Ford como diputado y jefe de la bancada republicana en la Cámara en 1970, durante otro *impeachment* , el realizado contra el juez del Supremo William Douglas:

> "¿Qué es una conducta merecedora de *impeachment* ? La única respuesta sincera es que una conducta merecedora de *impeachment* es cualquier cosa que la mayoría de la Cámara de Representantes considera que lo es en un momento dado de la historia". [44]

Tal como hemos visto con motivo del *impeachment* a Trump, se trata de un golpe propagandístico para una campaña electoral. En poco tiempo sabremos si una medida constitucional tan drástica ha tenido resultados beneficiosos para quienes la impulsaron.

---

43 La media de aprobación de los presidentes desde 1945 se sitúa en un 53%, de acuerdo con las mediciones de la empresa Gallup. El índice de Trump es inferior, pero en enero de 2020, cuando el proceso pasó al Senado, era de un 44%, similar al de los meses anteriores. Ver https://news.gallup.com/poll/283364/senate-trial-begins-approve-trump.aspx. Consultado el 1 de junio de 2020.

44 "An impeachable offense is whatever a majority of the House of Representatives considers it to be at a given moment in history".




La residencia de Thomas Jefferson, Monticello, en Virginia, ha aparecido en varios billetes y monedas emitidas por el Tesoro

# ¿DE QUÉ ESTADOS PROVIENEN LOS PRESIDENTES?

La importancia del estado de nacimiento es cada vez menor, a medida que aumenta la población y mejoran las comunicaciones. En una sociedad donde un ciudadano puede cambiar de residencia, sea tanto de ciudad como de estado, casi doce veces a lo largo de su vida, para un candidato a presidente más interés tienen su formación universitaria, su carrera política, sus relaciones, o su capacidad para captar fondos que el lugar de nacimiento.

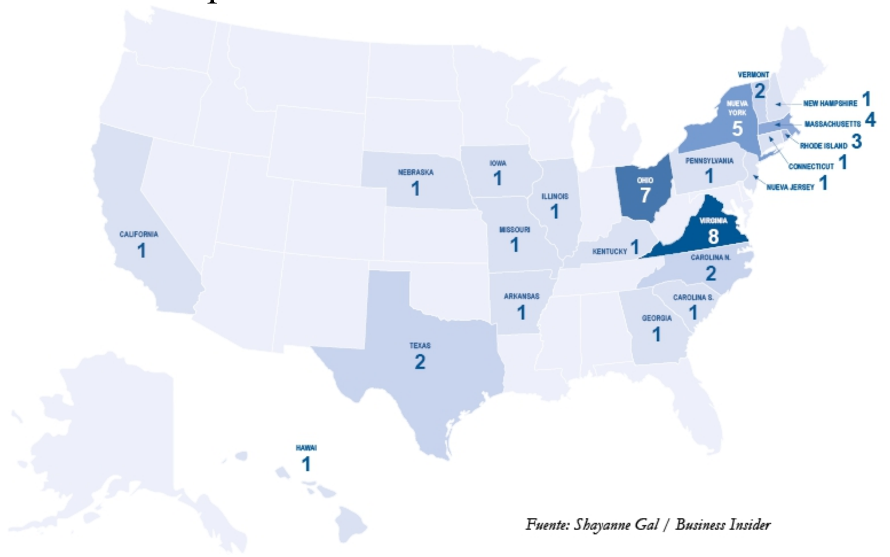
Arkansas tiene menos del 1% de la población nacional, por renta per cápita se encuentra entre los cinco estados de menores ingresos y forma parte del *«flyover country»* . En este lugar, desarrolló Bill Clinton toda su carrera hasta que se presentó a las primarias demócratas de 1992. Obtuvo la candidatura frente a un exgobernador de California y a un exsenador de Massachusetts y luego derrotó a un presidente en ejercicio, porque sus dos campañas electorales fueron modelos de acierto y gozó del apoyo de las televisiones.

En torno a 1800, cuando Estados Unidos era mucho más pequeño en extensión y en población, la residencia y, también, la pertenencia al reducido grupo de los patriotas que combatieron contra los ingleses y redactaron la Constitución federal, influían mucho más. Por eso, se habla de la «Dinastía Virginiana». Virginia dio ocho presidentes, todos de los siglos XVIII y XIX, salvo uno, y de los cinco primeros cuatro de ellos nacieron en su territorio. Este acaparamiento de la Presidencia coincidía con el papel central de Virginia en la historia del país. En su territorio se fundaron la primera colonia inglesa y el primer asentamiento permanente. Y recibió el apodo de «Madre de Estados» porque su territorio original se dividió para fundar las Carolinas, Kentucky y Tennessee; durante la guerra civil, en la que Virginia se unió a la Confederación, parte del estado se separó para fundar Virginia Occidental.

En esta clasificación, detrás de Virginia viene Ohio. De los once presidentes que hubo entre 1869 y 1923, siete vieron la luz en el estado del

castaño, coincidiendo con su fuerza demográfica en el Colegio Electoral: tercero más poblado hasta 1892 y cuarto desde entonces.

Los cuarenta y cinco presidentes han nacido en veintiún estados; veintinueve estados no han aportado todavía ninguno, la mayoría de ellos en el Oeste del país e inexistentes cuando se fundaron los Estados Unidos. Cuatro estados —Virginia, Ohio, Nueva York y Massachusetts— reúnen a veinticuatro presidentes.




*Fuente: Shayanne Gal / Business Insider*

ÉSTA ES LA LISTA COMPLETA:

Virginia : George Washington, Thomas Jefferson, James Madison, James Monroe, William Henry Harrison, John Tyler, Zachary Taylor y Woodrow Wilson.
Ohio : Ulises Grant, Rutherford Hayes, James Garfield, Benjamin Harrison, William McKinley, William Taft y Warren G. Harding.
Nueva York : Martin Van Buren, Millard Fillmore, Theodore Roosevelt, Franklin D. Roosevelt y Donald Trump.
Massachusetts : John Adams, John Quincy Adams, John F. Kennedy y George H. Bush.
Carolina del Norte : James Polk y Andrew Johnson.
Texas : Dwight D. Eisenhower y Lyndon B. Johnson.
Vermont : Chester Arthur y Calvin Coolidge.
Carolina del Sur : Andrew Jackson.
New Hampshire : Franklin Pierce.
Pennsylvania : James Buchanan.
Kentucky : Abraham Lincoln.
New Jersey : Grover Cleveland.

Iowa : Herbert Hoover.
Misuri : Harry Truman.
California : Richard Nixon.
Nebraska : Gerald Ford.
Georgia : Jimmy Carter.
Illinois : Ronald Reagan.
Arkansas : Bill Clinton.
Connecticut : George W. Bush.
Hawái : Barack Obama.

En política más que en otras facetas de la vida se nota la diferencia entre el lugar de nacimiento y el lugar de vida adulta.

Woodrow Wilson padeció la guerra civil como niño en el bando de los vencidos, al nacer en Virginia en 1856. Si no hubiera comenzado su carrera profesional y política en el estado de Nueva Jersey, irreprochablemente nordista y leal a la Unión, quizás nunca habría sido elegido. Después de Andrew Johnson, el primer nativo de un estado con esclavitud legal que llegó a la Presidencia fue Harry Truman, en 1944. El primer presidente nacido en uno de los estados de la Confederación, aunque sus padres le llevaran a Kansas a los dos años, fue Dwight Eisenhower, elegido en 1952. Y el primer presidente no sólo sureño, sino que además creció y maduró en el *«Deep South»* y se benefició de la hegemonía de su partido, fue el texano Lyndon B. Johnson, en 1963.

Herbert Hoover nació en 1874 en la minúscula West Branch (Iowa), donde los vecinos no alcanzaban el medio millar. Su fortuna y su prestigio se los granjeó trabajando como ingeniero de minas, graduado en Stanford (California), y empresario en el extranjero y luego como organizador de la ayuda a los belgas durante la Primera Guerra Mundial.

Los dos presidentes que se trasladaron de Illinois a la Casa Blanca, Abraham Lincoln y Barack Obama, tienen en común que no nacieron en este estado. Lincoln nació y vivió hasta los veinte años en Kentucky. Obama nació en Hawái, pero entró en política en Chicago. Ronald Reagan nació, precisamente, en Illinois, en Tampico, un pueblo poco mayor que el de Hoover, pero su trampolín político lo constituyó California, ya que se dio a conocer allí como actor y después, durante ocho años, como gobernador. Su primer trabajo le formó para hablar y persuadir a la gente y el segundo le hizo conocido a nivel nacional, al haber convertido el déficit estatal en superávit y desmantelado las protestas estudiantiles de los años 60.

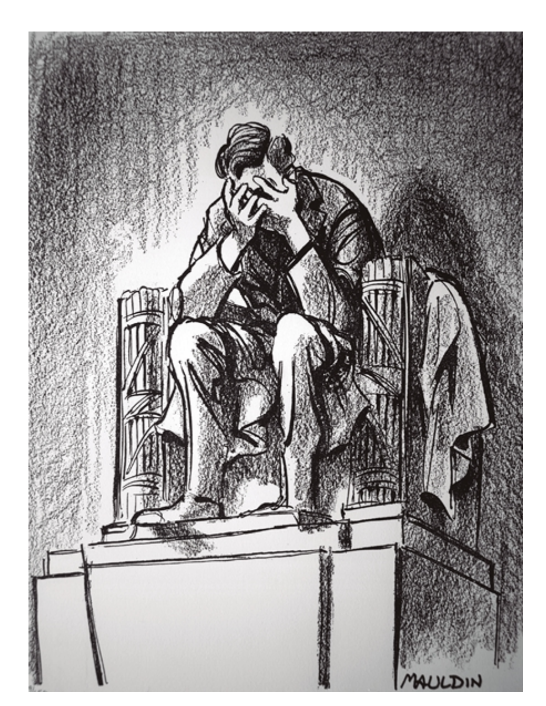
Por el contrario, si Kennedy no hubiera nacido en Massachusetts, es decir, si no hubiera dispuesto de una potente base territorial, más la fortuna de su padre y la colaboración de la Iglesia católica, le habría sido más difícil alcanzar la Presidencia. Lo mismo se puede decir de Franklin Delano Roosevelt: su familia, su experiencia administrativa y su base electoral en Nueva York, entonces el estado más poblado del país, fueron impulsos a su victoria. Por el contrario, Nueva York fue infiel a cuatro de sus gobernadores: Grover Cleveland en 1888, Teddy Roosevelt en 1912, Al Smith en 1928 y Thomas Dewey en 1944.

La carrera política de los dos Bush está unida a Texas, sobre todo la de George W., aunque ambos nacieron en la región de Nueva Inglaterra, el padre en Massachusetts y el hijo en Connecticut. Gerald Ford, ciudadano de Nebraska por nacimiento, creció en Michigan, donde también realizó sus estudios superiores y a cuyo estado representó en el Congreso. Donald Trump es un neoyorquino de pies a cabeza, pero sus votantes y su política son totalmente opuestos a los «dueños del universo» como Sherman McCoy y Gordon Gekko, que han convertido la ciudad en la lonja para sus negocios y el palacio para sus placeres.

El citado Bill Clinton vive, con su esposa Hillary, en Nueva York, donde también residen su hija y sus nietos. A fin de preparar su campaña para la Presidencia, Hillary Clinton no sólo se estableció en Nueva York, sino que ganó un escaño al Senado federal por ese estado, el tercero mayor en población, bastión demócrata y donde se encuentran muchos de los principales donantes del partido, como los bancos de inversión. Una vez que Hillary ha abandonado su plan de ser presidenta, no parece que ella y su marido vayan a vender su casa en el municipio neoyorquino de Chappaqua, por la que en 1997 pagaron 1,7 millones de dólares, para mudarse de nuevo a Little Rock, la pequeña y nada glamurosa capital de Arkansas.

* * *

En la actualidad, más importante que el lugar de nacimiento es escoger los grupos a los que apelar, dar bien en las entrevistas, saber recaudar fondos y, además, en el caso de los demócratas, pertenecer o vincularse a una de las minorías de moda. La televisión y las redes sociales convierten a un candidato en unos pocos meses en una figura nacional.




Homenaje a Kennedy por otro presidente asesinado.

# ¿QUÉ PROFESIONES TIENEN LOS PRESIDENTES?

Entre los mitos de Estados Unidos destaca el de los presidentes nacidos en cabañas de troncos de madera, levantadas en los bordes de la civilización, y donde el futuro presidente desde pequeño aprendió a usar el hacha y el arado. Un mito que se contraponía a los reyes y aristócratas europeos, nacidos y crecidos en palacios. Auténticos hombres del pueblo para una verdadera democracia. Como todos los mitos, éste tiene una base de realidad. Seis presidentes nacieron en esas cabañas: Andrew Jackson, James Polk, Millard Fillmore, Franklin Pierce, James Buchanan, Abraham Lincoln y James Garfield. Andrew Johnson, el presidente de orígenes más humildes (nunca fue a la escuela), nació en una vivienda muy pobre, pero situada no en el bosque o las praderas, sino en la ciudad de Raleigh, capital de Virginia.

Semejante arraigo en la tierra ya es imposible. El último presidente que se acercó a esa imagen fue Calvin Coolidge en el instante de su juramento. Como ya hemos visto en otro capítulo, Coolidge fue uno de los vicepresidentes elevados a la Presidencia por la muerte del presidente titular. Warren Harding falleció a principios de agosto en San Francisco. Coolidge se hallaba de vacaciones en la casa de sus padres en Plymouth (Vermont), un pueblo con poco más de cuatrocientos vecinos. La casa, aunque grande, carecía de electricidad y de teléfono. La noticia la llevó un mensajero, pasada la medianoche. Coolidge se vistió, rezó una plegaria y bajó al salón, donde su padre, a la luz de un quinqué, le tomó juramento. Después, «Cal el silencioso» atendió a los periodistas que esperaban fuera y volvió a la cama.

Se pueden conocer las profesiones y el modo de vivir de todos los presidentes del país y, aunque la cabaña de troncos (*«log cabin»* ) haya desaparecido de la política, y de la vida, norteamericana, afloran unas tradiciones y reglas que sorprenden al enfrentarlas con las proclamas de la revolución americana.

Cuando Tocqueville viajó a Estados Unidos en 1831, quedó asombrado

por la igualdad entre los ciudadanos de Estados Unidos, que no se limitaba a la legal, sino que también se extendía a las costumbres [45] .

> "El estado social de los norteamericanos es eminentemente democrático. Ha tenido este carácter desde el nacimiento de las colonias; lo tiene aún más en nuestros días"."No es que en los Estados Unidos, como en otras partes, no haya ricos. No conozco ningún país en el que el amor al dinero tenga más amplio lugar en el corazón del hombre, y donde se profese un desprecio más profundo hacia la teoría de la igualdad permanente de los bienes. Pero la fortuna circula allí con una incomparable rapidez, y la experiencia enseña que es raro ver a dos generaciones recibir igualmente sus favores".
>
> "La igualdad se extiende hasta cierto punto sobre las mismas inteligencias".
>
> "No creo que haya país en el mundo donde, en proporción con la población, se encuentren tan pocos ignorantes y menos sabios que en Norteamérica. La instrucción primaria está allí al alcance de todos. La instrucción superior no se halla casi al alcance de nadie".
>
> "En los Estados Unidos, hay pocos ricos; casi todos los norteamericanos tienen, pues, necesidad de ejercer una profesión. Ahora bien, toda profesión exige un aprendizaje. Los norteamericanos no pueden entregarse al cultivo general de la inteligencia sino en los primeros años de la vida: a los quince entran en una carrera. Así, su educación concluye muy a menudo en la época en que la nuestra comienza. Si se prosigue hasta más lejos, no se dirige ya sino hacia una materia especial y lucrativa; se estudia una ciencia como se toma un oficio, y no captan más que las aplicaciones cuya utilidad presente es reconocida".
>
> "En Norteamérica, la mayor parte de los ricos comenzaron siendo pobres".
>
> "Norteamérica presenta, pues, en su estado social, el más extraño fenómeno. Los hombres se muestran allí más iguales por su fortuna y por su inteligencia o, en otros términos, más igualmente fuertes que lo son en ningún país del mundo, o que lo hayan sido en ningún siglo de que la historia guarde recuerdo".

La apreciación de Tocqueville sobre las maneras democráticas, que los europeos cultos que visitaban EEUU calificaron de plebeyas hasta los años 60 del siglo XX en que la vulgaridad se extendió por todas partes, no

implicaba una completa igualdad económica. "Es significativo que ninguna nueva clase social llegase al poder mediante la Revolución norteamericana. Los hombres que tramaron la revuelta fueron en su mayor parte miembros de las clases dominantes". [46] A la revolución política no la acompañó una revolución social. La creencia de que "todos los hombres son creados iguales" con que comienza la Proclamación de la Independencia no implicaba ni para los más exaltados de los revolucionarios la confiscación de propiedades ni la nivelación forzada de las clases sociales. Esa igualdad se realizó mediante otras vías.

A fin de impedir el nacimiento y la consolidación de una clase social alta basada en la propiedad de tierras, los estados abolieron las leyes de mayorazgo de origen inglés allá donde existían, que era en el sur, pues en el norte no habían estado vigentes nunca por rechazo de las asambleas locales. En España, Francia y Portugal, el mayorazgo se abolió a lo largo del siglo XIX y supuso la fragmentación de los patrimonios de los grandes linajes. Otra abolición, la de los privilegios y las ordenanzas mercantilistas británicas, abrió desde la independencia nuevas oportunidades de negocios a una multitud de comerciantes y aventureros.

La igualdad republicana en el ámbito político consistió en la supresión de toda representación estamental en las asambleas y de los nombramientos reales de jueces y gobernadores. Se instauró una tajante separación entre la religión y el Estado y entre las instituciones de éste. Los tribunales y jurados juzgaban a todos los hombres por una misma ley. El derecho de sufragio se extendió cada vez más entre los hombres libres, hasta la abolición de la esclavitud (Enmienda XIII) y la concesión de derechos políticos a los nuevos ciudadanos (Enmienda XV). En 1913, se amplió el sufragio popular para la elección de los senadores federales (Enmienda XVII) y en 1920 se concedió el voto a las mujeres (Enmienda XIX).

Todo lo anterior fue compatible desde el principio con la preeminencia de los hombres adinerados en la política. La admiración popular por la riqueza obtenida de manera legal o mediante un riesgo o un sacrificio, así como las leyes protectoras de la propiedad y derechos y la facilidad para encontrar financiación, explican que EEUU sea desde su nacimiento hasta la actualidad el país más atractivo para los inmigrantes, los empresarios y los inventores. Y también explican que los primeros presidentes estuvieran más cerca en cuanto a fortuna de un lord inglés que de un pionero de Ohio.

## MUCHOS RICOS Y RENTISTAS, Y POCOS POBRES

Los ricos abundan en la lista de presidentes, mucho más que los pobres. Y es que las cenicientas que protagonizan los cuentos y las telenovelas escasean en las familias reales y las presidencias republicanas.

Los miembros de la «Dinastía Virginiana», que incluye los cinco primeros presidentes, con la excepción de Adams, tenían en común una fortuna de mayor o menor amplitud debido a la propiedad de plantaciones. A Washington los historiadores le señalan como el hombre más rico de la nueva república, gracias a la fortuna de su esposa, una viuda rica, y a la compra de nuevas tierras de cultivo.

Jefferson comenzó como abogado, y sus primeros casos versaron sobre tierras ganadas a los indios en Carolina del Norte y Tennessee. Heredó de su padre una finca de unas dos mil hectáreas de superficie cerca de Charlottesville, donde usó esclavos para cultivar tabaco. La fortuna que hizo fue tal que le permitió construir una lujosa residencia, llamada Monticello, con una cúpula famosa que aparece en la moneda de cinco centavos y el antiguo billete de dos dólares.

Jackson, después de ocupar el cargo de magistrado en el Tribunal Supremo de Tennessee, compró en 1804 una plantación llamada Hermitage en las afueras de Nashville que luego amplió hasta reunir una finca de 425 hectáreas. El cultivo era el algodón y la fuerza de trabajo la formaban esclavos. Se ha calculado que Jefferson, muerto en 1845, poseyó en torno a trescientos seres humanos. El populista Jackson, enterrado en su propia finca, fue, después de Jefferson, el presidente más rico del siglo XIX.

Adams, también rico, era abogado. Su única propiedad inmobiliaria, en Quincy (Massachusetts), abarcaba algo más de dieciséis hectáreas. Su hijo, John Quincy Adams, heredó esta finca, pero su fortuna era la de su mujer, hija de un adinerado comerciante británico. Otros abogados prósperos fueron Martin Van Buren y James Polk. Este último se enriqueció gracias a los pleitos que llevó con motivo de la crisis de 1819. Lincoln montó un almacén de suministros que quebró; como abogado representante de compañías de ferrocarril en varias docenas de pleitos ganó dinero, pero quedó muy lejos de las fortunas de los primeros presidentes.

Theodore Roosevelt nació en 1858 en una familia tan rica que fue educado en casa, en una mansión en la plaza de Union Square, en Manhattan. Su padre distribuyó una gran parte de la fortuna en obras de caridad y mecenazgos, como la fundación del Museo Metropolitano de Arte

de Nueva York, el Museo Americano de Historia Natural y el Hospital Ortopédico Infantil. Su madre, Martha Bulloch, era una «belleza sureña» y en Nueva York brilló como *socialité* hasta su muerte en 1884. Franklin Roosevelt, primo lejano, también nació en una cuna de oro, en 1882. Su padre, licenciado en derecho por Harvard, prefirió vivir de las rentas cuando recibió una descomunal herencia de su abuelo. La familia pertenecía al sector llamado «demócratas *bourbon* »; es decir, demócratas muy conservadores, tanto en estética como en política. Desde pequeño, sus padres le llevaron varias veces a Europa. En su adolescencia aprendió a jugar al golf y recibió como regalo por su décimo sexto cumpleaños un bote de vela. Contrajo matrimonio con Eleanor, también miembro del clan Roosevelt, con lo que la fortuna de ambos se sumó.

Herbert Hoover es uno de los pocos presidentes que puede presentarse como encarnación del sueño americano. Nació en 1880 en un pueblo de quinientos habitantes de Iowa, hijo de un herrero y vendedor de material para granjeros. Su padre y su madre murieron antes de que él cumpliera diez años. Acabó viviendo con un tío en otro pueblo parecido en el estado de Oregón. Ingresó en la universidad de Standford y se graduó como ingeniero de minas. Le contrató una empresa británica, que le envió a Australia y China para buscar y dirigir minas. Después de adquirir experiencia y prestigio, se convirtió en consultor independiente. Se ofrecía para rescatar minas en apariencia agotadas o mal gestionadas, a cambio de un porcentaje en los beneficios. Tuvo tanto éxito que antes de la Gran Guerra su fortuna personal se calculaba en cuatro millones de dólares, que hoy equivaldrían a más de cien millones. En los años posteriores, sobre todo después de ser derrotado por Roosevelt en 1932, dedicó gran parte de esa riqueza a caridad y obras benéficas, muchas de ellas mantenidas anónimas.

En el siglo XX la riqueza pasó de las minas y las tierras de cultivo a los fondos de inversión, los inmuebles y la bolsa.

Como los Roosevelt, Kennedy no tuvo que preocuparse del dinero. Se decía que él conoció la Gran Depresión cuando la estudió en la universidad. Su padre, Joseph, construyó una gran fortuna mediante inversiones en bolsa, finanzas y la industria del cine. A los veinticinco años se le nombró presidente del Colombia Trust Bank. Dada su experiencia y su peso en el Partido Demócrata, Roosevelt le eligió en 1934 para ser el primer presidente de la Comisión del Mercado de Valores (SEC). Joseph distribuyó

parte de su riqueza, invertida en inmuebles y acciones, en fondos para sus hijos y también la empleó en impulsar la carrera de su hijo.

A James Carter el fallecimiento de su padre en 1953 le cambió la vida. Tuvo que abandonar su carrera en la Armada y su sueño de capitanear un submarino nuclear para encargarse del negocio de plantación y distribución de cacahuetes de la familia. La empresa fue rentable hasta que él accedió a la Presidencia; entonces, por una mala gestión, se hundió.

Harry Truman conoció la amargura de la ruina económica antes de dedicarse a la política. Con un compañero del Ejército y de partidas de póker abrió en Kansas City un comercio de moda masculina, Truman & Jacobson, que en 1922 quebró.

Justamente, el póker ayudó a Nixon a financiar su primera campaña electoral, en 1946. Cuando se le desmovilizó, él y su esposa Pat tenían unos 10.000 dólares, ahorrados con los salarios de ambos y las ganancias de las partidas de cartas de Nixon durante su servicio en la Armada en la Segunda Guerra Mundial. Pensaban en comprar una casa, pero a Nixon la sección local del Partido Republicano de un distrito de California le ofreció presentarse como candidato en las elecciones de 1946 y así comenzó su carrera política, sin apenas haber ejercido de abogado.

Ronald Reagan tuvo la profesión más sorprendente para un presidente: actor y locutor. Los adversarios de Truman le reprochaban que fuese un camisero fracasado y los de Reagan le echaban en cara que fuera un actor y encima mediocre. Sin embargo, como actor y, sobre todo, locutor y portavoz para General Electric amasó mucho dinero que, bien gestionado, le convirtió en un hombre rico.

George Bush hizo fortuna con el petróleo. A los veinticuatro años, después de licenciarse en la Armada, se estableció con su esposa y su hijo George en Odessa, Texas. Después de comenzar como empleado en una petrolera de la que su padre era consejero, Bush pasó por otras empresas del sector y en los años 50 se convirtió en empresario. En 1954, él y otros socios fundaron la petrolera Zapata. En los años 60, ya era rico y entonces pasó a la política en el Partido Republicano, entonces minoritario en Texas. Su primogénito George, el único presidente que tiene un título de MBA, probó suerte en el petróleo texano, pero fracasó, entre otros motivos, por el descenso de precio del petróleo de los años 80. Con un grupo de inversores, compró en 1989 el equipo de béisbol de los Texas Rangers. En esta ocasión, tuvo éxito: la venta de sus acciones en 1998, cuando era gobernador de

Texas y dos años antes de las elecciones presidenciales, le reportaron un ingreso de quince millones de dólares.

Al parecer, Bill y Hillary Clinton reunieron poco dinero en sus años en Arkansas, pues las inversiones inmobiliarias del matrimonio fracasaron y la esposa tenía un sueldo bajo en un despacho de abogados local, ya que su dedicación era parcial. Todo ello se desvaneció debido a los pleitos en que se vieron envueltos durante su estancia en la Casa Blanca. En cambio, en los años siguientes, ganaron tanto que cancelaron sus deudas y amasaron una fortuna.

La madre de Barack Obama trabajó para varias agencias internacionales, sindicatos y fundaciones como la Ford en Indonesia. En sus siete últimos años de vida ejerció como consultora e investigadora de uno de los principales bancos indonesios. Y ninguno de estos empleadores paga mal. Antes de la política, Barack fue profesor universitario; su esposa trabajó en un gran bufete. A diferencia de Clinton, Carter y Truman, los Obama se han retirado con millones de dólares en contratos firmados con editoriales.

Donald Trump también se benefició, como otros ya citados, del capital, los préstamos, la experiencia y los contactos de su padre; en su caso, en el mercado inmobiliario de Nueva York. Si otros presidentes hicieron millones con sus libros de memorias y sus conferencias, Trump, antes de ganar las elecciones en 2016, ya practicaba las mismas estrategias que las estrellas del cine y el deporte, como programas de televisión, franquicias de su apellido, hoteles y campos de golf. Su fortuna, la mayor de todos los presidentes de Estados Unidos, nació y creció con el mercado inmobiliario y se ha tornado en descomunal con el entretenimiento, aunque no lo sabemos con exactitud, porque se había negado a desvelar sus declaraciones de impuestos hasta que el Supremo se lo ordenó en julio de 2020. Para su fulgurante carrera política tan importante o más que su dinero, que pudo gastar sin límites durante la campaña, es su conocimiento de los medios de comunicación.

## UN CLUB RESERVADO A POLÍTICOS

Algunos presidentes entran en la Casa Blanca con experiencia empresarial y otros sin ella, pero lo común en ambos casos es que lo hagan desde un cargo público o con un conocimiento práctico de las instituciones y la política del país. La única excepción es la de Trump, que ha pasado directamente de la empresa privada a la Presidencia. Para no alargarnos, nos limitaremos a los presidentes de los últimos ochenta años.

Franklin Roosevelt fue miembro del Senado de Nueva York entre 1911 y 1913, secretario adjunto de Marina entre 1913 y 1920 y luego gobernador de Nueva York entre 1927 y 1933. El paréntesis de casi siete años en su vida pública se debió a una infección de poliomielitis.

Truman fue juez en Misuri entre 1923 y 1935; después, senador federal entre 1935 y 1945; y vicepresidente por menos de tres meses.

Sus padres prepararon a John Kennedy para la Presidencia, sobre todo después de la muerte de su hermano mayor en la guerra. En 1946, a los veintinueve años ganó un escaño de diputado por Massachusetts en el Capitolio. En 1952, cuando Eisenhower y Nixon vencieron a los demócratas, él pasó al Senado, donde cumplió un solo mandato de seis años, ya que juró como presidente en 1961. Con cuarenta y tres años, es el presidente más joven elegido hasta ahora.

Lyndon Johnson trabajó unos meses como profesor en un colegio texano segregado para niños mexicanos y negros. En 1931, le contrató como secretario un congresista paisano suyo, con lo que se adentró en la política de Washington. En 1937 consiguió un escaño en la Cámara de Representantes que ocupó hasta 1949, con un paréntesis para su servicio en la Armada en la Segunda Guerra Mundial. En 1950 obtuvo uno de los puestos de senador por Texas y ascendió en la Cámara Alta hasta que en 1960 Kennedy le incorporó a su candidatura.

En el Capitolio, Nixon fue primero diputado entre 1947 y 1950, años en que coincidió con Kennedy, y luego senador entre 1950 y 1953; y después ocho años vicepresidente. En el tiempo que transcurrió entre sus derrotas a presidente y gobernador de California y su regreso triunfante en 1968, Nixon montó un bufete de abogados.

Gerald Ford entró en la Cámara de Representantes con treinta y cinco años, en 1949, y permaneció en ella hasta 1973, cuando Nixon le propuso sustituir a Spiro Agnew en la Vicepresidencia.

Carter fue miembro del Senado de Georgia entre 1963 y 1967; después planeó su campaña para las elecciones a gobernador de su estado; que ganó en 1970. Durante su único mandato como gobernador, que concluyó en enero de 1975, se preparó para presentarse a las primarias demócratas de 1976. Venció en éstas y en las elecciones presidenciales de ese año.

Ronald Reagan ejerció como gobernador de California ocho años, entre 1967 y 1975. Después compitió por la nominación republicana en 1976, contra el presidente Ford, que estuvo cerca de ganar, y en 1980.

Tras haberse hecho rico con negocios de petróleo en Texas, George H. Bush se pasó a la política y desarrolló una de las carreras más internacionales y variadas de todos los presidentes de EEUU. Entre 1967 y 1989 fue diputado en la Cámara de Representantes, embajador en las Naciones Unidas, presidente del Comité Nacional Republicano, embajador en la República Popular China, director de la CIA y vicepresidente. De todos sus cargos políticos, en el que más duró fue éste, ya que como presidente desempeñó un único mandato.

Con veintiocho años, Bill Clinton se presentó en 1974 a sus primeras elecciones en Arkansas, para un escaño de representante en el Capitolio. Perdió y dos años más tarde venció en las elecciones a fiscal general del estado. En 1978 ganó las elecciones a gobernador y, con treinta y dos años, se convirtió en el gobernador estatal más joven del país. Perdió las elecciones en 1980 y pasó a trabajar en un bufete local por un corto período, ya que en 1982 recuperó el puesto de gobernador, que mantuvo hasta 1992, cuando venció en las presidenciales.

Bush hijo se presentó a unas elecciones por primera vez en 1978 por un distrito de Texas para la Cámara de Representantes y fracasó. Luego colaboró en las campañas de su padre en 1988 y 1992. En 1994, anunció que se presentaba a las elecciones a gobernador de Texas, en las que triunfó , como en 1998. Fue el primer gobernador reelegido por los texanos para dos mandatos consecutivos. Dejó el cargo para jurar como presidente.

Barak Obama se incorporó al Senado de Illinois en 1997, a los treinta y seis años, y en él permaneció hasta 2004. En este año ganó un acta al Senado federal, donde tuvo una breve experiencia de unos dos años, ya que en junio de 2008 obtuvo la nominación demócrata y en noviembre la Presidencia.

## LAS FUERZAS ARMADAS, UNA CANTERA DE PRESIDENTES

La importancia de lo militar en Estados Unidos sorprende cuando se conoce que sus fundadores desconfiaban de los ejércitos permanentes y desalentaron las alianzas exteriores para vivir en paz.

Una de las cartas publicadas en *El Federalista* y atribuida a Alexander Hamilton expone los riesgos que para la libertad tienen los ejércitos permanentes, ya que se encuentra “en la naturaleza de la guerra fortalecer la autoridad ejecutiva a expensas de la legislativa”. Si Gran Bretaña no ha caído “víctima del poder absoluto de un solo hombre”, como otras naciones

europeas, se debe a su condición insular y a una poderosa marina que hacen innecesario un ejército numeroso en el reino. La nueva Constitución, cuya aprobación buscaban los autores de *El Federalista* , aunque permitía el ejército permanente, lo volvería inofensivo para la república. El redactor de la carta lo explicaba así:

> "Si tenemos la prudencia de conservar la unión, es verosímil que gocemos durante siglos de ventajas semejantes a las de una situación insular. Europa está muy distante de nosotros. Las más próximas de sus colonias probablemente seguirán teniendo una fuerza lo bastante desproporcionada para evitarnos el temor de cualquier peligro. En esta situación, no son indispensables para nuestra seguridad grandes organizaciones militares. Pero si nos desuniéramos y las partes integrantes permanecieran separadas, o, lo que es más probable, se reunieren en dos o tres confederaciones, nos encontraríamos un breve período de tiempo en el mismo trance que las potencias continentales de Europa: nuestras libertades serían víctimas de los instrumentos necesarios para defendernos contra la ambición y la envidia de cada cual".

En su discurso de despedida al pueblo, pronunciado en 1796, Washington alababa el gobierno federal porque liberaba a los estados de la Unión de "la dura necesidad de mantener grandes cuerpos militares, estableciendo que bajo todas las formas de gobierno es funesto a la libertad, y principalmente a la libertad republicana". El todavía presidente, además, animaba a la neutralidad respecto a los conflictos europeos, cuando en el Viejo Mundo la Francia revolucionaria extendía la guerra:

> "¿Por qué perder las ventajas nacidas de nuestra especial situación en el globo? ¿Por qué unir nuestros destinos a los de cualquier parte de Europa, comprometiendo nuestra paz y prosperidad en las redes de las rivalidades, intereses y caprichos europeos? Nuestra política debe consistir en retraernos de alianzas permanentes hasta donde seamos libres de hacerlo, sin que por esto patrocine yo la infidelidad a los tratados existentes".

Que un país nacido con semejante prevención hacia las relaciones internacionales y los ejércitos disponga hoy de las Fuerzas Armadas más poderosas del mundo es consecuencia de su transición de república agraria y aislacionista a imperio global y expansionista. Pocos años después de su independencia, los Estados Unidos se enfrascaron en nuevas guerras, contra

los piratas berberiscos, el Reino Unido y las naciones indias. Y se comprobó que las guerras, lejos de desagradar a los ciudadanos, les gustaban. Como dijo el general Patton a sus soldados del III Ejército en 1944:

"A los americanos les encanta la pelea. Todo verdadero americano ama el acicate y el sonido de la lucha. Cuando erais niños admirabais a los campeones de canicas, al corredor más veloz, a los ases del fútbol, a los boxeadores más duros. Los americanos quieren al ganador y no soportan al perdedor. Los americanos siempre jugamos para ganar. Por eso, América jamás ha perdido ni perderá una guerra. Porque sólo el pensamiento de perder es repugnante para los americanos".

Y como prueba de ese amor de los americanos por la guerra y por los hombres que en ella combaten, de los cuarenta y cinco presidentes, veintinueve han vestido uniforme, y algunos de ellos, como John Kennedy y George Bush, estuvieron a punto de morir.

La mayor concentración de presidentes militares se dio en los dos últimos tercios del siglo XIX. Desde Harrison, que juró en 1841, hasta Chester Arthur, que cesó en 1885, todos los presidentes del noveno al vigésimo primero tuvieron pasado en el Ejército. El último general presidente fue Eisenhower; los siguientes presidentes, desde Kennedy a Bush I, con la salvedad de Carter, sirvieron en las Fuerzas Armadas durante la Segunda Guerra Mundial.

| PRESIDENTE | MÁS ALTO GRADO MILITAR |
|---|---|
| G. Washington | Generalísimo del Ejército Continental |
| T. Jefferson | Coronel de la Milicia de Virginia |
| J. Madison | Coronel de la Milicia de Virginia |
| J. Monroe | Comandante del Ejército Continental |
| A. Jackson | General de División del Ejército |
| W. H. Harrison | General de División de la Milicia de Kentucky |
| J. Tyler | Capitán de la Milicia de Virginia |
| J. K. Polk | Coronel de la Milicia de Tennessee |
| Z. Taylor | General de División del Ejército |
| M. Fillmore | Comandante de la Guardia del Interior |
| F. Pierce | General de Brigada de la Milicia de N. Hampshire |
| J. Buchanan | Soldado en la Milicia de Pensilvania |
| A. Lincoln | Capitán de la Milicia de Illinois |

| | |
|---|---|
| A. Johnson | General de Brigada del Ejército (voluntarios) |
| U. Grant | Comandante General de Ejército |
| R. Hayes | General de División del Ejército (voluntarios) |
| J. Garfield | General de División del Ejército (voluntarios) |
| C. Arthur | General de Brigada de la Milicia de N. York |
| B. Harrison | General de Brigada (habilitado) del Ejército (voluntarios) |
| W. McKinley | Comandante (habilitado) del Ejército (voluntarios) |
| T. Roosevelt | Coronel del Ejército (voluntarios) |
| H. Truman | Coronel del Cuerpo de Reserva |
| D. Eisenhower | General de Ejército |
| J. Kennedy | Teniente de Navío la Reserva Naval |
| L. Johnson | Capitán de Navío de la Reserva Naval |
| R. Nixon | Capitán de Navío de la Reserva Naval |
| G. Ford | Capitán de Corbeta de la Reserva Naval |
| J. Carter | Teniente de Navío de la Armada |
| R. Reagan | Capitán del Ejército |
| G. Bush | Alférez de Fragata de la Armada |
| G. W. Bush | Teniente de la Aviación de la Guardia Nacional de Texas |

*Fuente: Departamento de Asuntos de los Veteranos*

Entre los candidatos derrotados, también abundan los militares, tanto profesionales como voluntarios.

Los federalistas presentaron en las elecciones de 1804 y 1808 al general Charles Pinckney. Antes de ganar las elecciones de 1840, el general Harrison lo intentó en las de 1836 por el Partido *Whig* . Lewis Cass, candidato demócrata en 1848, tuvo una breve pero envidiable carrera militar de dos años de duración en la guerra de 1812: la comenzó como coronel de un regimiento de voluntarios y la concluyó como general de brigada del Ejército regular. El militar de más alta graduación en este grupo es Winfield Scott, tercer comandante en jefe o generalísimo del Ejército de Estados Unidos durante veinte años, entre 1841 y 1861, hasta que Lincoln le sustituyó debido a su edad al comienzo de la guerra civil. Se presentó a las elecciones de 1852 como *whig* . Lincoln tuvo como rival en 1864 al general George McClellan, al que había destituido antes por sus repetidos fracasos ante los ejércitos confederados.

Para contrarrestar la estrategia electoral de los republicanos en la posguerra de la «camisa ensangrentada», los demócratas recurrieron en las elecciones de 1880 al general Winfield Hancock, un militar con cuarenta años de servicio, veterano de la batalla de Gettysburg y ejecutor de los

asesinos de Lincoln.

En 1936, los republicanos presentaron a Alf Landon contra FDR, capitán en la Gran Guerra, aunque no llegó a combatir, pues el armisticio se firmó antes de su despliegue.

En los años 60, aparecieron en la política las generaciones que habían luchado en las guerras que libró Estados Unidos por el dominio mundial con la Unión Soviética. Barry Goldwater, derrotado en 1964 por Johnson, y George McGovern, arrollado por Nixon en 1972, fueron pilotos de la USAF en la Segunda Guerra Mundial. Los demócratas Walter Mondale y Michael Dukakis, candidatos en 1984 y 1988, cumplieron servicio militar durante la guerra de Corea.

Ross Perot, candidato del partido de la Reforma en 1992 y 1996, ingresó en la Academia Naval en 1949 y sirvió como oficial en un destructor y un portaaviones de la Armada hasta que solicitó el paso a la reserva en 1957. Bob Dole, vencido en 1996, arrastraba heridas de su período como oficial del Ejército en la Segunda Guerra Mundial. A ambos los derrotó Bill Clinton, que se opuso públicamente a la guerra de Vietnam y trató de eludir su reclutamiento.

Los candidatos perdedores ante George W. Bush en 2000 y 2004, Al Gore y John Kerry, fueron oficiales en la guerra de Vietnam. En esta guerra combatió John McCain, que compitió con Barack Obama en 2008, como oficial de la aviación naval. En 1967 fue derribado sobre Hanoi y encarcelado hasta 1973.

Otros generales que probaron suerte en política fueron Curtis LeMay, general de la USAF responsable de la campaña de bombardeos sobre Japón y Vietnam, que acompañó a George Wallace en las elecciones de 1968. Y el general Wesley Clark, jefe militar de la OTAN entre 1997 y 2000, se presentó a las primarias demócratas en 2004. Otros dos militares profesionales a los que se asoció con candidaturas políticas pero no las realizaron fueron Douglas McArthur, después de su destitución por Truman como comandante de las tropas de la ONU en Corea, y Colin Powell, consejero de Seguridad Nacional de Reagan y presidente del Estado Mayor Conjunto.

* * *

Las naciones en la cumbre de su poder se caracterizan por respetar y admirar a quienes aceptan el servicio de las armas. En Estados Unidos, el pasado o la carrera militar no son motivo de deshonra ni de recelo entre los

ciudadanos, a diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de Europa. En España, un real decreto de 1977 que estuvo vigente más de veinte años obligaba a los militares que deseasen presentarse a unas elecciones como parlamentarios a solicitar su pase a la situación de reserva, un régimen discriminatorio respecto a otros funcionarios, incluidos magistrados y jueces, que podían regresar a su juzgado al poco de abandonar el cargo político.




El presidente con la profesión más insólita ha sido Ronald Reagan: actor de cine y locutor.

---

45 TOCQUEVILLE, Alexis de: La democracia en América, vol. I, Fundación Iberdrola/Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 99 y ss.

46 DEGLER, Carl N.: Historia de Estados Unidos. La formación de una potencia 1600-1860, Ariel, Barcelona, 1986, p. 131.

# «¡TEME, CÉSAR, LAS 'SORPRESAS DE OCTUBRE'!»

"Carter es un político duro. Hará cualquier cosa con tal de ser reelegido, de modo que estemos preparados para alguna «sorpresa de octubre»."

George H. Bush

El escritor Ray Bradbury agrupó una serie de sus cuentos en un volumen que tituló *El país de octubre* . ¿Y cómo era este país, en el que el verano se retira ante el avance del otoño?

> «El país de octubre... donde siempre está haciéndose tarde. El país donde las colinas son niebla y los ríos neblina; donde el mediodía pasa rápidamente, donde se demoran la oscuridad y el crepúsculo, y la medianoche no se mueve. El país que es principalmente sótanos, subsótanos, carboneras, armarios, altillos y despensas alejadas del sol. El país que habitan gentes de otoño, que sólo tienen pensamientos otoñales. Gentes que pasan por las aceras desiertas con un sonido de lluvia...».

El octubre de los años bisiestos es, en la política de Estados Unidos, un mes preñado de sorpresas y sustos, tortuoso anticipo de la noche de brujas. En él circulan los *dossieres* , los rumores, las calumnias, las fotos, los vídeos, las declaraciones de impuestos y hasta la verdad. Todo lo que pueda destruir el prestigio de un candidato ante electores. Es el momento en que el público en general y los periodistas en particular están dispuestos a prestar atención a cualquier cosa y en el que un candidato puede hundirse o bien alzarse en las encuestas. El periodista William Safire definió la «sorpresa de octubre» como una «interrupción de último minuto antes de una elección. Truco político inesperado, revelación o maniobra diplomática que podría afectar el resultado de una elección» [47] . La expresión se acuñó en 1972, pero hubo «sorpresas» mucho antes.

Un periódico publicó en la campaña de 1880 una carta atribuida al candidato republicano James Gardfield en la que éste sostenía que los numerosos inmigrantes chinos no robaban empleos a los nativos y aprobaba

que los empresarios contratasen mano de obra cuanto más barata pudieran. Y en las elecciones de 1920 corrió el rumor de que otro candidato republicano, Warren Harding, tenía sangre negra, con lo que eso implicaba de baldón en una época en que más de la mitad de los estados del país tenían leyes que prohibían los matrimonios interraciales. Ambos candidatos se zafaron de las argucias y ganaron la Casa Blanca.

La «sorpresa de octubre también puede consistir en una asombrosa metedura de pata por la que un partidario entusiasta hunde a su candidato. Seis días antes de la votación fijada para el 4 de noviembre de 1884, en un mitin en la ciudad de Nueva York en favor del republicano James Blaine, un pastor protestante atacó con dureza, no al candidato demócrata, Grover Cleveland, sino a sus votantes. Calificó al Partido Demócrata como el de los borrachos, los católicos y los rebeldes (“*Rum, Romanism, and Rebellion”* ). El mismo error que cometió Hillary Clinton cuando dijo que colocaba “a la mitad de los partidarios de Trump” en “la cesta de deplorables”, donde se amontonaban los “racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos”.

A ninguno de los asistentes del mitin de 1884 le molestó la expresión y tampoco los periodistas presentes la citaron en sus crónicas. Pero un trabajador del local donde se celebró el acto era militante demócrata y se lo comentó a miembros de su partido. El equipo de campaña de Cleveland comprendió que le había llegado por mera casualidad una pepita de oro de descomunal tamaño y se apresuró a ponerla en el mercado.

Entonces, los irlandeses sufrían discriminación en EEUU. Muchos comerciantes ponían en sus tiendas el cartel NINA (*«No Irish Need Apply»* ); es decir, que no querían empleados de ese origen. La colonia irlandesa, establecida en los estados del noreste, aparte de ser numerosa, estaba cada vez más organizada, disponía de prensa y había reclamado en esa campaña mayor presencia política. En Nueva York, los demócratas repartieron panfletos con la frase de marras a la salida de las misas del domingo. La participación de los irlandeses-americanos, los alemanes-americanos y los blancos sureños subió muchísimo. Por menos de 1.200 votos, una diferencia de sólo el 0’1%, el menor margen de la elección, Cleveland ganó los treinta y seis compromisarios de Nueva York y con ellos la Presidencia. Fue el primer presidente demócrata elegido desde la guerra civil.

## DOS TRAMPOSOS JUEGAN SUCIO

En la reñida campaña de 1968 se vivieron dos «sorpresas de octubre». La

guerra de Vietnam, donde el presidente Johnson había desplegado más de 540.000 militares, se convirtió en el asunto principal. Esas elecciones, como ya contamos en otro capítulo, tenían tres candidatos con posibilidades de obtener compromisarios en el Colegio Electoral: Richard Nixon (republicano), Hubert Humphrey (demócrata) y George Wallace (independiente). La campaña de este último se desplomó cuando su vicepresidente, el general Curtis LeMay, se declaró partidario de emplear armas nucleares en Vietnam. Entonces, los votantes demócratas volvieron a su partido. En octubre, Humphrey, que estaba tercero en las encuestas, subió quince puntos, y se acercó a Nixon.

La segunda «sorpresa de octubre» se produjo el jueves 31, cuando Johnson anunció por sorpresa que ordenaba la suspensión de los bombardeos con efecto en el día siguiente para impulsar las conversaciones de paz en París, que se habían inaugurado en mayo. Aunque Johnson había renunciado a presentarse a la reelección, intervenía en las elecciones en favor de su vicepresidente con una descomunal «sorpresa de octubre». Sin embargo, el plan se convirtió en un fracaso.

Nixon y su equipo pudieron reaccionar. Recurrieron a Anna Chennault, periodista china viuda del general norteamericano Claire Chennault, que durante la Segunda Guerra Mundial fue jefe de la aviación de la China nacionalista. La mujer era miembro del Partido Republicano, recaudadora de fondos para la campaña electoral, la principal representante del anticomunismo chino en EEUU y, desde el año anterior, asesora de Nixon para el Sudeste asiático. Entonces la China nacionalista, reducida a la isla de Taiwán, ocupaba uno de los sillones permanentes del Consejo de Seguridad, mientras que la China roja, aliada de Vietnam del Norte, se encontraba aislada y excluida de las Naciones Unidas, tanto por la URSS y sus satélites como por EEUU, Hispanoamérica y Europa occidental.

Por orden de la Casa Blanca, el FBI pinchó los teléfonos de la embajada de Vietnam del Sur en Washington y puso vigilancia en torno a ella. Johnson, que ya había ordenado a la CIA investigar a los movimientos pacifistas, pues consideraba que sus jefes obedecían a potencias extranjeras, reconoció a sus colaboradores que él estaba "vigilando personalmente el tráfico" de comunicaciones entre la embajada y Saigón [48] . Chennault transmitió al presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, el mensaje de que, si se oponía públicamente al plan de Johnson y lo desbarataba, con Nixon en la Presidencia obtendría más apoyo para un mejor acuerdo de paz.

El 1 de noviembre, Thieu declaró que no iba a participar en unas conversaciones en las que se aceptase la presencia del Frente de Liberación Nacional, el grupo guerrillero que atacaba a su Gobierno y contaba con el respaldo del régimen comunista de Vietnam del Norte. Al día siguiente, Nixon, de campaña en Austin (Texas), dijo que las esperanzas de paz no eran tan firmes como lo parecían hacía unos días; también subrayó su mensaje electoral de que el fracaso se debía a un equipo viejo y agotado. La víspera de las elecciones, el cuartel general del FBI envió un mensaje clasificado de alto secreto al presidente en el que describía que Chennault había ido de su residencia a la embajada de Vietnam del Sur y, después de permanecer en ella media hora, había marchado a una oficina no declarada de la campaña de Nixon.

En una de las reuniones de traspaso de poderes entre Johnson y Nixon, el primero le dejó claro al segundo que conocía sus maniobras a través de Chennault. Nixon, que negó siempre el sabotaje, comprendió que el presidente había usado al FBI para espiarles a él y a su equipo. Ninguno de los implicados podía revelar lo que había hecho.

Quizás este asunto influyera en la conducta posterior de Nixon como presidente de encubrir el espionaje en la sede del Partido Demócrata en 1972 y en su creencia de que todo aquello que ordena el presidente es legal.

## APARECEN VÍDEOS GRABADOS A ESCONDIDAS

Como hemos dicho al principio de este capítulo, la expresión «sorpresa de octubre» nació en 1972, durante otra campaña presidencial. Nixon llegó a la Casa Blanca con la promesa de acabar con la guerra de Vietnam. Cuatro años después no había logrado aplicar completamente su plan de vietnamizar el conflicto, es decir, de que fueran los survietnamitas quienes ocupasen los huecos dejados por las tropas norteamericanas retiradas y defendieran su país de la invasión comunista. Las conversaciones en París duraban ya cuatro años, pero a principios de octubre pareció que la delegación de Hanoi aceptaba un acuerdo.

El 26 de octubre, doce días antes de las elecciones, el negociador del Gobierno de Estados Unidos y consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, compareció en una rueda de prensa en la Casa Blanca y afirmó que “la paz estaba al alcance de la mano” y anunció que el tratado de paz se firmaría el 31 de octubre. Al día siguiente, Nixon declaró que iba a conseguir la “paz con honor”, que había sido uno de sus lemas en 1968. En un paradójico *déjà vu* , se repitió la situación de cuatro años antes: de nuevo

Thieu se negó a respaldar el acuerdo entre Hanoi y Washington. La guerra aún continuaría un año más y sólo concluiría en 1975 con la derrota completa del Sur.

No es probable que esta «sorpresa de octubre» modificara el resultado electoral. El candidato demócrata, el senador George McGovern, estuvo en las encuestas siempre muy por detrás de Nixon y la victoria de éste fue arrolladora: la mayor ventaja en el Colegio Electoral hasta 1984.

Uno de los asuntos principales de las elecciones de 1980 fue la crisis de los rehenes de la embajada de Estados Unidos en Irán. El 4 de noviembre de 1979, con aprobación del Gobierno islámico, un grupo de agitadores iraníes ocupó la embajada y se apoderó de cincuenta y dos miembros del personal. A la inflación, el paro y el desprestigio de EEUU en todo el mundo por su fracaso militar en Vietnam y la renuncia de Nixon debido al caso Watergate, se unió esta última humillación. El presidente Carter aprobó un rescate por la fuerza que concluyó en abril de 1980 en un desastre, con varios muertos entre los comandos. Cuanto más pasaba el tiempo y más frecuentes eran las exhibiciones de los rehenes atados, más bajaba Carter en las encuestas. En las elecciones, Carter sufrió una de las mayores derrotas para un presidente que se presentaba a la reelección: sólo ganó en seis estados y la capital federal. Los iraníes liberaron a los rehenes el 20 de enero de 1981, cuando Ronald Reagan prestó su juramento.

Un miembro del Consejo de Seguridad se hizo famoso por desvelar en un artículo publicado (¡cómo no!) en el *New York Times* una supuesta conspiración en la que desde julio hasta octubre de 1980 el equipo de la campaña de Reagan habría negociado en Madrid y París con representantes iraníes el alargamiento de la prisión de los rehenes para aumentar sus posibilidades de victoria. En alguna de las reuniones, habría participado incluso el candidato a vicepresidente, George Bush. El autor reconocía que no tenía pruebas irrefutables, la *smoking gun* de las novelas, ni documentación, sino testimonios orales y convicciones. A pesar de la endeblez de la denuncia, el Parlamento del país organizó dos comisiones de investigación, una en cada una de las Cámaras, y con integrantes de los partidos demócrata y republicano. Sus pronunciamientos coincidieron en la inexistencia de esa conspiración.

La «sorpresa de octubre» de 2000 se atrasó hasta noviembre, en las elecciones más reñidas desde 1968. El 2 de noviembre, cinco días antes de las votaciones, un periodista del estado de Maine reveló que George W.

Bush había sido detenido en 1976, con treinta años, por conducir borracho. La información se la entregó un abogado que había sido candidato demócrata a gobernador estatal. La cadena derechista Fox difundió la noticia a nivel nacional. Bush compareció horas más tarde para reconocer la detención y pedir disculpas.

El director de campaña de Bush, Karl Rove, escribió en sus memorias que la sorpresa pudo costarle a su jefe la Presidencia, pues en Estados Unidos el delito de la conducción borracho o drogado es uno de los más repudiados por la sociedad. La noticia devolvió votantes al candidato rival, Al Gore, y, a la vez, causó que numerosos creyentes evangélicos y conservadores sociales rechazasen a Bush. Rove calcula que al *ticket* republicano le abandonaron más de dos millones de votantes y, con ellos, la victoria en Maine y en cuatro estados más donde el republicano perdió por menos del 1%: Iowa, Nuevo México, Oregón y Wisconsin [49] . Con los treinta y cuatro compromisarios de estos cinco estados en su bolsa, Bush no habría necesitado pelear hasta la última papeleta por los veinticinco de Florida.

El 29 de octubre de 2004, la cadena de televisión qatarí Al Jazeera emitió un video del entonces mayor enemigo de Estados Unidos, el terrorista Osama bin Laden, en el que reivindicaba los ataques del 11-S, culpaba de ellos al presidente Bush y anunciaba nuevos atentados. A diferencia de los españoles, los estadounidenses se agrupan en torno a su Gobierno en caso de guerra o terrorismo. Y la seguridad nacional es uno de los asuntos que hasta muchos demócratas reconocen que los republicanos manejan mejor. En consecuencia, Bush se despegó de su rival John Kerry en las encuestas y el 2 de noviembre volvió a ganar las elecciones, esta vez tanto en las urnas como en el Colegio Electoral.

La «sorpresa de octubre» se adelantó a septiembre en 2012. Consistió en otro vídeo que difundió la revista izquierdista *Mother Jones* el 17 de septiembre. En él aparecía el candidato republicano Mitt Romney hablando en una cena de recolección de fondos celebrada el mes de mayo anterior en Florida. Explicaba su estrategia para ganar las elecciones y reconocía que la victoria era difícil debido a la dependencia de tanta población de los subsidios públicos:

> “Un 47% de las personas que apoyan a Obama son dependientes del Estado, se sienten víctimas y creen que el Estado tiene la obligación de cuidar de ellas. Mi trabajo no es preocuparme de esa gente. Nunca les

voy a convencer de que tienen que asumir sus propias responsabilidades. Lo que yo tengo que hacer es convencer al 5% o 10% que se encuentran en el centro y que son independientes”.

Se conoció en seguida como el «Discurso del 47%» y contribuyó a confirmar la imagen de rico separado por su dinero del resto del pueblo que los demócratas trataban de proyectar sobre él. En octubre, el equipo de campaña del presidente Barack Obama emitió el vídeo en los estados indecisos.

Obama perdió cuatro millones y medio de votos respecto a 2008 y Romney ganó un millón más en comparación con el registro del anterior candidato republicano, pero aun así Obama obtuvo una cómoda victoria, con cuatro millones de votos y 126 electores de ventaja. Meses más tarde, Romney reconoció en una entrevista que el vídeo le había perjudicado: “No hay duda de que hizo daño y causó un daño innegable a mi campaña”.

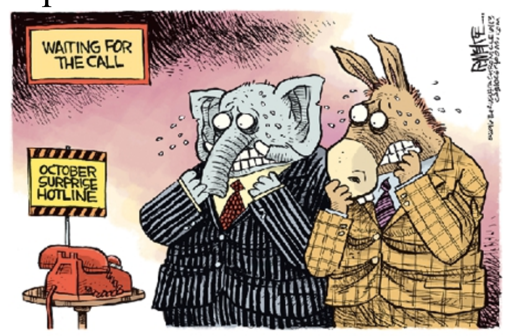
## EL OCTUBRE MÁS AGITADO

En 2016, todo octubre trajo una amplia cosecha de sorpresas para los dos candidatos. El día 1 el *New York Times* reveló que en 1995 las empresas de Trump habían declarado pérdidas por más de 900 millones de dólares, lo que les había permitido una exención de impuestos por dieciocho años más; el periódico reconoció que la medida era legal. El *Washington Post* , periódico propiedad del multimillonario Jeff Bezos desde 2013, publicó el día 7 el texto de un audio grabado en 2006 en que Trump se jactaba de que su fama le permitía agarrar por sus partes a cualquier mujer que se le acercara. Esta noticia desencadenó una lluvia de revelaciones de mujeres en los días siguientes que decían haber sido sobadas o besadas por Trump. El mismo 7, la página *Wikileaks* difundió pruebas de que Donna Brazile, en ese momento presidenta interina del Comité Nacional Demócrata, había pasado al equipo de Hillary Clinton algunas de las preguntas que se le iban a formular a la candidata en los debates organizados por la CNN. El 9, hora y media antes del segundo debate entre los candidatos, Trump convocó una rueda de prensa en la que apareció con tres mujeres que habían demandado a Bill Clinton por acoso sexual y una cuarta violada en 1975 por un hombre cuya absolución consiguió su abogada defensora, que fue Hillary.

La principal «sorpresa de octubre» de estas elecciones se produjo el 28 de octubre, cuando el director del FBI, James Comey, comunicó a varios miembros del Congreso que sus agentes habían comenzado a investigar

nuevas pruebas vinculadas con el uso indebido de servidores privados de correos electrónicos por parte de Clinton como secretaria de Estado y que había sido archivada el verano anterior. En seguida, la comunicación salió del Capitolio. Los correos se referían no a Clinton, sino al marido de su principal ayudante, Huma Abedin, acusado de enviar imágenes de su cuerpo a una menor con intenciones sexuales. Una investigación posterior del Ministerio de Justicia, del que depende el FBI, realizada en 2018, cuando ya era presidente Trump, dictaminó que Comey había vulnerado los protocolos de confidencialidad, pero sin razones políticas. Clinton acusó en su libro de disculpa a Comey de haber dañado seriamente su campaña; y Trump le consideró uno de los altos cargos de la Administración que hicieron labor de zapa contra él, de modo que en 2017 le destituyó.

Una de las conclusiones de las «sorpresas de octubre» es que los dos bandos las pueden preparar, sobre todo ahora que los medios de comunicación tradicionales han perdido su control del discurso público. La otra es que no necesariamente producen el efecto buscado entre los ciudadanos. Aun así, las seguirá habiendo, porque está en juego el despacho más poderoso del mundo.




A medida que se acerca el día de las elecciones, los candidatos temen que aparezca una «sorpresa de octubre» que sacuda su campaña.

---

47 SAFIRE, William: Safire's Political Dictionary, Oxford University Press, New York, 2008, p.487.

48 WEINER, Tim: Enemigos. Una historia del FBI, Debate, 2012, Barcelona, 348 y ss.

49 ROVE, Karl: Courage and Consequence. My Life as a Coinservative in the Fight, Threshold Edition, New York, 2010, pp 192 y ss.

# LOS MEJORES Y LOS PEORES ESLÓGANES

“¿Alguna vez has pensado que los trucos que usamos se remontan hasta George Washington? Andrew Jackson les añadió unos retoques, y después Lincoln; y luego Boss Murphy, aquí en Nueva York, y FDR, Bilbo y George Wallace en el Sur. Todos ellos, los gigantes y los ratones, los han desarrollado, los han ido depurando.”

Joe Klein

“Probablemente, mayor número de personas votan por motivos irracionales y emocionales de lo que los políticos profesionales sospechan.”

Harry Treleaven

Entre los muchos oficios que han nacido en Estados Unidos, uno de ellos es el de consultor electoral. Y entre la multitud de inventos destaca la encuesta, imprescindible para el consultor y su cliente, el político.

Los partidos existen incluso en las monarquías absolutas y las dictaduras. En la China inmóvil que se creía el centro del mundo hubo partidarios de negociar con los bárbaros occidentales y aprovechar sus conocimientos o de rechazarles. La corte de la monarquía hispánica en el siglo XVII se dividió entre los partidarios de retirarse de Flandes y los de mantenerse allí, entre el partido de la «reputación» de las armas españolas y el partido de la paz. El rey Jacobo I de Inglaterra quería la alianza con España, mientras que muchos aristócratas y comerciantes preferían la guerra. En las democracias, esos partidos no son pequeños grupos de personas en torno al soberano, sino organizaciones visibles y populares que colocan y quitan a los gobernantes.

En Estados Unidos los partidos nacionales aparecieron en el segundo mandato de George Washington, cuando los antifederalistas protestaron contra varias de las medidas de Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro, en favor del crecimiento de una autoridad nacional. Algunos insultos y acusaciones salpicaron al presidente. Aunque Washington aconsejó a sus compatriotas que huyesen del espíritu partidista, éste afloró inevitablemente. Los federalistas y antifederalistas se enfrentaron en la

campaña de 1796 mediante panfletos, periódicos, caricaturas y mítines.

La extensión del sufragio estimuló el asentamiento de los partidos y el recurso a métodos de propaganda adaptados a masas de individuos analfabetos, poco formados o desinteresados de la política, salvo cuando les atrapa el torbellino de las campañas. Vermont (1791), Kentucky (1792), Tennessee (1796) e Indiana (1816) se incorporaron a la Unión con el sufragio universal para los varones blancos. Misisipi fue el último estado que ingresó (1817) con restricciones al derecho de voto. El voto censitario, basado en las propiedades o el pago de impuestos, existía en las trece colonias originales. Las legislaturas fueron suprimiendo los límites en el siglo XIX (el primer estado en hacerlo fue Maryland, en 1802), sobre todo el requisito de las propiedades (el último, Carolina del Norte en 1856), y la mayoría pasó a exigir, como mucho, el pago de impuestos de capitación. Estos últimos se prolongaron en el Sur hasta mediados del siglo XX como mecanismo para impedir el acceso de los negros a las urnas y los prohibió la Enmienda XXIV (1964) para las elecciones federales. Antes de 1860, sólo cinco estados, todos en Nueva Inglaterra, permitían el voto a los varones negros; en Nueva York se les exigía acreditar propiedades por un valor de 250 dólares, condición de la que estaban exentos los blancos desde 1821. [50]

Las elecciones de 1840 marcaron el comienzo de las campañas modernas, cuando los *whigs* copiaron y exacerbaron el tono de las campañas del demócrata Andrew Jackson: difundieron a nivel nacional canciones, lemas, viñetas y cartelería y hasta elaboraron una biografía oficial de su candidato como un «hombre del pueblo» nacido en una cabaña de troncos (*«log cabin»* ). La participación creció casi un 50% respecto a las de 1836 y rondó el 80%; sólo en dos estados, Rhode Island y Luisiana, quedó por debajo de la mitad del censo, dato este último que se repetiría en las elecciones de 1844, y que se atribuye a la severidad de su sufragio censitario.

### «NO CAMBIAR DE CABALLO EN MITAD DEL RÍO»

*«Tippecanoe and Tyler Too!»* fue el eslogan principal de 1840, que unía la batalla de 1811 en la que el general William Henry Harrison derrotó al jefe indio Tecumseh, y el nombre del candidato a vicepresidente, John Tyler. Otros lemas empleados por los *whigs* en estas elecciones fueron: *«The Farmer's President»* y *«Harrison, Two Dollars a Day and a Roast Beef»* .

En los mítines se paseaban carrozas con cabañas de troncos y se cantaban coplas como: *«Farewell, dear Van / You're not our man / To guide the ship / We'll try old Tip»* . Los demócratas que apoyaban al presidente ejerciente, Martin Van Buren, arremetieron contra Harrison llamándole "abuelita" (*"granny"* ) por su avanzada edad, ya que había nacido en 1773. La diferencia en votos populares entre ambas candidaturas fue pequeña, en torno a un 6%, pero en votos electorales Harrison casi sextuplicó la cifra de Van Buren y triunfó en todas las regiones del país, desde Luisiana hasta Maine [51] . La invocación a la cabaña de troncos tuvo tanto éxito que el senador Daniel Webster, otro *whig* , declaró en público que se avergonzaba por no haber nacido en una ellas, aunque añadió que al menos su hermano y su hermana mayores sí lo habían hecho.

En su primera campaña presidencial, Abraham Lincoln se presentó como abanderado no de la abolición de la esclavitud, sino de la unidad nacional, con el lema *«The Union must and shall be preserved»* , que ya anunciaba que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para defenderla.

El trilema oficial de Lincoln para su reelección en 1864 como candidato de la Unión Nacional fue «Unión, libertad y paz», pero devino más popular la frase que pronunció en un discurso: *«Don't change horses in midstream»* ; es decir, «no cambiar de caballo en la mitad del río». Tanto gustó que otros presidentes involucrados en guerras exteriores lo repitieron en sus campañas para la reelección. Lo hizo Roosevelt en 1944, durante la Segunda Guerra Mundial; Richard Nixon, en 1972, durante la guerra de Vietnam; y George Bush, en 1994, durante la guerra del golfo Pérsico. Las variantes eran: *«Don't change the team in the middle of the stream»* y *«Don't swap horses in the middle of the stream»*.

El lema recuerda a la frase que escribió san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales* :

> "En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar".

En las elecciones de 1868, el candidato demócrata Horatio Seymour empleó el eslogan de *«Peace, union and constitutional Government»* , muy similar al de Lincoln de cuatro años antes. Los republicanos presentaron a

Ulysses Grant, cuyo lema oficial, *«Let us have peace»* , era la última línea de la carta en la que el general comunicaba a la convención republicana la aceptación de su candidatura. Tanto le gustó a Grant que está grabado en su tumba. Sin embargo, el eslogan popular, difundido en periódicos y mítines, se olvidó de la paz para recordar la guerra: *«Vote as you shoot»* . A partir de entonces, cuando los republicanos temían perder alguna elección, solían recurrir a la «camisa ensangrentada» (*«bloody shirt»* ); es decir, a recordar sus sacrificios por la unidad nacional y culpar a los demócratas de la guerra.

Los plagios, o las inspiraciones, como algunos prefieren llamarlas, se han dado con diferencias de sólo cuatro años. En los anuncios de televisión, Lyndon B. Johnson incitó en 1964 a los norteamericanos a votar por él con este lema: « The stakes are too high for you to stay at home» . Nixon lo imitó en 1968: «*This time, vote like your whole world depended on it*» . En ambos casos, para persuadir al espectador-votante se le colocaba ante un apocalipsis inminente y se le ofrecía la alternativa, que era el voto al candidato adecuado. Los productores de los anuncios de LBJ habían citado palabras de Barry Goldwater sobre su disposición a recurrir al armamento nuclear táctico y a desmantelar la Seguridad Social para luego añadir la frase que ofrecía la salvación. En 1968, la campaña de Nixon no tenía que citar a nadie, pues todo el público veía las imágenes de revueltas y peleas de una costa a otra del país.

En el primer año de su mandato, Nixon se enfrentó a enormes protestas antibelicistas en la capital que le exigían que abandonase sus planes sobre Vietnam y ordenase una retirada inmediata de las tropas. En un discurso pronunciado por televisión el 3 de noviembre de 1969, el presidente se dirigió a "la gran mayoría silenciosa" de sus compatriotas y le pidió que le apoyara. El concepto y la invocación a quienes no se manifestaban contra un gobierno electo tuvieron un éxito fulgurante. En una encuesta de Gallup, la aprobación de Nixon ascendió del 52% al 68% [52] .

En una nación en la que el patriotismo no es motivo de vergüenza y que desde su fundación goza del sentimiento de ser una sociedad diferente, casi única, los mensajes políticos suelen apelar a lo extraordinario. El *«Make America Great Again»* de Donald Trump en 2016 no constituyó una excepción. Así lo elogió un columnista:

> "Incluso si no te gusta Donald Trump, tienes que admitir que *«Make America Great Again»* era un eslogan fabuloso. Evocaba una época más feliz (pero sin nombrarla), nos exhortaba a algún tipo de acción y

sonaba tranquilizadoramente patriótico. Era lo suficientemente vago como para atraer a los optimistas en general, a la vez que permitía a los votantes amargados y resentidos concluir que finalmente íbamos a regresar a los días en que ellos gobernaban el mundo". [53]

En 1960, Kennedy usó *«A Time for Greatness»* . En la campaña para su reelección en 1984, Ronald Reagan aseguró a los electores que *«It's morning again in America»* en una serie de anuncios de televisión que le dieron la mayor victoria en votos populares hasta 2004. El primer presidente que rompió el récord de Reagan, George W. Bush, empleó una frase muy sencilla —*«Yes, America can!»*— que Barack Obama acortó todavía más en 2008 con *«Yes, we can!»* . Mitt Romney se enfrentó a Obama con *«Believe in America»* , pero el verbo lo estropeó, ya que, ¿cómo no se puede creer en América, que a fin de cuentas es una realidad?

Visto lo anterior, sorprende que el republicano Warren Harding empleara en 1920 el soso «*Return to normalcy* », como si se tratara del director de un internado que se dirigiera a sus estudiantes después de unas largas vacaciones. ¡Qué cansados debían de estar los norteamericanos de Wilson! Su rival, el demócrata James Cox, mostró otro que tampoco era un prodigio de emoción: *«Peace. Progress. Prosperity»* . ¿A qué se debió semejante calma?, ¿a la conclusión de la Gran Guerra o a que éstas fueran las primeras elecciones con participación de las mujeres, que se caracterizan por apoyar en política lo conocido y lo relajado? Harding, que venció de manera arrolladora, también tuvo otro lema, más tradicional, *«America First»* , destacado por la renuncia al internacionalismo wilsoniano.

En el pelotón de lemas que causan bostezos colocamos el del demócrata William Jennings Bryan para su campaña de 1908, *«Facing the Future»* . El que empleó en la de 1896, cuando propuso la introducción de la plata como moneda, junto al oro, *«No Cross of Gold, No Crown of Thorns»* («ni cruz de oro, ni corona de espinas»), al menos causaba un estremecimiento.

## LECCIONES DE HISTORIA, NO, POR FAVOR

Si un eslogan, como un chiste, hay que explicarlo para que se comprenda, ha fracasado. Por eso, la claridad es una virtud.

Uno de los principales lemas de la primera campaña de Woodrow Wilson, en 1912, dejó claro a los ciudadanos que el candidato apoyaba la jornada laboral de ocho horas: *«Vote for 8 Hour Wilson»* . Y para la reelección se empleó el mérito de Wilson de mantener al país fuera de la

Gran Guerra: *«War in Europe. Peace in America. God Bless Wilson»* . Sin embargo, al mes de su segundo juramento presidencial, el presidente declaró la guerra a Alemania y Austria. Entonces, una de las frases de su discurso se convirtió en justificación para la participación militar: "Debemos hacer del mundo un lugar seguro para la democracia" (*"The world must be made safe for democracy"* ).

Lo mismo ocurrió en la campaña de 1940: otro presidente demócrata prometió paz, ganó las elecciones y entró en la guerra contra Japón. Roosevelt, que se presentaba a un inédito tercer mandato con la justificación de que la Segunda Guerra Mundial ya había comenzado, prometió lo siguiente "a las madres y los padres de América" en varios discursos: "Sus hijos no serán enviados a ninguna guerra extranjera" (*"Your boys are not going to be sent into any foreign wars"* ). Frente a semejante compromiso por parte de un hombre que había cumplido muchas de sus promesas anteriores, poco pudo la propaganda del candidato rival, que fue de las peores hechas por el Partido Republicano.

Wendell Willkie cometió un error de novato, como es citar en tu propaganda a tu adversario. Uno de sus lemas fue *«Roosevelt for Ex-President»* . En vez de darse a conocer él, concedía todavía más renombre a FDR y lo asociaba al cargo de presidente. Otro lema de Willkie impartía una lección de historia concentrada, a la vez que podía emplearse en las clases de lengua inglesa para enseñar el significado de los verbos auxiliares: *«Washington wouldn't, Grant couldn't, Roosevelt shouldn't»* . ¡Y encima, demasiado largo para los carteles y los botones! Otro parecido fue *«Third International, Third Reich, Third Term»* , que intentaba asociar el tercer mandato presidencial a una dictadura como la nacionalsocialista y a la organización soviética que buscaba la expansión del comunismo.

Entre los eslóganes empleados por Roosevelt ese año, sobresalió éste: *«Willkie for the millionaires, Roosevelt for the millions»* . Aparte del juego de palabras, Roosevelt se presentaba como defensor de la gente ordinaria y atribuía a su adversario el papel de títere de los ricos. Entonces, los demócratas señalaban que el Partido Republicano estaba al servicio de los «peces gordos» (*«fat cats»* ) de Wall Street. Hoy eso ha cambiado y el partido de los banqueros y los multimillonarios es el Demócrata.

Cuando Roosevelt se presentó en 1944 para su cuarto mandato, se imprimió un cartel en que el Tío Sam repetía su mensaje de la Primera Guerra Mundial *«I want you for the US Army»* , aunque dirigido sólo a

Roosevelt: *«I Want You, FDR. Stay and Finish the Job!»* . Esta campaña incorporaba otro lema que se dirigía a los obreros para que siguieran produciendo tanques y aviones: *«Stay on the job to finish the job»* . De esta manera, Roosevelt se presentaba como un militar más que obedecía las órdenes de su comandante en jefe: el pueblo de Estados Unidos. El mensaje era que no se podía dejar al presidente que abandonara su puesto de mando como un soldado no abandona su puesto de guardia.

En ese año, algunos republicanos quisieron debatir sobre la responsabilidad de la Administración Roosevelt en el ataque por sorpresa de los japoneses a la base de Pearl Harbor. El jefe de Estado de Mayor, general George Marshall, convenció al gobernador Dewey de que no tocase ese asunto, porque podría revelar a Japón que el contraespionaje norteamericano descifraba sus claves de comunicaciones.

«LEEDME LOS LABIOS»

John Fremont, el primer candidato republicano presentado a unas elecciones presidenciales, en 1856, resumió su programa contra la esclavitud y la censura en este largo eslogan elaborado a partir de su apellido: *«Free Soil, Free Labor, Free Speech, Free Men, Fremont»* . Quedó segundo.

En 1924 a los republicanos les funcionó *«Keep Cool with Coolidge»* , acortado a veces como *«Keep Cool-idge»* , y que se puede traducir como «Seguid tranquilos con Coolidge». Emplearon en 1948 *«Dew with Dewey»* como eslogan. Aunque fracasó, en 1952 se arriesgaron de nuevo a la aliteración, con el apodo del candidato Dwight Eisenhower, que era *«Ike»* : *«I like Ike»* . Un juego de palabras incomprensible cuando se traduce a otros idiomas. En 1956, se mantuvo el lema adaptado a otros cuatro años: *«I still like Ike»* . En cambio, los demócratas optaron por uno de los peores eslóganes, además de repetir el mismo candidato vencido de 1952. Para rimarlo, introdujeron al candidato a vicepresidente: *«Adlai and Estes. The Bestest»* . La derrota para Stevenson fue aún mayor que la de cuatro años antes. Los republicanos usaron en 1976 un lema que aprovechaba que el apellido del presidente Ford era el mismo que el de más célebre marca de coches norteamericana: *«A used Ford is better than a new* Carter*»* . Gerald Ford perdió por muy poco. Cabe deducir que un buen eslogan no salva a un mal candidato.

Es una regla básica que los lemas y los programas sobre un mismo candidato no deben ser contradictorios entre sí. El empresario Ross Perot,

que se presentó como candidato de un tercer partido en 1992 y 1996, empleó la primera vez los siguientes eslóganes: *«Ross for Boss»* y *«I'm Ross, and you're the Boss»* . ¿En qué quedamos?, ¿quién está al mando? Un tercer lema lo estropeó todavía más: *«Leadership for a Change»* . El liderazgo, ¿de quién? ¿Puedes ser líder si no sabes conducir tu campaña? En 1984, Walter Mondale salió con *«For New Leadership»* frente a Reagan y volvió a casa con la mayor derrota que ha sufrido jamás un candidato demócrata.

En ocasiones, a los políticos se les castiga por sus engaños. En la convención republicana de 1988, George Bush se presentó con un lema espléndido: *«Read My Lips. No New Taxes».* Una promesa y también una advertencia al Congreso, controlado por los demócratas, favorables a recortar el déficit con aumentos fiscales. Bush fue elegido, pero el partido azul siguió dominando las dos Cámaras. Sólo dos años más tarde, Bush se tragó sus palabras y negoció una subida impositiva con el Congreso demócrata. La traición causó una rebelión en la derecha estadounidense, que rompió con Bush y en los años siguientes barrió los últimos reductos del republicanismo centrista. En 1992, Bush se enfrentó a un candidato en las primarias de su partido, Pat Buchanan, y luego a Perot, al frente del Partido de la Reforma. El vencedor fue Bill Clinton. Estos tres citaron con frecuencia en sus mítines y anuncios la promesa rota, «Leedme los labios. No más impuestos», como prueba de la falta de desconfianza que el pueblo podía tener hacia Bush. En las primarias, el lema de Buchanan, *«Send Bush a Message»* , significaba que reconocía que no iba a vencer y el voto a su persona equivalía a un puñetazo a un muñeco de trapo.

En esas elecciones, el mejor lema de Clinton fue una frase de uno de sus asesores, James Carville. Éste colgó en la oficina central de la campaña un gran cartel con tres ideas (*bullets* ) que debían repetirse en todos los mensajes, entrevistas, discursos, anuncios y cuñas: *«Change vs. more of the same. The economy, stupid. Don't forget health care»* . La segunda se convirtió en el eslogan oficioso de la campaña, reescrita como « *It's the economy, stupid* ». Funcionó tan bien porque EEUU atravesaba una fuerte crisis económica y, además, contenía un reproche a Bush, que llevaba casi doce años en el Gobierno, desde que Reagan le incluyese como vicepresidente en el *ticket* . En cierto modo, fue la réplica a la demoledora pregunta que hizo Reagan a los espectadores en el único debate que mantuvo con Carter: *"Are you better off today than you were four years*

*ago?”* .

Otra de las consecuencias de la renovación interna del Partido Republicano después de Bush fue la aparición de un grupo muy activo que en la campaña de las elecciones parlamentarias de 1994 consiguió por primera vez en cuarenta años que los republicanos se convirtiesen en la bancada mayoritaria. El líder de este grupo, el congresista Newt Gingrich, ascendió a presidente de la Cámara. El titular para su programa fue *«Contract with América»* .

La familia Bush no ha mostrado mucho ingenio para escoger eslóganes. En 1992, el padre lanzó *«Stand by the president»* . A falta de argumentos, casi una orden. En la campaña de 2000, su hijo George, gobernador de Texas demostró estar poco convencido de su programa y aceptó la superioridad moral de la izquierda cuando se presentó como un conservador compasivo: *«Compassionate Conservatism»* . Uno no se imagina carteles con las palabras «socialismo honrado», «centrismo con carácter», «comunismo capitalista» o «izquierda madura». En la misma línea de un paso adelante y dos detrás, otros lemas de esa campaña fueron *«Reformer with Results»* y *«Real Plans for Real People»* . El último lleva a preguntarse si hay personas irreales, quizás hologramas o espíritus. Si Bush hijo obtuvo la Presidencia no se debió a los publicistas que diseñaron esos lemas, sino a un puñado de votos en Florida y al Colegio Electoral. Un hermano de George, Jeb, gobernador de Florida, participó en las primarias republicanas de 2016 con *«Jeb will fix it»* , un anuncio apropiado para un fontanero.

## «BUSCA EN TU CORAZÓN»

Si elaborar un buen eslogan es un arte, la invención de un antieslogan puede considerarse una obra maestra.

Como las de 1908 eran las terceras elecciones a las que los demócratas presentaban el mismo candidato, William Jennings Bryan, después de 1896 y 1900, los republicanos le ridiculizaron con la siguiente frase: *«Vote for Taft now, you can vote for Bryan anytime»* . Y como Taft había sido designado por el impetuoso Theodore Roosevelt, circuló la siguiente broma: “«¡Qué fonógrafo tan bueno! Reproduce la voz de Roosevelt mejor de lo que nunca había oído. ¿De qué marca es?» «Se llama Taft»”.

Después de haber usado en 1968 *«Nixon’s the One»* , la campaña de reelección de Nixon en 1972 empleó *«Nixon now»* , que no destacó por su originalidad, sobre todo teniendo en cuenta que el californiano ya había

sido presidente los cuatro años anteriores. ¿Qué es, entonces, lo que había habido en la Casa Blanca? Mucho más convincente para el pueblo fue la definición que el senador republicano Hugh Scott hizo del demócrata George McGovern como *"the candidate of the three A's: Acid, amnesty, and abortion for all"* ; es decir, "droga (para los *hippies* ), amnistía (para los desertores del servicio militar) y aborto para todos". También circuló mucho, entre cargos demócratas y votantes tradicionales del partido, el anagrama *«ABC»* , que significaba *«Anybody But McGovern»* , incluso Nixon. Mientras tanto, los partidarios de McGovern se afeitaban sus barbas, bigotes y cabelleras, es decir, se hacían presentables, para pedir el voto puerta a puerta con este mensaje: *«Get Clean for Gene»* . Como ya sabemos, la victoria de Nixon fue de las mayores de la democracia norteamericana.

En otras ocasiones, el antieslogan lo da el candidato.

El senador por Arizona Barry Goldwater aceptó la misión imposible de oponerse a Johnson al año siguiente del asesinato de Kennedy. Los demócratas y los medios de comunicación le mostraron como a un radical de derechas. En las primarias de su partido, el expresidente Eisenhower lo apoyó afirmando que no era un extremista [54] . Cuando se está en inferioridad o a la defensiva ante la opinión pública, una negación de tu principal defecto atribuido por el adversario implica un reconocimiento de que eres lo que dicen que eres.

El eslogan de Goldwater ya reconocía la dificultad de que su programa calara: *«In your heart, you know he's right»* . La típica expresión a la que se recurre al final de una discusión, cuando uno se niega a admitir que se ha quedado sin ideas ni palabras. Los demócratas le dieron la vuelta con *«In your guts, you know he's nuts»* . Una obra maestra de ingenio que dejaba al ciudadano que completase la frase con lo que había escuchado que Goldwater podría hacer en la campaña de anuncios televisivos. Es decir, «en el fondo de tu alma sabes que tendrá las narices»… de hacer lo que temes que haga, como comenzar una guerra nuclear, desmantelar la Seguridad Social y permitir a los estados del Sur mantener las leyes racistas.

El comunicado de la victoria de Nixon en 1968 incluyó como promesa una frase que el republicano vio en el cartel que llevaba una niña en un pueblo de Ohio: *«Bring Us Together»* . Estuvo a punto de convertirse en el lema de la toma de posesión. Por fortuna no ocurrió así, ya que la frase la

repitió la oposición cada vez que el presidente tomaba una medida polémica. Uno de los primeros cargos nombrados por Nixon y luego destituidos por disentir de la política gubernamental, Leon Panetta, publicó un libro crítico con ese título: *Bring Us Together* [55] .

Carter era un baptista devoto, lo que en su Georgia natal le atraía votos, pero en el resto del país, sobre todo en Nueva York y California, podía ser un inconveniente. Para desprenderse de la idea de mojigato, concedió una entrevista a la revista *Playboy* que se publicó en octubre de 1976 y en la que dijo que había cometido adulterio muchas veces al mirar con deseo a otras mujeres que no eran su esposa, en aplicación de la afirmación de Jesucristo (Mateo 5, 28). En las semanas siguientes, la lujuria y los pecados de Carter fueron pasto de titulares y tertulias. En abril del mismo año, declaró en Indiana que él no creía que el Gobierno federal debiera aplicar planes para alterar "la pureza étnica" (*"ethnic purity"* ) de los vecindarios. Dos días después se disculpó. Puede que estas meteduras de pata, sobre todo la primera, le hicieran llegar a las elecciones con Ford pisándole los talones.

Al principio de las elecciones de 1848, Lincoln apoyó al general Taylor, candidato *whig* , pero se desencantó debido a su ambigüedad y lo expresó en un discurso aplastante en la Cámara de Representantes: "La gente le pregunta al general Taylor: «Si es usted elegido, ¿tendremos un banco nacional?». Él responde: «Será vuestro deseo, no el mío, señores». «¿Qué pasa con los aranceles?» «Decidlo vosotros» «¿Se mejorarán nuestros ríos y nuestras bahías?». «Todo será como os satisfaga. Si deseáis un banco, un cambio de aranceles, mejoras internas, cualquiera de estas cosas o todas, yo no las impediré. Si no las queréis, no trataré de obligaros a que las tengáis»".

En la campaña de 1928, los republicanos usaron diversas variaciones de un mismo lema, *«A chicken in every pot and a car in every garage»* , que estaba copiado del rey Enrique IV de Francia. Si se puede cumplir, magnífico; pero ¿y si no? En la campaña de 1932, cuando la Depresión de 1929 azotaba a los norteamericanos, los demócratas lo recuperaron para avergonzar a sus rivales.

Unas ideas claras y un programa consistente son tan importantes como la confianza en sí mismo y la importancia del cargo. En 1980, Reagan les dijo a unos periodistas: "Anoche soñé que Carter se me acercaba y me preguntaba por qué quería su empleo. Le contesté que yo no quiero su empleo. Yo quiero ser presidente". En cambio, el socialista español José

Luis Rodríguez Zapatero pronunció otra frase de significado opuesto: “Todas las noches le digo a mi mujer: «No sabes, Sonsoles, la cantidad de cientos de miles de españoles que podrían gobernar»”. Unos pueblos prefieren líderes excepcionales y otros prefieren gobernantes vulgares.

## SUEÑOS HÚMEDOS HECHOS REALIDAD

¿Y cuáles han sido los peores eslóganes?

Los *whigs* no pudieron repetir en 1844 su éxito de 1840. Quizás influyera el flojo eslogan elaborado para sus dos candidatos: *«Hurrah! Hurrah! The Country's Risin'. Vote for Henry Clay and Frelinghuysen!»* . Tanto gustó la canción de *«Tippecanoe and Tyler too»* que los republicanos la adaptaron para su campaña de 1876 con *«Hayes the true and Wheeler too»* . Rutherford Hayes alcanzó la Presidencia, pero después de perder el voto popular y ganar el Colegio Electoral de manera poco limpia.

Para las elecciones de 1928, los demócratas escogieron al gobernador de Nueva York, Al Smith, el primer candidato católico de uno de los grandes partidos. El eslogan *«All for 'Al' and 'Al' for All»* trató de aprovechar su popularidad por sus políticas sociales y laborales y por representar el sueño americano debido a sus orígenes humildes. Cuando sus expectativas declinaron por el bienestar reinante y las insidias de los protestantes sectarios, incluido el Ku Klux Klan, su equipo lanzó otro lema para captar a los descontentos con la prohibición del alcohol: *«Make your wet dreams come true»* ; es decir, «convierte tus sueños húmedos en realidad». Se apodaba *«wets»* (húmedos) a quienes querían abolir la Enmienda XVIII, fuese para beber cerveza*, whisky* o vino, o para acabar con las bandas de *gangsters* , y Smith era uno de ellos. Aunque los *«wets»* abundaban en las ciudades del Norte, Smith perdió en todos esos estados, incluso Nueva York, con la excepción de Massachusetts. El periodista Frederick William Wile explicó la derrota del demócrata con una frase adecuada para un eslogan: “las tres P: prohibición, prejuicios y prosperidad”.

El republicano Alf Landon, que compitió con Roosevelt en 1936, era gobernador de Kansas y la flor oficial de este estado es el girasol. Por eso, los demócratas dijeron *«Sunflowers die in November»* . ¿Conviene hablar de muerte en unas elecciones, aunque sea de flores?, ¿era demasiado ingenioso?

La familia de Jimmy Carter tenía una empresa de cosecha, tratamiento y distribución de cacahuetes. Los *peanuts* en Estados Unidos equivalen a las naderías, minucias, pamplinas o sinsorgadas españolas. Por eso, cuando se

presentó a las elecciones en 1976, Carter quiso decir a los ciudadanos que él tenía muchas cualificaciones para el cargo de presidente, como su título de ingeniería, su experiencia como oficial naval y sus años como gobernador de Georgia, con el eslogan *«Not Just Peanuts»*.

Quizás llevada por la idea de que la mayoría de los hombres y muchas mujeres desconfían del carácter femenino para tomar decisiones arriesgadas o hasta para recurrir a la fuerza, Hillary Clinton aprobó el lema *«Stronger Together»* , Con una palabra se asociaba a la fortaleza y con la otra atenuaba su reputación de ser divisoria, que arrastraba desde los años de la presidencia de su marido. Para muchos, éste es uno de los peores eslóganes de la historia de las elecciones, porque no explica ningún proyecto y es pasivo. Más fuertes juntos, ¿y para hacer qué?

Además, algunas de las declaraciones pronunciadas por Clinton o sus aliados rebatían el lema. Por ejemplo, Madeleine Albright, secretaria de Estado nombrada por Bill Clinton, aseguró que “hay un lugar especial en el infierno para las mujeres que no ayudan a otras mujeres”. Y en uno de los mayores tropiezos desde que existe la televisión, Hillary Rodham Clinton calificó a los votantes de su rival de “racistas, sexistas, homofóbicos, xenófobos, islamófobos” y los metió en una “cesta de deplorables”.

Entre los peores eslóganes, no en cuanto a capacidad de persuasión, sino en cuanto a descripción moral de las personas a las que se dirige, sobresale el empleado por los demócratas en la campaña de 1892. Como reacción a un proyecto de ley presentado en el Congreso por el representante republicano Henry Cabot Lodge para conseguir la limpieza de las elecciones federales en los estados del Sur, el partido azul ideó el lema *«No Force Bill! No Negro Domination in the South!»* [56] . Aunque los republicanos y, sobre todo, los militantes del tercer partido, el populista, combatieron el recurso al racismo, el candidato demócrata, el expresidente Cleveland, ganó esas elecciones.

En esta línea, sin duda el más repugnante eslogan de todos los conocidos es el correspondiente a la convención de los demócratas en 1868, con el que éstos anunciaban una de sus estrategias para las próximas décadas en el sur del país: *«This is a white man’s country. Let white men rule»* . Leído hoy no provoca ni risa ni sorpresa, sino pavor por su odio y su violencia.

## EL PRESIDENTE CON UN HARÉN

Las calumnias son una de las armas más abundantes en los arsenales de los

partidos.

A John Quincy Adams se le acusó de haber vendido a una muchacha de nacionalidad estadounidense al zar de Rusia cuando era embajador de EEUU en San Petersburgo, y también de tener un harén, como si fuera un turco. En 1828, el partido antijacksoniano escogió como uno de los asuntos de la campaña el matrimonio de Jackson. Andrew y Rachel se habían casado antes de que el divorcio de Rachel hubiera sido legalizado, por lo que tuvieron que repetirlo. La mujer sufrió tanto con las burlas que falleció en diciembre de ese año, después de saber que su marido sería el nuevo presidente.

Cuando la convención republicana nominó a Lincoln, los periódicos del Sur le cubrieron de insultos. Para uno de ellos, el político era "un cruce entre un buhonero de baja estofa, un ladrón de caballos y un vampiro". La guerra civil no implicó una tregua de difamaciones en las presidenciales de 1864. Varios periódicos demócratas acusaron a Lincoln de cobrar su sueldo de 25.000 dólares anuales en oro, mientras pagaba a los soldados en un papel moneda que se devaluaba constantemente. También se le atribuyó una hija ilegítima, un clásico en todas las contiendas. Los republicanos, por su parte, criticaron las derrotas y los errores militares de McClellan.

En la campaña de 1880, se acusó a Garfield de haber recibido un soborno de una empresa inmobiliaria en su Ohio natal por la cantidad de 329 dólares. Los demócratas cubrieron el país con la cifra 329 pintada en paredes, piedras, aceras, postes, estaciones y también impresa en carteles y periódicos. Otro golpe sucio fue la publicación de una carta falsa en la que Garfield confesaba que se oponía a la limitar la inmigración china. Garfield venció en el voto popular por menos de 10.000 papeletas y perdió California, el estado que reclamaba con más fuerza el cierre de fronteras a los chinos, por menos de trescientos sufragios.

En 1920, el profesor universitario William Estabrook Chancellor, racista en ciencia y demócrata en política, trató de hundir la candidatura republicana de Warren Harding afirmando que tenía ancestros negros y esa tara le incapacitaba para ser presidente. Hasta buscó en la comarca natal de Harding personas que confirmasen su bulo.

A Harry Truman, hombre del Sur, sus enemigos le acusaron en 1922, cuando fue nombrado juez del condado, de pertenecer al Ku Klux Klan. La mentira reapareció en otras elecciones a las que se presentó. En la campaña de 1944, explicó a un periodista que, en una tenida de la logia masónica a la

que pertenecía, celebrada en San Luis en 1921, apoyó una resolución en la que se ordenaba la expulsión de todo masón que se hubiera unido al KKK. Hasta en 1952, cuando le faltaban meses para retirarse, se volvió a rumorear.

A Barack Obama se le negó su nacionalidad estadounidense, lo que le habría incapacitado para concurrir a las elecciones presidenciales. Este bulo lo pregonaron los partidarios de Hillary Clinton durante las primarias de 2008. Y aunque Obama difundió su certificado de nacimiento en Hawái en 1961, la mentira es muy difícil de matar, sobre todo cuando ha aumentado tanto la incredulidad del pueblo respecto a los medios de comunicación que ha nacido el negocio de los verificadores de contenidos (*fact-checkers* ). En 2016, el bulo lo recogieron los entusiastas de Donald Trump. Éste, después de haberlo aceptado en años anteriores, declaró poco antes de las elecciones que Obama había nacido en el país y trató de cerrar el debate con un "y punto". No lo ha conseguido.

Como en España se cambió el título a la película de 1962, pocos saben qué es un «candidato manchú». El argumento describe al hijo de un político norteamericano que es capturado en la guerra de Corea y al que los comunistas lavan el cerebro con la finalidad de hacerle llegar a la Presidencia y disponer de un pelele. A Trump muchos demócratas y *progressives* le denigraron como otro «candidato manchú», obediente en este caso al presidente ruso Vladímir Putin. En abril de 2020, la investigación realizada por un fiscal independiente se archivó sin consecuencias.

## YA LO HICIERON LOS GRIEGOS

Los líderes pueden liberarse en sus discursos de las limitaciones de espacio y vocabulario que exigen los eslóganes y los carteles. Los discursos de inauguración de mandato suponen una oportunidad excepcional para desvelar su programa de gobierno y, además, mostrar su ingenio, su cultura y su oratoria. Son famosos los de Lincoln (1865), Roosevelt (1933), Kennedy (1961) y Reagan (1981). En 1858, al anunciar que se presentaba a senador federal, Lincoln pronunció en el Capitolio de Springfield otro de sus grandes discursos, que comenzaba con una cita bíblica: "Una casa dividida contra sí misma no puede permanecer".

Obama se dio a conocer a nivel nacional gracias al discurso que pronunció en la Convención Demócrata de 2004, en la que eligió a John Kerry como candidato. Esos diecisiete minutos le convirtieron en una

estrella política. Cuatro años más tarde, mientras peleaba por la nominación del partido para las elecciones de 2008, Hillary Clinton intentó reducir a Obama a un simple conferenciante: "Yo tengo experiencia. John McCain tiene experiencia. Todo lo que tiene Obama es un discurso". Pues esa elocuencia que la senadora Clinton despreciaba entusiasmó a las bases demócratas y dio la victoria a su adversario. En las primarias de New Hampshire, celebradas en enero de 2008, Obama pronunció otro discurso y acuñó el eslogan al que ha quedado asociado:

> *"Yes, we can, to justice and equality. Yes, we can, to opportunity and prosperity. Yes, we can heal this nation. Yes, we can repair this world. Yes, we can".*

Esa repetición de palabras en un discurso recibe el nombre de anáfora y se usa mucho más de lo que su nombre griego podría hacer sospechar. El reverendo Martin Luther King recurrió a ella en el discurso que pronunció en el Memorial de Lincoln en 1963: *"I have a dream"* .

Y en España una anáfora hizo célebre un discurso de Adolfo Suárez para las elecciones a Cortes Generales de 1977: "Puedo prometer y prometo". Resulta llamativo que, en comparación con la fuerza de los discursos de King y Obama, el de Suárez lo forman expresiones poco excitantes, como "medidas racionales y objetivas", "reforma fiscal" o "conjunto escalonado de medidas", de manera que sólo ha sobrevivido la anáfora.

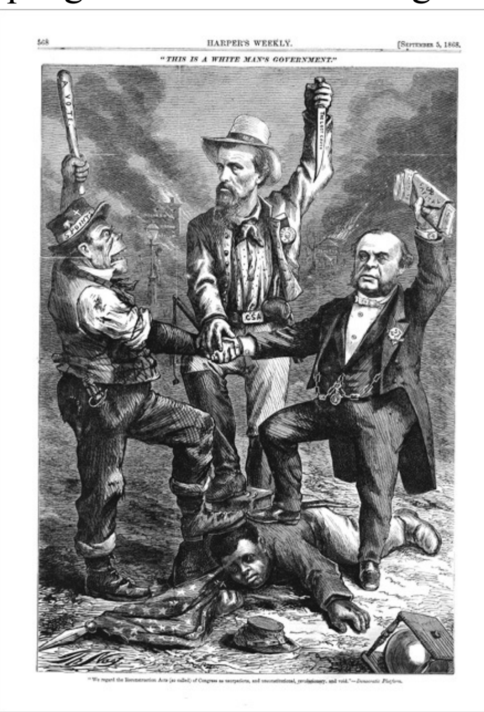
## LA DERROTA TAMBIÉN ENNOBLECE

Los perdedores siempre pueden consolarse con las famosas palabras de Theodore Roosevelt, pronunciadas después de abandonar la Presidencia:

> "El reconocimiento pertenece al hombre que está en la arena, con el rostro desfigurado por el polvo y el sudor y la sangre; quien se esfuerza valientemente; quien yerra, quien da un traspié tras otro, pues no hay esfuerzo sin error ni fallo. Pero quien realmente se empeña en lograr su cometido, quien conoce grandes entusiasmos y las grandes devociones, quien se consagra a una causa digna, quien en el mejor de los casos encuentra al final la victoria inherente a un logro grandioso, y quien, en el peor de los casos, si fracasa, al menos fracasa atreviéndose a lo grande, de manera que su puesto jamás estará entre aquellas almas frías y tímidas que no conocen ni la victoria ni la derrota".

O con las menos conocidas de Grover Cleveland después de su derrota en 1888:

“Es preferible ser derrotado cuando luchas por un principio honrado que ganar con un subterfugio cobarde”.




Thomas Nast ilustró con este dibujo el lema político de los demócratas en septiembre de 1868: «Éste es el Gobierno del hombre blanco». Un negro, veterano del Ejército de la Unión, aparece sometido por un inmigrante irlandés (a la izquierda), Nathan Bedford Forrest, líder del Ku Klux Klan, y Horatio Seymour (a la derecha), el candidato presidencial demócrata.

---

50 El voto fue público en Estados Unidos hasta que a partir de la década de los 90 del siglo XIX los estados comenzaron a usar papeletas individuales. Las mujeres recibieron el derecho de voto mediante la Enmienda XIX, que entró en vigor seis semanas antes de las elecciones de 1920. Y la edad mínima para votar se redujo a los dieciocho años en 1971, mediante la Enmienda XXVI.

51 BOLLER, Paul F. Jr.: Presidential Campaigns, Oxford University Press, New York, 2004, p. 66 y ss.

52 BUCHANAN, Pat: «50 Years Ago: The Day Nixon Routed the Establishment», RealClearPolitics, 1-11-2019. Accesible en https://www.realclearpolitics.com/articles/2019/11/01/50_years_ago_the_day_nixon_routed_the_establishment_141635.html; y también en el blog del autor https://buchanan.org/blog/50-years-ago-the-day-nixon-routed-the-establishment-137693. Consultados el 4 de julio de 2020.

53 GOLBERG, Nicholas: «Trump has come up with the worst campaign slogan ever», Los Angeles Times, 14-5-2020. https://www.latimes.com/opinion/story/2020-05-14/trump-transition-to-greatness-worst-slogan. Consultado el 8 de junio de 2020.

54 «I personally believe that Goldwater is not an extremist as some people have made him, but in any event we’re all Republicans». Es decir: «Personalmente estoy convencido de que Goldwater no es un extremista como lo presenta cierta gente, pero de cualquier manera todos somos republicanos».

55 ROWLANDS, Evans Jr. y NOVAK, Robert D.: Nixon in the White House. The Frustration of the Power, Random House, New York, 1971, pp-33-34. Panetta se pasó al Partido Demócrata y ocupó los cargos de jefe de gabinete con Bill Clinton (1994-1997) y director de la CIA (2009-2011), y secretario de Estado (2011-2013) con Barack Obama.

56 BRIAN BOOKER, Christopher: The Black Presidential Nightmare: African-Americans and Presidents, 1789–2016, XLibris, 2017.

# EL POPULISMO, UNA VIEJA TRADICIÓN AMERICANA

“Soy la clase de patriota del que se ríen en la costa Este.”

J. D. Vance

“Vivo en un mundo muy especial. Solo conozco a una persona que haya votado a Nixon. No sé dónde están esos votantes. Están fuera de mi conocimiento. Pero a veces cuando estoy en un cine puedo sentirlos.”

Pauline Kael

Lea despacio este párrafo, lector amigo, y deténgase unos segundos en el punto final.

> “Durante casi cuatro años habéis tenido una Administración que, en lugar de cruzarse de brazos, se ha arremangado. Mantendremos las mangas subidas. Hemos tenido que luchar con los viejos enemigos de la paz, con los monopolios financieros, la usura, la banca imprudente, el antagonismo de clase, la especulación bélica. Todos ellos habían comenzado a tratar al Gobierno de los Estados Unidos como un mero apéndice de sus propios asuntos. Ahora sabemos que el Gobierno de la riqueza organizada es tan peligroso como el Gobierno del crimen organizado. Nunca antes en toda nuestra historia han estado tan unidas estas fuerzas contra un candidato como lo están hoy. Son unánimes en su odio por mí, y yo les agradezco su odio”.

¿Se trata de un fragmento de un discurso de Donald Trump en su campaña de reelección? No. Es, sí, un discurso de reelección, pero lo pronunció Franklin Roosevelt el 31 de octubre de 1936 [57] . Su contenido es casi idéntico al que pronunció Trump en Florida el 13 de octubre de 2016 [58] :

> “Nuestro movimiento trata de sustituir a un sistema político fracasado y corrupto —y cuando digo «corrupto» me refiero a absolutamente corrupto—, con un nuevo Gobierno controlado por vosotros, el pueblo de América. No hay nada que el sistema político no hará, ninguna mentira que no dirá para mantener a vuestras expensas su prestigio y

> poder. Y eso es lo que ha estado sucediendo. La clase política de Washington y las empresas financieras y comunicativas que lo financian existen por una única razón: enriquecerse a sí mismos. El sistema se juega billones de dólares en estas elecciones… Aquéllos que controlan las palancas del poder en Washington y los intereses especiales globales se asocian con esa gente que no tienen en la cabeza vuestro bienestar. Nuestra campaña representa una verdadera amenaza existencial como nunca antes habían encarado”.

Ochenta años separan ambos discursos, grandes en cuanto movilizadores e idénticos en cuanto a la definición de un enemigo poderoso y escondido que pretende someter al pueblo. Un demócrata y un republicano que luchan contra la banca y el candidato de los ricos. Si las palabras de Trump son populistas, también deben de serlas las de FDR, ¿verdad? Pero, entonces, el populismo, ¿es bueno o es malo?, ¿pone en peligro la paz social o trae justicia?, ¿es progresista o es reaccionario?, ¿es el lenguaje de los oprimidos o el de los privilegiados?

¿Y qué le parece, amigo lector, esta otra declaración?

> “Las leyes que prohíben portar armas desarman sólo a aquellos que no están inclinados ni decididos a cometer delitos. Esas leyes empeoran las cosas para los asaltados y las mejoran para los asaltantes; sirven más para alentar que para prevenir los homicidios, pues un hombre desarmado puede ser atacado con mayor facilidad que uno armado”.

¿Un fragmento del discurso del vicepresidente Mike Pence en una convención de la Asociación Nacional del Rifle? Pues no. La reflexión corresponde a Thomas Jefferson, redactor de la Declaración de Independencia.

¿Son textos republicanos, democráticos o populistas? ¿Cuándo son populistas y, por tanto, repudiables? ¿Cuando los escribe alguien condenado por los medios de comunicación?

Entre las muchas definiciones que desde 2016 se han dado del populismo, la que más me gusta es la de Chantal Delsol, pues para llegar a ella recurre al análisis histórico de la Grecia clásica y a la división de clases: “De una manera general, será difícil atribuir una definición al populismo, ya que se trata de un insulto, antes que un sustantivo. Para la gente civilizada que se supone que somos designa en primer lugar lo execrable. Dicho de otra manera: antes de definir las características hay que asumir su mala reputación”. Y para concluir la comprensión del fenómeno,

otra reflexión de la pensadora francesa: “Sin que la realidad cambie, la izquierda es popular y la derecha populista”. Todo el populismo, desde los tiranos griegos de los siglos VII y VI antes de Cristo a la actualidad, coincide en agrupar a movimientos que halagan al pueblo y se enfrentan a las élites gobernantes por sus abusos y —elemento importante— desprecios. En el caso del populismo del siglo XXI, el motivo de esa escisión reside en que “una parte del elemento popular defiende el arraigo, en oposición posmoderna. Y la élite, descontenta con semejante traición, interpreta esa defensa del arraigo como simple egoísmo” [59] .

## EL ILUSTRADO JEFFERSON Y EL TOSCO JACKSON

El populismo, entendido como lo hemos descrito en el párrafo anterior, nace en Estados Unidos tan pronto como antes de 1800 y de la mano de uno de los más conspicuos representantes de la Ilustración en el continente americano: Thomas Jefferson, tan soberbio que se confeccionó unos Evangelios personales de los que suprimió los hechos milagrosos y las declaraciones que probaban la divinidad de Jesucristo.

Su partido, el antifederalista, empleó todo tipo de insultos contra George Washington, Alexander Hamilton y John Adams. Les acusó de servir a los intereses del dinero y de maquinar la instauración de una monarquía. No se puede decir que Jefferson no conociera la Administración, pues, aparte de participar en la «revolución americana», fue embajador en Francia y secretario de Estado en el gabinete de Washington; posteriormente, fue vicepresidente cuatro años y presidente ocho más. Su proyecto de república, nacido de la idealización de la Roma de los primeros tiempos, consistía en una agrupación de campesinos y agricultores virtuosos conmovidos por el bien público.

Jefferson estaba en contra de la riqueza, pero él era rico, tanto que se construyó una finca de ensueño, Monticello. Jefferson quería la igualdad, pero era propietario de esclavos. Jefferson, ¿era un demagogo? Para nuestros tiempos de gente buena tan buena que estalla en cólera era algo mucho peor: un esclavista.

El primer presidente con el apelativo de populista es Andrew Jackson. Hasta 1828, la Presidencia la habían desempeñado los miembros de la «Dinastía Virginiana» y los Adams de Massachusetts, todos educados, cultos y ricos, con independencia de que fuesen federalistas o republicanos. Jackson provenía de las zonas salvajes del país, carecía de apellido y de

fortuna, había sido aprendiz y artesano antes de estudiante de derecho y no había salido del país; además, era un héroe popular que había derrotado a un ejército británico. A partir de él, durante muchos años los candidatos a presidentes y a cargos inferiores alardearon de haber nacido en una cabaña de troncos (*«log cabin»* ) o en la Frontera. “La gente se veía a sí misma y veía sus aspiraciones reflejadas en él y en su fabulosa carrera”. [60] Jackson halagaba a sus legiones de partidarios declarándose paladín del *«common-man»* y las seducía con una forma de hablar sin pelos en la lengua que se llamó *«tell-it-like-it-is style»* .

La primera vez que compitió en unas elecciones presidenciales Jackson repitió que “no era un político”. Cuando la Cámara de Representantes optó por John Quincy Adams, se presentó como víctima de una conspiración de las oligarquías abonada por el soborno. Usó la Administración federal para premiar a sus colaboradores y perseguir a sus adversarios. Recurría al oportunismo en política: defendió los derechos de los estados sólo para ganar los votos del Sur como candidato demócrata, porque era un nacionalista acérrimo.

Jackson estableció otra tradición de los populistas: son un pararrayos para el odio crispado de sus enemigos. Los epítetos que recibió se repiten ahora en otros populistas: tirano, destructor de los principios republicanos, demagogo, hijo de una prostituta, borracho… En cambio, sus admiradores le consideraban un segundo Washington. También fue el primer presidente al que se intentó asesinar.

Tocqueville visitó Estados Unidos durante su presidencia y describió así su manera de gobernar:

> “El general Jackson es esclavo de la mayoría: la sigue en sus voluntades, en sus deseos y en sus instintos a medio descubrir, o mejor dicho, adivina dónde va y corre a ponerse a su cabeza. (…) El general Jackson, para servirme de una comparación tomada del vocabulario de los partidos norteamericanos, me parece federal por inclinación y republicano por cálculo. Después de rebajarse así ante la mayoría para ganar su favor, el general Jackson se yergue nuevamente; marcha entonces hacia los objetivos que la misma persigue con igual ímpetu que hacia aquellos otros que le son indiferentes, derribando ante él todos los obstáculos. Con la fuerza que le presta un apoyo que nunca tuvieron sus predecesores, pisotea a sus enemigos dondequiera que los encuentra, con una facilidad no igualada por presidente alguno; toma

bajo su responsabilidad medidas que nadie habría osado tomar antes, e incluso trata a la representación nacional con una especie de desdén casi insultante; se niega a sancionar leyes del Congreso, y a menudo omite responder a ese gran cuerpo. Es un favorito que a veces maltrata a su señor. El poder del general Jackson aumenta, pues, sin cesar; pero el del presidente disminuye”. [61]

A pesar de los temores de Tocqueville y de los enemigos de Jackson, éste no quiso presentarse a un tercer mandato, que sin duda habría ganado, porque le sucedió su vicepresidente, y la República y la Presidencia se mantuvieron.

La similitud de los programas de los dos grandes partidos en la segunda mitad del siglo XIX y sus vínculos con las grandes empresas de los sectores ferroviario, industrial, bancario y minero llevaron a la formación del Partido del Pueblo, representante de los granjeros y de las clases bajas. El Partido del Pueblo o Partido Populista clamaba contra los políticos que se dejaban comprar por el «gran dinero» y pedía aranceles y precios de transporte por ferrocarril más bajos, junto con una participación más directa del pueblo en el gobierno. El Partido Demócrata acabó absorbiéndolo.

El siguiente gran presidente en encabezar un movimiento populista contra los privilegiados fue Theodore Roosevelt. Quiso ser conocido como un desmontador de monopolios empresariales (*«trust-buster»* ). Aprobó leyes contra los *trusts* y también en favor del consumidor. Se jactó de perseguir a los “maleantes de la gran riqueza” (*“malefactors of great wealth”* ) y en un discurso al final de su mandato afirmó contento que “en los últimos seis años hemos demostrado que no hay un individuo ni una corporación tan poderosa que escape la posibilidad de un castigo según la ley”. Como ya hemos visto, su partido no le quiso presentar a un tercer mandato y montó uno nuevo, el Progresista.

Cuando otro Roosevelt, Franklin, se topó con la oposición de los privilegiados a sus programas del *«New Deal»* , como subsidios para los millones de parados y salario mínimo, denunció a los *«economics royalists»* . Inculcó en la ciudadanía que el republicano era el partido de los «peces gordos» (*«fat cats»* ), una caricatura que se repetiría muchas veces en los años 30 y 40, mientras que el demócrata era «el partido de los trabajadores». Puesto que la mayoría de la prensa estaba en contra de Roosevelt, éste recurrió a la radio para establecer una comunicación directa con el pueblo. Elaboró un relato en el que un grupo de plutócratas se negaba

a ceder parte de su dinero y sus privilegios a los desfavorecidos, pero él, como un campeón de las gentes sencillas, les obligaba a compartir su riqueza malhabida.

Truman prosiguió la estrategia de Roosevelt. En su discurso de aceptación de la candidatura en la convención de julio de 1948, acusó a los republicanos de favorecer "a unos pocos privilegiados y no al hombre común". Y añadió que los demócratas, dirigidos por Roosevelt, "en 1932 atacamos la fortaleza del privilegio y la codicia. Luchamos por expulsar del templo a los cambistas. Hoy, en 1948, defendemos la fortaleza de la democracia y la igualdad de oportunidades, el cielo para la gente normal de esta tierra y no para las clases favorecidas o el puñado de poderosos". La campaña de los demócratas como escudo del pueblo contra los codiciosos cuyo instrumento era el Partido Republicano funcionó tan bien que Truman ganó gran parte del voto del campo que en 1944 había apoyado al candidato Dewey.

Que el populismo no es un advenedizo del siglo XXI, sino un rancio linaje norteamericano lo prueba otro de los candidatos de 1948, el progresista Henry Wallace, un "producto de la tradición populista" de su país, que incluía el recelo hacia Inglaterra. Wallace pensaba que Estados Unidos estaba abandonando su brújula moral para sustituirla con el maquiavelismo y el cinismo inoculados por Londres en Washington. La desconfianza entre EEUU y la URSS, animada por los británicos, podía conducir a la Tercera Guerra Mundial [62] .

El último duelo entre un candidato del pueblo y otro de la élite se dio en 1960. Richard Nixon inició sus memorias con la siguiente frase: "Nací en la casa que mi padre construyó". Fue en 1913, en Yorba Linda. Enfrente tenía a John Kennedy, al que nunca le faltó de nada, ni el apoyo de la prensa.

Durante la campaña por la nominación demócrata en 1960, Kennedy visitó el condado de McDowell, en las vitales primarias de Virginia Occidental y allí, él, senador y vástago de una de las familias más poderosas del país, arremetió contra el presidente, el republicano Eisenhower, con esta retórica populista:

> "Washington, la capital, está sólo a unos pocos cientos de kilómetros del condado de McDowell. Pero el Gobierno de Washington tiene menos comprensión de vuestros problemas, menos interés en vuestras angustias, de las que muestra con pueblos y tierras al otro lado del mundo. Nuestro presidente ha viajado a Asia, Europa y Sudamérica,

pero nunca al condado de McDowell. Ha visto la pobreza y el hambre en tierras extranjeras, pero no la pobreza y el hambre del condado de McDowell. Ha hablado con representantes de muchos países, pero nunca ha tenido tiempo para hablar con vuestros representantes”. [63]

Otro de los elementos en que Kennedy peleó con Nixon, y le ganó, fue en el anticomunismo. Los republicanos estaban noqueados. El último de sus líderes que se sentía a gusto en la dialéctica contra las clases altas y en medio de las clases sencillas, Theodore Roosevelt, había fallecido hacía tiempo y encima había sido expulsado del partido. Sin embargo, en los años 60, la derecha popular y «descarada» tuvo una oportunidad.

## LOS REPUBLICANOS DESCUBREN EL «POPULISMO SOCIAL»

Las presidenciales de 1964 supusieron la mayor derrota para los republicanos desde 1936. Sin embargo, marcaron el inicio de la reforma del movimiento conservador y su lenta conquista, primero, del Partido Republicano; luego, de la Presidencia; y, por último, del Congreso [64]. Hasta entonces, el partido tenía su centro en Nueva York, lo controlaban los «peces gordos» y su estrategia se limitaba a la aceptación de las propuestas demócratas suavizadas (*«me-tooism»* ). Era el *«Eastern Establishment»* .

La convención de ese año fue de las más disputadas en la historia del partido. Los militantes rechazaron al principal representante de esos «RINO» (*«Republican In Name Only* »), el gobernador de Nueva York, el muy «establecido» Nelson Rockfeller; y uno de los motivos, junto con su copia de la ingeniería social de los demócratas, fue su divorcio y su segundo matrimonio en 1963. La mayoría de las norteamericanas, no sólo las republicanas, sintieron ira contra una mujer a la que calificaron de «rompedora de familias». Antes de la «Década del Yo», los años 70, la conducta de “depurar a la esposa” disminuyó las expectativas tanto de Rockfeller en su partido como, en la década anterior, las de Adlai Stevenson frente a Eisenhower [65] .

El senador Barry Goldwater ganó la candidatura en la convención con el respaldo de las delegaciones de California, Florida y Texas, donde la población y la economía aumentaban a mayor ritmo que en el Norte. El eje del partido se desplazaba al Sur y al Suroeste. En su discurso de aceptación, Goldwater pronunció unas frases famosas para los *«conservatives»* : “El extremismo en la defensa de la libertad no es ningún vicio. Y dejadme que os recuerde que la moderación en la defensa de la libertad no es ninguna

virtud". Aunque quizás no fueran las más adecuadas para el primer acto en el que el candidato debe dirigirse a toda la nación.

Asombró la movilización popular en esa campaña. A la de Nixon de cuatro años antes, 44.000 personas donaron dinero; a la de Goldwater, lo dieron más de un millón de ciudadanos. Cientos de miles de voluntarios repartieron carteles, folletos y chapas por todo el país. Se editaron libros y un actor que vivía en California llamado Ronald Reagan grabó un anuncio de apoyo al senador de Arizona. Los asuntos planteados por la plataforma de Goldwater consistieron en anticomunismo, libertad individual, restricción del poder del Estado y defensa de principios morales, junto con una ruptura con los apellidos de la costa Este. Para los *«conservatives»* su Covadonga es la victoria de Goldwater sobre Rockefeller. Fue la revuelta de Main Street contra Wall Street. Y aunque Main Street perdió la primera batalla, se levantó para seguir librándolas.

Uno de los ideólogos progresistas más renombrados en cuanto a su análisis del discurso y la propaganda, el lingüista George Lakoff, recuerda que cuando Goldwater mordió el polvo, los conservadores "tenían muy pocos de los conceptos que manejan hoy". En los más de cincuenta años transcurridos desde entonces, "los pensadores conservadores han rellenado sus lagunas conceptuales" y su manera de transmitir su mensaje [66] .

Pero otras revanchas no tardaron tanto. Dos años más tarde de la derrota, Reagan se presentó a las elecciones para gobernador de California y venció por quince puntos. A finales de los años 80, Henry Kissinger hizo la siguiente recapitulación sobre Reagan:

> "Al hablar de Reagan a veces nos preguntamos por qué se le pudo ocurrir a alguien que debiera ser presidente o siquiera gobernador. Pero lo que ustedes, los historiadores, tendrán que explicar es cómo un hombre tan poco intelectual pudo dominar California durante ocho años y Washington durante ya casi siete". [67]

¡Ay, la superioridad de la clase académica que le impide comprender que pocas ideas y firmes son mejores para la vida cotidiana que muchas y confusas!

Entre las aportaciones de Nixon al Partido Republicano (al que, sin embargo, pudo destruir con el «caso Watergate») podemos señalar dos. Una, la «estrategia sureña», por la que comenzó la sustitución en el Sur de los demócratas por los republicanos. Otra fue el uso del «populismo social», apuntado en 1964.

> “Durante la época de Franklin Delano Roosevelt y las décadas siguientes, los demócratas habían ganado las elecciones gracias al populismo económico, oponiendo la clase media y la clase trabajadora a los ricos miembros del Partido Republicano. El vuelco de fortuna del GOP llegó durante los años de Nixon, cuando finalmente aprendió a usar el populismo social como un arma contra el populismo económico. Mientras los demócratas denostaban a la élite económica, los republicanos atacaban a la élite social. Para los demócratas, la bestia vivía en Wall Street. Para los republicanos residía en Washington, Harvard y Hollywood”. [68]

Nixon encontró una expresión que definía a esta América: la «mayoría silenciosa». Pero una mayoría que no se expresa está a merced de la minoría ruidosa. De todas maneras, Nixon traicionó a sus votantes, pues, lejos de reducir los programas federales de la «Gran Sociedad», los amplió; también aumentó los impuestos y el intervencionismo en economía. Con Reagan, por fin la mayoría tuvo voz y un presidente.

Reagan se presentó en 1980 como un defensor del ciudadano frente al «gran gobierno» (expresión que remitía a la «Gran Sociedad» de Johnson), como lo prueban varias de sus frases más citadas: “Dicen que la política es la segunda profesión más antigua. Me estoy dando cuenta de que cada vez se parece más a la primera”; “las palabras más terroríficas en lengua inglesa son: «Soy del Gobierno y aquí estoy para ayudar»”; y “la primera obligación del Gobierno es proteger a la gente, no dirigir sus vidas”. Dos de las maneras de liberar a los norteamericanos de ese Gobierno opresivo fueron la bajada de impuestos y la poda de la selva de normativa federal. En un discurso pronunciado en el primer aniversario de su toma de posesión, recordó la metáfora de la capital nacional como un pantano: “Cuando los caimanes te llegan a la altura de los sobacos, te cuesta recordar que tu intención original era secar el pantano”.

Los ataques de los círculos académicos y periodísticos a Reagan reforzaron su imagen de hombre ajeno al *establishment* , aunque hubiera trabajado como actor en Hollywood y portavoz de la empresa General Electric y luego hubiera sido gobernador de California. Si Roosevelt descubrió las posibilidades de la radio para pasar por encima de los periodistas, Reagan hizo lo mismo con la televisión.

El ideólogo conservador Irving Kristol publicó un artículo en el que explicaba que este nuevo populismo “no es un tipo de rebelión ciega contra

el respetable gobierno constitucional", sino "un esfuerzo para devolver a nuestras élites dirigentes su sentido común. Por eso, tanta gente, y yo me incluyo en ella, que normalmente se preocuparía por un aumento populista se encuentra tan atraída por este nuevo populismo" [69] .

LAS MUJERES NO SON PARTE DEL «ESTABLISHMENT»

Entre Nixon y Reagan, las elecciones de 1976 llevaron a la Casa Blanca a Carter. El exgobernador de Georgia se jactó de ser un hombre sin ningún vínculo con la putrefacta capital, donde los políticos y funcionarios del *establishment* planearon una guerra fracasada y donde un presidente usó los poderes de su cargo para espiar a la oposición. De sus promesas con tono populista destacan la de "nunca les diré mentira". Con su compromiso de dirigir "un Gobierno tan digno como su pueblo, Carter se colocaba en un plano de superioridad moral respecto al pantano de Washington.

Como miembro de la corriente centrista del Partido Republicano, a Bush padre jamás se le pudo calificar de populista. Ni lo intentó. No sólo por sus orígenes familiares y su fortuna, que no fueron un obstáculo para los dos Roosevelt, sino también por su ideología. Por ejemplo, dudaba de que las bajadas de impuestos impulsasen la economía. Él sólo prometió en 1992 no subirlos. Durante las primarias republicanas de 1980, había calificado los beneficios de las reducciones fiscales como "economía vudú".

Bill Clinton se enfrentó a dos representantes del *establishment* : en 1992 el citado Bush y en 1996 el senador Bob Dole, miembro del Congreso desde 1961. Ambos miembros de ese republicanismo moderado de campos de golf y consejos de administración. Se presentó como paladín de la clase media, ahogada por los impuestos y asustada por la delincuencia, y, cosa pasmosa en un demócrata, prometió adelgazar el Estado de bienestar.

Los frecuentes errores lingüísticos de Bush II causaron la risa de columnistas e intelectuales, hasta el punto de agruparse bajo el término «bushismos». Pero ellos y su trabajo manual en su rancho, cortando troncos con una camisa vaquera sudada, le acercaron a la imagen del texano que tienen en mente todos los norteamericanos. Le gustaban las carreras de coches de serie trucados, que "es el deporte más popular de EEUU, aunque nadie lo diría si sólo leyera los periódicos de Nueva York, que no se ocupan de él" [70] .

A todos ellos les superó Obama. Su campaña trazó una línea entre «ellos», la casta de Washington, la bolsa y el complejo militar-industrial, y

«nosotros», el pueblo. Las guerras de Irak y de Afganistán, la crisis de 2008, la desigualdad, la división interna, el racismo y hasta el odio en el mundo hacia los Estados Unidos podían ser superados con la unión de todos los estadounidenses en torno al senador por Illinois. Su aprovechamiento de las redes sociales le vinculó con los más jóvenes y reforzó su sesgo novedoso. Obama aparecía como un auténtico enviado y quienes se oponían a él o le criticaban, como unos malvados. Hillary Clinton, por el contrario, ofrecía experiencia, una mercancía caducada que ya había vendido Bush en 1988. Otro Clinton, cuando los estadounidenses habían quedado hartos con uno.

Después de que la exsecretaria de Estado hubiera sido derrotada en las primarias, el *New York Times* , el periódico favorito de las élites progresistas, con ediciones traducidas en diferentes países, como *El País* en España, se enfadó cuando los republicanos compararon a la candidata a la Vicepresidencia Sarah Palin, gobernadora de Alaska, con Clinton. Según el diario, "la señora Clinton siempre se enfrenta a altas expectativas; la señora Palin se enfrentó a bajas expectativas esta semana y se benefició de ellas. (…) La señora Clinton tiene mucha experiencia; la señora Palin, no tanta. La señora Clinton es de traje-pantalón; la señora Palin es de falda". Sólo le faltó al redactor añadir: "¿Le están molestando, señora Clinton?".

Desde hace unos años, la carta populista, en tanto en cuanto supone el hartazgo de los estadounidenses con sus Gobiernos, es tan tentadora que los políticos apuestan todo a ella, no sólo su futuro, sino incluso su dignidad. Ocho años después, Hillary Clinton lo volvió a intentar. Provocó carcajadas cuando, en un debate con el senador Sanders, dijo que ella, graduada en Yale, primera dama de Arkansas, primera dama de EEUU, senadora, secretaria de Estado y miembro de la fundación favorita de los riquísimos, no podía ser miembro del *establishment* porque era mujer [71] . De nuevo se equivocaron Hillary y sus consultores. Frente a Trump ofreció responsabilidad, envuelta encima en la corrección política de las creencias dominantes del *establishment* , como el feminismo.

## HARTOS DE TODOS

¿Cuándo surgió la desconfianza de los ciudadanos norteamericanos hacia sus élites, cuando una de sus características nacionales era el anhelo de formar parte de ellas, mediante el trabajo duro, el ahorro o el estudio?

Esa escisión ha sido lenta. La primera etapa la podemos fechar en la

admiración de la URSS por parte de numerosos periodistas, académicos y funcionarios. La mayoría engañó a sus conciudadanos sobre la vida en el país de Stalin y una minoría aceptó convertirse en espía para Moscú. Dos ejemplos de esa connivencia fueron el periodista Walter Duranty, corresponsal del *New York Times* en Moscú, y el embajador Joseph Davies, nombrado por FDR. La siguiente etapa ocurre en la década de los 60, cuando esas élites, que disponen de poder en los gobiernos de Kennedy y Johnson, involucran al país en Vietnam y luego, cuando la guerra se hace interminable, agitan los campus universitarios para exigir la rendición. A medida que esta clase intelectual se iba decantando hacia la izquierda en la cultura y el Partido Demócrata en la política, gran parte de la sociedad le dio la espalda.

Consecuencia de la «traición» de las élites es que el antiintelectualismo pasó a formar parte de círculos de gente respetable. El pensador conservador William Buckley escribió: "Prefiero que me gobiernen los dos mil primeros nombres de la guía de teléfonos de Boston que el claustro de profesores de la Universidad de Harvard".

La segunda etapa ha sido el encanallamiento de la política de Washington desde las presidencias de Johnson y Nixon, en las que el FBI y la CIA se pusieron al servicio de la Casa Blanca para espiar a rivales políticos y simples ciudadanos. Después del hechizo con Reagan y el entusiasmo por la desaparición de la Unión Soviética, los norteamericanos conocieron el uso por Clinton de las becarias para su desahogo sexual, infinidad de chanchullos revelados por la prensa y las puertas giratorias usadas por cientos de parlamentarios y cargos gubernamentales para trabajar para *lobbies* , incluso extranjeros, en perjuicio de EEUU. El abogado y cabildero Thomas Hale Boggs aseguraba que en 1968 él era el lobista número sesenta y ocho inscrito en el registro de la Cámara de Representantes; en 2007, superaban los 30.000.

El siglo XXI empezó con ataques terroristas en el interior del país y, como consecuencia, con dos largas guerras, en Afganistán y en Irak, de causas y sobre todo dirección oscuras. Y el belicismo no se detuvo. Ni siquiera con Obama, que había titulado su discurso en El Cairo como «Un nuevo comienzo».

La última fase de este proceso la constituyeron el traslado de infinidad de fábricas a China y México y la transición a una economía de servicios, que han desindustrializado el país. La Gran Crisis de 2008 mostró el fracaso,

tanto de las cúpulas de ambos partidos como de los directivos y financieros, en asegurar y extender el bienestar a toda la población. El «sueño americano» se ha disipado para millones de personas que se encuentran desesperadas y furiosas.

Un factor fundamental es la formación de una superclase en la que se unen Hollywood, Wall Street, el Capitolio, los medios de comunicación y la Calle K de Washington (donde tienen sus oficinas los principales cabilderos y agencias de búsqueda de favores y privilegios). Hasta hace poco, los burócratas, los ejecutivos, los sindicalistas, los banqueros, los políticos, los actores, los académicos y los periodistas formaban colectivos distintos, respecto a los demás y dentro de sí; incluso algunos de sus componentes aparentaban cierta independencia. Al final de la Guerra Fría, comenzó una confluencia que ha concluido en la formación de una oligarquía con intereses y objetivos opuestos a los del pueblo que pretenden gobernar y mandar a sus guerras.

## POPULISTAS DE AMÉRICA, ¡UNÍOS!

El populismo de Trump no se trata de un populismo similar al de Reagan, Nixon o incluso Roosevelt, sino que va más allá. Los republicanos clásicos consideran como sus enemigos a los actores de Hollywood y los académicos de la Ivy League. Los demócratas de antes, a los tiburones de Wall Street y los grandes empresarios. La novedad, y genial, de Trump ha consistido en unir a esos dos grupos contra un enemigo común: las élites que ya no se distinguen ni en sus miembros ni en sus objetivos.

Los progresistas consideran que el resto de sus compatriotas que vive en el *«flyover country»* , o sea, en el inmenso territorio que se extiende entre las ciudades de las dos costas, más Washington y Chicago, es como ese matrimonio que describe Sinclair Lewis en *Calle Mayor* :

> “Sufrieron una terrible conmoción al saber que una persona real y tangible, viviendo en Minnesota y casada con uno de su propia sangre, era capaz de creer que el divorcio puede no ser siempre inmoral; que los hijos ilegítimos no llevan sobre sí el peso de una maldición especial y perdurable; que existen otras autoridades en materia de ética, fuera de la Biblia hebrea; que ha habido hombres que han bebido vino y que, sin embargo, no han muerto en el arroyo; que el capitalismo y las ceremonias nupciales de los anabaptistas no fueron conocidos en los jardines del Edén; que las setas son tan comestibles

como el picadillo de carne; que la palabra petimetre ha caído en desuso; que hay algunos ministros del Evangelio que admiten las teorías evolucionistas; que algunas personas de evidente inteligencia y capacidad para los negocios no votan a palo seco la candidatura republicana; que no es una costumbre universal ponerse en el invierno prendas interiores de franela que piquen la piel; que un violín no es, por sí mismo, más inmoral que un órgano de capilla; que algunos poetas no tienen melena; y que los judíos no son siempre buhoneros o sastres".

¿Es inadecuado citar un fragmento de una novela escrita hace casi un siglo para describir la opinión dominante en un grupo social? Veamos de qué manera ha explicado la victoria de Trump un ideólogo español del progresismo:

"«Cuanto peor para todos, mejor para mí», parece defender el subconsciente del voto populista (…) Tal es lo que sucede en Estados Unidos cuando el ciudadano blanco del Medio Oeste que vive en una caravana, cobra un subsidio y pasa horas delante del televisor con el rifle en el regazo decide registrarse en el censo electoral y convertir su voto en un problema para todos, en especial para aquellos sectores liberales de la costa Este y Oeste que admiran a Woody Allen y que, como éste, desprecian desde sus apartamentos de Greenwich Village todo lo que a sus ojos encarna la nueva administración populista". [72]

Un ejemplo de "negación del «otro»", como escribió Gregorio Luri al comentar las frases anteriores [73] . Un ejemplo de clasismo, añado yo.

Las élites progresistas y las moderadas, la pata izquierda y la pata centrista del *establishment* , se abrazan en público. El actor Robert de Niro, uno de los más estridentes adversarios de Trump, recomendó un libro de un escritor que trabajó como redactor de discursos de Bush II, *Trumpocracy* , asegurando que "Trump y su administración están dañando los principios y las prácticas aceptadas de la democracia estadounidense, tal vez de manera irrevocable. A medida que él y su familia se enriquecen, la presidencia misma cae en manos de los generales y financieros que lo rodean". Los ataques a Trump y sus votantes remiten a los que recibieron Andrew Jackson y sus partidarios. A Jackson se le motejó como *«King Andrew the First»* y a Trump se le acusa de «tirano». Un profesor de Yale, Timothy Snyder, afirmó en un periódico español: "Trump lleva EEUU hacia la

tiranía. Es un tirano clásico” [74] . ¿Desde cuándo los tiranos se someten a elecciones competitivas con prácticamente todos los medios de comunicación tradicionales en su contra? Exageraciones y mentiras de quienes dicen que los déspotas son sus enemigos.

Uno de los que fueron principales asesores de Trump en su campaña, Steve Bannon, expuso la clave de este nuevo populismo:

> “No soy un nacionalista blanco, soy un nacionalista. Soy un nacionalista económico. Los globalistas destrozaron la clase trabajadora estadounidense y crearon una clase media en Asia. El problema ahora es que los estadounidenses no quieren acabar de ser jodidos. Si cumplimos, obtendremos el 60% del voto blanco y el 40% del voto negro e hispano y gobernaremos durante cincuenta años. Eso es lo que los demócratas perdieron. Ellos hablaban con los dueños de empresas de nueve mil millones de dólares de capitalización que emplean a nueve personas. No es la realidad. Perdieron de vista de qué se trata el mundo. Al igual que el populismo de Jackson, vamos a construir un movimiento político completamente nuevo. Todo está relacionado con el trabajo. Los conservadores se volverán locos. (…) Será tan emocionante como la década de 1930, mayor que la revolución Reagan: conservadores, más populistas, en un movimiento nacionalista económico”. [75]

Las ideas de Bannon coinciden con las del consultor político Lee Atwater, asesor de Reagan y Bush I. Según él, “Karl Marx tenía razón” en que la clase constituía un factor básico para las personas y, en consecuencia, proponía que los republicanos captasen porcentajes mayores de votantes negros y otras minorías olvidándose de los tópicos raciales, para centrarse en los intereses económicos (empleo, ascensos, pensiones, salarios, impuestos) de los negros e hispanos miembros de las clases media y alta.

De las siete elecciones presidenciales celebradas desde la tercera victoria de Reagan por medio de Bush padre, en 1988, sólo en una, la de 2004, un candidato republicano ha obtenido la mayoría absoluta de los votos populares y de las tres veces que esos republicanos han llegado a la Casa Blanca dos han sido merced al Colegio Electoral. Respecto a los demócratas, sólo en dos elecciones un candidato suyo ha superado ese 50%, pero en seis de ellas ha sido el más votado. Si la plataforma de Trump cuajase, el GOP podría dejar de ser el partido minoritario y de depender de la institución creada por los «Padres Fundadores».

La integración del populismo económico y del populismo social en una sola candidatura o un partido ha tenido varias consecuencias. Una ha sido la conversión de China, que, como veremos más adelante, pasó a ser aliada de EEUU por obra de Nixon y baluarte de la globalización. Otra ha consistido en enloquecer a la izquierda norteamericana. Así es como lo describe el escritor Bret Easton Ellis:

> "La izquierda estaba metamorfoseándose en algo que no había sido hasta ahora: un partido autoritario e intolerante, que se consideraba moralmente superior, desconectado y falto de una ideología coherente más allá del rechazo frontal a reconocer unas elecciones en las que alguien que no aprobaban había, al menos legal y técnicamente, ganado la presidencia. La izquierda se había transformado en una máquina de odiar, proclive a la autocombustión: una burbuja azul que se estaba disolviendo". [76]

Fuera la izquierda educada y tolerante hasta la victoria de Trump o fuera sólo una máscara que se le ha caído, ya no hay duda de que los izquierdistas, al margen de la secta identitaria a la que pertenezcan, pretenden el derrocamiento de quien les ha retirado de un gobierno que consideran suyo por obra de sus buenos deseos y el silenciamiento de quienes les contradicen… o su eliminación física.

El populismo fue en la Grecia antigua un movimiento de protesta y rebelión del pueblo contra sus privilegiados opresores. Hoy vuelve a serlo. Cambia la magnitud del combate: de una polis a todo el mundo.

---

57 https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-madison-square-garden-new-york-city-1. Consultado el 6 de julio de 2020.

58 https://www.npr.org/2016/10/13/497857068/transcript-donald-trumps-speech-responding-to-assault-accusations. Consultado el 6 de julio de 2020.

59 DELSOL, Chantal: Populismo. Una defensa de lo indefendible, Ariel, Barcelona, 2015, pp. 11 y ss.

60 DEGLER, Carl: Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación 1860-1985, Ariel, Barcelona, 1986, p. 185.

61 TOCQUEVILLE, Alexis de: La democracia en América, vol. I, Fundación Iberdrola/Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 643-644.

62 KISSINGER, Henry: Diplomacia, Ediciones B, Barcelona, 1995, p. 498.

63 Accesible en https://www.jfklibrary.org/archives/other-resources/john-f-kennedy-speeches/welch-wv-19600503. Consultado el 11 de julio de 2020.

64 Sobre la importancia de la campaña de Goldwater en el movimiento conservador, ver SOLEY CLIMENT, Jorge: La historia de Estados Unidos como nunca te la habían contado, Stella Maris, Barcelona, 2015; MARCO, José María: La nueva revolución americana, Ciudadela, Madrid, 2007; y MICKLETHWAIT, John y WOOLDRIDGE, Adrian*:* Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos, Debate, 2006.

65 WOLFE, Tom: Los años del desmadre. Crónicas de los 70, Anagrama, Barcelona, 2018, p. 170.

66 LAKOFF, George: No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político, Editorial Complutense, 2007, Madrid, p. 48.

67 KISSINGER, Henry: Op. cit., p. 822.

68 MORRIS, Dick: Juegos de poder, El Ateneo, Buenos Aires, 2002, pág. 159.

69 KRISTOL, Irving: «The New Populism: Not To Worry», Wall Street Journal, 25-5-1985.

70 WOLFE, Tom: «Los demócratas pierden porque no conocen su país», El Mundo, 8-11-2004.

71 “Honestly, Senator Sanders is the only person who I think would characterize me, a woman running to be the first woman President, as exemplifying the establishment. It’s really quite amusing to me”.

72 LASSALLE, José María: Contra el populismo, Debate, Barcelona, 2017, p. 52.

73 LURI, Gregorio: «La demagogia de los otros», en The Objective, 10-8-2017. https://theobjective.com/elsubjetivo/la-demagogia-de-los-otros/. Consultado el 17 de junio de 2020.

74 SNYDER, Timothy: «Trump quiere ser como Putin», en La Vanguardia, 15-6-2020. Accesible en https://www.lavanguardia.com/internacional/20200614/481724679900/trump-snyder-racismo-estados-unidos-putin.html. Consultado el 17 de junio de 2020.

75 Hollywood Reporter, 18-11-2016. Accesible en https://www.hollywoodreporter.com/news/steve-bannon-trump-tower-interview-trumps-strategist-plots-new-political-movement-948747. Consultado el 2 de julio de 2020.

76 ELLIS, Bret Easton: Blanco, Random House, Barcelona, 2020, p. 234.




Washington y, sobre todo, el Capitolio tienen mala fama entre los norteamericanos, que consideran que los congresistas harán cualquier cosa por ser reelegidos. El dibujante Joseph Kepler presenta en este dibujo de 1889, titulado The Bosses of the Senate , a los trusts como dueños de los senadores.

# «¡TRUMP DERROTA A DEWEY!»

“El pueblo de Estados Unidos no va a elegir para presidente a un antiguo actor de setenta años y de derechas.”

Hamilton Jordan, asesor electoral de Carter.

Donald Trump sosteniendo en alto un ejemplar del *New York Times* cuya portada lo ocupa un enorme titular, «Clinton derrota a Trump», delante de unos periodistas.

No ocurrió así en 2016, pero sí en 1948. El protagonista fue el demócrata Harry Truman, al que todas las encuestas y los principales periódicos daban por vencido frente al republicano Thomas Dewey. En la estación de tren de San Luis, desde la que se iba a trasladar a Washington dos días después de las elecciones, unos admiradores le entregaron un ejemplar del *Chicago Tribune* , que se había distinguido por atacar al presidente en los años anteriores, y Truman posó regocijado con él.

Y es que el «Fenómeno Trump» no es una novedad en la historia política de Estados Unidos. No es el primer populista, ni el primer proteccionista, ni el primer multimillonario que llega a presidente, ni tampoco el primero que vence en unas elecciones que se consideraban un paseo para su rival.

## DEL CORRUPTO SUR, PERO LIMPIO

Harry Truman, trigésimo tercer presidente de EEUU, llegó a la Presidencia debido al fallecimiento de Franklin Roosevelt. Se trató de la tercera sucesión constitucional por muerte natural del presidente. Ésta se produjo el 12 de abril de 1945, tres meses después de haber jurado como vicepresidente y después de diez años como senador. Fue el último presidente sin estudios universitarios y también el único que combatió en la Primera Guerra Mundial, como oficial de artillería.

El 11 de julio de 1944, Roosevelt anunció que se presentaría en las elecciones de noviembre de ese año a un cuarto mandato. Un grupo poderoso dentro del Partido Demócrata, encabezado por el presidente de la organización Robert Hannegan, un político de Misuri, se opuso al mantenimiento del izquierdista Henry Wallace en el *ticket* , debido al empeoramiento de salud de Roosevelt. Roosevelt tuvo que ceder ante los

barones del partido para obtener su apoyo y aceptó la eliminación de Wallace, por quien no movió un dedo en la convención celebrada en Chicago entre el 19 y el 21 de julio. Aunque estaba de viaje para reunirse en Hawái con el almirante Nimitz y el general MacArthur, el presidente ni siquiera envió un mensaje de apoyo a su colaborador, con el que sin duda éste habría ganado la votación.

El nombre de Truman apareció entre las alternativas a Wallace. Roosevelt le conocía por su trabajo en el Senado como presidente de un comité de control del gasto militar que se estableció en 1941, antes del ataque japonés de diciembre. La supervisión de este comité ahorró miles de millones de dólares y también numerosas vidas, al perseguir el derroche y la corrupción y elevar los estándares de calidad del armamento y de los suministros. Además, como legislador había respaldado el *«New Deal»* . En marzo de 1943, la revista *Time* dedicó su portada a Truman.

Entre los puntos negativos de Truman sobresalía la vinculación de su carrera política con Tom Pendergast, el cacique demócrata en Misuri que acabó en la cárcel por evasión de impuestos. Aunque Truman no estuvo implicado en sus corrupciones, ganó la nominación de su partido y el escaño senatorial en 1934 gracias a los pucherazos de la «máquina» de Pendergast: en Kansas City, feudo de su protector, Truman obtuvo 137.429 votos por 1.525 de su adversario demócrata. Otro de los inconvenientes era una visión de la guerra que no distinguía entre tiranos buenos y tiranos malos, a diferencia de Roosevelt y su equipo. Dos días después de que Alemania invadiera la URSS en junio de 1941, Truman se pronunció en el *New York Times* a favor de una guerra que destrozase ambos regímenes: "Si viéramos que Alemania está ganando, deberíamos ayudar a Rusia y si Rusia está ganando deberíamos ayudar a Alemania, y de esa manera dejar que se matasen entre ellos, aunque yo no quiero un Hitler victorioso en ninguna circunstancia. Ninguno de los dos (Hitler y Stalin) cumple su palabra" [77] . En cambio, Roosevelt, mientras Estados Unidos seguía siendo legalmente neutral, firmó el 14 de agosto con el primer ministro británico Winston Churchill la Declaración del Atlántico, en la que se prometía la "destrucción completa de la tiranía nazi".

A pesar de estas diferencias, el presidente se decidió por Truman y, mediante las mañas en que el *aparato* demócrata es experto hasta hoy [78] , Hannegan consiguió que la convención se deshiciese de Wallace y nominase al elegido. Años más tarde, después de la muerte de Roosevelt,

Hannegan dijo que el epitafio de su propia tumba debería ser: «Aquí yace el hombre que evitó que Henry Wallace fuera presidente de EEUU».

Como Truman era un intruso en la Casa Blanca de Roosevelt, éste y su gobierno le redujeron a una figura decorativa. No le dieron ninguna tarea ni le informaron de la marcha de la guerra, incluido el programa secreto para desarrollar armamento atómico.

Al día siguiente de prestar juramento, Truman dio una rueda de prensa y pidió ayuda espiritual a los periodistas:

> "Muchachos, si soléis rezar, rezad por mí ahora. No sé si alguna vez ha caído sobre vosotros una bala de heno, pero cuando se me dijo lo que había pasado ayer, sentí como si la luna, las estrellas y todos los planetas se hubiesen desplomado sobre mí".

Uno de los periodistas respondió "Buena suerte, señor presidente". Y Truman suspiró: "Ojalá no me hubieras tenido que llamar así".

Pasada la conmoción, a Truman le ocurrió lo mismo que a muchos políticos: que una vez alcanzan la cumbre del poder de su país le encanta estar en ella. Por eso, desoyó las peticiones de su esposa de regresar a Misuri y en 1948 se presentó a la reelección.

## UN PRESIDENTE DESPRECIADO

La sombra del carismático Roosevelt ocultó a Truman durante los siguientes años. El nuevo presidente mantuvo al principio el Gobierno de su predecesor y terminó la Segunda Guerra Mundial. Pero en seguida comenzaron los problemas de la posguerra y la unidad nacional se rompió.

En el interior, la desmovilización causó conflictos entre los soldados que trataban de recuperar sus empleos a costa de las mujeres y los negros que los ocupaban. Hubo paro, desabastecimiento y numerosas huelgas en la agricultura y las principales industrias. La inflación superó el 15% en 1947, la tasa más alta desde 1920. En las elecciones de mitad de mandato, de noviembre de 1946, los demócratas sufrieron su mayor derrota desde 1928 y los republicanos consiguieron la mayoría en ambas Cámaras. En el campo exterior, Truman se enfrentó a la expansión soviética en Europa y Asia. En China los comunistas de Mao avanzaban a costa de los nacionalistas de Chiang Kai-shek y en la primavera de 1948 Stalin ordenó el bloqueo de Berlín, situado en la zona alemana ocupada por la URSS, pero dividido entre las tres potencias vencedoras de la guerra más Francia. En un cruce de la política interior con la exterior, empezaron a descubrirse redes de

espionaje soviéticas en EEUU. Numerosos funcionarios pasaban información a los soviéticos, en unos casos por militancia comunista o dinero y en otros por la bobería progresista de los años de Roosevelt [79] .

Con medidas contra la infiltración comunista en la Administración, contra los huelguistas y el racismo (en unos casos impuestas por el nuevo Congreso), por primera vez aparecieron grietas en la poderosa coalición del *«New Deal»* . El desprestigio de Truman era unánime. Estaban contra él los sindicalistas, los agricultores, la camarilla de Roosevelt, la prensa, los republicanos, los empresarios... Incluso un crítico musical del *Washington Post* denigró de manera tan grosera a su hija Margaret por un recital que el presidente le dejó una nota insultante en su buzón cuando salió a dar uno de sus habituales paseos. El pesimismo de Truman era tan grande que a finales de 1947 le propuso al general Eisenhower que, si aceptaba la nominación demócrata para la Presidencia, él se ofrecía a acompañarle como vicepresidente.

En una encuesta de Gallup de abril de 1948, a unos seis meses de la elección, sólo un 37% de los ciudadanos aprobaba la gestión del presidente. Para empeorar las cosas, en el mismo año electoral el Partido Demócrata se escindió en tres. En julio se celebraron tres convenciones que eligieron a otros tantos candidatos, todos ellos veteranos demócratas.

Las protestas en el Sur contra la política de Truman a favor de la integración de los negros en la Administración federal, encabezadas por los gobernadores estatales, condujeron a la formación del Partido Demócrata de los Derechos de los Estados. Sus miembros recibieron el apodo de *«Dixiecrats»* , mezcla de *Dixie* , una de las canciones más conocidas de los confederados, y demócratas. En su convención, celebrada en Birmingham (Alabama), postularon a Strom Thurmond, gobernador de Carolina del Sur, y a Fielding Wright, gobernador de Misisipi. La pretensión de este *ticket* consistía en obtener tantos delegados que la elección del presidente pasase a la Cámara de Representantes y allí negociar para mantener la segregación.

El Partido Progresista presentó a Henry Wallace y al senador de Idaho Glenn Taylor. Formaban una versión izquierdista de los apaciguadores de la preguerra, que aseguraban que la URSS de Stalin sólo buscaba la paz, como se había dicho en los años 30 de la Alemania de Hitler. Se oponían al Plan Marshall y a la Doctrina Truman, dos puntos en los que coincidían con los republicanos aislacionistas. A su campaña se unieron militantes del Partido Comunista de América.

Los republicanos desarrollaron su convención [80] en junio y presentaron por segunda vez a Thomas Dewey, quien dos años antes había sido reelegido gobernador de Nueva York, con el 56% del voto válido. La plataforma para las elecciones ofrecía medidas dirigidas a la población negra (ley federal antilinchamientos y eliminación de los impuestos de capitación), propuestas tradicionales (rebaja del impuesto de sucesiones, reducción del déficit, persecución de los comunistas interiores) y otras promesas que suponían la aceptación del *«New Deal»* (ampliación de los beneficios de la Seguridad Social y fondos federales para la construcción de viviendas baratas).

Un Partido Republicano unido contra un Partido Demócrata dividido y un presidente ahogado en una ola de descontento. La victoria parecía segura para Dewey, que al principio contaba con una ventaja de veinticinco puntos respecto a Truman.

## EL ENTUSIASMO QUE NO ENCONTRARON LAS ENCUESTAS

Uno de los mayores errores que se pueden cometer tanto en la guerra como en la política es subestimar al enemigo. Y eso es lo que hicieron todos los políticos, los encuestadores y los creadores de opinión.

Truman se atrevió a enfrentarse a Stalin en Potsdam, a diferencia de lo que hizo Roosevelt; ordenó arrojar dos bombas atómicas sobre Japón para forzar su rendición incondicional; puso en marcha el Plan Marshall; superó el sector aislacionista del Congreso; y enunció la doctrina internacional que lleva su nombre, según la cual EEUU ayudaría a cualquier nación que se enfrentase a una agresión comunista. Un diplomático español definió a Truman en un informe enviado al general Franco como un “hombre complejísimo, astuto y fabulosamente político” [81] .

Como escribió el consultor Dick Morris, asesor de Bill Clinton durante veinte años:

> “Ningún candidato presidencial estadounidense ha enfrentado jamás las divisiones que enfrentó Harry S. Truman dentro de su partido en 1948… y vivió para contarlo. (…) Despojado de la izquierda y la derecha, se apropió del centro y se apuntó una importante victoria inesperada en las elecciones de 1948”. [82]

En colaboración con su principal asesor, Clark Clifford, Truman elaboró una estrategia audaz. En vez de tratar de recomponer las alianzas con los izquierdistas o con los *«Dixiecrats»* , arremetió contra ellos. A finales de

junio montó el puente aéreo que rompió el bloqueo soviético a Berlín y el 26 de julio promulgó un decreto, la *Executive Order 9981* , que abolía las discriminaciones por raza en las Fuerzas Armadas. Antes se había ganado a los judíos reconociendo en mayo el Estado de Israel, aunque se enfrentara a su secretario de Estado, George Marshall.

El resto de su esfuerzo lo dedicó a su principal rival. El mismo 26 de julio convocó por primera vez en noventa y seis años una sesión extraordinaria del Congreso en año electoral. Y lo hizo para desafiar a los republicanos a que aprobasen la legislación prometida en su plataforma, sobre la Seguridad Social y los derechos fundamentales. Los jefes de las mayorías rojas rechazaron su propuesta con excusas como que no querían darle nada a un presidente fracasado. Con su negativa, sin embargo, le dieron a Truman algo capital: la razón cuando hablaba del *«do-nothing Congress»* y de la hipocresía de los republicanos.

Truman "se sintió libre para hacer el tipo de campaña violenta a la que era tan aficionado" [83] . Recorrió más de 45.000 kilómetros en el tren presidencial. Habló ante grupos de unos cientos de personas en pequeñas estaciones (*whistle-stops* ) y dio enormes mítines a docenas de miles de agricultores y obreros. Siempre cargaba contra el partido que defendía los intereses y privilegios de «los peces gordos de Wall Street». Los sindicatos se adhirieron a Truman y evitaron que muchos trabajadores se desplazaran al Partido Progresista. En uno de sus mítines, surgió un grito, probablemente ideado por sus asesores, que se convirtió en el lema de la campaña: *«Give'em Hell, Harry!»* («¡Mándales al infierno, Harry!»). Truman respondió: *«I don't give them Hell. I just tell the truth about them, and they think it's Hell»* («No les mando al infierno. Me limito a decir la verdad sobre ellos y ellos creen que es el Infierno»).

Mientras tanto, las encuestas coincidían en una victoria de Dewey y sólo diferían en la magnitud, que oscilaba entre los cinco y los quince puntos. La última encuesta de Gallup, publicada el 1 de noviembre, pero efectuada días antes de la votación, anticipó un 49,5% del voto para Dewey, un 44,5% para Truman y el 6% restante para Thurmond y Wallace. La empresa Crossley realizó otra encuesta a mediados de octubre que daba a Dewey una ventaja de cinco puntos. Y Elmo Roper no cambió sus pronósticos de semanas anteriores, en que colocaba a Dewey por encima del 52% y a Truman en un 37%.

Sin embargo, había algunos indicios de que la batalla no estaba decidida.

Una empresa de suministros de piensos para el ganado, con sede en Kansas City, ofreció a sus clientes en seis estados del Medio Oeste, en la mayoría de los cuales había ganado Dewey cuatro años antes, sacos decorados con un burro o un elefante. En septiembre, unos 20.000 granjeros habían comprado ese tipo de sacos y el 54% había optado por el burro.

El presidente del Comité Nacional Republicano declaró que le preocupaba el exceso de confianza de los republicanos, ya que de los cuatro millones de dólares autorizados por la legislación federal el partido sólo había recaudado 2,5 millones, menos que los demócratas [84] . Dewey insistió en que su campaña fuera de perfil bajo, no le gustaba dar la mano a la gente y sus discursos eran aburridos y sosos. Su compañero para la Vicepresidencia, el gobernador de California, Earl Warren, se quejó de que no pudiera insultar a nadie. La consecuencia fue que la asistencia a los mítines descendía a medida que se acercaba la fecha electoral y que Truman marcaba los puntos de debate.

| RESULTADOS DE LA ELECCIÓN DE 1948 | | | |
|---|---|---|---|
| | VOTOS POPULARES | VOTOS ELECTORALES | ESTADOS GANADOS |
| Harry Truman | 24.179.347 | 303 | 28 |
| Thomas Dewey | 21.991.292 | 189 | 16 |
| Strom Thurmond | 1.175.930 | 39 | 4 |
| Henry Wallace | 1.157.328 | 0 | 0 |

La noche de las elecciones de 1948 ocurrió lo mismo que en 2016: los periodistas políticos se negaron a aceptar los datos que indicaban la victoria de Truman. En torno a la medianoche, un famoso periodista radiofónico, H. V. Kaltenborn, explicó a su audiencia de esta manera el recuento:

> "El señor Truman va todavía el primero, pero éstos son datos de unas pocas ciudades. En cuanto vengan datos del resto del país, el resultado mostrará un triunfo arrollador de Dewey".

A las cuatro de la madrugada, Kaltenborn reconoció que Truman llevaba más de dos millones de votos de ventaja a Dewey, pero se mantenía en sus trece: "No veo cómo va a ser elegido. La elección se decidirá en la Cámara de Representantes". El presidente, que sabemos escuchó al periodista, debió de reírse. Más tarde divertiría a su círculo íntimo con una imitación de Kaltenborn proclamando su derrota.

El resultado de las elecciones fue el siguiente: Truman quedó primero en veintiocho estados, que le dieron 303 votos electorales; Dewey lo hizo en

dieciséis y obtuvo 189 votos: y Thurmond venció en cuatro estados del *«Deep South»* y tuvo treinta y nueve electores. Cuando Truman fue candidato a vicepresidente con Roosevelt en 1944, el margen de la victoria demócrata fue mayor: más de veinticinco millones de votos populares (el 53% del voto válido), treinta y seis estados y 432 electores. Fue la primera elección presidencial desde 1916 que ganó un candidato con menos de la mitad de los votos, pero no estaba nada mal para alguien menospreciado por todos.

El renombre obtenido por George Gallup al haber previsto con exactitud los resultados de 1936 se desplomó y pasó las semanas siguientes visitando a los editores de los treinta periódicos que cancelaron su servicio de encuestas. El fracaso rotundo persuadió a las empresas demoscópicas de cambiar sus métodos de muestreo y elaborar encuestas hasta la víspera de las elecciones. Como le ocurrió en 2016 a la revista *Newsweek* , que distribuyó una edición dedicada a Hillary Clinton como *«Madam President»* , muchos periódicos tuvieron que tirar a la basura sus ediciones, en las que daban por vencedor a Dewey. Por ejemplo, el *Kiplinger Magazine* preparó un especial de treinta y dos páginas dedicado al nuevo presidente.

La prensa y el partido perdedor reconocieron su derrota y, al contrario que en 2016, no reclamaron a los miembros del Colegio Electoral que incumplieran su compromiso y no votaran por el vencedor.

## LOS AGRICULTORES NO ERAN REPUBLICANOS

Desde el punto de vista del análisis demoscópico, Morris explica que

> “las candidaturas de Wallace y Thurmond parecieron en realidad ayudar a Truman. Fue Henry Wallace y no Harry Truman el que atrajo la ira de los ataques anticomunistas, y Thurmond hizo que Truman resultara más atractivo a los votantes negros en las ciudades del norte. Wallace ayudó a demostrar a los votantes republicanos e independientes que Truman no era ningún comunista, y Thurmond mostró a los negros que no era ningún racista. Los votantes afroamericanos razonaron que «nadie que fuese atacado por Thurmond podía ser totalmente malo»” [85] .

El economista y periodista Henry Hazlitt resumió las causas de la derrota de Dewey en su exceso de precaución, que le condujo a hacer una campaña sin pulso, consistente en la repetición de lugares comunes y frases hechas

para no molestar ni a unos ni a otros, y también en la aceptación de los principales méritos de los que se enorgullecía su rival [86] .

> “(Dewey) Nunca dio un indicio, excepto con las mayores vaguedades, sobre cómo frenaría la inflación. Sobre los programas del *«New Deal»* , como la igualdad de precios para los agricultores, la seguridad social, las viviendas públicas y el salario mínimo federal, adoptó una actitud de «yo, lo mismo» que muchos contrarios consideraron falsa y muchos de sus seguidores esperaron que fuera falsa. (…) ¿Pueden los republicanos esperar una victoria si aceptan el concepto de las leyes federales de salario mínimo, pero ofreciendo sesenta y cinco centavos por hora en vez de setenta y cinco centavos o setenta y cinco centavos en vez de un dólar?”.

Aquí tenemos una muestra de que el criterio de «yo, igual» (*«me-tooism»* ) —es decir, la renuncia a distinguirse de los rivales— resulta fatal para un partido. A pesar de tener como compañero al gobernador de California, Dewey perdió los veinticinco compromisarios del estado dorado por unas veinte mil papeletas.

Después de culpar a los republicanos abstencionistas en los primeros días, Dewey le explicó al editor de *Time* , Henry Luce, el motivo de su derrota en una carta escrita en diciembre, ya más tranquilo:

> “El voto de los agricultores cambió en los últimos diez días. Puede analizar los números de aquí al Día del Juicio y ellos le demostrarán que perdimos el voto del campo que habíamos tenido en 1944 y perdimos las elecciones”.

Otro periodista político, Arthur Krock, calificó la campaña republicana como “una de las más ineptas” que había conocido y explicó que Truman atrajo a los estados agrícolas “tras culpar a los republicanos del Congreso por la escasez de instalaciones de almacenamiento de productos agrícolas, cuando la culpa real era de su secretario de Agricultura” [87] .

El candidato republicano ganó en el Noroeste (Nueva York, Pensilvania, New Jersey, Maryland, Connecticut y Delaware), pero desatendió el Medio Oeste, y por eso Truman le arrebató Iowa, Wyoming, Colorado y Wisconsin. Dewey también perdió Ohio, el estado más populoso de los que se había llevado en 1944, por menos de ocho mil votos. De haber mantenido esos cinco estados y haber añadido algún otro, como Illinois, donde retrocedió en la votación respecto a cuatro años antes, habría vencido

en el Colegio Electoral. Precisamente, en cuanto a Truman sus ayudantes le dijeron la madrugada del 3 de noviembre que se llevaba Illinois, dio por seguro que era reelegido y se volvió a dormir.

Dewey reconoció la flacidez de su campaña durante unas vacaciones que se tomó con su familia en Arizona. Un día, se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se sentó en el suelo a jugar con sus dos hijos. Su esposa le advirtió de que alguien podría hacerle una foto y él suspiró: "Quizás si hubiera aparecido así en la campaña, podría haber ganado".

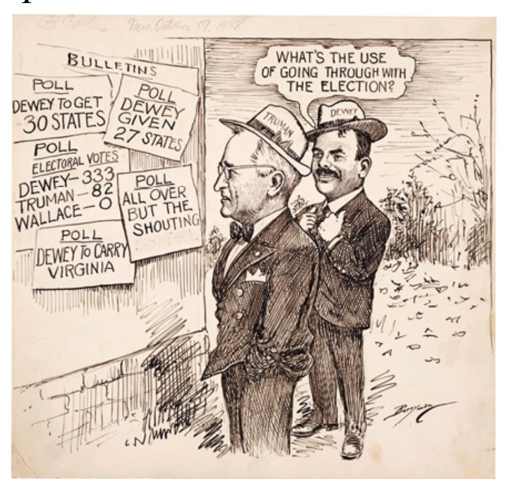
Thurmond regresó al Partido Demócrata hasta que en 1964 se pasó al Republicano. Wallace dejó de ser un «compañero de viaje» de los comunistas. Apoyó la intervención militar en defensa de la independencia de Corea del Sur, abandonó el Partido Progresista en 1950 y en 1952 escribió un artículo en el que reconocía que finalmente había comprendido que

> "el Politburó deseaba que la Guerra Fría continuase indefinidamente, incluso con el riesgo de que accidentalmente se provocara una guerra caliente".

En el mandato siguiente, la economía nacional se recuperó y comenzó una era de prosperidad, pero en el exterior se exacerbó la Guerra Fría. EEUU perdió el monopolio nuclear cuando Stalin detonó su primera bomba atómica en 1949. Truman tuvo que arrostrar la invasión de Corea del Sur por la dictadura comunista del norte (1950), formó la OTAN y volvió a mostrar su liderazgo al destituir al general MacArthur, comandante de las fuerzas de la ONU en Corea. Aunque los republicanos también perdieron la mayoría en las Cámaras del Parlamento federal, se formó una coalición conservadora entre los republicanos y un sector de los demócratas bloqueó gran parte de los proyectos legislativos del *«Fair Deal»* . Otra de las medidas de ese Congreso, resultado del enfrentamiento secular entre el Legislativo y el Ejecutivo, consistió en la aprobación de la Enmienda XXII.

Aunque constitucionalmente Truman podría haberse presentado a una nueva reelección, decidió no hacerlo, debido a su edad (sesenta y ocho años), a su caída en los índices de aprobación y a una derrota en las primarias de New Hampshire por parte del senador Estes Kafauver, que se había hecho conocido al perseguir el crimen organizado. Unas semanas más tarde, Truman anunció que no que volvería a presentarse a las elecciones. En las elecciones del 4 de noviembre de 1952 concluyó el ciclo del Partido Demócrata en la Presidencia con la victoria de Dwight Eisenhower.

La foto de Truman con el *Chicago Tribune* y la victoria de Trump demuestran que el dinero, la prensa y las encuestas no siempre nombran a los presidentes.




Las encuestas daban a Truman por derrotado. Y también los dibujantes de los periódicos, como Clifford K. Berryman.

---

77 "If we see that Germany is winning we ought to help Russia and if Russia is winning we ought to help Germany, and that way let them kill as many as possible, although I don't want to see Hitler victorious under any circumstances", New York Times, 24-6-1941.

78 Wikileaks desveló en julio de 2016 miles de correos electrónicos internos de Comité Nacional Demócrata que mostraban el sabotaje por la dirección del partido a la campaña de Bernie Sanders para asegurar la nominación de Hillary Clinton.

79 Uno de los espías más importantes cuya traición se ha confirmado hace unos pocos años fue el economista Harry Dexter White, funcionario del Departamento del Tesoro y el delegado estadounidense en la conferencia de Bretton Woods (1944), que estableció el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. White no perteneció al Partido Comunista de EEUU; lo hizo, al parecer, por identidad «progresista». Fue investigado, pero murió de un infarto tres días después de declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas, en agosto de 1948. Para más detalles, STEIL, Benn: La batalla de Bretton Woods. John Maynard Keynes, Harry Dexter White y cómo se fraguó un nuevo orden mundial, Ediciones Deusto, Madrid, 2016.

80 Los tres partidos nacionales, el Demócrata, el Republicano y el Progresista, celebraron sus convenciones en Filadelfia debido a que en la ciudad se había introducido el cable coaxial y las nacientes cadenas de televisión podían emitir en directo los actos a la Costa Este.

81 Telegrama de José Félix de Lequerica, enviado el 10 de febrero de 1952. Copia en el archivo de la FNFF.

82 MORRIS, Dick: Juegos de poder, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2002, p. 243.

83 KROCK, Arthur: Sesenta años en la Casa Blanca, Dopesa, Barcelona, 1971, p. 237.

84 SAVAGE, Sean J.: Truman and the Democratic Party, The University Press of Kentucky, Lexington, 1997, pp. 137-138.

85 MORRIS, Dick: Op. cit., p. 265.

86 HAZLITT, Henry: Business Tides. The Newsweek Era of Henry Hazlitt, Ludwig von Mises Institute, Auburn, 2011, p. 634.

87 KROCK, Arthur: Op. cit., pp. 394 y 237.

# ¿SE PUEDEN SUSPENDER LAS ELECCIONES?

“Uno de los grandes fenómenos de la astronomía moderna: la tenebrosa noche del fascismo se cierne siempre sobre los Estados Unidos, pero toma tierra únicamente en Europa.”

Tom Wolfe

La epidemia de covid-19 plantea un asunto constitucional de gran interés: ¿se pueden suspender o aplazar las elecciones presidenciales de Estados Unidos amparándose en la salud de los ciudadanos y la necesidad de, al menos, mantener una separación entre los votantes?

A diferencia de las facultades del presidente, la duración del mandato o la prohibición de una segunda reelección, la fecha de la elección no tiene rango constitucional. La frase *«The electors of President and Vice President shall be appointed in each State on the Tuesday next after the first Monday in the month of November of the year in which they are to be appointed»* no aparece en el texto constitucional ni en las enmiendas que regulan las ampliaciones del censo electoral, (inclusión de los antiguos esclavos, de las mujeres y de los mayores de dieciocho años). Se encuentra en una ley aprobada por el vigésimo octavo Congreso de la Unión y firmada por el presidente John Tyler el 23 de enero de 1845. Como se refiere a las elecciones para el presidente federal, su contenido obliga a todos los estados.

Por tanto, el Congreso podría aprobar otra ley que, de manera excepcional, aplazase por unos meses las elecciones presidenciales de este año. Sería un procedimiento mucho más sencillo que el cambio en la fecha de conclusión del mandato presidencial. Pero existe otro obstáculo, prácticamente insalvable.

La Enmienda XII, ratificada en 1804, fijó el 4 de marzo como fecha para la toma de posesión del presidente. La Presidencia en funciones se prolongaba en torno a cuatro meses. El agravamiento de la Depresión en el interregno entre la salida de Herbert Hoover y la entrada de Franklin D. Roosevelt llevó a la aprobación de la Enmienda XX. En ella se establece

que el mandato del presidente y del vicepresidente concluye el 20 de enero del año posterior a las elecciones. Igualmente, el nuevo Congreso, encargado de verificar los datos del Colegio Electoral, tiene que celebrar su sesión inaugural el 3 de enero.

El Congreso aprobó la Enmienda XX el 2 de marzo de 1932 y se ratificó por el número requerido de asambleas estatales el 23 de enero de 1933, cuando la aprobaron a la vez los parlamentos de Georgia, Misuri, Ohio y Utah. El proceso de ratificación tardó 327 días. Roosevelt fue el último presidente en jurar en marzo; las tres veces siguientes lo hizo ya en enero.

La ley federal que aplazase por unas semanas las elecciones presidenciales y legislativas requeriría un plazo más breve para tramitarse que una enmienda, pero, como primer requisito, exigiría un acuerdo entre los dos partidos. Y los demócratas, que detestan a Donald Trump con tanta intensidad que trataron de boicotear su elección por el Colegio Electoral y pusieron en marcha un *impeachment* sin expectativas de triunfar, ¿aceptarían concederle unos meses más en la Casa Blanca, sobre todo cuando en abril consiguieron que el senador Bernie Sanders retirara su candidatura de las primarias y apoyara al exvicepresidente Joseph Biden? Si se pusieran de acuerdo rojos y azules, la constitución del Congreso federal y el cese del presidente y del vicepresidente en enero de 2021 se mantendrían inamovibles y ¿quién querría ser responsable de semejante sacudida al edificio constitucional de EEUU?

## LOS SOLDADOS QUE MORÍAN VOTARON POR LINCOLN

Los estadounidenses de distintas generaciones se han enfrentado a crisis similares y hasta peores que la epidemia del coronavirus y se han negado a alterar el funcionamiento de su democracia, que consideran motivo de orgullo.

Varias veces, los ciudadanos escogieron a su presidente y su Parlamento cuando el país se encontraba en guerra. Así ocurrió en 1812, durante la guerra contra el Reino Unido, comenzada pocos meses antes de las elecciones de ese año, y en 1944, durante la Segunda Guerra Mundial. También se votó en 1968, con 550.000 militares desplegados en Vietnam, aunque sin declaración de guerra. Igualmente, se celebraron las elecciones de *midterm* de 1814 y 1942 en estado de guerra.

En 1944, empezaron a circular rumores de que Roosevelt iba a solicitar el aplazamiento de las elecciones, pero el presidente los deshizo con estas palabras dirigidas a unos periodistas: “Todos los que en esta ciudad dicen

eso no se han leído la Constitución. Yo lo he hecho” [88] . En la misma línea, el candidato republicano Dewey declaró en su discurso en la convención de su partido:

> “A todos los miembros del Eje les enviamos este mensaje: a través de esta campaña electoral, que ellos son incapaces de entender, nuestra voluntad de victoria se reforzará y con cada día que retrasen la rendición las consecuencias para ellas serán más severas”. [89]

También se celebraron las elecciones de mitad de mandato de 1814, de 1918 y de 1942. En estas dos últimas, los resultados consistieron en derrotas para los presidentes, ambos demócratas. Las de 1918 se celebraron pocos días antes del armisticio con Alemania, que puso fin a la Primera Guerra Mundial, y, además, durante la epidemia de gripe, razón por la que diversos estados prohibieron los actos políticos.

Incluso durante la guerra civil se mantuvo el calendario electoral. En 1862, se celebraron las elecciones de mitad de mandato, de las que quedaron excluidos los estados integrados en la Confederación, pero que contaron con la participación de dos nuevos estados: Virginia Occidental y Nevada. Las votaciones se efectuaron después de la batalla de Antietam, librada el 17 de septiembre, en la que el general George McClellan detuvo la penetración del ejército sudista del general Lee en Maryland, donde la esclavitud era legal, pero que no se había separado de la Unión a raíz de la Proclamación de Emancipación de los esclavos dictada por Lincoln el 22 de septiembre.

A las sugerencias de aplazar las elecciones presidenciales, Lincoln respondió con más solemnidad que Roosevelt:

> “No podemos tener un Gobierno libre sin elecciones; y si la rebelión puede forzarnos a renunciar o aplazar una elección nacional, podría jactarse ya de habernos conquistado y derrotado”.

En los primeros meses de 1864, las operaciones militares se estancaron. La población achacaba a Lincoln las dilaciones y la sucesión de muertes al parecer inútiles. En mayo, una escisión de los republicanos formó su propio partido y presentó a John Frémont, primer candidato a la Presidencia en 1856 y que como general se enfrentó a Lincoln hasta que abandonó su mando. El programa del nuevo Partido de Democracia Radical aseguraba hasta la confiscación de las propiedades de los rebeldes.

Los republicanos formaron en junio la Unión Nacional con un sector de

los demócratas partidario de continuar el combate hasta la derrota total del Sur. La candidatura presentó a Lincoln para la Presidencia y al demócrata Andrew Johnson, exsenador y gobernador militar de Tennessee, para la Vicepresidencia. Los demócratas, que celebraron su convención a finales de agosto, escogieron al general McClellan, antiguo jefe del Ejército del Potomac, y al congresista George Pendleton, con un programa en el que proponían negociar la paz y la reunificación del país con la Confederación, incluso aceptando la conservación de la esclavitud. McClellan estaba resentido con Lincoln, pues el presidente le había nombrado generalísimo de los Ejércitos de la Unión en noviembre de 1861 y le había destituido por sus fracasos en marzo de 1862. La campaña contra Lincoln por parte de los demócratas y de la prensa fue feroz, sin ningún freno inspirado por la guerra y los sufrimientos de mucha gente. Al presidente se le acusó de tener una hija ilegítima y de cobrar su salario en oro y no en billetes para protegerse de la inflación. Numerosos comités demócratas en el Norte reclamaban públicamente el alto el fuego y la negociación. Y los más exaltados, en unos casos azuzados por agentes de la Confederación desde Canadá, formaban sociedades secretas para cometer sabotajes y hasta preparar un levantamiento contra *«Old Abe»* .

Las expectativas eran tan sombrías que algunos jerarcas del Partido Republicano tantearon al general Grant para sustituir a Lincoln, aunque éste se negó a aceptar la propuesta. En ese ambiente de pesimismo, Lincoln hizo firmar a los miembros de su gobierno un documento en el que se comprometían a colaborar con el presidente electo durante los meses de interregno.

El pesimismo mudó en optimismo por la conquista de Atlanta, capital de Georgia, por el general Sherman el 2 de septiembre. La guerra acabaría siete meses más tarde. El día 22, Frémont retiró su candidatura y pidió el voto para Lincoln, a quien calificó como el menos malo de los dos candidatos, permitiendo así la unificación del bando republicano.

Las elecciones se celebraron el 8 de noviembre, con la peculiaridad de que ninguno de los dos candidatos a la Presidencia dio mítines. Una vez contados los votos emitidos, la candidatura de Lincoln y Johnson ganó en veintidós estados y sacó unos diez puntos de ventaja a la de McClellan y Pendleton. El resultado en el Colegio Electoral fue de 212 electores frente a diecisiete. Y Lincoln pudo dirigir la guerra hasta el triunfo de la Unión.

Contra los que consideran que, ante las crisis, las guerras o las

catástrofes, los pueblos optan por quienes les prometen recobrar la paz y la tranquilidad a cualquier precio, los ciudadanos de Estados Unidos reeligieron a un presidente cuya principal promesa era la prosecución de un conflicto sangriento. La adhesión fue mayor entre aquellos a los que amenazaba la muerte a diario. Todos los estados permitieron el voto a los soldados mediante el correo, con excepciones como Indiana, Illinois y Nueva Jersey (donde los demócratas controlaban sus legislativos), por lo que Lincoln no pudo votar ni por correo. De los 154.045 uniformados que sufragaron, el 78%, o sea, 119.754, lo hizo por Lincoln, y sólo 34.291 por McClellan y su paz negociada. El porcentaje de McClellan en el Ejército del Potomac fue sólo un poco más alto que la media: el 29%.

Con el país en guerra civil, Lincoln logró la primera reelección de un presidente en ejercicio desde Andrew Jackson en 1832.

## AMPLIACIÓN DEL VOTO POR CORREO

Aunque la Constitución y la ley federal no permiten el aplazamiento de las elecciones de noviembre, diversos sectores del Partido Demócrata siguen insistiendo en la posibilidad de un atraso, siquiera como campaña de desgaste contra el presidente Trump o de confrontación entre ellos.

En abril, se produjeron varios sucesos. El día 2, el Comité Nacional Demócrata pospuso la fecha de su convención, programada para julio, a mediados de agosto, poco antes que la de los republicanos. El día 6, el Tribunal Supremo federal vetó una ampliación del plazo para la recepción del voto por correo para las elecciones locales y las primarias demócratas en Wisconsin, una sentencia que indica que las instituciones nacionales no son partidarias de alterar las fechas previstas. El 8, el senador Bernie Sandres anunció su retirada de las primarias. El candidato demócrata elegido por la convención, Joseph Biden, aseguró el 23 que Trump tratará de posponer las elecciones de noviembre [90] . Y el 27, el comité del partido en el estado de Nueva York suspendió las primarias demócratas, previstas para el 23 de junio, medida que fue criticada por Sanders, pues esperaba obtener unos cientos de delegados para negociar en la convención algunos puntos de su programa para la plataforma de la candidatura. El equipo de Sanders afirmó que el partido había dado a Trump un precedente para su supuesto plan de aplazar las elecciones presidenciales.

Una manera de permitir el voto sin riesgos para la salud puede consistir en la declaración del día de las elecciones como festivo, como ya se hace en

algunos estados (Nueva York, Ohio, Kentucky, Montana, Delaware, Montana, o Hawái), y diluir así las colas y las prisas de los empleados por votar antes o después de su jornada laboral.

Si los gobernadores mantienen para noviembre las órdenes de confinamiento, otra manera es la ampliación por parte de las asambleas estatales de los días de voto por correo. Virginia, cuyo parlamento y gobernador son demócratas, aprobaron y sancionaron en abril una ley que disminuye los requisitos para la emisión del voto en cualquier elección. Por un lado, amplía el voto anticipado hasta cuarenta y cinco días antes de la fecha y, por otro lado, elimina el requisito de mostrar un documento de identidad con una foto en los colegios electorales [91] . Una de las características de los demócratas es su oposición a toda exigencia de identificación de los ciudadanos, ya que la consideran una limitación del derecho de voto. La ley de Virginia podría dar lugar a conflictos como el siguiente: un individuo usurpa la identidad de otro mostrando un documento sin foto y el nombre que da se registra; más tarde, se presenta el ciudadano perjudicado que demuestra su identidad con un documento con fotografía, pero ha sido despojado de su derecho.

En algunos estados se admiten como documento identificativo suficiente para la emisión del voto los impresos de solicitud de un carné de conducir y de registro de un vehículo. En New Hampshire, donde no es necesario demostrar la residencia en el estado para votar (basta llenar un impreso con una dirección local, asegurar que se reside en ella y firmarlo), en 2016 Hillary Clinton obtuvo los cuatro compromisarios por menos de tres mil papeletas y los republicanos se quejaron de un posible fraude cometido por cientos de activistas venidos de Massachusetts o por universitarios avecindados en otros estados. Las investigaciones posteriores no demostraron la existencia de ese fraude masivo. Una ley estatal trató de asegurar la limpieza del voto con requisitos como la obtención de un permiso de conducir, pero la asociación izquierdista ACLU presentó un recurso en nombre de varios estudiantes de fuera del estado que se quejaban de que se vulneraba su derecho a la participación política. Un juez federal suspendió la entrada en vigor de la norma, amparándose entre otros argumentos en que los casos de fraude son tan pocos que no se justifican semejantes medidas.

La Asamblea de California, controlada por los demócratas, aprobó en 2016 una reforma de su ley electoral para ampliar la recogida a domicilio o

recepción de votos, no ya por familiares o vecinos del votante, como se permitía antes, sino también por empleados o voluntarios de asociaciones que el día de los comicios los llevan a los centros de votación. Este sorprendente método de privatización del derecho de sufragio, que carece de garantías sobre la identidad del emisor y la custodia del sobre, se denomina *«harvest balloting»* . Los republicanos hicieron responsable a la «recogida de votos» de la pérdida de media docena de sus escaños en la Asamblea californiana. Sólo en el condado de Orange, los sufragios entregados y aceptados por este método rondaron los 250.000 en las elecciones de 2018. Texas, Arizona y Carolina del Norte han prohibido el *«harvest balloting»* [92] . El presidente Trump denunció la falta de garantías del voto por correo en California en un tuit que la empresa Twitter apostilló [93] .

Quizás las elecciones de este año sean tan polémicas como las de hace cuatro años si los resultados son igual de sorprendentes y reñidos que en 2016.




En la campaña de 1864, celebrada durante la guerra de Secesión, los demócratas presentaron a su candidato como un hombre sensato entre dos fanáticos: Abraham Lincoln, empeñado en conservar la Unión a toda costa, y el presidente de los confederados, Jefferson Davis.

88 "All these people around town haven't read the Constitucion. I have".

89 "To every member of the Axis powers let us send this message: By this political campaign, which you are unable to understand, our will to victory will be strengthened, and with every day you further delay surrender the consequences to you will be more severe".

90 https://www.theguardian.com/us-news/2020/apr/24/joe-biden-donald-trump-delay-election. Consultado el 1 de mayo de 2020.

91 https://www.nationalreview.com/news/virginia-governor-signs-legislation-repealing-voter-id-law/ Consultado el 16 de abril de 2020.

92 Descripción del «harvest balloting» y de los temores por parte de los republicanos en https://www.sandiegouniontribune.com/opinion/the-conversation/sd-what-is-ballot-harvesting-in-california-election-code-20181204-htmlstory.html y https://www.foxnews.com/opinion/jason-chaffetz-ballot-harvesting-california-model. Consultados el 18 de abril de 2020.

93 El tuit (26-5-2020) es accesible en https://twitter.com/realDonaldTrump/status/1265255835124539392. Consultado el 6 de junio de 2020. Después de este tuit, Twitter censuró otro, de 29 de mayo, sobre los manifestantes que estaban destruyendo los centros de algunas ciudades y atacando a policías. La respuesta del presidente fue una petición para que la Administración considere a las redes sociales que limiten la libertad de expresión de sus usuarios como medios de comunicación y entonces les haga responsables, civil y penalmente, de los contenidos.

# ¿DE QUÉ VIVEN LOS EXPRESIDENTES?

Comprendo totalmente lo difícil que es la vida hoy para tantos americanos… Innegablemente Bill y yo hemos sido bendecidos. Trabajamos duro por todo lo que obtuvimos en nuestras vidas y hemos seguido trabajando duro… Quiero usar los talentos y recursos que tengo para asegurarme de que otras personas tengan las mismas oportunidades que nosotros… Me preocupo mucho por las personas que conozco personalmente y por las personas en nuestro país que no tienen las mismas oportunidades que se nos han brindado.”

Hillary Clinton [94]

Nadie se hace rico siendo presidente de EEUU. O lo era antes o lo será después, pero el sueldo de los jefes de la mayor potencia industrial y militar de la Tierra no es gran cosa para las responsabilidades con las que carga. En la actualidad, consiste en 400.000 dólares brutos al año, más 50.000 para gastos [95] .

El ejecutivo mejor pagado del país, Elon Musk, consejero delegado de Tesla, ganó en 2018, entre su sueldo base y las opciones sobre acciones de su plan de retribución, 2.284 millones de dólares. En 2019, Douglas Lebda, CEO de la plataforma financiera Lendign Tree, percibió casi 165 millones de dólares y Brian Jellison, consejero delegado de Roper Technologies, cobró más de 142 millones. Hasta los presidentes de las multinacionales españolas ingresan más dinero. En 2019, Ana Botín, presidenta del Banco Santander, recibió cerca de diez millones de euros; Pablo Isla, presidente de Inditex, 6,2 millones; y el presidente ejecutivo de Telefónica, José María Álvarez Pallete, 5,3 millones de euros. El presidente del Gobierno español cobra 81.000 euros brutos anuales.

No es dinero, o únicamente dinero; es, ante todo, poder.

El dinero viene después. Y lo hace como si el expresidente fuera pariente del rey Midas.

EL COSTE DE LAS CAMPAÑAS

Como escribió Barack Obama desde su experiencia en el Legislativo de Illinois y el Senado federal:

> "La mayoría de los políticos no busca el dinero para enriquecerse. Al menos en el Senado, la mayoría de ellos ya son ricos. Se quiere conservar el estatus y el poder; se pretende asustar a los rivales y derrotar el miedo. El dinero no puede garantizar la victoria (no puede comprar la pasión, el carisma, ni la habilidad de contar una historia). Pero sin dinero, y los anuncios de televisión lo consumen todo, se tiene la garantía de perder". [96]

Por las mismas fechas, el exvicepresidente y exsenador Al Gore escribió algo parecido:

> "Mientras el método principal de iniciar un diálogo político sea comprar publicidad televisiva cara, el dinero continuará dominando, de una forma u otra, la política estadounidense. Como resultado, las ideas seguirán desempeñando un papel inferior. Por eso, los comités de campañas de la Cámara de Representantes y el Senado de ambos partidos continúan buscando candidatos multimillonarios, capaces de comprar anuncios con sus propios recursos. No debería extrañarnos que los pasillos del Congreso cuenten con una proporción cada vez mayor de miembros acaudalados". [97]

Sin embargo, el Congreso no es todavía un club de ricachones. También aquí hay clases. Docenas de legisladores del 116º Congreso, casi todos diputados, duermen en sus oficinas del Capitolio, porque no pueden pagar un hotel en Washington DC. Uno de ellos fue el republicano Paul Ryan, presidente de la Cámara de Representantes entre 2015 y 2019. Muy lejos de las interminables partidas de póker regadas con *whisky* y las juergas con becarias (o becarios), numerosos legisladores se pasean en pijama por las noches con el cepillo de dientes en la mano por el venerable edificio. Por ello, una legisladora plantea una ley que prohíba a sus compañeros convertir sus oficinas públicas en dormitorios.

Los políticos, sobre todo durante las campañas, buscan con ansiedad fondos y hacen casi cualquier cosa por obtenerlos. Cuando Obama decidió presentarse al Senado nacional por Illinois, su consultor de medios de comunicación le dijo que necesitaría un presupuesto de, como mínimo, cinco millones de dólares para las primarias demócratas y luego, para la campaña general contra el candidato republicano, entre diez y quince

millones más. Sin garantías de victoria. El estado de Illinois tiene 150.000 km2 de superficie y una población superior a los doce millones de habitantes; es, por tanto, similar a Portugal. La única ventaja para una campaña electoral es que las tres cuartas partes de los residentes se concentran en el área metropolitana de Chicago. Como entonces carecía de fortuna propia y sus amigos y donantes habituales sólo podrían darle en torno a 500.000 dólares, Obama tuvo que recurrir a los *lobbies* y rellenar los cuestionarios en los que le pedían su opinión sobre los asuntos que a ellos les interesaban para darle dinero o apoyo [98] .

Las donaciones y la organización de actos para recaudar fondos es una manera que tienen los ricos y poderosos de forjar vínculos con los políticos y los partidos. El estafador Bernard Madoff y su esposa Ruth donaron entre 1991 y 2008, el año en que se descubrió su estafa, en torno a 240.000 dólares a diversos candidatos a cargos federales, a partidos y a comités, incluidos 75.000 dólares en tres años a un comité de campaña demócrata para el Senado.

Después de que el Tribunal Supremo eliminase los límites a las donaciones, los hermanos Charles y David Koch, propietarios de Koch Industries, se convirtieron en los mayores financiadores del Partido Republicano y del movimiento conservador. David Koch, fallecido en 2019, se separaba de los demócratas en tanto en cuanto reclamaba la reducción de impuestos, pero coincidía con ellos en la defensa del aborto, el matrimonio homosexual y la legalización de la droga. Los hermanos, cada uno con una fortuna calculada en 60.000 millones de dólares, no aportaron fondos a la campaña de Trump y más tarde financiaron una campaña de anuncios contra la elevación de aranceles decidida por el actual presidente.

En esta compra de acceso a los poderosos, algunos han demostrado tener ciertos principios. En septiembre de 2016, el banco Goldman Sachs, implicado en numerosos escándalos y receptor de 10.000 millones de dólares por parte del Gobierno federal en la crisis de 2008, prohibió a su plantilla dar dinero a determinadas candidaturas, una de las cuales era la de Donald Trump y Mike Pence para la Presidencia y la Vicepresidencia. Para muchos se trató de una restricción de los derechos políticos de los empleados.

El propio Trump reconoció que dio dinero a dos de sus más duras adversarias políticas: Hillary Clinton y Nancy Pelosi, la presidenta de la Cámara de Representantes en esta legislatura que inició el *impeachment*

contra él. No se trataba de generosidad, sino de cálculo, ya que las donaciones eran imprescindibles para seguir con sus negocios. A cambio, admitió, los políticos hacían lo que él quería [99] . A Hillary Clinton le pidió que asistiera a su boda con la modelo Melania Knauss en 2005 porque había librado cheques para la Fundación Clinton [100] .

La importancia creciente del dinero en todas las campañas electorales de EEUU es una paradójica consecuencia de la democratización de la política. Las candidaturas ya no las deciden los mandamases de los partidos en habitaciones llenas de humo (*smoke-filled rooms* ), sino que los ciudadanos pueden expulsar de la carrera a los favoritos de cada partido, por mucho dinero que gasten. Es lo que le ocurrió a Hillary Clinton en las primarias de 2008 y a Jeb Bush en las de 2016.

El *aparato* del Partido Demócrata impuso a un candidato a sus militantes y electores por última vez en 1968. La bronca en la convención y la derrota de Humphrey condujeron a una reforma del procedimiento de selección del candidato que despojó de poder a los caciques o barones. No sólo se celebrarían primarias y *caucuses* en todos los estados, con cuotas obligatorias de sexos y razas entre los delegados, sino que además se elegirían en votaciones abiertas. El candidato a presidente sería quien obtuviera la mayoría absoluta de los delegados. La primera vez que se aplicó este método fue en las primarias de 1972. El Partido Republicano copió el procedimiento lentamente. Sus primarias de 1976 fueron las primeras en las que se celebraron votaciones en todos los estados y las últimas en que la convención resultó decisiva para la nominación del candidato. Desde entonces, los delegados a las convenciones son como los miembros del Colegio Electoral, obedientes robots que aprietan un botón, aunque también hay trampas. Por ejemplo, en la convención demócrata participan los superdelegados (cargos públicos y miembros del comité nacional), que pueden votar a quien quieran; en la de 2016 fueron 712 de 4.763, un 15% del total.

Para poner en marcha esta maquinaria descomunal, hace falta mucho dinero y todavía más para la campaña desde las convenciones hasta la votación del primer martes después del primer lunes de noviembre. En las elecciones de 1984, los dos candidatos gastaron menos de ochenta millones de dólares cada uno; en las de 2016, Hillary Clinton recaudó casi 1.200 millones de dólares [101] . Si todo votante cuenta, los candidatos tienen que tratar de llegar a él, y eso sólo se consigue con dinero, el propio o el que le

dan los donantes.

Como escribió Alexis de Tocqueville hace casi dos siglos, “algunas veces la democracia quiere economizar gastos, pero no lo consigue, porque le falta el arte de ser económica” [102] .

## PRESIDENTES ARRUINADOS

Ya vimos en el capítulo anterior que muchos de los presidentes eran ricos antes alcanzar la Presidencia. Un puñado, en cambio, eran pobres, sobre todo aquellos que llegaron desde la Vicepresidencia.

El primer presidente que tuvo que preocuparse por sus medios de vida tras su mandato fue el décimo tercero, James Fillmore, pues carecía de riqueza y de propiedades. Pensaba regresar al ejercicio de la abogacía, pero el fallecimiento de su esposa antes de cumplirse un mes de su cese en la Presidencia (y por la misma causa que murió el general Harrison en 1841: una pulmonía contraída en la ceremonia de inauguración) y el posterior de su hija, en julio de 1854, le provocaron una depresión. Sus problemas concluyeron cuando en 1858 se casó por segunda vez con una viuda adinerada, Caroline McIntosh.

Grant supo ganar la guerra civil, pero no supo invertir. En su segundo mandato, el Congreso, donde su partido tenía la mayoría, aprobó subir el sueldo asignado al presidente. La cifra se había mantenido invariable desde los tiempos de Washington: 25.000 dólares. La nueva cantidad se dobló a 50.000 dólares. En 1884, quebró una empresa financiera que había fundado y se le diagnosticó un cáncer de garganta. Para asegurar a su esposa algo de dinero, en su último año de vida escribió sus memorias. Las editó su amigo Mark Twain y, gracias a sus dotes publicitarias, el libro, separado en dos tomos, vendió más de 300.000 ejemplares. La viuda, Julia, recibió casi medio millón de dólares brutos.

Cuando Truman se marchó de Washington en enero de 1953, sin la compañía de un solo guardaespaldas, fue a la ciudad de Independence (Misuri) para establecerse con su esposa Elizabeth en la casa familiar de ésta. A los sesenta y ocho años de edad, Truman carecía de ahorros, aunque en 1949 se había subido su salario anual a 100.000 dólares. Con esta cantidad tenía que pagar a su personal, que ascendía a diecinueve personas. Desde hacía años, sus ingresos consistían en sus sueldos públicos y, una vez que se retiró de la política, se limitaron a su pensión de jubilación como oficial militar, de 112,56 dólares mensuales. Esa pobreza demuestra que

salió limpio de su vinculación con el corrupto Pendergast. La publicación de sus memorias no le proporcionó mucho dinero, debido a los impuestos que tuvo que abonar a Hacienda.

Como no quiso pertenecer a ningún consejo de administración ni dar conferencias ni mucho menos hacer publicidad ni dejarse invitar por admiradores ricos, él y su esposa empezaron a sufrir aprietos económicos. Ante ello, el Congreso aprobó cinco años más tarde la *Former Presidents Act* , que estableció una pensión vitalicia de 25.000 dólares anuales, junto con protección por parte del Servicio Secreto. Sólo había dos expresidentes vivos en 1958: él y Herbert Hoover. El republicano no necesitaba el dinero, pero solicitó la pensión para no humillar a Truman. En 1965, el presidente Johnson viajó a Independence para firmar delante de Truman la ley que fundaba el *Medicare* , un seguro que ofrece asistencia sanitaria y medicamentos a los mayores de sesenta y cinco años. El expresidente, que tenía ya ochenta y un años y viviría hasta 1972, había intentado que el Congreso aprobase un programa similar como parte de su *«Fair Deal»* . Como consolación, él y su esposa recibieron las dos primeras tarjetas del *Medicare* .

A Eisenhower, en cambio, sus memorias, *Cruzada en Europa* , publicadas en 1948, durante la presidencia de Truman, sí le rindieron beneficios porque, aparte de las ventas, recibió un trato fiscal privilegiado por parte de la Hacienda federal. Después, la cadena de televisión ABC elaboró una serie documental basada en el libro.

Johnson, hombre de moral política y sexual muy elástica, se limitó a vivir en su rancho de Texas y a escribir sus memorias. No tuvo tiempo para casi nada más, pues falleció de un infarto en enero de 1973. Su muerte, a los sesenta y cuatro años, se debió a su consumo desmedido de tabaco y alcohol.

En su autobiografía, *Más allá de la Casa Blanca* , Carter cuenta que dejó la Casa Blanca en 1981 "con pesadas cargas financieras": las deudas acumuladas en su negocio familiar y la financiación de la biblioteca en la que depositar los veintisiete millones de documentos, fotografías y grabaciones generados en su presidencia. Declaró que quería "imitar al presidente Harry Truman y abstenerme de usar mi servicio en el gobierno como vía para enriquecerme". Carter es el último presidente que se ha comportado así. Aunque recibe la pensión como expresidente, derechos por la treintena de libros de los que es autor y ha pronunciado alguna

conferencia (cuyos pagos entrega a su fundación), vive en el pueblo de Plains, de menos de ochocientos vecinos y a dos horas y media de la ciudad de Atlanta, en la modesta vivienda de dos dormitorios que hizo construir en 1961. La casa está valorada por debajo de 200.000 dólares, menos que los automóviles blindados del Servicio Secreto que protegen al trigésimo noveno presidente.

A Gerald Ford se le señala como el primer expresidente que aceptó convertirse en una máquina de facturar. Él y su secretario de Estado, Henry Kissinger, fueron miembros del consejo de administración de la 20th Century Fox. Ford también perteneció a la dirección de otras grandes empresas como American Express, Peabody International y Santa Fe International Corporation.

Robert Caro, biógrafo de Johnson, narra que el presidente se hallaba obsesionado por el dinero, debido al destino de su padre. Éste había sido elegido seis veces diputado de la Cámara del Parlamento de Texas, pero después de perder el escaño había tenido que trabajar como inspector de autobuses a sueldo del Estado y falleció sin un centavo. Cuando en 1936 consiguió ser elegido representante en el Congreso de Washington, su preocupación no disminuyó. Supo de excongresistas que malvivían con empleos mal pagados y contaba a menudo que un ascensorista del Capitolio le había dicho que él también había sido congresista. Su avaricia le llevó a pedir y recibir "favores financieros" de empresarios. Sin embargo, rechazó una propuesta que le habría enriquecido, temeroso de que el asunto —relacionado con el petróleo— trascendiera y eso le impidiese cumplir su sueño de entonces.

En los años 70, únicamente un 3% de los antiguos miembros del Congreso volvió a Washington como *lobbista* ; en cambio, cuarenta años más tarde, en 2016, los porcentajes subieron a más de la mitad para los exsenadores y un 42% para los exrepresentantes, con independencia de su afiliación partidista. En el caso de los expresidentes, sus tarifas por dictar conferencias o escribir sus memorias, les convierten en millonarios.

De haber sido de una generación posterior, LBJ habría podido amasar una fortuna de la misma manera que hicieron otros expresidentes y hasta excandidatos a quienes el fracaso, contradiciendo las teorías darwinistas, no les echa de la vida pública por la puerta de atrás, sino que les coloca en una puerta giratoria.

## CÓMO HACERSE RICO DESPUÉS DE LA CASA BLANCA

En uno de sus viajes a Estados Unidos, el escritor Julio Camba describió en una columna su asombro por la cantidad de dinero que cobraba el expresidente Coolidge por escribir perogrulladas para una cadena de periódicos.

> "Antes se entraba en el periodismo para escalar desde él los altos puestos gubernamentales. Ahora se gestionan los altos puestos gubernativos para entrar luego en el periodismo. Como presidente de los Estados Unidos, Mr. Coolidge tenía un sueldo de 75.000 dólares al año, más 25.000 para gastos de representación. Como colaborador del *Herald Tribune* y periódicos sindicados con el *Herald Tribune* , tiene una retribución anual de 200.000 dólares. Y quien habla de Coolidge habla de Poincaré, de Mussolini o de Lloyd George. Padres que tenéis hijos: no los lancéis al periodismo para que lleguen algún día al Consejo. Al contrario. La buena táctica consiste en hacerlos primero presidentes o dictadores, a fin de que luego puedan conseguir un puestecito en alguna redacción". [103]

El sustituto de las columnas sindicadas son las conferencias.

En el mismo año en que concluyó su mandato, Ronald Reagan viajó a Japón y en la semana en que permaneció allí ingresó dos millones de dólares por sendos discursos. Entonces era el único de los cuatro expresidentes vivos que gozaba de una enorme popularidad y que no había salido de la Casa Blanca avergonzado o derrotado. El cuadragésimo presidente era también el único de ellos que gozaba de fortuna, pero no renunció a aumentarla, aunque molestase a sus compatriotas. Sus charlas en Japón duraron unos veinte minutos, el mismo tiempo que dedicó a sus discursos de inauguración de 1981 y 1985 y de despedida en 1989.

George Bush declaró con sinceridad que "no se me suele acusar de hablar inglés con fluidez" [104] . En sus ocho años como vicepresidente y cuatro como presidente se recopilaron docenas de perogrulladas y anacolutos suyos. Sin embargo, en los cuatro años de su retirada política ganó millones de dólares mediante conferencias y discursos por cuenta de empresas chinas, bancos como Citicorp y Goldman Sachs y grupos de comunicación. El expresidente, más rico que Reagan, cobraba unos 100.00 dólares por aparición.

El año 2001 comenzó torcido para Bill Clinton. Cedió la Presidencia a Bush hijo en vez de a Al Gore, reconoció que había cometido perjurio en la investigación de su adulterio y estaba cargado de deudas por su defensa

legal; el total de éstas ascendía a dieciséis millones de dólares. Sin embargo, el presidente que alquilaba el Dormitorio Lincoln a quienes donasen a sus PACs (*Political Action Comittee* ) más de 100.000 dólares sabía cómo recuperarse. En su primer año como ex, Clinton pronunció cincuenta y siete discursos, mucho más entretenidos y locuaces que los de Bush padre, y ganó casi catorce millones de dólares por su oratoria y su literatura. Cuando Hillary se presentó a la Presidencia, en 2016, la revista *Forbes* calculó la fortuna de ella en cuarenta y cinco millones. La mayoría de quienes han contratado a Bill Clinton son extranjeros; en esta nómina encontramos muchas empresas de países donde no se respetan los derechos humanos, como Arabia Saudí y la China comunista. Su tarifa habitual consistía entonces en 150.000 dólares, aunque podía elevarse en función del cliente.

Al menos los presidentes esperan a cesar en el cargo para alquilarse como conferenciantes. El demócrata William Jennings Bryan desagradó a los funcionarios del Departamento de Estado cuando, después de su nombramiento por Wilson en 1913, siguió aceptando invitaciones a conferencias pagadas.

Siempre se ha sospechado que estos discursos son una manera de devolver favores a los expresidentes por parte de empresarios, ejecutivos, comisionistas y hasta Gobiernos extranjeros. Bill Clinton fue contratado por un periódico nigeriano para pronunciar sendos discursos en 2011, 2012 y 2013. Por los dos primeros, cobró 700.000 dólares. En 2012, Hillary Clinton viajó a Nigeria en su condición de secretaria de Estado y alabó al presidente del país. En 2014, Bill no fue contratado por el periódico nigeriano y Hillary pasó a criticar al presidente [105] . Por otro lado, la Fundación Clinton recibió millones de dólares en donaciones individuales de extranjeros durante los cuatro años (2009-2013) en que la parte femenina de la sociedad matrimonial desempeñó la secretaría de Estado.

El fracaso electoral no elimina a los políticos de la lista de conferenciantes; sólo rebaja el monto de sus contratos. Al Gore cobraba 100.000 dólares por dar su charla sobre la «verdad incómoda» del cambio climático. La misma cantidad percibía la exgobernadora de Alaska Sarah Palin, derrotada candidata a vicepresidenta en 2008 [106] .

En ocasiones, se reprocha a los políticos estas cantidades indecentes. Durante la campaña de 2016, Bernie Sanders insistió en que su rival, Hillary Clinton, había pronunciado en 2013 tres discursos a puerta cerrada para la dirección del banco de inversión Goldman Sachs, uno de los

responsables de la Gran Crisis de 2008, por un pago total de 675.000 dólares. El senador por Vermont animó a la exsecretaria de Estado a hacer públicos esos discursos, porque estaba seguro de que contenían propuestas para solucionar los problemas del mundo y debían estar escritos con "prosa shakesperiana". Clinton se negó diciendo que los discursos eran propiedad del banco que le había pagado por ellos.

Para Barack y Michelle Obama, la estancia en la Casa Blanca ha supuesto incorporarse a ese 10% de la población de EEUU que controla el 75% de la riqueza del país. El matrimonio compró en enero de 2017 una mansión en Washington por 8,1 millones de dólares, la vivienda más cara del barrio después de la del multimillonario propietario de Amazon Jeff Bezos. El matrimonio Obama no tuvo que solicitar ni favores ni préstamo para disponer de ese dinero, pues la editorial Penguin Random House les abonó sesenta y cinco millones de dólares por sendos libros autobiográficos. Para recuperar el anticipo, la editorial tendrá que vender varios millones de ejemplares. Las anteriores memorias *best-sellers* de presidentes, las de Bill Clinton y George W. Bush, no han alcanzado los tres millones de libros en Estados Unidos. Sin embargo, las de Michelle Obama, editadas en 2018, han vendido ya por encima de diez millones de ejemplares.

Como escribió el columnista Jeff Jacoby, "la rectitud de Truman parece tan pintoresca y anticuada como la dentadura de madera de Washington" [107] .

## EL CLUB MÁS ARISTOCRÁTICO DEL MUNDO

Pero los expresidentes no sólo pasan el tiempo dando discursos, ni jugando al golf, ni escribiendo sus memorias. Se integran en el que es el club más exclusivo del mundo por dos motivos: sólo pueden pertenecer a él quienes hayan vivido en la casa que se encuentra en el 1.600 de la Avenida Pensilvania y el número de miembros es reducidísimo. Los fundadores fueron dos y cuando escribimos estas líneas los miembros son cuatro.

El club de los expresidentes estadounidenses nació en la ceremonia de toma de posesión de Eisenhower, el 20 de enero de 1953. Herbert Hoover, el único expresidente vivo, se lo propuso al que adquiría ese día tal condición, Harry Truman [108] . El reparto de cargos consistió en la presidencia para el republicano, como más veterano, y la secretaría para el demócrata. Como tantas organizaciones poderosas, el club no existe como

tal, carece de estatutos y de sede, pero existe e influye en la vida pública de EEUU.

Los dos primeros miembros ya se conocían de unos años antes. Truman había pedido a Hoover que se encargase de coordinar la distribución de alimentos a millones de europeos en la inmediata posguerra, ya que había realizado la misma tarea con los belgas bajo ocupación alemana en la Primera Guerra Mundial. Por esta última, recibió el título de «Amigo de la Nación belga». En 1946, Hoover viajó a Argentina para pedirle a su presidente, Juan Domingo Perón, el aumento de las exportaciones de cereales y carne a Europa. También conoció a Eva María Duarte, su esposa, y de ella dijo: "Tiene el cerebro de Eleanor Roosevelt y la apariencia de Hedy Lamarr". Tal como hemos contado al principio de este capítulo, uno de los favores de Hoover a Truman consistió en la solicitud de la pensión para los expresidentes.

Aunque Truman rompió su amistad con Eisenhower durante los años 50, los dos siguientes presidentes demócratas acudieron al general a pedirle consejo. Kennedy lo hizo después de la fracasada invasión de Cuba, en abril de 1961, y Johnson durante la guerra de Vietnam.

Nixon reconoció en sus memorias que Dewey, el gobernador de Nueva York que perdió dos elecciones presidenciales seguidas, le dio magníficos consejos para su carrera. De la misma manera, Reagan se los pidió a Nixon, a pesar de su expulsión deshonrosa de la Casa Blanca por el «caso Watergate». Ambos presidentes intercambiaron numerosas cartas. El combate, victorioso o fracasado, une a los hombres. También envió varios memorandos a Clinton hasta su muerte, en 1994. Éste declaró que había sentido la muerte de Nixon tanto como la de su madre y que a menudo lamentaba no poder llamarle para pedirle su opinión sobre los asuntos que le preocupaban.

En las postrimerías del mandato de Nixon, el club quedó vacío, al morir Eisenhower, Truman y LBJ. Debido a la inestabilidad política de las décadas de los 60 y 70 (y al avance de la medicina), el número de expresidentes fue amplio en los años siguientes. El club tuvo cinco miembros entre 1993 y 1994.

Los expresidentes no dejan el poder del todo. Quedan a disposición del presidente en ejercicio y a cambio siguen gozando de las vanidades humanas, como los aviones oficiales, el protocolo y las cámaras. Por unos días, vuelven a ser la imagen de Estados Unidos.

La asistencia a funerales de Estado suele ser uno de los servicios para los que la Presidencia recurre a los ex. Al funeral del presidente Anuar El Sadat, asesinado en 1981, Reagan, que había sufrido otro atentado unos meses antes, envió a Nixon, Ford y Carter. En ese viaje, Ford y Carter descubrieron que a ambos les desagradaba Reagan y ese punto en común supuso el principio de su amistad. Carter aceptó ser un embajador especial de George H. Bush y Bill Clinton a lugares conflictivos, como Panamá y Corea del Norte. Cuando el terrorismo empezó a desaparecer debido a la conclusión de la Guerra Fría, los presidentes se atrevieron a participar en estos actos multitudinarios. A la despedida del rey Hussein de Jordania, en 1999, acudieron el presidente Clinton, Bush, Ford y Carter. A la misa funeral por el papa Juan Pablo II, en 2005, asistieron el presidente Bush II, Bush I y Clinton. Las honras fúnebres por Nelson Mandela, celebradas en 2015, reunieron al presidente Obama y a Bush II, Clinton y Carter.

Poco después de ser elegido, el 27 de noviembre de 1992, Clinton visitó a Reagan en Los Ángeles y éste le enseñó en su propia oficina cómo saludar a los militares y dar la mano.

La intimidad que genera el poder queda patente en la relación que tuvo George H. Bush con quien le expulsó de la Casa Blanca. Él y Clinton se hicieron excelentes amigos durante el tiempo que permanecieron juntos cuando Bush II les encargó que dirigiesen una operación de ayuda en Asia después del terremoto de 2004. Los Bush llamaban a Clinton su “hermano por parte de otra madre” y como tal ha aparecido en varias fotografías familiares.

Una de las reglas que se exigen en el club es la de no criticar jamás al presidente en ejercicio. Sin embargo, Obama la ha roto varias veces en estos años, al quejarse públicamente de algunas de las políticas de Trump, por ejemplo, sobre el calentamiento global y el covid-19. En la convención demócrata de agosto pasado, aparte de afirmar que Trump no se tomaba en serio su cargo, le acusó de venal, de divisorio, de incompetente y hasta de no creer en la democracia.

¿Aceptarán los expresidentes veteranos a Donald Trump cuando deje la Presidencia o no lo considerarán de su clase?

La influencia de los lobbies y del «gran dinero» en la política, un peligro para la democracia.

---

94 Declaraciones realizadas por Hillary Clinton el 10 de junio de 2014. Tomadas de la edición digital del periódico Los Angeles Times el mismo día. Accesible en https://www.latimes.com/nation/politics/politicsnow/la-pn-clinton-speaking-fees-20140610-story.html. Consultado el 23 de junio de 2020.

95 El salario presidencial ha tenido cinco subidas desde que se fijó. Los presidentes que cobraron 25.000 dólares anuales (para el primer presidente, equivalían a 730.000 dólares de 2019) fueron G. Washington, J. Adams, T. Jefferson, J. Madison, J. Monroe, J. Quincy Adams, A. Jackson, M. Van Buren, W. H. Harrison, J. Tyler, J. K. Polk, Z. Taylor, M. Fillmore, F. Pierce, J. Buchanan, A. Lincoln, A. Johnson y U. Grant (hasta 1872).

Sueldo de 50.000 dólares anuales (equivalentes a un millón de dólares de 2019 el primer año de pago): U. Grant, J. Garfield, C. Arthur, G, Cleveland, B. Harrison, W. McKinley y T. Roosevelt.

Sueldo de 75.000 dólares anuales (equivalentes a 2,1 millones de dólares para su primer perceptor): W. Taft, W. Wilson, W. Harding, C. Coolidge, H. Hoover, F. D. Roosevelt y H. Truman (hasta 1949).

Sueldo de 100.000 dólares anuales (equivalentes a un millón de dólares): H. Truman, D. Eisenhower, J. F. Kennedy y L. B. Johnson.

Sueldo de 200.00 dólares anuales (equivalentes a 1,4 millones de 2019 el primer año de pago): R. Nixon, G. Ford, J. Carter, R. Reagan, G. H. Bush, B. Clinton.

Sueldo de 400.000 anuales: G. W. Bush, B. Obama y D. Trump.

96 OBAMA, Barack: The Audacity of Hope, Canongate, Edinburgh, 2007, p. 109.

97 GORE, Al: El ataque contra la razón, Debate, Barcelona, 2007, p. 20.

98 Obama venció en las primarias demócratas frente a otro candidato, Blair Hull, que disponía de una gran fortuna personal, gracias, en parte, a que se conocieron las broncas entre éste y su exesposa.

99 "As a businessman and a very substantial donor to very important people, when you give, they do whatever the hell you want them to do. As a businessman, I need that".

100 "Hillary Clinton, I said be at my wedding, and she came to my wedding. She had no choice because I gave to a foundation".

101 «Tracking the 2016 Presidential Money Race», Bloomberg, 9-12-2016. Accesible en https://www.bloomberg.com/politics/graphics/2016-presidential-campaign-fundraising/. Consultado el 3 de julio de 2020.

102 TOCQUEVILLE, Alexis de: La democracia en América, vol. I, Fundación Iberdrola/Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 355.

103 CAMBA, Julio: «Calvin Coolidge dice…», ABC, 21-2-1931. Artículo recogido luego en el libro La ciudad automática, Espasa Calpe, Madrid, 2005, p. 88.

104 “Fluency in English is something that I’m often not accused of”.

105 GERAGTHY, Jim: «Why Did a Nigerian Company Pay Bill Clinton $1.4 Million for Two Speeches?», en National Review, 7-5-2015. Reportaje accesible en https://www.nationalreview.com/the-campaign-spot/why-did-nigerian-company-pay-bill-clinton-14-million-two-speeches-jim-geraghty/. Consultado el 29 de junio de 2020. Según un reportaje de la CNN (3-7-2012), en 2011, con su esposa como ministra de Asuntos Exteriores, el expresidente pronunció cincuenta y cuatro discursos por los que ingresó 13,4 millones de dólares.

106 Una de las muchas listas de políticos, candidatos y ex altos cargos, con los precios de sus conferencias, en ABC News, 14-7-2014. Accesible en https://abcnews.go.com/Politics/washingtons-highest-lowest-speaking-fees/story?id=24551590. Consultado el 20-6-2020.

107 JACOBY, Jeff: «Harry Truman’s Obsolete Integrity», New York Times, 2 de marzo de 2007.

108 GIBBS, Nancy y DUFFY, Michael: The Presidents Club: Inside the World’s Most Exclusive Fraternity, Simon & Schuster, New York, 2012.

# LOS LEGADOS DE LOS 45: DE LA COMPRA DE LA LUISIANA AL DOMINIO DEL MUNDO

"Nadie es honrado por lo que recibió. El honor es la recompensa por lo que diste."

Calvin Coolidge

Todos los presidentes de Estados Unidos han dejado algún tipo de legado, salvo los que no tuvieron tiempo de gobernar, porque murieron a los pocos meses (o incluso días) de acceder a la Casa Blanca. A medida que el país crecía en extensión, industria, población y tecnología, las facultades del presidente también aumentaban, hasta convertirse después de la Segunda Guerra Mundial en el hombre más poderoso del mundo. Pero ya desde el nacimiento de la república los actos de los presidentes tenían consecuencias, en ocasiones durante generaciones.

En el siglo que se extiende desde la proclamación de la Constitución hasta la guerra contra España, Estados Unidos estuvo absorbido por debates internos. De Washington a Lincoln, los presidentes se sucedieron con velocidad hasta sumar dieciséis, pero los mismos asuntos y las mismas polémicas estaban como clavadas en su mesa de trabajo, esperando al siguiente. La más obvia es la esclavitud, la «peculiar institución» imprescindible para el Sur, pero detestada en el Norte, y que influyó hasta en la expansión territorial. El mantenimiento o la abolición de la esclavitud nos llevan a un debate constitucional sobre la relación entre el gobierno federal y los estados.

La «revolución americana» había engendrado un modelo inédito. Hasta entonces, las federaciones eran en la Antigüedad sinónimo de alianzas militares, políticas o comerciales que o bien se deshacían una vez cumplido el objetivo para el que nacieron, o bien daban paso a una nueva estructura política en la que las partes de disolvían. En Estados Unidos, se había creado una doble soberanía, la de los estados y, emanada de ésta, la de la federación. Los federalistas eran partidarios de un gobierno central fuerte

que no dependiera de la buena voluntad de los estados, mientras que los antifederalistas estaban empeñados en defender los derechos de los estados, con opiniones que alcanzaban al derecho de secesión como anterior a la federación.

Pero la disputa entre federalistas y antifederalistas (o republicanos) no se limitaba a la lista de competencias de cada administración, sino que afectaba a toda la sociedad: ¿podía la federación establecer impuestos propios o vivía del dinero que le cediesen los estados?, ¿gozaban los estados del derecho de rechazar los impuestos federales?, ¿podía el gobierno federal levantar un ejército profesional o sólo podían existir las milicias estatales?, ¿cómo se aprobaban los tratados internacionales?, ¿era constitucional la existencia de un banco nacional-federal?, ¿qué obras podía financiar el gobierno federal: los puertos para el comercio internacional o también las carreteras y canales limitados a uno o varios estados?

A su vez, un país tan extenso tenía intereses económicos y sociales distintos, en ocasiones enfrentados. Los agricultores y cultivadores de algodón, así como el pueblo llano, querían aranceles bajos para exportar fácilmente y recibir importaciones baratas; por el contrario, la naciente clase industrial y mercantil prefería aranceles altos para fomentar el consumo nacional. Los federalistas representaban a las clases altas, educadas y adineradas, mientras que los demócratas encarnaban a los hombres vulgares, que desconfiaban de los primeros. Esta diferencia se trasladaba a la política internacional: los federalistas admiraban a Inglaterra por su fortaleza naval y comercial y su organización social, mientras que los demócratas preferían a la Francia revolucionaria.

"Entre 1815 y 1860 los Estados Unidos cambiaron más de prisa y completamente que en los dos siglos anteriores o en cualquier otro período posterior". [109] El crecimiento de la población, que se doblaba por la inmigración cada veinticinco años, las anexiones territoriales, la adopción del vapor en los transportes, la construcción de carreteras y el auge de la economía capitalista permitieron a los estadounidenses extenderse de océano a océano, pero también aumentó la división del país. El Oeste, de expansión imparable, era agrícola y ganadero; el Norte y Noreste, industrial; y el Sur, un monocultivo algodonero.

La guerra civil zanjó varios de esos debates de manera definitiva, al eliminar el derecho de secesión (que en cambio los Estados Unidos admitirían en el siglo XX para comunidades extranjeras bajo la forma de

derecho de autodeterminación) y la esclavitud; y también aclaró algunas de las competencias de la Presidencia.

Las crisis que surgieron hasta los años 50 del siglo XIX se fueron solucionando, o más bien aplazando (hasta que la convivencia se rompió), gracias a diversos compromisos, el primero de los cuales fue la propia Constitución, y el segundo la «codicia agraria», uno de los elementos que unía prácticamente a todo el país. El viajero británico Harriet Martineau lo describió así:

> "La posesión de tierra es el objetivo de toda acción; en líneas generales, es el remedio de todas las enfermedades sociales en Estados Unidos. Si un hombre se siente contrariado en política o en amores, compra tierra; si cae en desgracia, se procura tierras en el oeste".

Por tanto, los objetivos principales de los primeros presidentes, así como sus logros, consistieron en mantener unido el país, construir una nación y calmar esa hambre de tierras. Ah, y en ganar un segundo mandato. Como apreció Tocqueville, "el deseo de ser reelegido domina los pensamientos del presidente". De los catorce que hasta 1864 concluyeron su primer mandato, se presentaron a la reelección doce de ellos.

## EL MÁS HONRADO

A George Washington (1789-1797) le cabe el mérito de haber dotado a la Presidencia de un protocolo y una reputación que casi ningún otro en su puesto habría podido repetir. Sus poderes estaban en constante discusión por los representantes de unos estados muy celosos de sus prerrogativas y temerosos de la instauración de una autoridad central fuerte que recordase a la Monarquía y el Parlamento británicos. Hasta se discutió si estaba facultado para dirigir el Mensaje de Acción de Gracias a todo el país, ya que, según los críticos, se trataba de una fiesta religiosa.

En sus ocho años de mandato mantuvo la unidad de un gobierno de sólo cuatro departamentos (secretarías de Estado, del Tesoro y de Guerra, más la Fiscalía General), pero dividido por dos de las figuras más impresionantes de la revolución: Alexander Hamilton, federalista, y Thomas Jefferson, demócrata-republicano. Se introdujeron en 1789 las diez primeras enmiendas a la Constitución que establecieron derechos personales. Bajo la dirección de Hamilton, secretario del Tesoro, se sanearon las deudas heredadas de la guerra y se estableció el dólar de plata como moneda nacional mediante la *Coinage Act* (1792). Washington apoyó la fundación

de un banco federal promovida por Hamilton, al que se oponía Jefferson. A partir de 1793, la guerra entre Gran Bretaña y la Francia republicana se convirtió en un asunto interno y causó la renuncia de Jefferson como secretario de Estado.

La esclavitud fue causa de desavenencias inmediatas. En 1793, el Congreso aprobó y Washington promulgó la Ley de Esclavos Huidos (*Fugitive Slave Act* ), que convertía la ayuda a los esclavos fugados en delito federal; al año siguiente, en compensación para los abolicionistas, entró en vigor la Ley de Comercio de Esclavos (*Slave Trade Act* ), que prohibía la venta de esclavos al extranjero.

Tan grande era el respeto que le rodeaba que se le ofreció un tercer mandato, pero lo rechazó, con lo que introdujo el precedente de los dos mandatos presidenciales como regla. Su «Mensaje de Despedida» (*«Farewell Address»* ), redactado por Hamilton, contiene las líneas principales que dirigieron la política de EEUU en las décadas siguientes, como la neutralidad en las guerras europeas y la Declaración Monroe.

## HAMBRIENTOS DE NUEVAS TIERRAS

Dos son los principales legados de John Adams (1797-1801). El primero, adoptado por él, el nombramiento en 1801 como presidente del Tribunal Supremo del federalista John Marshall, que supo otorgar a la corte la facultad de anular leyes emanadas de todos los Parlamentos y decretos presidenciales. El segundo, a causa de su derrota ante Jefferson en las elecciones de 1800, la Enmienda XII, que aclaró el proceso electoral. La situación de casi guerra con la Francia revolucionaria (1798-1800) le obligó a levantar un ejército y una marina nacionales, lo que implicaba impuestos federales y, a consecuencia de éstos, protestas populares y acusaciones de despotismo incipiente. Con motivo de la *Quasi-War* , Adams fundó el Departamento de Marina en 1797; en la actualidad la Armada de EEUU es la mayor del mundo y supera en tonelaje la suma de las trece armadas siguientes. Haber sido vicepresidente de Washington no le protegió de las disputas políticas incluso dentro de su partido. Cayó derrotado en su reelección porque carecía de maquinaria política. Fue el primer presidente en trasladarse a la nueva capital.

A Thomas Jefferson (1801-1809), redactor de la Declaración de Independencia de 1776, Kennedy le elogió con estas palabras en una cena de homenaje a un grupo de premios Nobel del hemisferio occidental:

> “Creo que ésta es la más extraordinaria colección de talento, de conocimiento humano, que se ha reunido jamás en la Casa Blanca, con la posible excepción de Thomas Jefferson cuando cenaba solo”.

Jefferson, rico y, sobre todo, culto, era contrario al federalismo y al sufragio censitario. Su modelo político consistía en una república de pequeños propietarios y granjeros, sin apenas industria, donde florecerían la virtud cívica y la democracia, las cuales, por cierto, consideraba compatibles con la esclavitud. Por eso, se oponía a la élite mercantil y rechazó la fundación de un banco nacional, porque temía que los comerciantes lo controlasen y, mediante el crédito caro y la moneda escasa, sometiesen al pueblo.

Trató de rebajar al mínimo el gobierno federal, por lo que vendió y desguazó varios de los buques de la armada y redujo el ejército federal de 4.000 hombres a 2.500. Fundó la academia de West Point en 1802, pero tan pequeña que en una década sólo concedió el grado de oficial a setenta cadetes. Semejante estado de indefensión se notó en la guerra de 1812. También simplificó el protocolo presidencial en recepciones y almuerzos. Como tantos ilustrados, apoyaba la libertad de expresión siempre que no le perjudicase a él. Fue el primer presidente del siglo XIX que amenazó a unos periodistas con juicios.

Sin embargo, dos de sus primeras acciones de gobierno fueron propias de un gobernante poderoso. La primera de ellas consistió en declarar la guerra a la regencia de Trípoli por los ataques de piratas a los mercantes norteamericanos. La segunda fue la compra a Napoleón de La Luisiana, una colonia que se extendía desde Nueva Orleans hasta Canadá a lo largo de la orilla occidental del Misisipi.

Cuando el dictador francés tuvo que olvidarse de sus planes de reconstruir un imperio colonial en América, aceptó vender La Luisiana por quince millones de dólares, una cantidad que a Jefferson le costó reunir. España, que había cedido La Luisiana a Francia por el tratado de San Ildefonso (1800), de pronto se encontró con otro rival en el golfo de México y en las despobladas fronteras de Texas y Nuevo México.

Los Estados Unidos ganaron más de 2,1 millones de kilómetros cuadrados a un precio de unos siete dólares por kilómetro cuadrado. En su momento, la compra fue muy discutida por la oposición y la sociedad, y se consideró un abuso constitucional por parte del presidente. Sin embargo, pacificó el país en el Oeste al sofocar allí las pulsiones separatistas. Los

colonos y comerciantes de Kentucky y Tennessee dependían del Misisipi para trasladar sus productos a los mercados. Entre ellos, hubo movimientos para independizar los territorios y ofrecérselos a la Corona española a cambio del permiso para navegar por el río. El tratado puso bajo soberanía de EEUU el Misisipi y el puerto de Nueva Orleans, con lo que solucionó el conflicto. La siguiente zona de expansión territorial pasó a ser Texas. Las conspiraciones separatistas prosiguieron en el Norte, manejadas algunas por el primer vicepresidente de Jefferson, Aaron Burr. Poco después de la compra, el presidente envío una expedición a cargo de los oficiales Meriwether Lewis y William Clark para trazar una ruta desde San Luis hasta el Pacífico (1804-1806). Los espías a sueldo del virrey de la Nueva España le informaron a éste del proyecto y las autoridades españolas trataron de detenerla.

Jefferson fue el primer presidente que tuvo que acatar las sentencias del Tribunal Supremo federal y, también, el primero en seguir el precedente de Washington de no presentarse a un tercer mandato. Comenzó la «Era Jeffersoniana»; los siguientes tres presidentes pertenecieron a su partido, el Demócrata-Republicano. Una de sus manchas es que inauguró los nombramientos de funcionarios como recompensa para sus fieles.

James Madison (1809-1817) fue otro de los «Padres Fundadores» que alcanzaron la Presidencia. Junto con James Jay y Alexander Hamilton, persuadió a gran parte de la opinión pública para que se aprobase la Constitución desde el periódico *El Federalista* , aunque se le eligió como miembro del Partido Democrático-Republicano. Los ocho años anteriores sirvió a Jefferson como secretario de Estado.

Libró la guerra contra el Reino Unido (1812-1815), en la que los británicos tomaron la ciudad de Washington. No ganó territorio en este conflicto, pero tampoco lo perdió. Aunque los más nacionalistas de los norteamericanos la consideran una segunda guerra de independencia, estuvo a punto de provocar una crisis nacional. Un sector formado por federalistas de Nueva Inglaterra propuso en una convención cambiar el pacto de la Unión en perjuicio del Sur. Este proyecto se deshizo gracias a la victoria de EEUU en la batalla de Nueva Orleans (1815). En una batalla contra los indios, la de Tippecanoe (1811), destacó William Henry Harrison, que casi veinte años después sería el noveno presidente. Madison fue un defensor de los derechos de los estados, pero también promovió un aumento del ejército y la marina federales que hasta los jeffersonianos aceptaron.

## LA «ERA DE LOS BUENOS SENTIMIENTOS»

Después de la guerra contra Inglaterra, comenzó la «Era de los Buenos Sentimientos» (*«Era of Good Feelings»* ), una época de unidad y calma en la que las discordias partidistas se suavizaron. James Monroe (1817-1825), otro demócrata-republicano, se benefició de ella. Ganó su primer mandato gracias a que como secretario de Guerra ascendió al general Andrew Jackson, vencedor en la batalla de Nueva Orleans (1815), y a su participación en la compra de La Luisiana; luego fue reelegido sin que se presentase ningún rival.

El Compromiso de Misuri (1820) amortiguó las tensiones Norte-Sur. Según el acuerdo, se aceptó en la Unión a Misuri como estado servil y a la vez a Maine, que había dependido hasta ese momento de Massachusetts, como estado libre. De esta manera, los estados seguirían divididos en bloques iguales, de doce cada uno, en el Senado. Además, se reguló el estatus de los nuevos estados: al norte del paralelo 36º 30' desde la orilla occidental del Misisipi quedaba prohibida la esclavitud. La excepción fue Misuri. La gran disputa se aplazó unos treinta años, aunque en ese momento el expresidente Jefferson y el secretario de Estado Quincy Adams reconocieron en privado que la «peculiar institución» acercaba a la Unión a la ruptura.

Con Monroe, Estados Unidos siguió ampliando su territorio y, además, marcó sus diferencias frente a Europa. Por el tratado Adams-Onís (1819-1821), Estados Unidos compró a España la provincia de la Florida, que entonces abarcaba toda la costa entre la península y Nueva Orleans. La cada vez más poderosa república se asomaba al golfo de México y apuntaba a Cuba.

En estos años, Estados Unidos temió la injerencia europea. En 1821, Rusia amplió al sur los límites de Alaska, hasta Oregón, territorio que Washington reclamaba. Y después de que la Santa Alianza enviara a España un ejército para reponer en el trono absoluto a Fernando VII en la primavera de 1823, corrieron rumores de que las potencias europeas podrían intervenir en las provincias españolas de Ultramar para derrotar a los rebeldes a la Corona. Por ello, en diciembre de 1823, el presidente expuso en su mensaje anual al Congreso la doctrina que lleva su nombre. Como dice Maldwyn, "era una declaración esencialmente nacionalista que daba cuerpo al concepto de dos hemisferios separados". Estados Unidos consideraría un acto hostil cualquier intervención europea en América; a la vez, se

comprometía a no inmiscuirse en asuntos europeos y a respetar las colonias existentes. Aunque carecía de fuerza para enfrentarse a la armada británica, el país demostró que pretendía ser un sujeto en las relaciones internacionales, aunque fuera limitado al hemisferio occidental y con un carácter defensivo.

Monroe respaldó a la Sociedad Americana de Colonización, que buscaba el asentamiento de negros norteamericanos en África. En homenaje a él, la capital de Liberia se bautizó como Monrovia en 1822. La primera Constitución de esa república, promulgada en 1847, excluía del derecho de voto a los nativos africanos.

John Quincy Adams (1825-1829), firmante del tratado de compra de la Florida, mostró la debilidad del presidente si no disponía de una mayoría clara en su elección ni del respaldo de un partido potente. Lo eligió la Cámara y, además, en un período en que se estaban formando nuevos partidos. La legitimidad de Quincy fue desgastada por los diputados que le habían nombrado y por los parlamentarios afines a Jackson, su gran rival en las elecciones, que le acusaron de haber obtenido los votos en la Cámara mediante un acuerdo con el cuarto de los candidatos, Henry Clay. Proponía un gobierno federal fuerte, pero pocas de sus medidas fueron aprobadas. Cuando se opuso al despojo de las tierras de los nativos creek en Georgia, el gobernador del estado le desobedeció. Un indicio de lo que podía ocurrir en caso de aumentar la tensión entre el Norte y el Sur.

Perdió la reelección frente a Jackson, que realizó una de las campañas más sucias de la historia. Igual que su padre, no asistió a la toma de posesión de su sucesor. Regresó a Washington en 1831 como representante de Massachusetts, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1848. Fue el último presidente *gentleman* .

## EL PUEBLO CONTRA LA CASTA

Con el séptimo presidente, Andrew Jackson (1829-1837), entró el pueblo en la Casa Blanca. Literalmente. “Amaba al pueblo, no como lo aman los ricos liberales, a distancia, sino como lo quieren los que son de clase humilde”, en palabras de André Maurois. Unas diez mil personas acudieron de todo el país a ver al *«Old Hickory …»* y a pedirle un empleo. Invitó por primera vez a cientos de ciudadanos a su toma de posesión. Al coste del destrozo del mobiliario y la vajilla de la Casa Blanca, fundó una tradición popular, como la que se usaba en las cortes europeas de permitir la asistencia de criados a los partos reales.

Los sureños le apoyaron porque había nacido en las Carolinas, era propietario de esclavos y creían que se opondría a los aranceles altos y al crecimiento del poder de la Presidencia. Sin embargo, Jackson era un demagogo, el primero que entró en la Casa Blanca, y engañó a sus aliados. En realidad, era "un nacionalista intransigente". Cuando surgió la crisis de la invalidación (1832-1833) en que Carolina del Sur invocó su soberanía para anular un arancel perjudicial para el algodón, Jackson no cedió ni un ápice. Incluso discutió en público con su primer vicepresidente, el surcarolinés John Calhoun, y en las elecciones de 1832 lo sustituyó por Martin Van Buren. Se dice que uno de sus pesares como presidente era no haber ahorcado a Calhoun. Si no consintió ningún ataque a la Unión, tampoco permitió ninguna mengua a sus poderes. Se consideraba el único cargo elegido por todo el pueblo.

Nada más tomar posesión, exacerbó el *«spoils system»* , ya asentado en Nueva York y Pensilvania. No menos de seiscientas oficinas de Correos entonces, el único servicio de la Administración Federal que alcanzaba a todos los ciudadanos cambió de director. Jackson justificó el uso de los cargos públicos como botín con su demagogia: la renovación en la Administración impedía la corrupción. Los *whigs* , cuando acabaron con la «Era Jacksoniana» en 1840, hicieron una purga aún mayor.

Al final de su presidencia, en 1836, los colonos estadounidenses establecidos en Texas se sublevaron contra México, entre otros motivos porque el país hispanoamericano había abolido la esclavitud. Jackson apoyaba la incorporación inmediata de la nueva república a la Unión, pero el abolicionismo en el Norte lo vetó.

Fue el primer, y único, presidente en pagar toda la deuda pública con los fondos ingresados de la venta de tierras, los impuestos y las aduanas. Se opuso con todas sus fuerzas a la existencia de un banco central, en este caso el Segundo Banco de los Estados Unidos, porque estaba convencido de que era un instrumento de corrupción de las oligarquías del Norte y desconfiaba del papel moneda. En cuanto se eliminó como banco nacional en 1836, creció una burbuja de bancos locales que emitieron papel y dieron créditos sin respaldo en metálico. A su sucesor le dejó el «Pánico de 1837».

El principal legado de Jackson tal vez sea la implicación real de millones de ciudadanos humildes en la política de Estados Unidos, en contraste con el elitismo social predicado por las dinastías de los virginianos y los Adams, fuesen federalistas o republicanos. Igual que Jefferson, renunció a

presentarse a un tercer mandato, pero "Jackson, o sus ideas, gobernaron Norteamérica desde 1828 hasta la guerra civil" [110] . Le sucedió su vicepresidente, uno de sus más íntimos consejeros.

A partir de él, muchos candidatos a presidentes alardearon de haber nacido en una cabaña de troncos (*«log cabin»* ) o en la Frontera.

Los mayores méritos de Martin Van Buren (1837-1841) para vencer en las elecciones fueron su condición de vicepresidente de Jackson y el apoyo de éste. Como hicieron otros más tarde, sin tener en cuenta su ejemplo, el «Pequeño Mago» citó en su discurso inaugural la prosperidad del país, para asistir más tarde a una crisis. En el caso de Van Buren, ésta se produjo semanas después, cuando los bancos de Nueva York suspendieron los pagos en oro y plata a cambio de papel moneda. El «Pánico de 1837» duró siete años y arruinó su presidencia. Aunque era neoyorquino, Van Buren no se opuso a la legalidad de la esclavitud, porque sabía que ponía en peligro la unidad nacional.

Fue derrotado en las elecciones de 1840 y su rechazo a la anexión de Texas le hizo perder la nominación para las de 1844 frente a James Polk. En opinión de algunos historiadores, merece más renombre por haber levantado uno de los primeros partidos-máquina del país, la *«Albany Regency»* en Nueva York, gracias al cual obtuvo numerosos cargos, como el de senador, y controló la política demócrata en el estado más poblado del país.

El legado del virginiano John Tyler (1841-1845) se redujo a su defensa del papel del vicepresidente como sustituto del presidente para completar su mandato, en vez de reducirse a ser un interino. Su autoridad fue escasa debido a que accedió a la Presidencia por la muerte de William Harrison y a los coletazos de la crisis económica de 1837. La Cámara planteó contra él el primer *impeachment* . Era partidario de la admisión de Texas, pero no la aplicó. Ni los demócratas ni los *whigs* lo quisieron como candidato en 1844. Días antes de cesar, firmó la ley remitida por el Congreso en febrero de 1845 que aceptaba a Texas en la Unión. Su apoyo a la secesión terminó por convertirle en una figura irrelevante. Fue elegido para el Parlamento de la Confederación y falleció antes de la primera sesión, hecho que evitó a la Unión el bochorno de que un expresidente nacional respaldase a los separatistas.

## DE COSTA A COSTA

James Knox Polk (1845-1849), undécimo presidente del país y tercer demócrata, extendió Estados Unidos de costa a costa en su único mandato. El Congreso aceptó a la república de Texas en la Unión (1845), lo que provocó la guerra con México. Mientras se libraba ésta, Polk zanjó la disputa con el Reino Unido sobre el territorio de Oregón mediante un tratado de partición (1846). Durante los debates, surgió en la prensa la expresión «destino manifiesto» para justificar la agresividad estadounidense, cuyo autor fue el periodista John Sullivan:

> "Y ese reclamo (sobre Oregón) corresponde por derecho a nuestro destino manifiesto, que consiste en extendernos y poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para desarrollar el gran experimento de libertad y autogobierno federal que nos ha sido confiado".

Tocqueville describió ese sentimiento tan ajeno a un europeo, tal como se lo expuso en 1831 un colono asentado en la región de los Grandes Lagos:

> "El emigrante europeo se queda en las grandes ciudades de la costa o en los distritos cercanos. Allí se convierte en artesano, gañán o criado. Como su vida es mucho más soportable que la que llevaba en Europa, contento con dejar a sus hijos esa misma herencia, se da por satisfecho. Sólo al americano le pertenece la tierra. Es a él a quien le ha sido concedido el adueñarse de las tierras del Nuevo Mundo, someterlas al hombre y crearse así un inmenso porvenir". [111]

La guerra contra México (1846-1848) fue criticada por muchos ciudadanos, como Abraham Lincoln y Henry David Thoreau, que la consideraron indigna. Sin embargo, la mayoría de la opinión pública, espoleada por ese providencialismo de origen calvinista, la apoyó. Con esta guerra de depredación, el país empezó a despojarse de su sentimiento de fraternidad universal. Después de su victoria militar, por el tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) EEUU se apoderó de lo que luego fueron California, Arizona, Nevada, Utah y partes de Colorado y Nuevo México. Más de 1.300.000 kilómetros cuadrados. El movimiento *«All Mexico»* propuso la anexión completa de México, pero topó con la oposición del Congreso, encabezada por el senador Calhoun, que advirtió de las consecuencias de incorporar una gran población mitad india y mitad mestiza a un país gobernado por la raza blanca.

Como les suele ocurrir a las naciones cuando se expanden de manera inesperada, la integración de los nuevos territorios causó enormes

problemas. Le sucedió a la España que descubrió América y a los Estados Unidos de mediados del siglo XIX. Uno de los motivos de la rebelión texana fue la prohibición de la esclavitud por México. Como Texas ingresó en la Unión siendo esclavista, los sureños esperaban aumentar el número de estados serviles para, al menos, mantener la igualdad con el Norte en el Senado. Sin embargo, otro demócrata, aunque del Norte, el diputado David Wilmot, trató de que se excluyera la esclavitud en los territorios arrebatados a México. La Cámara de Representantes aprobó su enmienda, pero el Senado la rechazó. En la década siguiente, la facultad del Congreso para prohibir la esclavitud en los estados fue una de las principales reclamaciones del Partido Republicano. Paradójicamente, la expansión de EEUU rompió los equilibrios internos y volvió imposible la concordia entre las dos mitades del país.

El segundo presidente en librar una guerra demostró, como subraya el historiador Leonard White, que "un presidente podía ser comandante en jefe. Un presidente podía dirigir una guerra". Polk no se limitó a solicitar al Congreso la declaración de guerra, sino que, además, reclamó fondos a éste, intervino en la estrategia militar y naval, nombró a generales, supervisó la intendencia… Gracias a él, Lincoln tuvo un precedente con el que justificar su mando único durante la guerra de Secesión; aunque en su momento, como miembro de la Cámara de Diputados de Illinois, hubiese criticado al gobierno de Polk por despótico y hasta por haber iniciado una guerra de manera inconstitucional. En este conflicto recibieron su bautismo de fuego una serie de oficiales que luego se enfrentaron en la guerra de Secesión: Ulysses Grant, Robert Lee, George Meade, William Sherman, Thomas Jackson y James Longstreet.

Las elecciones de 1848, a las que Polk no se presentó, tal como había anunciado en 1844, fueron las últimas en las que votaron treinta estados divididos por la mitad entre esclavistas y libres. El vencedor fue Zachary Taylor, uno de los jefes militares de la guerra, por el partido *Whig* .

Polk suprimió la obligación de que la Secretaría del Tesoro depositara su liquidez en bancos privados y pasó a guardarla en su edificio central y sus delegaciones, hasta que se instauró la Reserva Federal. También propuso al Gobierno español la compra de la isla de Cuba en 1848, con la finalidad de que Madrid no la cediera a Londres para pagar sus deudas.

Dejó una cita sobre las responsabilidades del gobernante. Poco antes de concluir su mandato y pensando en su finca de Nashville, dijo: "Me alegro

sinceramente de que mi mandato esté tan cerca de su final. Pronto dejaré de ser un sirviente y me convertiré en un soberano” [112] . Sin embargo, falleció en junio de 1849 debido al agotamiento acumulado durante su presidencia.

## LA CARRERA HACIA LA SECESIÓN

En su mandato de 491 días, Zachary Taylor (1849-1850) se enfrentó a la polémica sobre el estatus de la esclavitud en los territorios arrebatados a México y se opuso al Compromiso de 1850, que supuso un armisticio entre las dos partes del país y se aprobó unos meses después de su muerte. Tres parlamentarios *whigs* del Sur le visitaron para plantearle la conveniencia del acuerdo y evitar así la secesión, pero Taylor cortó la discusión diciendo:

> “Si fuera necesario, en cumplimiento de las leyes, yo mismo tomaría el mando del ejército y si les capturase en rebelión contra los Estados Unidos les ahorcaría con menos vacilaciones con las que hice colgar en México a espías y desertores”. [113]

Cuando los visitantes se fueron amedrentados, otro senador entró en la oficina y el furioso Taylor, virginiano y dueño de esclavos, se dirigió a él: “¿Ha visto a esos condenados traidores?”.

Su presidencia concluyó en la fiesta del 4 de julio de 1850, con motivo de la colocación de la piedra del monumento a Washington. Para recuperarse del calor, comió cerezas y leche helada. Por ello, contrajo una gastroenteritis aguda que le mató cinco días después, a los sesenta y cinco años de edad.

En cierto modo, Taylor cumplió su advertencia a los sureños, aunque él no dirigiese el Ejército de la Unión. Lo hizo Ulysses Grant, oficial a sus órdenes en la guerra de México. Millard Fillmore aplicó el Compromiso de 1850, que pospuso las tensiones internas del país durante una década.

El último presidente *whig* , Millard Fillmore (1850-1853), sufrió la fragmentación de su partido. Apoyó el Compromiso de 1850, un conjunto de leyes y resoluciones aprobadas por el Congreso para recomponer los equilibrios internos después de la gran expansión territorial de la presidencia de Polk. De acuerdo con el Compromiso, California se definió como un estado libre; se prohibió el tráfico de esclavos en Washington DC (territorio sureño), aunque no su posesión; y se admitió el principio de que la población de cada territorio decidiría la aceptación o el rechazo de la esclavitud antes de incorporarse a la Unión, medida que anulaba el Compromiso de Misuri. Otro punto de ese acuerdo consistió en reforzar la

ley que autorizaba la persecución de esclavos huidos en el Norte por parte de sus dueños.

Algunos historiadores consideran que el acuerdo entre las dos partes del país fue vital para la victoria de la Unión en la guerra.

> "Si el Sur hubiera consumado su secesión en 1850, bien podría haber hecho prosperar su reclamación de independencia. Once años más tarde, cuando la secesión llegó, la tarea se le había vuelto infinitamente más difícil, porque mientras tanto el Norte le había superado en riqueza, población y potencia industrial". [114]

Fillmore colaboró con el Gobierno español en desmontar los planes de los esclavistas para apoderarse de Cuba, donde existía esclavitud. El Compromiso de Ostende, redactado por tres diplomáticos norteamericanos en 1854, contenía argumentos del «destino manifiesto»: si España, en contra de sus propios intereses, rechazaba vender Cuba, Estados Unidos estaba legitimado para arrebatársela actuando en beneficio de la Unión y hasta de la raza blanca [115] . Aprobó la expedición naval del comandante Perry para abrir Japón al comercio extranjero. Por el colapso del partido *Whig* , se presentó a las elecciones de 1856 como candidato del Partido Americano, a cuyos miembros se conocía como los *«know-nothing»* .

El demócrata Franklin Pierce (1853-1857) fue elegido gracias a un pacto entre los plantadores del Sur y los comerciantes del Norte. Realizó la última expansión a costa de México: el tratado de La Mesilla (1853), por el que Estados Unidos compró al desvalido país hispano otros 76.000 kilómetros cuadrados en el sur de Arizona y Nuevo México por diez millones de dólares. Estados Unidos se situó a un tiro de piedra de las bocas del río Colorado y, por tanto, del acceso al mar de Cortés y la separación de la península de la Baja California del resto de México. Al menos se trazaron las fronteras definitivas entre las dos repúblicas.

Aunque natural de Nueva Inglaterra, Pierce consideraba el abolicionismo un riesgo para la Unión. Él y su sucesor eran demócratas norteños dispuestos a satisfacer el deseo de sus correligionarios del Sur para conservar la Unión… y el poder. A estas personas en el Norte se les llamaba *«doughfaces»* . De acuerdo con semejante estrategia, respaldó la *Kansas-Nebraska Act* (1852), que aplicaba el Compromiso de 1850 en esos territorios. El principio de soberanía popular condujo al estallido de una guerra de frontera entre blancos en Kansas. Los grupos esclavistas y antiesclavistas enviaron bandas de partidarios para asentarse como colonos

y elegir una convención que redactase una constitución permitiendo o prohibiendo la esclavitud. Las campañas de prensa, las escaramuzas y los pucherazos electorales se prolongaron entre 1854 y 1861. Kansas se incorporó a la Unión como trigésimo cuarto estado el 29 de enero de 1861, cuando habían declarado su secesión seis estados.

Bajo su presidencia, el partido *Whig* desapareció, despedazado por las tensiones entre Norte y Sur, y nació el Republicano, que presentó un candidato a las elecciones de 1856. La violencia y la aceptación de las demandas sureñas desacreditaron a Pierce de tal manera que, en el único caso de la historia de EEUU, su partido renunció a presentar a un presidente en ejercicio a la reelección y eligió a otro candidato, que fue el vencedor. Cuando regresó de Washington a Concord (New Hampshire), los ciudadanos votaron en contra de recibirle con un desfile. Pese a ser el único presidente de su estado, se le erigió una estatua en 1914, a los cuarenta y cinco años de su muerte y después de muchas discusiones.

La elección de James Buchanan (1857-1861), uno de los diplomáticos redactores del Compromiso de Ostende, mostró que los norteamericanos deseaban el mantenimiento de la Unión. Su candidatura venció en todos los estados del Sur, salvo Maryland, y además en cinco libres. Fue la última elección presidencial que ganaron los demócratas hasta 1884.

En su discurso inaugural Buchanan se comprometió a “restaurar la armonía y la antigua amistad entre los pueblos de los diversos estados y a preservar nuestras instituciones libres”. Sus planes saltaron por los aires sólo unos días más tarde, cuando el Tribunal Supremo, en una sentencia famosa, Dred Scott contra Sandford, falló que la Constitución no amparaba a los negros, fueran hombres libres o esclavos. Por tanto, el Gobierno federal no tenía ninguna competencia sobre ellos para protegerles o regular su estatus. También anulaba el Compromiso de Misuri. La sentencia constituyó un triunfo para el Sur: la «peculiar institución» podía extenderse a los territorios. El Norte y los republicanos se sintieron agraviados.

La consecuencia inmediata fue el recrudecimiento de los enfrenamientos en Kansas. En 1857, los esclavistas impusieron, mediante el fraude electoral, una constitución que autorizaba la esclavitud. Buchanan la aceptó y pidió al Congreso la admisión de Kansas. El gobernador y los abolicionistas consiguieron detener el proceso y elaborar un nuevo texto. Según el censo de 1860, en Kansas sólo había dos esclavos. En las elecciones de mitad de mandato de 1858, los republicanos obtuvieron

suficientes escaños para bloquear la labor de gobierno de Buchanan. La división se extendió a todo el país. Algunos congresistas acudían al Capitolio armados.

El Partido Demócrata se resquebrajó y dejó de ser nacional. A las elecciones del 6 de noviembre de 1860 los norteños presentaron a Stephen Douglas y los sureños a John Breckinridge. El Partido Republicano nominó a Abraham Lincoln. El general Winfield Scott alertó a Buchanan del riesgo de secesión en al menos siete estados en el caso de que Lincoln triunfase y pidió que se reforzasen las guarniciones y arsenales, aunque el Ejército se encontraba en malas condiciones. El presidente no hizo nada.

En las elecciones, que registraron una participación nacional superior al 80%, Lincoln se llevó los dieciocho estados libres, pero ninguno de los quince serviles y en nueve de éstos no obtuvo ni un solo voto, porque las papeletas no tenían su nombre. Aunque ninguno de los cuatro candidatos que obtuvo electores en el Colegio apoyaba la secesión, en el Sur ésta comenzó a prepararse. El 20 de diciembre, una convención reunida en Charleston declaró por unanimidad que Carolina del Sur se separaba de la Unión.

En su último discurso al Congreso, el 8 de enero, Buchanan destacó que carecía de poder para enviar tropas contra un estado rebelde y proponía no tomar ninguna medida, ya que consideraba que el movimiento separatista se apaciguaría por sí solo. El mismo que estaba dispuesto a la guerra con España para apoderarse de Cuba y que hizo arrestar al gobernador mormón de Utah por la matanza de Mountain Meadows vacilaba al reprimir una rebelión interna.

Buchanan legó a Lincoln una Unión rota. Antes de cesar, en marzo de 1861, siete estados se habían separado. Se le considera el peor presidente de los cuarenta y cinco que ha habido. El Congreso rechazó pagar la factura al pintor que se encargó de su retrato para la colección de la Casa Blanca.

## LINCOLN SALVA LA UNIÓN

Abraham Lincoln (1861-1865) no ensanchó los límites de Estados Unidos. Sin embargo, es el presidente fundamental del siglo XIX y quizás de todos los posteriores a Washington. Con su elección explotó la discordia entre el Norte y el Sur, que, repetimos, no se limitaba a la esclavitud, sino que abarcaba concepciones económicas, sociales y constitucionales. “Lincoln no se opuso al separatismo confederado porque ansiara ampliar el poder del centro frente a la periferia. Antes bien, el separatismo confederado fue el

resultado de la incapacidad del Sur para imponer su idea de la Unión —es decir, una Unión sin restricciones para la esclavitud en todo el territorio nacional— desde el centro a los estados del Norte”. [116]

En su primer Discurso Inaugural recordó a los ciudadanos del Sur que podían destituirle en las elecciones siguientes y les advirtió de que estaba decidido a salvaguardar la Unión. Lincoln sabía que la mayoría del pueblo en el Norte no aceptaría una guerra por la manumisión de los negros, aunque sí por la unidad nacional.

> “En vuestras manos, mis insatisfechos conciudadanos (del Sur), y no en las mías está la cuestión trascendental de la Guerra Civil. El gobierno no os perturbará. No tendréis conflicto alguno a no ser que vosotros seáis los agresores. No tenéis ningún juramento inscrito en el Cielo para destruir el gobierno constitucional, mientras que yo tengo el más solemne de «preservarlo, protegerlo y defenderlo»”.

El abogado de Illinois introdujo la moral en el ideario del Partido Republicano. Éste se oponía a la esclavitud, no por un principio jurídico o un cálculo económico, sino por moral cristiana. También reforzó en los estadounidenses el sentimiento de excepcionalidad de su país. Lincoln era consciente de la importancia de Estados Unidos en la historia. Como dijo en su discurso en Gettysburg (1863), se trataba de “una nueva nación concebida en la libertad y consagrada en el principio de que todas las personas son creadas iguales”. Por ello, se empeñó en asegurar su supervivencia al precio que fuera. “Que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la Tierra”. Y para dar ejemplo, mantuvo las elecciones presidenciales en 1864, aunque estuvo a punto de perderlas hasta la victoria de Antietam.

De haber habido otro presidente más propenso al pacto, con medidas como incorporar una enmienda constitucional para proteger la esclavitud (se presentó un proyecto dos días antes de que Lincoln jurara) o establecer un procedimiento de secesión, o dispuesto a alcanzar una paz a cualquier precio, la Confederación podría haberse independizado o bien se habría aplazado el conflicto unas décadas más.

Amparado en el precedente de Polk, Lincoln fue la autoridad suprema en el bando de la Unión. Aprobó las estrategias y nombró y destituyó a numerosos mandos (uno de ellos, George McClellan, fue su rival en las elecciones de 1864), hasta que encontró a dos generales, Grant y Sherman,

capaces de derrotar a los confederados. Las decisiones de Lincoln en la guerra también influyeron en el sistema constitucional y desequilibraron en favor de la Presidencia la relación entre ésta y los estados.

Los gastos federales pasaron de 65,5 millones de dólares en 1861 a 474,8 millones en 1862 y a 1.297 millones en 1865. Para financiar la guerra estableció nuevos tributos, entre ellos el primer impuesto de la renta de EEUU (*Revenue Act* de 1861), que se mantuvo hasta 1873. El Gobierno se apoderó de la política monetaria y emitió papel moneda sin pedir consentimiento a los estados. Los pagos de pensiones a los veteranos ayudaron a mantener el presupuesto y la burocracia federales por encima de sus niveles anteriores a la guerra. A fin de impulsar la industria bélica, Lincoln aprobó aranceles altos que ya formaron parte de la política económica nacional hasta entrado el siglo XX. Aunque la Constitución prohibía a las instituciones federales disponer de parte del territorio de un estado sin su permiso, el presidente apoyó la formación de Virginia Occidental con condados separados del estado rebelde de Virginia. Y el Congreso le autorizó a suspender el *habeas corpus* , facultad que él empleó.

En su segundo Discurso Inaugural, pronunciado el 4 de marzo de 1864, se mostró dispuesto a prolongar la guerra hasta la derrota de los separatistas y anunció también el plan de reconstrucción que su asesinato truncó:

> “Sin maldad hacia nadie; con caridad hacia todos; con firmeza en el bien, en tanto Dios nos haga ver el Bien, perseveremos en terminar la tarea en la que estamos; en vendar las heridas de la nación; en cuidar a aquel que haya soportado el peso del combate, y a su viuda y a su huérfano; en hacer todo aquello que permita alcanzar y mantener una paz justa y duradera, entre nosotros y con todas las naciones”.

Quizás el Sur no habría sufrido tanto si un fanático no le hubiera asesinado. Dio muestras de su disposición a cerrar las heridas con un decreto de diciembre de 1863 en que prometía la amnistía a quienes jurasen fidelidad a la Unión y sus leyes, incluida la emancipación de esclavos. Cuando el número de amnistiados llegara en la décima parte de los hombres con derecho a voto en cada estado separado, éste volvería a la Unión y sus ciudadanos podrían votar en las elecciones al Congreso. Por el contrario, los republicanos radicales consideraban que los estados rebeldes se habían rebajado a la condición de territorios y dependían de las condiciones que les impusiera el Congreso.

Lincoln no sólo salvó la Unión, sino que, además, preparó el camino para

que la Presidencia atrajera más facultades de gobierno, en detrimento del Congreso y de los estados.

La guerra cerró dos debates que habían enredado a los norteamericanos durante el medio siglo anterior, la secesión y la esclavitud, como resultados de la teoría de que el poder de los estados debía ser superior al federal. A partir de 1865, no se admitiría un atentado contra la Unión ni se permitiría la esclavitud. El mantenimiento de la integridad de los Estados Unidos ha sido uno de los acontecimientos axiales en la historia. Inferior al cristianismo, al descubrimiento de América o a la Roma imperial, pero similar a la reforma protestante o la Gran Guerra. Nunca un país se ha convertido en inspiración para pueblos de todo el mundo.

## OTRA INVERSIÓN A LARGO PLAZO: ALASKA

La de Andrew Johnson (1865-1869) fue una de esas presidencias echadas a perder por el choque entre la Casa Blanca y el Congreso. Johnson era un demócrata sureño y llegó a la Presidencia a causa del asesinato de Lincoln. Entró en el *ticket* para formar una candidatura nueva, más amplia que la del Partido Republicano, que también se había escindido.

Se enfrentó a los «republicanos radicales», que controlaban las Cámaras, para atenuar la Reconstrucción. Como demócrata, era partidario de los derechos de los estados frente a la Unión, por lo que vetó proyectos de ley que él creía vulneraban la soberanía de los estados rebeldes, como la Agencia para los Libertos, dedicada a proteger a los negros emancipados. En consecuencia, se convirtió, en 1868, en el primer presidente en ser sometido a un *impeachment* que no se ejecutó por un solo voto en el Senado.

Su principal logro fue la compra del inmenso territorio de Alaska. Ésta era una propiedad rusa desde el siglo XVIII, pero debido a su lejanía, su poca rentabilidad y el riesgo de invasión por parte de los británicos, el zar Alejandro II aceptó vendérsela a Estados Unidos después de la guerra de Crimea (1853-1856). Las negociaciones finales corrieron a cargo del secretario de Estado, William Seward, que ocupó el mismo puesto desde 1861 en el gabinete de Lincoln. El precio acordado fue de 7,2 millones de dólares por un millón y medio de kilómetros cuadrados; es decir, menos de cinco céntimos por hectárea. La transferencia se efectuó en 1867. Las riquezas de Alaska, como el oro, el petróleo y el gas natural, aparecieron mucho después. El territorio se convirtió en el estado cuadragésimo noveno en 1959.

En el archipiélago de las Aleutianas se libró la última batalla en suelo de EEUU, contra los japoneses, durante la Segunda Guerra Mundial. A través de Alaska, Estados Unidos envió suministros a la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué habría ocurrido durante la Guerra Fría si Alaska hubiera seguido bajo soberanía rusa? Las ciudades de Seattle y Vancouver habrían estado a tiro de piedra de la artillería y la aviación soviéticas.

## EL CRECIMIENTO DE UNA POTENCIA

Después de las elecciones de 1868, Estados Unidos entró en la *«Gilded Age»* , una edad de oro que se extendió hasta el cambio de siglo, marcado en el país por el asesinato de William McKinley. En política hubo siete presidentes para poco más de treinta años, todos republicanos, salvo uno. Tres consiguieron dos mandatos, pero sólo dos los completaron y uno de ellos, los desempeñó alternos.

En economía fue una época fastuosa. La población se dobló, al pasar de 38,5 millones en 1870 a casi 80 millones en 1900. En ese año, el número de inmigrantes se situó en 10,3 millones. Nueva York rebasó los 3,5 millones de habitantes en 1900 y Chicago alcanzó los 1,7 millones. El crecimiento abarcó también el Oeste. Los Ángeles pasó de 5.000 a 10.000 y Denver de un puñado de vecinos a 134.000. Sin embargo, hasta 1920, la mayoría de los estadounidenses vivió en el campo.

Entre 1860 y 1900, la producción industrial sextuplicó su valor, al aumentar de 2.000 millones de dólares al año a más de 13.000 millones. La fuerza laboral en la minería, las fábricas, la construcción y los servicios creció de cuatro millones de personas a más de dieciocho millones. Los cimientos de esta revolución económica fueron la abundancia de recursos naturales en el país (carbón, madera, hierro, petróleo, cobre…), la red de ferrocarriles, la inacabable mano de obra que desembarcaba en los puertos y que, a la vez, contenía la subida de los salarios y acrecentaba la demanda interna de viviendas, alimentos, ropa, educación, etcétera. EEUU se convirtió en la tierra de los inventos, como el coche-cama, el vagón frigorífico, la máquina de escribir, el teléfono, la caja registradora y el ascensor, que aceleraron la economía y el bienestar individual. Y surgieron nuevas formas de producción y grandes empresas que se agruparon en *trusts* . En 1900, el número de teléfonos instalados en el país rondaba los 800.000, el doble que en Europa. Como consecuencia de todo lo anterior, Estados Unidos sustituyó a Gran Bretaña como la mayor nación industrial del planeta. Antes de acabar el siglo XIX, el país producía casi el 30% de

todos los artículos manufacturados del mundo.

Dos consecuencias sociales fueron el empobrecimiento de los agricultores, debido a una caída constante de los precios de sus productos, y el aumento de conflictos sociales (huelgas y motines) por el crecimiento de la sindicación y la abstención por parte del Estado de toda intervención, la renuencia del Estado a toda intervención.

La política contribuyó a la *«Gilded Age»* volviéndose aburrida. Los dos partidos principales limaron sus diferencias ideológicas y se transformaron en máquinas que competían por ocupar la Administración con sus caciques y militantes. La red de enchufes y compra de votos más conocida de los republicanos se llamó *«Stalwart»* y la de los demócratas *«Tammany Hall»* . Ambos unidos en la corrupción. "El estancamiento fue la situación política dominante. Los dos principales partidos estaban divididos de manera bastante equilibrada. En las cinco elecciones presidenciales celebradas entre 1876 y 1892, el margen ganador en los votos populares fue extraordinariamente aproximado: menos de un 1 por 100 en tres de ellas". [117] Sólo entre 1889 y 1891 un partido controló simultáneamente la Presidencia, el Senado y la Cámara. En esta situación, la jefatura del Estado perdió autoridad y competencias.

Ulysses S. Grant (1869-1877) dirigió la reconstrucción política y económica de la república, aunque la corrupción y el nepotismo en su gobierno y su familia crecieron tanto que se extendió el término *Grantism* para definir una política de incompetencia y agiotismo. El Congreso nombró comisiones para investigar todos los departamentos del gobierno, desde Correos hasta la Armada. La corta victoria en las elecciones de 1868 se debió al voto de los negros, por lo que los republicanos tramitaron la Enmienda XV, para que el derecho de sufragio no dependiera de los estados. Este precepto tardó casi un siglo en aplicarse por completo. Para reprimir al Ku Klux Klan y otras organizaciones violentas de los blancos del Sur, firmó la *Enforcement Act* (1871), que decayó en la presidencia posterior. Otra norma legal para la protección de los negros fue la primera *Civil Rights Act* (1875), que establecía la igualdad de todos los ciudadanos en servicios como el transporte, el alojamiento y el pequeño comercio. Grant instauró en 1870 el Departamento de Justicia y en 1872 firmó la ley que estableció el parque nacional de Yellowstone.

Aunque perdió en el voto popular, Rutherford Hayes (1877-1881) ganó la Presidencia en el Colegio Electoral, gracias a un acuerdo entre los dos

partidos para su elección dudosa. A cambio de que los demócratas aceptaran la discutida validez del recuento en tres estados del Sur controlados por el Gobierno federal que daba los electores a Hayes, los republicanos se comprometieron a concluir la Reconstrucción. Las instituciones federales consintieron que en el territorio de la derrotada Confederación los demócratas construyeran su régimen de *«white supremacy»* . No quiso desempeñar más que un mandato y se declaró alegre de regresar a Ohio. Su legado fue el *«Solid South»* .

Hayes se enfrentó a la que fue la mayor huelga de trabajadores de ferrocarriles hasta entonces. Mandó tropas a la linde con México en 1877, con órdenes de cruzarla para perseguir a los bandidos. El presidente Porfirio Díaz protestó y también envió soldados para defender su soberanía. La crisis se superó, pero así comenzó la injerencia en el norte de México por parte de otros presidentes que invocaron la inseguridad de la frontera.

Chester Arthur (1881-1885), que venía de la sentina de corrupción de la aduana del puerto de Nueva York, se redimió en la Presidencia, a la que accedió después del asesinato de James Garfield por un peticionario de un cargo público. Amparado por la indignación popular con el *«spoils system»* , consiguió que el Parlamento aprobara en 1883 la Ley Pendleton, para retirar a los partidos de la Administración y profesionalizar la función pública. La prohibición por esta ley de la entrega de dinero por parte de los funcionarios y cargos electos a los partidos tuvo como efecto indeseado que forzó a éstos a buscar fondos en las empresas. Aceptó la ley de exclusión de la inmigración china cuando el plazo se rebajó de veinte años a diez. Su partido rechazó presentarle a la reelección.

Grover Cleveland (1885-1889 y 1893-1897), el primer demócrata elegido desde Buchanan, ganó las elecciones gracias a su honradez probada como alcalde de Búfalo y gobernador de Nueva York, que atrajo a votantes republicanos descontentos. Trató de reducir los aranceles proteccionistas para disminuir el poder de las grandes empresas y abaratar los precios. Al fracasar, acusó al Senado de estar al servicio de los *lobbies* industriales. Por esta fe vehemente en la libre competencia vetó un proyecto de ley para ayudar a los granjeros de unos condados texanos que sufrían una dura sequía. Aparte de considerar que la Administración federal no tenía competencias para ello, estaba convencido de que la certeza popular de contar con la protección gubernamental ante una catástrofe debilitaría el carácter nacional. También se opuso a un proyecto de ley federal que habría

protegido el voto de los negros en el *«Deep South»* . En 1889 constituyó del Departamento de Agricultura.

Entre sus dos mandatos, desempeñó la Presidencia Benjamin Harrison (1889-1893), un abogado y senador gris cuyos principales méritos para que la convención lo escogiera fueron su origen en Indiana, un estado dudoso, y su eslogan de un «republicanismo rejuvenecido». Fue otro de los presidentes derrotados en el voto popular. Como el Legislativo y el Ejecutivo pertenecían al mismo partido, se aprobó la ampliación de pensiones a los veteranos de la guerra civil y a sus hijos, una descarada creación de una red clientelar que Cleveland había vetado en su primer mandato. Por ello, se conoce al Congreso que la aprobó como el «Congreso de los mil millones». En 1890, promulgó la primera ley federal contra los monopolios (*Sherman Antitrust Act* ). Fue derrotado por Cleveland. Tiene el honor de ser el presidente en cuyo mandato más estados fueron admitidos en la Unión: Dakota del Norte, Dakota del Sur, Montana, Washington, Idaho y Wyoming.

La década de los 90 trajo incertidumbre social y modificó la conciencia popular. El censo de 1890 creó la sensación de que el Oeste ya había sido conquistado y la Frontera había desaparecido. La nación se volvió hacia el extranjero. La inmigración de católicos, judíos y ortodoxos rompió la unidad racial y religiosa. Se difundieron las ideas del darwinismo sobre la vida como lucha permanente y supervivencia de los más aptos. Y la recesión que se inició con el «Pánico de 1893» y concluyó en 1897 demostró a muchos que no estaban a salvo de caer en la pobreza o de regresar a ella. Las antiguas seguridades se iban desvaneciendo, pero el país no cayó en la atonía, sino que buscó nuevos trabajos a los que dedicar sus poderosas energías. Nació la «Era Progresista», en la que sus seguidores buscaban reformar la sociedad mediante distintas vías, como la erradicación de la corrupción y la pobreza, la concesión del voto a las mujeres, la extensión de la educación, la prohibición del alcohol y hasta el fomento de la contracepción y la eugenesia.

Con William McKinley (1897-1901), el último presidente del siglo XIX y el tercero en ser asesinado, Estados Unidos se incorporó al imperialismo que practicaban otras potencias. Sólo varió la excusa, diferente a las usadas por los europeos y los japoneses; en vez de la «carga del hombre blanco» o los intereses nacionales, consistió en el humanitarismo, consustancial al carácter fundacional del país.

En 1898, durante su presidencia, el Congreso declaró la guerra a España por Cuba, isla que los Estados Unidos ansiaban anexionarse desde Jefferson. Francia y sobre todo Gran Bretaña se dieron cuenta de la importancia creciente de la nueva potencia americana y colaboraron con ella. La guerra acabó ese año con la victoria total de EEUU. El país se apoderó de los restos del imperio español: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, en el archipiélago de las Marianas. Durante esta guerra, en julio, el Congreso aprobó la anexión del archipiélago de Hawái, donde los plantadores de azúcar norteamericanos habían derrocado a la reina Liliuokalani en 1893 y proclamado la república al año siguiente.

Hawái fue el último territorio adquirido por EEUU que se integró en la Unión como estado en igualdad con los demás. Tanto Puerto Rico y Guam como las siguientes incorporaciones de las islas Vírgenes Americanas y la Samoa Americana tienen un estatus legal inferior, en virtud de una sentencia del Supremo (1901) según la cual la Constitución no seguía a la bandera.

Fue el primer candidato republicano que ganó la Presidencia sin beneficiarse del voto negro del Sur y con el respaldo electoral de los obreros y los empresarios, señales de que el GOP se estaba transformando en el partido mayoritario.

## CONTRA LOS «PECES GORDOS»

Theodore Roosevelt (1901-1909) fue el presidente adecuado para unos Estados Unidos pletóricos, como él, de energía y riqueza. En el exterior, realizó más aventuras, aunque en esta ocasión sin disfraces humanitarios, y en el interior fue el defensor de los hombres sencillos frente a los abusos de los *trusts* , el primero de los cuales se había formado en 1882 en torno a la Standard Oil, y los *holdings* . Una conducta contradictoria, pero que le convirtió en uno de los presidentes más populares que ha habido, tanto que pudo intentar un tercer mandato.

Su política nacional se corresponde con el apogeo de la «Era Progresista». Aplicó la ley anti-trust para desmantelar grandes corporaciones como la Northern Securities, la Standard Oil y la American Tobacco. Se enfrentó así a magnates como John Rockefeller, E. H. Harriman y J. P. Morgan. En una huelga de mineros de carbón obligó a una negociación entre el sindicato y la propiedad. Fue la primera vez que un presidente no intervenía para restablecer el funcionamiento del libre mercado, rompiendo la huelga aunque hubiera de recurrir a la fuerza. En su

segundo cuatrienio, arremetió contra los fabricantes de medicamentos y los envasadores de carne y consiguió que mejoraran sus productos.

Se ganó el apodo del «presidente conservacionista», porque en su mandato estableció cinco parques nacionales y, en virtud de la *Antiquities Act* (1906), declaró dieciocho monumentos nacionales. En uno de ellos, el de Mesa Verde, se enfrentó al proyecto de una empresa minera de hacer prospecciones en la zona.

Sus políticas cerraron cualquier posibilidad de crecimiento del Partido Socialista de América, fundado en 1901, el mismo año de la entrada de Roosevelt en la Casa Blanca.

El republicano, combatiente en Cuba en la guerra contra España, agregó una nueva joya al imperio colonial norteamericano, el canal de Panamá, tras haber animado la independencia de esta región de Colombia. El almirante King había dicho que el mundo tenía cinco llaves —Dover, Alejandría, el cabo de Buena Esperanza, Gibraltar y Singapur— y que las cinco estaban en poder de Gran Bretaña. Roosevelt añadió una sexta llave y la guardó en la Casa Blanca.

Después de un bloqueo naval a Venezuela realizado por las flotas de tres monarquías europeas, la alemana, la británica y la italiana, el presidente dejó claro al mundo que Estados Unidos se arrogaba el papel de policía mediante la proclamación en 1904 del Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. Según éste, Estados Unidos se reservaba el derecho a intervenir en las naciones del hemisferio occidental cuando se degradaban a lo que hoy denominamos «Estados fallidos». De esta manera, el Caribe pasaba a ser una esfera de influencia exclusiva de Washington. La primera víctima fue la República Dominicana, que en 1905 sufrió una represalia militar por la muerte de un marinero norteamericano. Se hicieron tan frecuentes estas operaciones militares que el cuerpo de infantería de marina elaboró en 1921 un manual para las llamadas guerras pequeñas; ya en la segunda mitad del siglo XX recibieron otro nombre, menos eufemístico: *«Banana Wars»* . Concluyeron en 1934, en la presidencia del otro Roosevelt.

Entre la herencia de Roosevelt hay que citar a su sucesor, el presidente William Howard Taft. Un hombre tan obeso y tan educado del que se decía en Washington que se levantaba en el tranvía para ceder el asiento a tres mujeres. Sirvió a Roosevelt como secretario de Guerra. En su único mandato, mantuvo las directrices de su protector, aunque sin su energía. En política exterior, sustituyó el *«Big Stick»* por la «diplomacia del dólar»; es

decir, las inversiones y las empresas tomaron el lugar de los destructores y los *marines* . Prosiguió las demandas contra los *trusts* y fundó el Departamento de Trabajo, aunque su respaldo a una subida de los aranceles decidida en el Congreso encendió la división del partido del elefante. Más tarde, reconoció que se había sentido más feliz como presidente del Tribunal Supremo (1921-1930) que como el vigésimo séptimo jefe de Estado.

Con Roosevelt, por primera vez, el Partido Republicano se convirtió en un partido de clases medias y populares. En las elecciones de 1904 obtuvo el mayor margen de votos populares desde la victoria de Monroe en 1820.

## EL MUNDO A SUS PIES

Woodrow Wilson (1913-1921), el segundo presidente demócrata desde la guerra y el primer sureño, llegó con una plataforma denominada *«New Freedom»* , que integraba en el habitual programa de su partido medidas ya aplicadas por Roosevelt. Propuso la bajada de los aranceles para reducir el poder de los monopolios y *trusts* y el ofrecimiento de productos más baratos a las clases media y baja. También apoyó el movimiento a favor de la jornada laboral de ocho horas.

El año 1913 fue de los más importantes en el sistema económico del país. El presidente consiguió la mayor rebaja tarifaria desde la guerra; entró en vigor la Enmienda XVI, que permitía al Gobierno federal introducir un impuesto sobre la renta sin tener que prorratearlo entre los estados; y se fundó la Reserva Federal, el primer banco central desde Jackson. El mismo año, su Administración empezó a aplicar la segregación racial en las oficinas federales. Estas últimas normas sólo se abolieron a partir de Truman.

Aportó a la política exterior estadounidense un elemento idealista que en muchas ocasiones se ha visto como una capa de hipocresía que enmascaraba el simple imperialismo. Su convicción de que “conocía lo que era mejor para los extranjeros” [118] causó desastres y muertes. A pesar de sus declaraciones sobre su disposición a ayudar a los países iberoamericanos a dotarse de gobiernos democráticos y terminar con las intervenciones militares, envió tropas a México, Haití, Nicaragua, República Dominicana, Cuba, Panamá y Honduras.

Cuando estalló la Gran Guerra, Wilson proclamó la neutralidad del país, pero permitió el suministro de alimentos y bienes industriales a los Aliados.

Aprovechó el conflicto para sustituir a los beligerantes en otros mercados extranjeros. Por ejemplo, Estados Unidos pasó de ser el tercer país de origen de las importaciones españolas en 1914 a ser el primero en 1918. Debido a los ataques de los sumergibles alemanes contra barcos mercantes de bandera norteamericana o de los Aliados donde viajasen compatriotas, en 1917 entró en la guerra. Los estadounidenses regresaban a la Europa de la que habían salido sus antepasados huyendo, entre otras calamidades, de las guerras para participar en una de éstas.

Su presidencia creó el primer organismo de propaganda y manipulación gubernamental moderno: el *Comittee on Public Information* . Una de las campañas más exitosas, ideadas por su director, el periodista George Creel, consistió en entrenar a miles de voluntarios para que pronunciaran en los teatros, los parques y las reuniones públicas una arenga de cuatro minutos de duración para apoyar las decisiones del Gobierno; por ello, recibieron el nombre *«Four Minute Men»* . Consecuencias de la campaña oficial para convencer a los norteamericanos de la necesidad de ir a la guerra fueron el establecimiento de la censura, la prohibición del uso de la lengua alemana (entonces, el segundo idioma más hablado en el país) por más de una docena de gobiernos estatales, el cambio de topónimos germanos y las amenazas a personas de orígenes alemán y austriaco. "Se creaba así desde el gobierno y con el poderoso instrumento de la propaganda moderna ese estado pasional e irracional que a lo largo del siglo XX hemos podido contemplar en numerosas ocasiones". [119]

En enero de 1918 presentó al Congreso sus «Catorce Puntos», un programa para la paz que introdujo en la política internacional el derecho de autodeterminación, también propuesto por Lenin a finales de 1917. Un principio indeterminado y confuso que ha sido fuente de conflictos desde entonces. La importancia y la popularidad de Wilson en Europa eran tales que acudió a la conferencia de paz de París, con lo que se convirtió en el primer presidente norteamericano en viajar a Europa durante su mandato. Allí permaneció durante seis meses, un período tan largo que causó irritación en Washington. Impulsó el desmembramiento del imperio austrohúngaro. El plan para la fundación de la república de Checoslovaquia se fraguó entre los desterrados checos en Estados Unidos.

El presidente demócrata "proponía un orden mundial en que la resistencia a la agresión se fundamentara en juicios morales; no geopolíticos. Las propias naciones se preguntarían si un acto era injusto y

no si era amenazador” [120] . Su gran propuesta para la posguerra, la Liga de Naciones, resultó un fracaso y la ONU tomó su lugar en 1945. En cambio, fue un éxito el grupo *Inquiry* , formado en 1917 por ciento cincuenta académicos para planear la posguerra; sus documentos fundamentan los «Catorce Puntos». Los miembros de *Inquiry* fundaron en 1921 el *Council on Foreign Relations* , una de las instituciones más influyentes a nivel mundial en el siglo XX.

En octubre de 1919, un derrame cerebral le incapacitó para proseguir en la Presidencia, pero su mujer, Edith Boiling, y su gobierno ocultaron su enfermedad. El Senado rechazó su gran proyecto de la Liga de Naciones, a fin de no mantener alianzas permanentes con ninguna otra nación.

Merced a Wilson se constató que EEUU era una potencia no sólo económica, sino también militar y diplomática, capaz de implicarse en los asuntos europeos. La ideología wilsoniana, precedente de un gobierno mundial, es una de las grandes fuerzas que en el siglo XX ha contribuido a destruir los últimos testimonios de las sociedades tradicionales de otros continentes, como las monarquías [121] . Por eso, para muchos historiadores “ha sido el hombre más influyente que ha ocupado la Casa Blanca” [122] . Sin Lenin no habría habido Hitler, pero tampoco sin Wilson. El primero creó el miedo al bolchevismo y la revolución mundial; y el segundo provocó una inestabilidad en Centroeuropa y un resentimiento que fundamentaron el deseo alemán de revancha.

## EL DURO DESPERTAR DEL SUEÑO AMERICANO

Warren Harding (1921-1923), Calvin Coolidge (1923-1929) y Herbert Hoover (1929-1933), los tres presidentes republicanos que se sucedieron entre Wilson y Roosevelt de 1921 a 1933, fueron un paréntesis debido a la Gran Depresión.

La economía creció de manera asombrosa en los *«Roaring Twenties»* . Entre 1919 y 1929, el PIB pasó de 72.400 millones a 104.000 millones y la renta per cápita subió de 710 dólares a 857. En los quince años entre 1912 y 1927 el porcentaje de la población que vivía en hogares con electricidad aumentó del 16% al 63%. Las Administraciones invirtieron más de mil millones de dólares anuales en la década de los 20 para construir y asfaltar carreteras por las que circulaban en 1929 veintisiete millones de automóviles, uno por cada cinco ciudadanos. Cuando esta prosperidad se derrumbó por la crisis del 29, sepultó sus medidas a favor de las grandes

empresas, la bolsa, la banca y la apertura de mercados y en contra de los subsidios públicos. Sin embargo, estos presidentes adoptaron medidas como la eliminación de la jornada diaria de doce horas de las siderurgias, la ampliación del crédito a los agricultores y el fomento del cooperativismo entre éstos, la concesión de subsidios a los estados para reducir la mortalidad infantil y el comienzo de la negociación colectiva.

Harding fue el primer presidente electo por mujeres, ya que la Enmienda XIX entró en vigor en el verano anterior a las elecciones de 1920. En su discurso inaugural de 1921 presentó la retirada de EEUU de los asuntos europeos:

> "El progreso registrado en nuestra República, tanto material como espiritual, demuestra la sabiduría de la política heredada de no participación en los asuntos del Viejo Mundo. Confiando en nuestra capacidad de decidir nuestro propio destino y protegiendo celosamente nuestro derecho a hacerlo, no pretendemos tomar parte en la dirección de los destinos del Viejo Mundo. No queremos ser enredados en ellos. No aceptaremos ninguna responsabilidad, excepto la que determinen nuestro propio juicio y conciencia".

En una prueba de la superioridad del capitalismo sobre el comunismo, envió ayuda alimenticia a la Rusia de Lenin para paliar la primera de las hambrunas del régimen bolchevique. Indultó en 1921 al socialista Eugene Debs, encarcelado por sedición debido a su oposición a la guerra.

A Coolidge, el único presidente nacido en un aniversario de la independencia, se le acusa de inflar la burbuja financiera al aumentar el dinero en circulación con la reducción de los impuestos de la renta y de sucesiones, la subida de los aranceles y el veto a numerosos programas federales de gasto público. Promulgó en 1924 la *Indian Citizenship Act* , que concedía la nacionalidad a todos los nativos. Los débiles intentos presidenciales de proteger a los negros fueron boicoteados por los demócratas. Éstos se opusieron a un proyecto de ley federal promovido por Harding para tipificar el linchamiento como un delito federal. Coolidge decidió no presentarse a las elecciones de 1928 a pesar de su popularidad. En sus memorias se justificó con la siguiente frase: "Es una muy buena idea retirarse cuando aún se te reclama". [123]

En su discurso de aceptación de la candidatura republicana, en agosto de 1928, Hoover, entonces secretario de Comercio en el gobierno de Coolidge, dijo: "En América hoy estamos más cerca del triunfo definitivo sobre la

pobreza de lo que lo haya estado nunca nadie en la historia. (…) No existe mayor garantía contra la pobreza que un empleo para cada hombre. Éste es el primer objetivo de las políticas económicas que proponemos”. La Bolsa se hundió en octubre de 1929 y comenzó la Gran Depresión. La reacción de Hoover fue la más equivocada de las posibles, pues redobló el proteccionismo nacional, con lo que provocó más desempleo interno y la paralización del comercio internacional. En una cruel paradoja, las barriadas de chabolas que crecieron en las grandes ciudades se llamaron *Hoovervilles* .

Aunque la Gran Guerra concluyó con la victoria de los Aliados, la mayoría de los norteamericanos se sintió decepcionada con el resultado del sacrificio de 116.000 hombres (más de la mitad murió de enfermedades, sobre todo de la gripe) y atribuyó la implicación de EEUU en el conflicto a la manipulación propagandística realizada por los británicos.

El rechazo a la incorporación a la Liga de Naciones no implicó un aislacionismo estricto. Estos presidentes firmaron el Tratado Naval de Washington (1921), que limitó las flotas de guerra de las principales potencias, y el Pacto Briand-Kellog (1928), por el que las partes se comprometían a renunciar a la guerra, aunque sin incluir ninguna medida para asegurar el compromiso. La conflictividad de los años 30 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial los convirtió en papel mojado.

Se aprobaron en esta década las más rígidas leyes de restricción de la inmigración, que se mantuvieron vigentes, con excepciones debidas a la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, hasta los años 60.

En esa América feliz, el principal debate social versaba sobre la aplicación y las consecuencias de la Enmienda XVIII, que estableció la ley seca a partir de 1919.

Harrison, que presidió una de las Administraciones más corruptas (por obra de la *«Ohio Gang»* ), ha sido completamente olvidado. A Hoover se le recuerda por su filantropía, que realizó durante toda su larga vida de noventa años. Y a Coolidge le recuperó Ronald Reagan cuando mandó colocar un retrato suyo en la Sala del Gabinete. En sus memorias, Reagan lamentó que el hombre de Vermont fuera uno de los presidentes más subestimados y le elogió por haber bajado impuestos, en vez de subirlos, para pagar la deuda de la Gran Guerra, con lo que aumentó los ingresos fiscales. A diferencia de su admirador, Coolidge era lacónico en el hablar; sin embargo, los dos se comportaron igual ante una huelga de funcionarios.

Coolidge, como gobernador de Massachusetts, despidió a los policías que se pusieron en huelga y Reagan, como presidente, le imitó con los controladores aéreos.

## EL ESTADO INTERVENCIONISTA Y LA «PRESIDENCIA IMPERIAL»

Después de Lincoln, Franklin Delano Roosevelt es el presidente (1933-1945) que afrontó las mayores pruebas. Dirigió la nación en los años de la Gran Depresión y, después, en la Segunda Guerra Mundial, y ambas catástrofes cambiaron de arriba abajo Estados Unidos.

Las elecciones de 1932 no tuvieron más que un asunto: la crisis económica. Franklin Delano Roosevelt, gobernador de Nueva York, se presentó con el programa del *«New Deal»* y prometió que los días felices volverían (*«Happy Days Are Here Again»* ). Desde hace unos años, se pone en duda la efectividad del *«New Deal»* para sacar de la recesión a EEUU y se atribuye la recuperación a la movilización de recursos por la guerra. Y en parte es verdad: en junio de 1940 el número de desempleados era de nueve millones y en septiembre de 1943 cayó a 780.000; pero en julio de 1932, meses antes de las elecciones, el número de parados se acercaba a los quince millones, un 25% de la población laboral.

Sin embargo, las medidas que tomó la Administración Roosevelt a partir de marzo de 1933 tuvieron efectos evidentes en la mejora de la economía y en el mantenimiento de la paz social. Cientos de miles de familias que vivían en la miseria pasaron a disponer de un subsidio. El Estado creó empleos temporales para los desempleados. Instituyó la Seguridad Social. Garantizó a los trabajadores del sector privado el derecho a sindicarse, a la vez que prohibía a los empresarios tomar represalias contra ellos, y la negociación colectiva (*National Labor Relations Act* ). Estableció un salario mínimo y las horas extra pagadas en las empresas privadas con actividad interestatal (*Fair Labor Standards Act* ). La sindicación aumentó y también la profesionalización de los sindicatos. El Estado federal pagó enormes obras públicas y abonó dinero a los agricultores por dejar de cultivar sus campos y por matar ganado en lugar de venderlo, a fin de subir los precios. En el sector financiero, se fundó la Comisión de Bolsa y Valores y se separaron la banca comercial y la de inversión (*Glass-Steagall Act* ). La actividad legislativa se extendió a las artes, con la promoción de conciertos gratuitos, renovación de archivos y bibliotecas, pinturas en edificios públicos, etc.

Para el historiador Degler,

"quizá la alteración más sorprendente en el pensamiento estadounidense alimentada por la depresión se halle relacionada por el papel desempeñado por el gobierno en la economía. En el transcurso de la década de 1930, el pueblo estadounidense, golpeado y aturdido por el hundimiento económico, abandonó de una vez y para siempre la doctrina del *laissez-faire* ". [124]

El Partido Demócrata se convirtió en el partido mayoritario y lo sería por las siguientes dos décadas. FDR, que nació en una familia rica, se hizo representante y defensor de las clases populares, y en él no sonó fingido. Forjó una coalición que comenzó a agrietarse en los 60, cuando los demócratas fueron seducidos por las «guerras culturales», y cuyos últimos restos pervivieron hasta finales del siglo. Unió en un solo partido a los demócratas racistas sureños, a los negros instalados en las ciudades del norte, a los católicos y judíos, a los sindicatos, a los inmigrantes y a los granjeros del Medio Oeste. Dejó al republicano como el partido de la queja, al servicio de los «peces gordos».

"Fue una combinación ambigua de manipulador político y visionario. Gobernó más a menudo por instinto que por análisis". [125] Y supo encabezar manifestaciones ajenas. En la campaña de 1940, cuando rompió la tradición de que los presidentes no se presentasen a un tercer mandato (antes la había roto su pariente Theodore Roosevelt, aunque desde fuera del poder y con un partido nuevo), prometió a una ciudadanía mayoritariamente contraria a la intervención militar en Europa que sus hijos no morirían en una guerra extranjera. En este sentido, aumentó el grado de cinismo en la política.

Excelente orador, dotado además de una poderosa y cálida voz, expuso en su discurso del estado de la Unión de enero de 1941 las cuatro libertades humanas esenciales que proponía para el mundo de posguerra, y de las que ya gozaban los norteamericanos: libertad de religión, libertad de expresión, libertad de vivir sin penuria y libertad de vivir sin miedo.

Promovió la aprobación por el Congreso de la Ley de Préstamo y Arriendo, en marzo de 1941, para ayudar al Reino Unido en su lucha contra Alemania, ley que luego amparó el envío de suministros a China y la URSS. Roosevelt no sólo quería derrotar al Eje, sino que también pretendía la demolición del Imperio británico y de todo el colonialismo europeo. La Carta del Atlántico, suscrita por Roosevelt con el primer ministro británico Winston Churchill en agosto de 1941, aparte de referirse de manera poco prudente al régimen alemán, con el que todavía mantenía relaciones

diplomáticas normales, como «la tiranía nazi», sembró la semilla de la independencia de los pueblos colonizados en África y Asia. "Para Roosevelt, el verdadero enemigo era el imperialismo europeo y, en ese sentido, los británicos representaban un obstáculo sólo ligeramente menor —y en algunos aspectos incluso mayor—que el que el Reich suponía". [126] Guiado por su ideología «progresista», planeó un reparto del nuevo mundo entre EEUU y la URSS. Estaba convencido de que seduciría y civilizaría a Stalin, de cuyos genocidios estaba perfectamente informado, por su encanto personal y sus concesiones. El historiador Robert Conquest juzga así al presidente:

> "Roosevelt nunca entendió a Stalin (…) Roosevelt nunca había comprendido bien la política exterior. Comprendió que había que defender el mundo frente a Hitler, pero no se dio cuenta de que podían existir otras potencias peligrosas (…). Pienso, pues, que Roosevelt se engañó, aunque no en la medida en que la gente suele creer". [127]

Con la ayuda de magníficos ejecutivos como el general Marshall, la industria norteamericana suministró 500.000 camiones a la URSS, construyó 300.000 aviones militares y civiles, más de 8.000 tanques Sherman y 2.710 cruceros de la clase *Liberty* , imprescindibles para el transporte de mercancías y soldados.

Una de las decisiones capitales de Roosevelt para la posguerra fue la sustitución en el *ticket* para las elecciones de 1944 de su vicepresidente entre 1941 y 1945, el izquierdista Henry Wallace, que consideraba a la URSS una réplica similar a EEUU, por el más conservador y realista senador Harry Truman.

Por sus obras, su respetabilidad y su elocuencia, Roosevelt recuperó el prestigio de la Presidencia entre los norteamericanos. También contribuyó a ello el silencio de la prensa, que ocultó sus defectos en unos casos por la situación de guerra y en otros por un pudor ante la vida privada que, a partir de los años 70, se fue esfumando. Como prenda de su relación de seducción y secretismo con la prensa, Roosevelt inventó la expresión *«off the record»* [128] , en seguida repetida en crónicas y columnas.

Sobre FDR cayó el manto de la «Presidencia Imperial», que, como todo monarca que funda un reino, llevó como si se hubiera cosido para él.

## EEUU NO ABANDONA A EUROPA

Truman (1945-1953) intentó proseguir el *«New Deal»* con el *«Fair Deal»* ,

centrado en las áreas de la educación, la sanidad y el sindicalismo. Sin embargo, el Congreso lo rechazó, gracias a la unión de los republicanos con los demócratas conservadores (no sólo del Sur), todos ellos contrarios a la expansión de la burocracia y el Estado de Bienestar. En el campo nacional, fue el primer presidente demócrata que aprobó medidas en favor de los negros, de las cuales la más efectiva fue la eliminación de discriminaciones en las Fuerzas Armadas.

A Truman se le debe la implicación definitiva de Estados Unidos en la política internacional y la sustitución de los restos de la política idealista que quedaban en amplios sectores de los funcionarios vinculados a Roosevelt por la política realista: los soviéticos no son aliados de confianza ni «progresistas», sino comunistas decididos a expandir su ideología y su poder por la fuerza con el objetivo último de dominar el mundo. En consecuencia, proclamó la Doctrina Truman, por la que Estados Unidos se comprometía a ayudar a las naciones que resistieran al imperialismo comunista. Manifestaciones de esta política fueron el apoyo al bando monárquico en la guerra civil griega, el puente aéreo para abastecer Berlín, la constitución de la OTAN (la primera alianza militar de Estados Unidos en período de paz) y la elaboración del Plan Marshall. Para defender a Corea del Sur de la invasión del norte comunista recurrió a las Naciones Unidas. También reconoció al Estado de Israel.

Como parte de las nuevas responsabilidades globales del país, Truman puso en marcha varias de las instituciones de la «Presidencia Imperial», como en 1946 la jefatura de gabinete de la Casa Blanca y en 1947 la CIA, la Agencia de Seguridad Nacional, el Consejo de Seguridad Nacional y la Junta de Jefes de Estado Mayor (*National Security Act* ). En el interior, la «Presidencia Imperial» creció acompañando la expansión del Estado de Bienestar, con enmarañadas regulaciones legales y reglamentarias sobre infinidad de asuntos: fiscalidad, ecología, empleo, raza, educación, vivienda, comunicaciones…

Aunque despreciado en su momento por su carencia de educación universitaria y su origen provinciano, su presidencia es cada vez más respetada.

## ADVERTENCIA SOBRE LOS PODERES OCULTOS

Dwight Eisenhower (1953-1961) derrotó en el Partido Republicano, tanto en las primarias como una vez en el gobierno, a los sectores contrarios al *«New Deal»* y la participación de Estados Unidos en guerras y alianzas

extranjeras. En el campo nacional, fue el primer ejemplo de la aceptación por la derecha de la sociedad diseñada por la izquierda reformista. Primero sucede con programas económicos, pero luego se extiende a ideas políticas, morales y culturales. A este fenómeno se le llama en Europa «consenso socialdemócrata» y en Estados Unidos «consenso bipartidista», aunque en esos años recibió el nombre de «republicanismo moderno». La izquierda escoge los asuntos que coloca en el debate y los soluciona a su manera; la derecha refunfuña un poco y luego acepta tanto la existencia del problema como la solución ya dada.

Aunque los años 50 fueron un período de crecimiento económico, Eisenhower, que se describía como "un creyente en la moderación", según Arthur Krock, se negó a bajar impuestos, como le pedía el sector tradicional del Partido Republicano, y prefirió equilibrar el Presupuesto. Impulsó un programa de construcción de más de 60.000 kilómetros de autopistas y autovías que hoy lleva su nombre. No dudó en recurrir al Ejército y la Guardia Nacional para aplicar en los estados del Sur las sentencias del Supremo que ponían fin a la segregación en las escuelas y las universidades.

En política exterior se adhirió al «wilsonianismo» de los demócratas. En sus dos discursos de inauguración declaró que la misión de Estados Unidos era defender la libertad general, al margen de consideraciones geográficas o de su propio interés nacional. Prosiguió la Doctrina de Contención de la URSS. Alcanzó un armisticio en la guerra de Corea y no intervino en la Hungría rebelada contra Moscú. Autorizó a la CIA derrocar gobiernos poco fiables para Washington, directriz que siguieron otros presidentes. A la vez, eliminó a rivales por la hegemonía en el bloque occidental, pues exigió a los europeos la descolonización y detuvo la última aventura africana de Francia y Gran Bretaña en Egipto. Sacó a España de su tradicional aislamiento con la firma en 1953 de unos acuerdos de defensa mutua. Unos años después, en 1959, fue el primer presidente de EEUU en visitar España y abrazó a Franco en Madrid. Comenzó los contactos con el sucesor de Stalin, fallecido en 1953, Nikita Kruchov, y estableció el programa espacial para competir con los soviéticos, que en 1957 pusieron en órbita el *Sputnik* .

Comenzó la erosión del *«Solid South»* al llevarse en las dos elecciones Texas, Florida y Virginia. Fue el primer republicano en vencer en Luisiana (1956) desde Hayes (1876). Dos de sus errores más groseros fueron los nombramientos para el Tribunal Supremo de Earl Warren y William Joseph

Brennan, que decantaron la jurisprudencia de los años siguientes a favor de la izquierda en las «guerras culturales».

El por ahora último general presidente se despidió de los norteamericanos con un discurso televisado el 17 de enero de 1961 en el que alertó sobre una amenaza para la democracia [129] :

> “En los departamentos del gobierno, debemos estar en guardia ante la adquisición de influencia injustificada, sea o no buscada, por parte del complejo militar-industrial. El riesgo para un aumento funesto de este poder inadecuado existe y persistirá. Nunca debemos permitir que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades o procesos democráticos. No debemos dar nada por garantizado. Sólo una ciudadanía alerta e informada puede obligar al encaje correcto de la enorme maquinaria de defensa industrial y militar con nuestros métodos y objetivos pacíficos, de modo que la seguridad y la libertad puedan prosperar juntas”.

Una advertencia muy adecuada sobre los poderes ocultos que manipulan la democracia o al Gobierno que se recordó cuando, en los años posteriores, se produjeron acontecimientos como los asesinatos de Jack y Bobby Kennedy y del reverendo Martin Luther King, la continuación de la guerra de Vietnam y la conspiración confesada contra Donald Trump.

## LA SEDUCCIÓN DE LA PRENSA

También Kennedy (1961-1963) dejó grandes frases y eslóganes. Sólo tres días después de la despedida de Eisenhower, pronunció un hermoso discurso inaugural de cuyas frases la más famosa es ésta: “Compatriotas: preguntad, no qué puede vuestro país hacer por vosotros; preguntad qué podéis hacer vosotros por vuestro país”. Otras de sus citas son las siguientes: “No negociemos por miedo, pero no tengamos miedo a negociar”, “elegimos ir la luna no porque sea fácil, sino porque es difícil”, “no olvidemos nunca que el arte no es una expresión de la propaganda, sino una expresión de la verdad”. Para Kennedy, el estilo (la oratoria, la imagen, los eslóganes) era un elemento capital en política.

Su administración, formada por los que él presentó como “los mejores y más brillantes” (*“the best and the brightest”* ), aumentó la intrusión de la CIA en otros países y aprobó hasta magnicidios, como el del presidente de Vietnam del Sur, al que dos años antes su vicepresidente había elogiado como “el Winston Churchill de Asia”. Lo peor de su legado es que implicó

a EEUU en Vietnam, en parte convencido por Johnson, que, después de un viaje a Vietnam del Sur en mayo de 1961, le dijo que allí se jugaba el destino del Sureste de Asia entre los dos bloques. Cuando Kennedy tomó posesión, el número de asesores en Vietnam del Sur era inferior a trescientos y cuando fue asesinado superaba los 16.000. En otoño de 1963 ordenó una retirada parcial de tropas que no se sabe si se hubiera ampliado en los meses posteriores. Solucionó la crisis de los misiles con la URSS, que a punto estuvo de desencadenar una guerra.

"Le perdonamos y consentimos porque nos caía simpático. Y porque tenía una esposa preciosa. Camelot es divertido, incluso para los campesinos, a condición de que sea televisado en sus chozas", escribió Joe McGinniss [130] . El entusiasmo y la indulgencia con el que la prensa trató al trigésimo quinto presidente y a su Administración, si bien ya indicaba la *«special relationship»* entre periodistas y políticos demócratas, no llegó al grado de concubinato público de la presidencia de Barack Obama, cuarenta años más tarde.

## LA «GRAN SOCIEDAD» Y EL GRAN GASTO

Mientras John Kennedy pidió sacrificios al pueblo estadounidense, Lyndon Baines Johnson (1963-1969) le prometió la felicidad [131] . Obtuvo la mayor victoria en voto popular de todos los presidentes desde 1820 y, sin embargo, terminó su mandato hundido en el descrédito.

Así describe el historiador Johnson a este hombre, del que afirma que "no tenía escrúpulos":

> "Por temperamento y convicción él era un gran gastador, y pensaba que Estados Unidos, a mediados de los sesenta, después de veinte años de crecimiento y prosperidad sin interrupción, estaba en posición de retomar el *«New Deal»* en una escala mucho más ambiciosa; FDR siempre fue su héroe y ejemplo. No le interesaba en nada el anémico programa de Kennedy, la *«new frontier»* ". [132]

La «Gran Sociedad» por la que LBJ ha pasado a la historia de su país incluía programas y fondos para librar la «Guerra contra la Pobreza», reducir la contaminación, construir viviendas, asegurar la higiene de los alimentos, matar ratas, ampliar los transportes públicos, etc. Entre ellos figuran dos programas de asistencia sanitaria: *Medicare* , dedicado a los ancianos, y *Medicaid* , para personas de pocos ingresos. Otra de las consecuencias fue el activismo de la Administración para conseguir sus

objetivos mediante controles, cuotas, inspecciones, comités… Como toda burocracia, los componentes de la «Gran Sociedad» se expandieron y demandaron cada vez mayor presupuesto, por lo que incrementaron el gasto público, los impuestos y la inflación. Un ejemplo de los programas que no funcionaron, a pesar del dinero derrochado en ellos, fue el de Job Corps.

En junio del año de su asesinato, Kennedy remitió al Congreso un proyecto de Ley de Derechos Civiles (*Civil Rights Act* ). Sorprendentemente, Johnson, que se había opuesto como legislador federal a normas similares en los años de Truman, consiguió que se aprobase en 1964, meses antes de las elecciones. La ley permitía a la Administración federal intervenir en los niveles inferiores, es decir, en los estados, los ayuntamientos, las escuelas, las empresas y los centros de votación para eliminar la discriminación racial. El *«Solid South»* se rebeló contra el Partido Demócrata cuando éste puso fin a la supremacía blanca.

Las razones de semejante cambio son las siguientes. Por un lado, la emigración de familias blancas al Sur, sobre todo a Texas y Florida, estaba cambiando demográficamente la región, que también estaba dejando de ser principalmente agraria. A la vez, aumentaban los negros asentados en el Norte y el Noreste, que se convertían en un bloque electoral atractivo para los demócratas, pero a condición de que les ofreciesen, no sólo sueldos altos y pensiones, sino también elementos inmateriales como respeto y dignidad. Y, por último, LBJ quería pasar a la historia como un nuevo Roosevelt, al que admiraba (a diferencia de a Kennedy, al que no soportaba) y cuyo *«New Deal»* había apoyado en el Congreso.

Johnson fue el primer presidente en dirigir una guerra sin contar con la declaración formal del Congreso, argucia que han tratado de repetir otros presidentes. En agosto de 1964, los parlamentarios, engañados por el Ejecutivo, aprobaron la Resolución del golfo de Tonkín, que concedía al presidente el permiso para emplear toda la fuerza militar convencional que considerase precisa para defender a países miembros del tratado de la SEATO, entre los que hallaba Vietnam del Sur. Inmediatamente, el presidente ordenó una escalada, con despliegue de tropas de reclutamiento obligatorio. Luego se supo que el ataque norvietnamita a dos barcos de la Armada de Estados Unidos fue un montaje del Gobierno para convencer a los legisladores. Igualmente, en esta presidencia diversos informes militares y de inteligencia demostraron que EEUU no podía ganar la guerra, a pesar de lo cual Johnson aumentó los envíos de soldados. La Ofensiva del Tet,

aunque concluyó en una derrota de Vietnam del Norte, inoculó en el pueblo norteamericano la sensación de que la guerra no era ganable.

Fue tal la discordia civil que causó Vietnam que el presidente sólo podía dar discursos sin enfrentarse a protestas en el interior de bases militares. Algunos de los ministros y asesores de las dos Administraciones demócratas que habían apoyado el despliegue en Vietnam pasaron a criticar la guerra y hasta a incitar a la desobediencia. En 1967, LBJ ordenó a la CIA que espiase al movimiento pacifista, porque estaba convencido de que lo controlaban Moscú y Pekín. El presidente demócrata elegido con mayor porcentaje de voto popular de la historia renunció a presentarse a la reelección en 1968 y concluyó ese año con casi 17.000 muertos norteamericanos.

Arthur Krock señaló así la responsabilidad de JFK y LBJ en Vietnam: "Una guerra cuya magnitud hicieron inevitable dos presidentes (que) quedará en la historia como un ejemplo perfecto de los desastres que dejan caer sobre una nación los todopoderosos jefes de Estado que saltan antes de mirar" [133] . La misma sentencia se puede aplicar a la campaña iraquí que llevó a cabo George W. Bush.

## SÓLO NIXON PODÍA VIAJAR A CHINA

El comportamiento de Richard Nixon (1969-1974) en el «caso Watergate» y su aversión a quienes consideraba sus enemigos políticos, incluso dentro de su partido y su Administración, desprestigiaron su presidencia. Cuando se acercaba su *impeachment* por el Congreso, los periodistas se vengaron del menosprecio con que el californiano les trataba desde finales de los años 40. Su humillante dimisión oscurece su herencia, cuyas consecuencias aún nos afectan.

El «Watergate» desveló uno de los grandes secretos de Washington: los presidentes usaban su poder para espiar a sus rivales.

> "Si el apretón de manos es el acto umbral de la política, ¿qué puede decirse de la búsqueda de trapos sucios? Es el impulso primigenio, el manantial de todas las tácticas y estrategias, el ejercicio más antiguo y deshonesto vinculado a la voluntad de poder. Los griegos la practicaban. Casio la practicó. Hasta su santidad FDR recurrió al servicio de inspección de Hacienda para buscar trapos sucios entre sus oponentes. Es uno de los cimientos del negocio, la herramienta más rastrera, el destino inevitable, donde siempre termina la historia.

Puede practicarse o no de forma elegante; normalmente no, al menos a finales del siglo XX. Se puede utilizar a regañadientes o refocilándose en ella, pero siempre se utiliza”. [134]

El Comité de Inteligencia del Senado descubrió en 1975 que todos los presidentes entre Roosevelt y Nixon habían recurrido al FBI para interceptar el correo y el teléfono de personas sin vínculo alguno con la delincuencia o el espionaje para gobiernos extranjeros. Lo hizo Nixon, lo hicieron otros antes que él y lo hicieron más después. La diferencia radica en que únicamente se le pilló a él.

Nixon retiró las tropas de Estados Unidos de Vietnam del Sur como parte del proceso de «vietnamitación» de la guerra. En las relaciones exteriores, causó un cambio de eje al pasar de un mundo bipolar a una política triangular, al reconocer a la China roja y convertirla en aliada frente a la URSS. Nixon compensó así la «pérdida de China» con la que él y sus compañeros republicanos habían asaeteado a Truman cuando Mao venció en la guerra civil a Chiang Kai-shek, viejo aliado de EEUU, y forzó a los nacionalistas a refugiarse en la isla de Formosa. Como se decía en una película de la serie de *Star Treck* , “solo Nixon podía ir a China”. Y el viaje a Pekín, en febrero de 1972, tuvo profundas consecuencias geopolíticas. La Unión Soviética, asustada al quedar encajada entre la OTAN por el oeste y China por el este, abandonó las tácticas dilatorias en las negociaciones de desarme. Sólo unos meses después de su reunión con Mao Zedong, Nixon se desplazó a Moscú para firmar el SALT, el primer tratado de limitación de misiles antibalísticos, que duró hasta el siglo XXI. La contención dio paso a la distención. Washington recibió ofrecimientos de Leónidas Bréznev para pactar una alianza contra los chinos. Nixon fue el primer presidente desde Theodore Roosevelt que dirigió la política exterior desde el interés nacional [135] .

El anticomunista y supuestamente belicista Nixon comenzó una época de deshielo y pacificación: retirada de Vietnam del Norte, acuerdos de desarme nuclear, sentó los cimientos para el proceso de paz entre israelíes y árabes, y puso en marcha la Conferencia sobre Seguridad Europea de Helsinki. Su presidencia confirmó que los puntos fijos en política son muy pocos. Sin embargo, su reacción en Iberoamérica a la extensión de las guerrillas estimuladas por Cuba condujo a la formación de varias juntas militares. Cuando falleció en 1994, Bill Clinton le elogió diciendo que Nixon fue “un estadista que buscó construir una estructura de paz duradera”.

Merced al abrazo entre Nixon y Mao, China "se convirtió en bastión honorario de la democracia y de la libre empresa, papel en el que sustancialmente permanece, no obstante las últimas acciones represivas". Esta frase la escribió en 1992 el economista John Kenneth Galbraith, asesor de Kennedy, en su libro *La cultura de la satisfacción* . La insólita alianza entre la mayor democracia y la mayor tiranía del mundo también ha sobrevivido a diversas presidencias (como ocurre con la de la Casa de Saud), aunque perjudicase al pueblo norteamericano. Pasados unos años, en 2017, el alumno aplicado riñó al maestro gruñón, cuando el dictador chino, Xi Jinping, defendió en el Foro de Davos la globalización económica y censuró el proteccionismo, abanderado entonces por el gobierno de EEUU.

Repitió el mismo error de su mentor, Dwight Eisenhower, al escoger al presidente del Tribunal Supremo y, al igual que él, Nixon aceptó mucho del «consenso socialdemócrata», como la «discriminación positiva». Reformó el Plan Filadelfia, de la presidencia de LBJ, que obligaba a las empresas que contratasen con la Administración federal a cumplir cuotas de minorías entre sus empleados y había sido declarado ilegal. Elaboró programas de asistencia social, aunque con la salvedad de supeditarlos a que los beneficiarios realizasen formación laboral o aceptasen empleos. Sin embargo, los demócratas se opusieron. Como otro presidente republicano, Theodore Roosevelt, promovió el respeto a la naturaleza al establecer la Agencia de Protección Ambiental (EPA).

En 1971, suprimió la convertibilidad del dólar por una cantidad fija de oro, aprobada en los Acuerdos de Bretton Woods (1944). El Tesoro no podía seguir respaldando la moneda con sus reservas de oro, debido al déficit causado por la guerra de Vietnam y los programas sociales que aplicaron él y Johnson. La inflación se convirtió en una incómoda invitada que sólo aceptó retirarse en los años 90. También impuso un control de precios temporal por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. A este conjunto de medidas se le denomina *«Nixon shock»* . En uno de los discursos en los que defendió sus decisiones, el presidente usó la expresión "nueva política económica", la misma con que el bolchevique Lenin presentó en 1921 una fase en la construcción del comunismo en Rusia.

Al eliminar la paridad fija para el dólar, éste y las demás divisas empezaron a fluctuar en los mercados internacionales, lo que ha provocado crisis financieras, y, también, la emisión de cantidades ingentes de dinero por los bancos centrales. Las consecuencias, que hoy padecemos, son

burbujas de deuda y crédito.

## EL CONSERVADOR OPTIMISTA

Gerald Ford (1974-1977) tuvo que reparar una casa que se estaba desmoronando. Pareció que la Presidencia iba a perder poderes y EEUU caería del rango de superpotencia. El Congreso rehusó concederle fondos para ayudar al sitiado Vietnam del Sur, cuya capital cayó en abril de 1975, y frenar a los guerrilleros comunistas en Angola. Siguiendo la, a veces, abochornante ineptitud en política exterior de las élites norteamericanas pidió al jefe del Estado español, Francisco Franco, que le ayudara a desestabilizar el Portugal izquierdista, a lo que el español se negó [136] . Con la colaboración de George Herbert Bush, presidente del Comité Nacional Republicano, salvó su partido. La personalidad desconfiada de Nixon, responsable de su caída, al menos había mantenido apartada a la organización republicana del «caso Watergate».

Jimmy Carter (1977-1981) sufrió la mayor humillación de la Presidencia desde su nacimiento, con el secuestro del personal de la embajada en Irán. Con la invasión de Afganistán por el Ejército Rojo (1979), la URSS alcanzó su mayor influencia territorial. En el interior, su último año completo registró la mayor tasa de inflación desde 1947 y la mayor tasa de homicidios de su historia. Estableció en 1979 el Departamento de Educación.

Los dos fueron dirigentes de transición cuya mediocridad sirvió de pedestal a Ronald Reagan (1981-1989), cuadragésimo presidente. Si FDR fue imprescindible para la derrota del nacionalsocialismo alemán, Reagan lo fue para la victoria sobre la URSS. Ambos tuvieron en común su arte para transmitir una descomunal confianza y un arrollador optimismo entre sus conciudadanos. Después de “una generación de dudas, cuestionamientos y críticas internas”, Reagan restauró el sentido del idealismo y los principios consustanciales a la nación estadounidense, así como de la Presidencia como símbolo y guía [137] . Contaba para ello con “un don misterioso para unir al pueblo norteamericano” [138] .

El único presidente que ha sido miembro de un sindicato encarnó una «revolución conservadora» que no se limitó a bajar los impuestos, sino que se extendió a las ideas. La derecha se atrevía a romper con el paradigma progresista. Una de las manifestaciones fue el enfrentamiento con el bloque

socialista. Reagan concluyó el período de deshielo (*détente* ) entre EEUU y la URSS comenzado por Nixon. Puso en marcha un programa de armamento de alta tecnología, la Iniciativa de Defensa Estratégica, que acabó de arruinar a la URSS. La economía del «imperio del mal» (como lo definió con escándalo de las mentes progresistas de Nueva York, Los Ángeles y Washington [139] ) se encontraba en decadencia debido a la bajada de los precios del petróleo y era incapaz de cosechar suficiente trigo para alimentar a su población [140] . La nueva carrera tecnológica condujo a la quiebra a la Unión Soviética. En otro acto de inteligencia, Reagan aprovechó la necesidad de Moscú de cortar su gasto militar para pactar con Mijaíl Gorbachov, el vano dirigente soviético, una nueva reducción de armamentos.

Entre sus fracasos, el déficit fiscal y la reversión de la agenda progresista, que elevó a derechos asuntos como el aborto y el sexo sin responsabilidad. Varios de sus nombramientos en el Tribunal Supremo, como el de la primera mujer, Sandra Day O'Connor, y sobre todo el de Anthony Kennedy, que han votado a favor de las causas izquierdistas.

La renovación del conservatismo que realizó Reagan vale también para los conservadores europeos. Gracias a él, se puede ser conservador y optimista. Se puede ser conservador y persuadir a la mayoría del pueblo. Se puede ser conservador y ganar elecciones. Se puede ser conservador y cambiar la marcha de la historia. Se puede ser conservador y abrazar el futuro. "A Ronald Reagan (a quien casi nunca se le vio sombrío en su vida) le gustaba citar la frase de Tom Paine de que «está en nuestro poder volver a empezar el mundo»". [141] Reagan liberó a los conservadores del fatalismo y la frustración ante un mundo que parecía conducido por la izquierda hacia un precipicio. Les dio espíritu de victoria para su causa.

La reputación de Reagan hizo que su vicepresidente, insulso como individuo y centrista como político, fuera elegido. Desde 1952, ningún partido había obtenido más de dos mandatos seguidos en la Casa Blanca. George Bush (1989-1993) habría podido prolongar el ciclo republicano al menos un cuarto mandato de haber sido reelecto, pero fracasó y confirmó lo que de él había dicho Harry Treleaven, un consultor político que trabajó para Nixon y le conoció a finales de los años 60: la gente decía de él que era "una persona enormemente simpática (si bien) había una nebulosa respecto a qué lugar, exactamente, ocupaba en la situación política". [142]

En su presidencia se produjeron los acontecimientos más espectaculares de la posguerra, como el derrumbe del Muro de Berlín, la reunificación de Alemania, la disolución del «imperio del mal» y las victorias militares en la intervención en Panamá y la guerra de Irak. Ni en 1945, después de la detonación de las bombas nucleares en Japón, EEUU había gozado de tanto poder. El país crecía de superpotencia a «hiperpotencia». Bush podía llamarse, sin exageración, el señor del mundo y presumió de haber inaugurado un «nuevo orden mundial». Sin embargo, una crisis económica pésimamente gestionada (*«Read my lips. No new taxes»* ) le echó de la Presidencia.

Con Bush desapareció el Partido Republicano del consenso socialdemócrata. Tal vez sea éste su mayor legado. Las derrotas de Bob Dole (1996) y John McCain (2008) acabaron de enterrar a esa élite sin más aspiraciones que las de gestionar una sociedad moldeada por el progresismo. A partir de entonces, los guerreros criados a la sombra de Reagan se apoderaron del partido y se extendieron por toda la sociedad.

Dos años después del descalabro de Bush, un grupo de republicanos inspirados por la obra de Reagan lanzaron el «Contrato con América», que copiaba párrafos de un discurso del presidente al Congreso, y conquistaron la Cámara de Representantes por primera vez desde 1952. Esta victoria supuso el final de la coalición de Roosevelt. Eisenhower, Nixon y Reagan no habían conseguido trasladar el respaldo popular de sus candidaturas a su partido en esta Cámara. Para historiadores como Degler, esa resistencia demócrata era un resto de la coalición del *«New Deal»* .

Si se habla de la «Era de Reagan» y de la «Revolución Reagan» se debe a que sus ideas y su optimismo, aparte de pervivir entre sus admiradores, también han empapado a sus adversarios. Durante la campaña de las primarias demócratas, el senador Obama explicó en una entrevista cómo Reagan cambió el país:

> "Creo que Ronald Reagan cambió la trayectoria de Estados Unidos de una manera que Richard Nixon no hizo y de una manera que Bill Clinton tampoco hizo. Nos puso en un camino fundamentalmente diferente, porque el país estaba preparado para ello. Simplemente aprovechó lo que la gente ya estaba sintiendo, que era que queremos claridad, queremos optimismo, queremos un regreso a esa sensación de dinamismo y emprendimiento que faltaba". [143]

## MORAL EN LA CASA BLANCA Y EN LA POLÍTICA EXTERIOR

Bill Clinton (1993-2001) fue el primer presidente demócrata en gobernar dos mandatos completos desde Roosevelt. Gozó de la más larga bonanza de EEUU en tiempos de paz, redujo el gasto militar y el déficit, obtuvo un superávit y trató de establecer un sistema de sanidad para todos los ciudadanos. Asentó sus triunfos electorales en una especie de «tercera vía» en la que captó asuntos republicanos como la bajada de impuestos y la represión de la delincuencia y la inmigración ilegal (puso las primeras fases del muro en la frontera con México), y prosiguió la agenda progresista [144] . Como ejemplo, en un mismo año, 1994, Clinton firmó la más importante ley contra el crimen de la historia del país (*Violent Crime Control and Law Enforcement Act* ), que implicó la contratación de 100.000 nuevos policías y casi 10.000 millones de dólares para la construcción de nuevas cárceles, y sustituyó la prohibición de acceso de los homosexuales a las Fuerzas Armadas por una norma más flexible *(«Don't Ask, Don't Tell»).* Con esta estrategia, que recibió el nombre de «triangulación», el gobernador de Arkansas reorientó el Partido Demócrata como Reagan había hecho con el Republicano.

La presidencia de Clinton tuvo como eje la moral. En el interior, por falta de ella y en el exterior por abundancia. Su Casa Blanca, "inesperada, desorganizada, sorprendente" [145] , careció de moral, entendida como virtud, lealtad a la palabra dada, continencia y decoro. Clinton engañó a su esposa en el propio Despacho Oval y luego cometió perjurio para ocultar el adulterio. Por esto último fue sometido a un *impeachment* .

Su propio vicepresidente se separó de él en la campaña presidencial de 2000. Si el libertinaje de Kennedy había tenido *glamour* , el de Clinton era propio de un gobernador sureño de una obra satírica de Broadway de los años 20. Sin embargo, su esposa, ansiosa por tener una carrera política propia, le perdonó en público y achacó su procesamiento a "una vasta conspiración de la derecha" activa desde que Bill anunciara su postulación a la Presidencia.

En el extranjero regresó la política idealista, que considera que EEUU no tiene intereses nacionales, sino la misión de propagar la democracia y de hacerlo en colaboración con la ONU y la OTAN. Declaró en la Asamblea General de la ONU de 1993 que Estados Unidos trataría de "ensanchar la democracia". En virtud de esta concepción, el último presidente del siglo

XX intervino en las guerras de Somalia y Yugoslavia para hacer el bien. Una de las consecuencias de este activismo, junto con el desplome del bloque socialista, fue la conversión de EEUU en objetivo del terrorismo islámico. Desapareció el gran conflicto, o el «Gran Juego», y aparecieron infinidad de pequeños conflictos, cualquiera de los cuales podría provocar una guerra mayor, como ocurrió en la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial.

Éste es el legado más duradero de Clinton: el deseo de ordenar el mundo de acuerdo a unos principios morales. La diferencia con Wilson es que Clinton disponía de los medios para imponer sus planes democratizadores. Su otro legado, la instauración de una dinastía Clinton en la Casa Blanca, fue rechazado dos veces por los ciudadanos, para disgusto de la primera dama.

El cuadragésimo segundo presidente empleó las últimas horas de su mandato en conceder ciento cuarenta indultos y treinta y seis reducciones de condena, por los que tuvo que dar explicaciones más tarde [146] .

## GUERRAS ETERNAS

Antes de cumplir ocho meses siquiera en la Casa Blanca, George W. Bush (2001-2009) se encontró con una guerra y un nuevo tipo de ella. Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 modificaron todas las prioridades estratégicas globales de la Administración, que pasaron a ser la persecución de todo tipo de terrorismo [147] , el cual hasta entonces Washington había contemplado con clara indiferencia cuando afectaba a otras naciones, aunque incluso fueran aliadas. Estados Unidos libró simultáneamente dos guerras: en Irak (2003-2011) y en Afganistán (2001-2020). Esta última es la más larga de todas en las que ha participado el país.

Bush II no supo organizar una coalición internacional contra Irak tan amplia como había hecho su padre diez años antes. La intervención, aunque legal según el derecho internacional, debilitó los vínculos de Washington con algunos de sus aliados tradicionales. En cambio, otros, como España, supieron sacar provecho de la crisis y obtuvieron beneficios, sobre todo en la lucha contra el terrorismo nacionalista vasco. “Nunca la Unión Europea estuvo menos unida. Y nunca España estuvo más sólidamente aliada a los Estados Unidos”. [148] El terrorismo islamista y la reacción de EEUU señalaron el fin de los años de estabilidad y tranquilidad en las relaciones internacionales. Desde entonces, el mundo vive en un período de

inseguridad.

Marcaron esta presidencia dos hecatombes económicas: el pinchazo de la burbuja de Internet, agravada por los ataques del 11-S, y la crisis de las «hipotecas basura», que desencadenó la Gran Recesión y la quiebra de numerosos bancos. Algunas de las profundas raíces de ésta se encuentran en la derogación por Clinton de la *Glass-Steagall Act* y la eliminación por Nixon de la convertibilidad del dólar. El pesimismo, el desempleo y el cansancio con las guerras impulsaron a Barack Obama.

## CAMBIAN LOS EMPERADORES,
## NO EL IMPERIO

El primer presidente negro (en realidad, mulato) llegó con la recurrente promesa de cambiar el *establishment* . Barack Obama (2009-2017) sentó las bases de la recuperación económica del país, aunque elevando la deuda pública hasta niveles nunca vistos, y estableció un peculiar sistema sanitario basado en obligar a los ciudadanos a contratar pólizas de aseguradoras privadas. Se convirtió en un fenómeno mundial, una especie de enviado con la misión de pacificar el mundo y restaurar las heridas de la humanidad. Fue el tercer presidente estadounidense en recibir el premio Nobel de la Paz, pero mientras que a Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson se les concedió por logros objetivos, como la paz entre Rusia y Japón y la instauración de la Liga de Naciones, a Obama se le dio al principio de su mandato, como una promesa.

Sin embargo, defraudó esas desmedidas esperanzas. Obama ya declaró que él no estaba en contra de todas las guerras, sino de las que calificaba de inútiles. Desarrolló el programa de ataques mediante aviones no tripulados (drones), que ha causado miles de víctimas. Y en su último año en la Casa Blanca, las Fuerzas Armadas bajo su mando bombardearon de manera continua siete países de África y Asia y lanzaron una media de setenta y dos bombas por día, según un informe del *Council on Foreign Relations* . Promovió las «Primaveras Árabes», que sólo han dejado más desorden y sufrimiento. Y desairó a sus aliados al ordenar a la Agencia de Seguridad Nacional que espiara los teléfonos de varios de ellos.

En el interior, el deseo de que su elección cerrase la herida de la esclavitud y el enfrentamiento de los años de Bush II tampoco se cumplió. La hostilidad racial y la división eran mayores cuando se retiró de la Presidencia que cuando entró en ella. “Contra todo pronóstico, Obama

polarizó al país” [149] . Bret Easton Ellis lo explica de la siguiente manera: “la cultura de la víctima (…) se había disparado durante la era Obama” [150] . La deportación de casi tres millones de inmigrantes indocumentados le mereció el apodo de *«Deporter in Chief»* por parte de un sector de la comunidad hispana.

La habitual docilidad de los medios de comunicación con los presidentes demócratas se rebajó a vasallaje en esta presidencia. En Obama confluyeron Hollywood y Wall Street, que luego se volcarían en la campaña de su secretaria de Estado en 2016. Fue el presidente que más promovió el estatus de la comunidad homosexual y celebró la sentencia del Tribunal Supremo que legalizó el matrimonio para parejas del mismo sexo.

Y no es de escasa importancia en un país tan respetuoso con las tradiciones y la Presidencia, la ruptura de la costumbre de que un presidente retirado no critica a un presidente en ejercicio. Obama se ha quejado varias veces de las políticas desarrolladas por Trump, incluso en este año electoral.

Obama dejó dos legados. Uno que fue material, la recuperación que empezó y se aceleró en los años de Donald Trump, hasta el estallido de la pandemia del covid-19. El otro, inmaterial, demostró a los ingenuos y buenistas de todo el mundo que EEUU no está dispuesto a renunciar a su condición de superpotencia ni de faro democrático. El imperio persiste, aunque cambien los emperadores.

## LOS REPUBLICANOS RECUPERAN EL PROTECCIONISMO

A punto presentarse a la reelección, Donald Trump (2016- ) muestra ya un legado llamativamente extenso para un primer mandato. Su campaña desveló la parcialidad de los medios de comunicación tradicionales, la televisión y la prensa; y su victoria, que éstos ya no crean la opinión pública. Igual ha ocurrido con la clase intelectual, representada sobre todo por actores de cine, cantantes y *youtubers* . El sectarismo y hasta el enfado de éstos con las sucesivas votaciones de los ciudadanos han quedado expuestos ante todo el mundo.

Mucho más inquietante ha sido el descubrimiento de que, en la mayor democracia del mundo, dentro de la Administración existen fuerzas ocultas que se oponen a un gobierno electo con todos los requisitos constitucionales. El pueblo norteamericano conoció semejante traición cuando el periódico más influyente del país publicó una tribuna anónima escrita por quien decía ser un alto cargo de la Administración y en la que

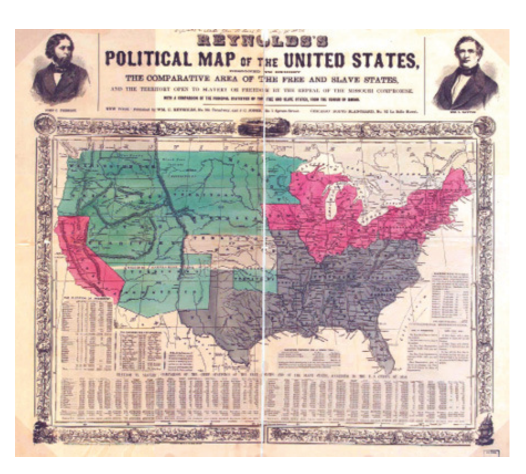
afirmaba que él y otros funcionarios trabajaban para sabotear la presidencia de Trump, porque estaban en desacuerdo con sus políticas [151] . Es decir, en EEUU existe el «Estado profundo», inmune a las decisiones del pueblo.

Hasta la posguerra, el programa republicano incluía el proteccionismo económico. A partir de entonces, empezó a retroceder. Trump ha eliminado del ideario del Partido Republicano el libre comercio como principal factor de prosperidad económica, que en círculos elitistas y sobre todo entre los financiadores de éste, como el multimillonario David Koch, era un dogma. El presidente neoyorquino pretende el regreso a Estados Unidos de inversiones y de industrias que se han marchado en los últimos años y por ello ha renegociado tratados comerciales con otras naciones. En su presidencia, el lugar de Estados Unidos como impulsor de la globalización lo tomó la China comunista, con el aplauso de los ricos.

A diferencia de los Bush y de otros políticos conservadores, Trump ha cumplido su palabra, sobre todo en asuntos morales y culturales; ha nombrado para el Supremo a dos magistrados provida y contrarios al activismo judicial. Hasta él, los políticos que se presentaban como conservadores, desde Estados Unidos hasta España, prometían detener la agenda progresista y, una vez en el poder, no hacían nada, porque, según explicaban, no era conveniente o no podían. El consenso en política y los pactos de Estado consistían en aplicar lo que habían decidido y aprobado los progresistas. Trump ha roto con esta hegemonía de la izquierda.

Uno de los legados que su partido puede aprovechar es su estrategia electoral frente a los demócratas, que buscan formar una coalición de minorías o de grupos sociales que se comportan como tales (negros, judíos, gays, mujeres…). Así, Trump movilizó al todavía mayoritario grupo social blanco con un discurso identitario y victimista similar al que emplean los demócratas, más la promesa de recuperar tiempos pasados y la refrescante oposición a la agobiante corrección política.

En política exterior, Trump se distingue de su predecesores por haberse separado del belicismo exaltado, sobre todo de los otros dos presidentes del siglo XXI. ¿Es otro motivo para que le deteste ese «Estado profundo» al que le está estropeando los negocios con China comunista y el calentamiento global?




El problema de la división política y electoral del país por la esclavitud se muestra en este mapa elaborado para las elecciones de 1856.

---

109 JONES, Maldwyn A.: Historia de Estados Unidos 1607-1992, Cátedra, Madrid, 1995, p. 109.
110 JOHNSON, Paul: Estados Unidos. La Historia, Javier Vergara, Barcelona, 2001, p. 325.
111 TOCQUEVILLE, Alexis de: Quince días en las soledades americanas, Ediciones Barataria, Barcelona, 2005, p. 41.
112 "I am heartily rejoiced that my term is so near its close. I will soon cease to be a servant and will become a sovereign".
113 BOLLER, Paul F.: Presidential Anecdotes, Oxford University Press, New York, 1996, p. 107.
114 JONES, Maldwyn: Op. cit., p. 182.
115 "Our past history forbids that we should acquire the island of Cuba without the consent of Spain, unless justified by the great law of selfpreservation. We must, in any event, preserve our conscious rectitude and our own self-respect. (…) After we shall have offered Spain a price for Cuba far beyond its present value, and this shall have been refused, it will then be time to consider the question; does Cuba, in the possession of Spain, seriously endanger our internal peace and the existence of our cherished Union? Should this question be answered in the affirmative, then, by every law, human and divine, we shall be justified in wresting it from Spain, if we possess the power; and this upon the very same principle that would justify an individual in tearing down the burning house of his neighbor if there were no other means of preventing the flames from destroying his own home".
116 ALONSO, Martín: «Ahora, y para siempre, libres.» Abraham Lincoln y la causa de la Unión, Gota a Gota, Faes, Madrid, 2006, p. 416.
117 JONES, Maldwyn A.: Op. cit., p. 326.
118 JONES, Maldwyn A.: Op. cit., p. 377.
119 SOLEY CLIMENT, Jorge: La historia de Estados Unidos como nunca te la habían contado, Stella Maris, Barcelona, 2015, p. 194.
120 KISSINGER, Henry: Diplomacia, Ediciones B, Barcelona, 1995, p. 237.
121 BULGARIA, Simeón de: "En lo concerniente a la cuenca mediterránea, por una parte, y a Oriente Medio por la otra, sentíamos que la política estadounidense apuntaba a desembarazarse de las monarquías para culminar un proceso comenzado tras la Primera Guerra Mundial, siguiendo la doctrina del presidente Wilson", en Un destino singular, Ediciones Nobel, Oviedo, 2016, p. 259.
122 BOLLER, Paul F.: Presidential Anecdotes, Oxford University Press, New York, 1996, p. 219.
123 "It's a pretty good idea to get out when they still want you".
124 DEGLER, Carl Neumann: Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación 1860-1985, Ariel, Barcelona, 1986, p. 184.
125 KISSINGER, Henry: Op. cit., p. 391.
126 PAZ, Fernando: Europa bajo los escombros. Los bombardeos aéreos en la Segunda Guerra Mundial, Áltera, Madrid, 2005, p. 266.
127 AA. VV.: Crónica Militar y Política de la Segunda Guerra Mundial, Sarpe, Madrid, 1978, pp. 974-975.
128 SAFIRE, William: Safire's Political Dictionary, Oxford University Press, New York, 2008, p.489.
129 Discurso completo en inglés accesible en http://ks-eisenhowerpresidentiallibrary.civicplus.com/DocumentCenter/View/126/Farewell-Address-PDF. Consultado el 16 de mayo de 2020.
130 MCGINNISS, Joe: Cómo se vende un presidente, Península, Barcelona, 1972, p. 29.
131 WHITE, Theodore: The Making of the President 1964, Athenaeum, New York, 1965, p. 254.
132 JOHNSON, Paul: Op. cit., pp. 737-738.
133 KROCK, Arthur: Sesenta años en la Casa Blanca, Dopesa, Barcelona, 1971, p. 383.
134 KLEIN, Joe: Colores primarios. Una novela política, Alfaguara, Madrid, 1996, pp. 488-489.

135 KISSINGER, Henry: Op. cit., pp 777-787.

136 FERNÁNDEZ BARBADILLO, Pedro: Eternamente Franco, Homo Legens, 4ª ed., Madrid, 2020, pp. 385 y ss.

137 PAYNE, Stanley G.: «La presidencia de Reagan: evaluación histórica», Boletín de la Real Academia de la Historia, 2005, tomo 202, nº 1, pp. 99 y ss.

138 KISSINGER, Henry: Op. cit., p. 823.

139 En 1983, el senador Ted Kennedy se ofreció al dictador soviético Yuri Andrópov para organizarle una campaña de publicidad en EEUU contra el supuesto belicismo de Reagan. Una explicación de este asunto, revelado en 1992, para lectores españoles en O'SULLIVAN, John: El Presidente, el Papa y la Primera Ministra, Gota a Gota, Faes, Madrid, 2007, pp. 305-307.

140 FERNÁNDEZ BARBADILLO, Pedro: «El capitalismo alimenta a los rusos», Cuadernos de Pensamiento Político, nº 60, octubre-diciembre 2018, Fundación FAES, Madrid, pp. 101-109.

141 MICKLETHWAIT, John y WOOLDRIDGE, Adrian: Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos, Debate, 2006, pp. 442-443.

142 MCGINNISS, Joe: Op. cit., p. 45.

143 "I think Ronald Reagan changed the trajectory of America in a way that Richard Nixon did not and in a way that Bill Clinton did not. He put us on a fundamentally different path because the country was ready for it. He just tapped into what people were already feeling, which was we want clarity we want optimism, we want a return to that sense of dynamism and entrepreneurship that had been missing", Reno Gazette-Journal, 14-1-2020.

144 Discurso de Clinton pronunciado en Houston el 23 de julio de 1992: "We cannot take our country back until we take our neighborhoods back. Four years ago this crime issue was used to divide America. I want to use it to unite America. I want to tough on crime and good for civil rights be. You can't have civil justice without order and safety", New York Times, 24-7-1992.

145 RUPÉREZ, Javier: Memoria de Washington. Embajador de España en la capital del Imperio, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, p. 31.

146 Uno de los indultos que más indignación causó fue el del multimillonario March Rich, por el que intercedieron varias personalidades mundiales, como el rey Juan Carlos I.

147 AZNAR, José María: El compromiso del poder, Planeta, Barcelona, 2013, p. 233.

148 RUPÉREZ, Javier: Op. cit., p. 221.

149 ARIAS, Inocencio: Con pajarita y sin tapujos, Plaza y Janés, Barcelona, 2019, p. 148.

150 ELLIS, Bret Easton: Blanco, Random House, Barcelona, 2020, p. 142.

151 «I Am Part of the Resistance Inside the Trump Administration», New York Times, 5-9-2020. Versión en español accesible en https://www.nytimes.com/es/2018/09/05/espanol/opinion/resistencia-gobierno-trump.html, Consultada el 17 de mayo de 2020. Aparte de la revelación en sí, otro elemento escandaloso es que el periódico aceptase publicar el artículo sin firma, de manera que hasta se puede dudar de la existencia de ese empleado. En primavera de 2020, el Senado comenzó a investigar la implicación de cargos de la Administración Obama en el espionaje al entorno de Trump y la invención del Russiagate para justificar su impeachment. Más detalles, en el artículo «Obamagate is not a conspiracy theory», de David Harsanyi, publicado en la revista National Review, número de 12 de mayo de 2020. Accesible en https://www.nationalreview.com/2020/05/trump-russia-investigation-obamagate-not-conspiracy-theory/amp/. Consultado el 22 de mayo de 2020.

# EL LARGO AÑO ELECTORAL

Una vez generalizadas desde los años 70 del siglo pasado las elecciones primarias abiertas dentro de los partidos y la designación del candidato a la Presidencia en función de los delegados elegidos, los candidatos a la nominación se presentan a lo largo del año anterior, a fin de disponer de tiempo para recaudar fondos, diseñar su campaña y darse a conocer. Tienen que inscribirse en la Comisión Federal de Elecciones en cuanto hayan recibido o gastado 5.000 dólares en su campaña. El calendario del año electoral queda como se expone a continuación.

**Enero** : Las primarias y los *caucus* unos años empiezan en enero y otros en febrero. Entre 1996 y 2012, los dos grandes partidos las celebraron en enero. En 2020, el único partido nacional con primarias en enero ha sido el libertario.

**Febrero** : En 2020 y 2016, las primarias internas en los partidos Republicano y Demócrata comenzaron este mes. Con independencia del mes, las primeras son los *caucus* de Iowa, donde no se vota en urnas, sino en reuniones, y las elecciones de New Hampshire. A pesar de la escasa población y, por tanto, del bajo número de delegados, ambas votaciones empiezan a eliminar candidatos.

**Marzo** : El día más importante es el «súpermartes», en el que se celebran primarias en más de una docena de estados, entre ellos varios de los más poblados, como California y Texas. El ganador de cada partido suele conocerse en este día y, si no es así, en este mes.

**Junio** : Concluyen las primarias. Lo habitual es conocer ya los nombres de los ganadores de ambos partidos por la suma de sus delegados.

**Julio, agosto y septiembre** : Se celebran las convenciones nacionales, a las que acuden los delegados para elegir a los candidatos nacionales a la Presidencia y la Vicepresidencia. Los discursos de aceptación constituyen los primeros actos de la campaña electoral. La del Partido Demócrata suele ser la primera.

**Octubre** : Los actos culminantes de la campaña son los debates entre los candidatos, ya convertidos en costumbre.

**Noviembre** : El martes siguiente al primer lunes de noviembre los

ciudadanos eligen a los miembros del Colegio Electoral correspondientes a su estado, no al presidente ni al vicepresidente de la nación. Cada vez más estados permiten depositar el voto en días anteriores. También se eligen cientos de cargos públicos, de los cuales los más importantes son un tercio de los senadores y los 435 diputados que forman el Congreso federal, y se vota en docenas de consultas y referendos de ámbito estatal o municipal.

**Diciembre** : El lunes siguiente al segundo miércoles, los 538 electores, seleccionados por los partidos, se reúnen en la capital de su estado para emitir su voto a favor del presidente y del vicepresidente. En teoría, podrían votar a quien quisieran y alguno lo hace. Los candidatos que superan los 270 votos son los triunfadores.

**Enero** : Los estados notifican las votaciones a Washington DC y el 6 de enero se recuentan en una sesión conjunta del Congreso, a la que se incorporan los senadores y los diputados elegidos en noviembre. El vicepresidente en funciones dirige esta sesión en su condición de presidente del Senado y proclama al presidente y vicepresidente de la Unión para los siguientes cuatro años. Nixon en 1961, Humphrey en 1969 y Gore en 2001 tuvieron que proclamar presidentes a quienes les derrotaron en las elecciones.

El 20 de enero a mediodía (el 21, si cae en domingo), cesan el presidente y el vicepresidente en funciones; el mismo día, el presidente electo jura su cargo en el Capitolio, normalmente ante el presidente del Tribunal Supremo.

Los actos de este día corren a cargo del Comité Conjunto del Congreso para Ceremonias Inaugurales y comprenden: un servicio religioso matutino, la procesión hacía el Capitolio, la ceremonia de juramento del vicepresidente, la ceremonia de juramento del presidente, el discurso inaugural del presidente entrante, la partida del presidente saliente, un almuerzo inaugural, un desfile y un baile.



Uno de los legados de Trump ha sido el desprestigio absoluto de los medios de comunicación tradicionales.

*Este libro*
*se terminó de imprimir*
*en Madrid el 30 de septiembre*
*de 2020, en la festividad*
*de san Jerónimo*

